Nº 5

1 9 9 2

EL SOCIALISMO DEL FUTURO

ALFONSO GUERRA
La izquierda después de la crisis del comunismo

FERENC FEHER
El marxismo como política

ROBERTO MESA
La izquierda y el sistema internacional

TOM BOTTOMORE
¿Qué tipo de economía socialista?

ULF HIMMELSTRAND
Identidad de la izquierda

T. RAN IDE
Implicaciones económicas y tecnológicas del fin del comunismo

PHILIPPE C. SCHMITTER
Más allá y más acá del Estado nacional

ALVARO ESPINA
La ideología socialista en el final de siglo

AGNES HELLER
El fin del comunismo

HINRICH OETJEN
Fin del socialismo, ¿fin de la utopía?

JAN TINBERGEN
El futuro del socialismo democrático

GÖRAN THERBORN
Significado y futuro del socialismo

ERNEST MANDEL
¿Qué es la economía socialista?

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
Un nuevo paradigma de sociedad y de Estado

JIRI PELIKAN
Disgregación de los Estados en la Europa del Este

Revista de Debate Político

FUNDACION SISTEMA

ALFONSO GUERRA
LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO 3

AGNES HELLER
EL FIN DEL COMUNISMO 11

FERENC FEHER
EL MARXISMO COMO POLITICA: NOTA NECROLOGICA 21

HINRICH OETJEN
FIN DEL SOCIALISMO, ¿FIN DE LA UTOPIA? 31

ROBERTO MESA
LA IZQUIERDA Y EL SISTEMA INTERNACIONAL DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO 37

JAN TINBERGEN
EL FUTURO DEL SOCIALISMO DEMOCRATICO 43

TOM BOTTOMORE
¿QUE TIPO DE ECONOMIA SOCIALISTA? 47

GÖRAN THERBORN
EL SIGNIFICADO Y EL FUTURO DEL SOCIALISMO. REFLEXIONES CIENTIFICO-SOCIALES (COMPROMETIDAS) SOBRE LAS PERSPECTIVAS DE LA IDEOLOGIA SOCIALISTA 53

ULF HIMMELSTRAND
EL RECONOCIMIENTO DE DETERMINADOS HECHOS DECISIVOS FORMA PARTE DE LAS BASES IDEOLOGICAS DE LA IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA. IDEOLOGIA DE IZQUIERDAS: NO SOLO UNA CUESTION DE VALORES, SINO UNA REALIDAD SOCIAL 63

ERNEST MANDEL
¿QUE ES LA ECONOMIA SOCIALISTA?: UNA ECONOMIA PLENAMENTE EMANCIPADORA 79

T. RAN IDE
LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO Y LAS IMPLICACIONES ECONOMICAS Y TECNOLOGICAS 97

PABLO GONZALEZ CASANOVA
¿HACIA UN NUEVO PARADIGMA DE LA SOCIEDAD Y EL ESTADO? 107

PHILIPPE C. SCHMITTER
EXPERIMENTACION CON ESCALA POLITICA EN LA IZQUIERDA EUROPEA: SU ACTUACION MAS ALLA Y MAS ACA DEL ESTADO NACIONAL 115

JIRI PELIKAN
LA IZQUIERDA Y LA DISGREGACION DE LOS ESTADOS MULTINACIONALES EN LA EUROPA DEL ESTE: NECESIDAD DE UNA NUEVA SOLIDARIDAD 125

ALVARO ESPINA
LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO. LA IDEOLOGIA SOCIALISTA EN LA ENCRUCIJADA DEL FINAL DE SIGLO 131

Colaboran en este número

ALFONSO GUERRA: Vicesecretario General del PSOE y Presidente de la Fundación Sistema. **AGNES HELLER:** Catedrática de Filosofía en el New School for Social Research. Miembro destacado de la Escuela de Budapest. **FERENC FEHER:** Catedrático de Humanidades en el New School for Social Research. Miembro de la Escuela de Budapest. **HINRICH OETJEN:** Director del Centro de Formación de la DGB (Sindicato Socialista Alemán). **ROBERTO MESA:** Catedrático de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid. Secretario de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo. **JAN TINBERGEN:** Premio Nobel de Economía 1969. **TOM BOTTOMORE:** Catedrático de Sociología de la Universidad de Sussex. Ex Presidente de la Asociación Internacional de Sociología. **GÖRAN THERBORN:** Catedrático de Sociología de la Universidad de Lund. **ULF HIMMELSTRAND:** Catedrático de Sociología de la Universidad de Uppsala. **ERNEST MANDEL:** Catedrático de Ciencias Económicas. Dirigente de la IV Internacional. **THOMAS RAN IDE:** Presidente del Comité de Educación y Comunicaciones de Ontario. **PABLO GONZALEZ CASANOVA:** Catedrático de Ciencias Sociales de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma de México). **PHILIPPE C. SCHMITTER:** Catedrático de la Universidad de Stanford. Ex Vicepresidente de la Asociación de Ciencias Políticas de América. **JIRI PELIKAN:** Director de la Revista *Listy*. Presidente del Instituto Este-Oeste. **ALVARO ESPINA:** Secretario de Estado de Industria de España.

LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO

Alfonso Guerra

La extraordinaria aceleración de los cambios ocurridos durante el último lustro confiere una especial virtualidad a los debates sobre el futuro del socialismo.

La intensidad de los cambios produce, a veces, una auténtica sensación de vértigo histórico y da lugar a no pocos problemas de evaluación sobre su profundidad y alcance. Desde los sistemas de comunicación, desde las más variadas tribunas de opinión, todos los días se nos proporcionan ejemplos concretos que intentan dar medida de la intensidad de los procesos de transformación.

Cuando hace siete años celebramos el *I Encuentro sobre el futuro del socialismo,* organizado por la Fundación Sistema, en unos momentos en que el socialismo español se encontraba en la estela de la euforia del impresionante refrendo electoral de finales de 1982, éramos conscientes de que nos encontrábamos en unas circunstancias cruciales que exigían un serio proceso de debate de renovación del pensamiento de la izquierda. Ahora, cuando volvemos a leer los libros en los que se han recogido las ponencias discutidas en aquellos Encuentros, podemos comprobar en qué medida se están cumpliendo muchas de aquellas previsiones y en qué grado muchos de nuestros análisis han sido ratificados con hechos concretos.

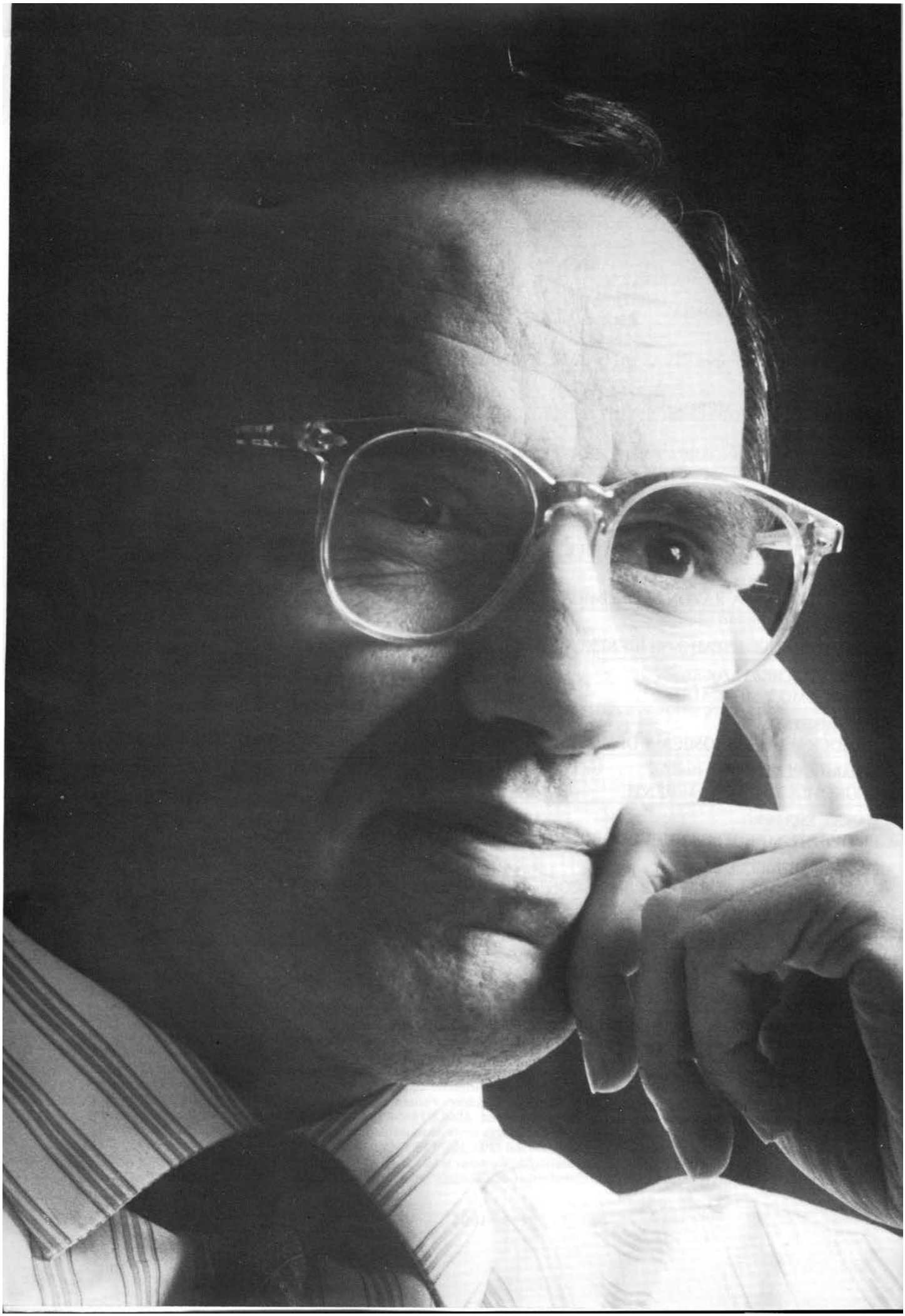
Sin embargo, aun siendo esto cierto en lo que se refiere a las líneas generales de análisis, la verdad es que ninguno de nosotros podía imaginar hace siete años el curso impresionante de los acontecimientos políticos. ¡Hace sólo siete años!

Pero la medida de la aceleración de los cambios no nos la proporciona sólo este ejemplo. ¡Ni siquiera es necesario remontarse siete años atrás! Basta remitirnos a hace sólo uno o dos años. !Qué cantidad de acontecimientos políticos han tenido lugar desde entonces! ¿Se podían prever hace uno o dos años en la forma en que han tenido lugar?

La aceleración de los cambios cada día está suscitando mayores problemas de previsión y de análisis. Por ello, es imprescindible que los intelectuales y los responsables políticos mantengamos abierta permanentemente una línea de intercambio de análisis y de debates profundos y rigurosos. Y es necesario igualmente que esos debates se realicen de manera totalmente abierta y desprejuiciada, con una gran disposición para considerar las nuevas ideas, los nuevos análisis.

Sin duda alguna el cambio de mayor alcance histórico ocurrido en este último año ha sido el derrumbe impresionante del régimen soviético producto de la *Revolución de Octubre.* Derrumbe que debemos ser capaces de analizar con una clara intención de futuro. No debemos limitarnos a analizar las causas del fracaso, sino que es preciso profundizar en la nueva etapa que se abre para la izquierda después de la crisis del comunismo.

La verdad es que en 1989 celebramos con alegría lo que podríamos calificar como la revolución pacífica de la Europa del Centro y del Este,



revolución pacífica que prometía distensión, paz, desaparición de los bloques militares, cooperación, estabilidad, seguridad. En 1992, es decir, tres años después, nos encontramos con una situación que coincide poco con aquellas expectativas, con aquellas esperanzas que se inician con la caída del Muro de Berlín. Hay hambre, muertes, un gran proceso migratorio de hombres y mujeres, hay guerras, luchas civiles, división, micro-nacionalismos, inseguridad —sobre todo respecto de armas nucleares—, inestabilidad... Es decir, lo que en el año ochenta y nueve era un camino de esperanza, en el noventa y dos presenta una situación muy diferente que nos obliga a plantear un debate serio y riguroso cuya conclusión no puede ser una mera nota necrológica del derrumbe del comunismo. No deberíamos hacer de litúrgicos de un entierro, sino que debemos preocuparnos por las perspectivas de futuro, por ¿qué hacer?, ¿cómo hacer?, ¿cómo plantearnos las cosas a la luz del derrumbe del sistema soviético?

Hasta hace muy poco tiempo estábamos acostumbrados a decir que las relaciones en el mundo eran entre países ricos en el *Norte* y países pobres en el *Sur,* entre países democráticos en el *Oeste,* países no democráticos en el *Este.* Hoy la relación *Este/Oeste* ha desaparecido. El *Este* ha desaparecido como contraposición del *Oeste*, pero no pasa a ser el *Oeste,* sino que pasa a ser el *Sur* por las condiciones infrahumanas de falta de bienestar social en esos países. A la vez la unipolaridad económica comienza a desplazarse hacia el Pacífico, hacia Japón, y por primera vez en la historia la unipolaridad económica no se corresponde con la unipolaridad militar. No están ambos poderes en el mismo país. Y la esperanza de la *Unión Europea* nos habla de una posibilidad de equilibrio.

¿Cuáles son las principales tendencias que se apuntan en el panorama político después de la crisis del comunismo?

— Existen incertidumbres y perplejidades. Estamos asistiendo al derrumbe de las utopías globales (como sistemas cerrados) y de los grandes intentos de ingeniería social propios del siglo XIX y principios del siglo XX.

— Se están produciendo rebrotes fascistas, racistas, xenófobos..., con un significativo ascenso electoral de formaciones políticas de extrema derecha en algunos países europeos y americanos (en Francia, en Alemania, en Austria, en Italia, en Bélgica, en Suecia, en el Estado americano de Lousiana —Duke—, etc.).

— Las explosiones micro-nacionalistas en Centroeuropa, unidas al cuestionamiento, a veces extremo, del papel del Estado por los neo-conservadores y tecnócratas y la configuración de nuevas supra-nacionalidades aún en construcción, como la *Unión Europea,* están poniendo en cuestión algunos de los supuestos fundamentales en los que durante bastantes años se ha basado la noción del *Estado Moderno.*

— Existe una preocupante tendencia a realizar *fuertes* críticas (y autocríticas) a la cultura de los partidos políticos de izquierdas. Se ofrecen continuamente imágenes «tenebristas» que alimentan una cultura «anti-partidos» y «anti-políticos», que puede reforzar las posiciones electorales de la extrema-derecha y de los —paradójicos— partidos «anti-partidos».

Después de algunas experiencias históricas, aún demasiado recientes, los círculos intelectuales de izquierda y en general todos los ciudadanos con sensibilidad democrática deberían prestar una atención mayor a los riesgos de la difusión indiscriminada de una cultura anti-partidos. ¿Cuáles son sus implicaciones últimas? ¿A quién favorece este clima y a dónde puede conducir? ¿Qué se puede hacer para superar esta situación, y para poner en marcha también las iniciativas positivas que permitan modernizar y dinamizar los partidos políticos, haciéndolos más permeables y más adecuados para cumplir las tareas que exigen los nuevos tiempos?

A partir de la situación actual, y sobre todo a partir del derrumbe del comunismo, hay quienes se están apresurando a sacar la *falsa conclusión* de que estamos ante el triunfo final del capitalismo y del neo-conservadurismo más reaccionario, que predica un retorno al capitalismo pre-social.

Pero *en realidad* los datos objetivos demuestran que lo que verdaderamente ha triunfado han sido las economías mixtas, como subraya el Premio Nobel Jan Tinbergen en un artículo publicado en este mismo número de la revista.

La caída del comunismo y el fracaso de las recetas neo-conservadoras tienen su más claro contrapunto en el modelo de Estado de Bienestar. Es decir, las propuestas del socialismo democrático han quedado como única guía válida de la izquierda.

Sin embargo, no por ello debemos perder de vista que, actualmente, del hilo de la crisis del comunismo, están surgiendo en Europa ciertas orientaciones nacionalistas, racistas, xenófobas... que constituyen verdaderas contra-tendencias históricas respecto a los objetivos políticos del socialismo. Se trata de orientaciones que no tienden a aportar soluciones concretas y reales a los proble-

mas de las sociedades actuales, sino que sólo intentan proporcionar *certezas primarias,* en un mundo sometido a intensos procesos de cambio.

Lo importante ahora no es soñar con una nueva solución que sustituya la referencia «soviética» por nuevos planteamientos de carácter global y absoluto, sino más bien explorar tácticamente cuáles son los principales problemas del capitalismo contemporáneo, para dar alternativas concretas a problemas concretos desde una posición de izquierda, desde una posición socialista. Entre el capitalismo puro y duro de 1850 (en 1848 se publicó en Londres el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels) y el comunismo concebido por Lenin existe toda una variedad de órdenes sociales de carácter mixto, en los que oscila el grado de intervención del Estado. Hoy no se puede hablar de capitalismo como lo veníamos definiendo, ni se puede hablar del comunismo. Desde un punto de vista teórico y práctico, ahora son más necesarias las fórmulas socialistas o socialdemócratas para hacer frente a los problemas actuales, no sólo en los países más desarrollados, incluidos los Estados Unidos y Canadá, sino también en los países del Tercer Mundo, en los países en vías de desarrollo.

Algunos analistas creen que en Occidente, en el momento de la demolición del Muro de Berlín, se daban las condiciones mejores y las condiciones peores para resolver algunos de los problemas que tiene la humanidad. Para algunos estábamos en mejores condiciones que nunca, pero piensan que no se han sabido aprovechar esas condiciones para resolver grandes problemas que tiene hoy la humanidad, ni desde una posición conservadora, ni tampoco desde una posición progresista.

Los intelectuales de izquierda deben participar activamente en los esfuerzos de los partidos y los movimientos sindicales de nuestros días, orientando su participación no sólo en una dirección, de crítica de las insuficiencias de estos partidos y organizaciones, sino también intentado explorar intelectualmente, en el nivel de las propias agrupaciones políticas, locales, regionales, nacionales e internacionales, las contradicciones actuales de un capitalismo no regulado y las formas de neutralizar los efectos negativos de un orden capitalista que no ha conseguido resolver los graves problemas de las cuatro quintas partes de la humanidad.

En nuestros días tal vez se siguen dedicando demasiados esfuerzos intelectuales desde la izquierda a pensar un mundo utópico clásico, un orden socialista que implique una eliminación total de lo que conocemos como la economía capitalista de mercado. Y hay quienes se plantean si no será el momento de abandonar los esfuerzos de pensar en un modelo de tal índole que suponga la pretensión de sustitución global, completa, de un sistema por otro.

Es verdad que en el siglo XX hemos estado dominados por dos grandes ideas: la idea de progreso, de avance de la ciencia, de la técnica, y la idea de que ese avance podría organizarse y canalizarse a través de un sistema nuevo de ordenación de la sociedad, con cierta referencia siempre a la *Revolución de Octubre* desde las posiciones de izquierda. Bien es verdad que hoy el avance de las ciencias está siendo contestado por la creciente conciencia ecologista, que teme la destrucción del planeta y por el temor de que los valores clásicos del humanismo sean desplazados definitivamente por los nuevos conceptos de la técnica.

Por su parte, la alternativa de modelo de sociedad comunista, después de su caída catastrófica por falta de libertad, por ineficiencia económica y por ineficiencia social, permite prever una sociedad en el próximo siglo más abierta, más implacable con los dogmas, más vigilante con la igualdad de derechos, más exigente con el derecho a ser diferente, sin que nadie sea convertido por ello en disidente, pero también una sociedad que puede ser víctima de algunos poderes, que nunca han sido tan fuertes, ni han estado tan concentrados en pocas manos. Por ejemplo, de los poderes que manejan el flujo de la comunicación. Comunicación, en sentido global, que quizá sea la alienación de nuestro tiempo. Tradicionalmente la izquierda habló de otras alienaciones, pero hoy quizá sea la alienación más poderosa, más fuerte.

Después de lo sucedido últimamente en los países de la Europa del Centro y del Este, el neoconservadurismo se agita repitiendo que la caída del comunismo supone el triunfo del capitalismo. Se oculta deliberadamente que el capitalismo en realidad nunca ha permitido el libre mercado, sino que siempre ha operado con un mercado prisionero de decisiones internacionales concentradas en pocas manos, que no ha resuelto los problemas de la humanidad doliente, los problemas de desnutrición, ignorancia, enfermedad y muerte.

Después de los últimos acontecimientos, después de esta especie de avalancha neo-conservadora, de una oposición a las ideas del socialismo, de la justicia, de la libertad, la izquierda debe ser capaz de reaccionar en primer lugar teniendo una gran libertad de planteamientos de discusión; y en segundo lugar aportando una imaginación que permita escapar de los viejos tabúes.

En estos momentos, pues, es necesario fijar claramente la *identidad* de la izquierda, la identidad del Socialismo democrático.

En el VI Encuentro de la Fundación Sistema abordamos monográficamente el importante tema de Socialismo y Economía. Allí se habló también de la *identidad* de las propuestas económicas de los socialistas y de los riesgos de tecnocratización del discurso político. ¿Cómo se puede evaluar una buena política para la izquierda? ¿*Sólo* en términos económicos?

Sin duda es necesaria una política de rigor que produzca buenos resultados económicos. La política fructífera de la izquierda no puede ser «el reparto de la pobreza». Lo ocurrido en el *Este* revela que esta vía ha fracasado.

Pero tampoco puede medirse la política de izquierda *únicamente* en términos de resultados numéricos. ¿Qué ocurre entonces en los períodos de no-crecimiento económico, en las fases bajas de los ciclos económicos? ¿Sólo se pueden hacer entonces políticas conservadoras? La experiencia histórica demuestra, más bien al contrario, la importancia y eficacia de las políticas anti-ciclo de la izquierda (políticas keynesianas) y la virtualidad real de las políticas de *bienestar social* y de mejora de la calidad de vida.

Es cierto que hay que crecer para poder distribuir, pero no es menos cierto también que hay que redistribuir para poder crecer. La experiencia demuestra que una economía que quiera ser verdaderamente dinámica tiene que democratizarse y ampliar la capacidad adquisitiva de las grandes mayorías ciudadanas. En caso contrario se podrán producir riesgos de estrangulamiento del mercado y de recesión. En este sentido, algunos analistas consideran que la recesión que se está produciendo en Estados Unidos obedece en cierto grado precisamente a esta razón y a las dificultades para inflexionar ciertas políticas ineficientes debido a la existencia en los círculos de poder más conservadores de fuertes prejuicios ideológicos, que impiden adoptar las soluciones innovadoras que requieren los nuevos tiempos.

En suma, ante los riesgos de inflexión económica que se apuntan fuertemente en el panorama internacional hay que recuperar la virtualidad de las políticas anti-ciclo y, al tiempo, hay que reclamar la propia eficacia económica real de las políticas sociales y redistributivas, porque contribuyen a generar empleo y a dinamizar el mercado.

En las circunstancias actuales es necesaria una contra-ofensiva de ideas y de iniciativas políticas de la izquierda. La izquierda no puede caer en la melancolía de la perplejidad, ni amilanarse por el curso de algunos acontecimientos mundiales.

Los partidos de izquierdas en estos momentos no deben encerrarse en «sus problemas internos». Hay que abrirse a los nuevos problemas de la sociedad y mantener una capacidad de sintonía permanente con los *grandes problemas* de las *mayorías sociales*. Los mensajes políticos deben dirigirse a esas mayorías sociales.

Los partidos de izquierdas deben operar como grandes matrices intelectuales capaces de conformar renovadoramente un pensamiento y una cultura política de izquierdas. Si quieren ser capaces de ganar el futuro, tienen que ser capaces de situarse más allá del «tacticismo», de los que sólo buscan encontrar y mantener *posiciones* individuales —por lo demás legítimas—. Y animar debates constructivos, orientados a la búsqueda de soluciones y opciones positivas de futuro.

La dinámica socio-política demuestra que cada vez es mayor la proyección internacional de la acción política virtual. Estamos asistiendo a una tendencia de afianzamiento progresivo de ámbitos decisorios reales transnacionales como la *Unión Europea*. Por ello es necesario que desde la izquierda se trabaje paralelamente en el desarrollo de verdaderas *formaciones políticas transnacionales,* tal como planteamos en la reunión de Jávea en 1987, mediante la formación de unas propuestas estratégicas para avanzar hacia un *Partido Socialista Europeo* [1]. En realidad se está haciendo poco en esta dirección. Por ello deberíamos ser capaces de *abrir urgentemente* un debate político serio y de altura sobre ello.

El *Balance político* que podemos establecer objetivamente en estos momentos en la izquierda, cuando volvemos la vista atrás, es que el socialismo democrático representa la única alternativa política de la izquierda: la que combina la pasión por la libertad con el compromiso por la igualdad; el desarrollo económico con la equidad y la solidaridad. La experiencia socialdemócrata ha demostrado que la democracia representativa, la economía mixta de mercado, la intervención del Estado, la legislación social y las políticas igualitarias permiten desarrollar la economía, disminuir la desigualdad de la renta, expandir las oportunidades educativas, generalizar el acceso a la sanidad y a la cultura, y proteger a los ciudadanos y ciudadanas en situaciones de inferioridad de condiciones, desempleo o pobreza.

[1] Alfonso Guerra, «Hacia una acción política concertada en el espacio europeo», en *El Nuevo Compromiso Europeo,* Editorial Sistema, Madrid, 1987, págs. 259 y sigs.

Sin embargo, como señala Agnes Heller [2]: «Es posible que debido tanto a sus extraordinarios éxitos en cuestiones de justicia social, como a su insensibilidad respecto a otras cuestiones sociales, los partidos socialistas pierden terreno en el futuro a menos que pongan en marcha toda su imaginación social.»

Por ello no podemos quedarnos «acomodaticiamente» en lo que ya *hemos realizado.* Hay que impulsar *nuevas* etapas de realizaciones políticas, atendiendo a las nuevas cuestiones sociales y a los nuevos retos del futuro.

Los hechos recientes han dado la razón a los que siempre hemos creído que la *política democrática* es el único mecanismo válido de transformación social. Pero los nuevos contextos sociales, en los que surgen nuevas formas de marginación, nuevas situaciones de paro de larga duración, y sobre todo, en los que existen tremendos contrastes entre pobreza y riqueza a nivel internacional —«mayores que los que ningún novelista se atrevería a poner en un libro», como señala Thomas Ran Ide—, también demuestran la necesidad de continuar reivindicando el *socialismo como proyecto de futuro,* con todos sus componentes económicos y sociales, porque, como subrayó Harrington en su último libro: «El destino de la libertad humana y de la justicia depende de las estructuras económicas y sociales» [3]. No sólo a nivel nacional, podríamos añadir nosotros, sino también a escala planetaria. Las actuaciones en este campo constituyen uno de los elementos de identidad básicos del socialismo. Por ello, «el socialismo —decía Harrington— es la esperanza para la libertad humana y la justicia en las condiciones sin precedentes que la Humanidad afrontará en el siglo XXI» [4].

Los clásicos nos hablaron de la *isonomía*, como igualdad de derechos civiles y políticos de los ciudadanos («el concepto más hermoso del mundo» decía Herodoto) nos hablaron de la democracia, de la equidad, de los derechos humanos, que se fueron recogiendo progresivamente en los grandes textos constitucionales modernos, que aspiraban, según se nos decía, a «establecer la justicia», a «fomentar el bienestar general», a «asegurar la libertad», a lograr «la justicia social», «la igualdad y la fraternidad»...

Pero ha sido necesario llegar a nuestros días para que en el proceso de disolución de la URSS, en la discusión sobre el *Tratado de la Unión* se llegase a resaltar como fundamento político de la nueva entidad política, precisamente, la economía de Mercado y la libre-empresa.

La influencia exagerada de los tecnócratas y ciertas tendencias cegatas a la economización del pensamiento político confunden lo que es meramente instrumental con un objetivo político sustantivo, sin prestar la atención debida a los objetivos genuinamente políticos que son precisos para continuar avanzando históricamente.

De la misma manera que en la famosa entrevista Lenin/Fernando de los Ríos, Lenin respondió cínicamente a Fernando de los Ríos preguntando: *«¿Libertad para qué?»,* cuando Fernando de los Ríos criticó la falta de libertad en la nueva URSS, hoy, a veces, también nos preguntan los tecnócratas conservadores: *«¿Igualdad para qué?».*

De la misma manera que contestó Fernando de los Ríos a Lenin, hoy podemos decir nosotros, también, que debemos aspirar a una mayor igualdad social e internacional para *ser más libres*, más genuinamente libres y solidarios, más humanos, en suma. Ese es el norte y el sentido final de las políticas de la izquierda. Y sobre ello tenemos que ser capaces de animar un debate fructífero.

[2] Agnes Heller, «Los movimientos socialistas y la justicia social», revista *El Socialismo del Futuro,* núm. 4, 1991, pág. 45.
[3] Michael Harrington, *Socialismo. Pasado y futuro,* Editorial Sistema, Madrid, 1992, pág. 19.
[4] *Ibid.*, pág. 17.

EL FIN DEL COMUNISMO

Agnes Heller

Al hablar del «fin de» algo se requiere precaución, porque la mente humana no puede abarcar un futuro muy distante. Para poder establecer el momento de la muerte de una entidad determinada habría que empezar, al menos, por establecer el momento de su nacimiento. Esto se pone de relieve especialmente cuando se trata de una institución, de una idea o de un experimento histórico. Empecemos, pues, por decir que por fin del comunismo entendemos aquí el fin del bolchevismo. El tipo bolchevique de comunismo nació en el siglo XX y tomó su forma definitiva con el establecimiento de la Internacional Comunista (la tercera). Aunque el comunismo del siglo XX cambió algunas de sus características varias veces desde el momento de su fundación, su identidad perdurable no puede cuestionarse sinceramente. No fueron los observadores teóricos quienes establecieron esta identidad; los propios sistemas comunistas dependen de ella para su propia autolegitimación. Implica cierta continuidad con el comunismo del siglo XIX y también con el radicalismo antidemocrático con características peculiares dentro de cada partido o Estado comunista. Sea como sea, la «hora cero» de los partidos y Estados comunistas sigue siendo el establecimiento de su identidad bolchevique. La relación entre leninismo y marxismo fue configurada por el perspicaz seminarista de Georgia a semejanza de la relación entre el Nuevo y el Antiguo Testamento.

1

Sigamos el relato de la historia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética que se atribuye a Stalin. No cabe duda de que este libro es un conjunto de mentiras transparentes. Sin embargo, su función no era la de servir como crónica fiel de los acontecimientos, sino más bien, como un relato donde se estableciese la iconografía de la autolegitimación del comunismo. De acuerdo con esta historia, la facción bolchevique empezó a afirmar su identidad frente a la socialdemocracia no suscribiendo una ideología o una estrategia diferentes, sino recomendando una nueva forma de organización. Y este relato de la génesis, independientemente de que sea históricamente verdadero o no, es esencialmente correcta como autocaracterización.

La base de la nueva organización partidaria fue la idea simple, pero potente y original, de introducir relaciones jerárquicas de mando y obediencia propias del ejército y de la fábrica en el ámbito político. Las relaciones de mando y obediencia en la política no eran nuevas en un Estado autocrático que, como resultado de su carácter opresivo, se convirtió en terreno abonado para una política conspiradora y terrorista. Tanto la política zarista como el terrorismo de Narodnik conservaron un carácter aristocrático y elitista a su manera. Un partido cuyo electorado provenía de una multitud todavía no conformada socialmente tenía

que dar con una solución diferente. Al formular e introducir su estatuto del partido, lo que realmente hizo Lenin fue inventar una configuración totalmente nueva y desconocida: el aparato totalitario. Las personas que entraran en este aparato serían «iguales»; es decir, que no traerían consigo su anterior estatus social al ingresar en el aparato; tampoco importaban las aptitudes demostradas fuera del aparato. Serían estructurados, jerárquicamente subordinados, asignados a puestos de mando y/o obediencia dentro de la organización y su aparato, mediante la organización y el aparato. Este es un perfecto modelo de organización totalitaria. Las organizaciones totalitarias se adaptan a la perfección a la tarea de establecer relaciones políticas estáticas (reproducibles) de mando y obediencia en las sociedades no tradicionales, y en este sentido modernas.

El modelo de la primera célula comunista ya era una relación de mando/obediencia orientada a tareas (al igual que el ejército o la fábrica), y ya se había propuesto para ella una tarea por adelantado. He dicho a propósito «*una*» tarea, no *la* tarea. El programa era socialdemócrata revolucionario en los comienzos. Supuestamente, la organización se configuró de tal modo que fuese posible poner en práctica este particular proyecto original. Pero el carácter de la organización transformó la propia tarea (objetivo). Tanto el objetivo como la ideología se fueron configurando de acuerdo con la forma de la organización. Esto corrobora la tesis de que las primeras células partidarias ya contenían las posibilidades de un *sistema* totalitario. La adecuación de los objetivos a una organización política totalizadora es una historia que ha sido relatada una y otra vez. Sin embargo, después de la invención de la institución elemental (el átomo) del totalitarismo, las cosas podrían haber sucedido exactamente de la manera contraria. Es posible que el objetivo y la ideología de una versión particular del totalitarismo se hubieran adoptado antes de la introducción del modelo de un partido totalitario o al mismo tiempo.

Lenin recibió un objetivo inicial y una ideología inicial preconcebida del movimiento socialdemócrata al que pertenecía. Era necesario que esta ideología fuese transformada y moldeada por la organización. Sin embargo, diversas ideologías antiliberales y no democráticas pueden usar el mismo modelo institucional para sus propósitos. La única condición es la fuerte presencia de alguna ideología, al menos en los comienzos. Sin duda alguna, la moderna organización política *par excellence* que se convirtió en el paradigma de todos los demás tipos de partidos y Estados totalitarios (incluso los no bolcheviques) fue un invento sumamente original de Lenin.

Inicialmente, la ideología desempeña un papel decisivo en el establecimiento de los partidos y Estados totalitarios. Sin unos creyentes fanatizados, el modelo no puede funcionar. Pero una vez en funcionamiento, la máquina totalitaria funciona mejor sin un número excesivo de fanáticos que podrían tomar las cosas demasiado al pie de la letra. La ideología asume entonces la función externa reguladora del mero mando; en otras palabras, su esencia, siempre inherente, se hace manifiesta. Puesto que la falta de obediencia implica la amenaza de aniquilación (desde la pérdida de la vida pura y simple hasta la aniquilación por la pérdida de la libertad mediante la pérdida de cualquier satisfacción en la vida personal —las proporciones de sus versiones siempre dependen de la magnitud del terror—), las gentes suelen obedecer. Durante este proceso el totalitarismo anula la conciencia de hombres y mujeres, los despoja de su dignidad personal, pero no consigue anular su mente. Por lo general, el lavado de cerebro a escala masiva es infructuoso. Una vez se comparó el funcionamiento del totalitarismo con una epidemia. Mientras dura la epidemia, las personas se comportan y hablan como si tuvieran fiebre, a modo de fanáticos. Pero en el momento en que la epidemia desaparece, las mismas personas se sacuden y empiezan a comportarse como si nada hubiera pasado. Los observadores de la masiva *volte-face* de 1945 se negaban a creer que los fascistas o nazis de ayer dejaran de ser lo que habían aparentado tan celosamente desde el momento en que el sistema había dejado de existir, aunque la mayoría de ellos así lo hicieran. La *volte-face* es actualmente incluso más espectacular en la Europa Central y del Este. Y es igualmente sincero, aunque no auténtico. Para que fuera auténtico sería necesario que la gente se enfrentara a su propio pasado, a sus propios hechos, no sólo a los de los demás, mientras que el criterio de sinceridad simplemente consiste en decir lo que uno piensa, que es lo que sucede cuando se permite a la gente declarar abiertamente lo que piensa. La práctica de muchas décadas de privación de la capacidad de pensar, de hablar y de actuar siguiendo órdenes queda invalidada de un golpe. Si nos asombra el hecho de que cuarenta o cincuenta años de propaganda comunista queden anulados y vacíos en un momento, la respuesta debe buscarse en la propia estructura operativa del totalitarismo. Es igualmente notable que la otra especificidad, es decir, la resistencia al régimen que estaba restrin-

gida a pequeños círculos (con la excepción de Polonia a partir de la década de 1980), también fuera consecuencia de la estructura totalitaria. Algunas personas dentro del círculo de creyentes dicen lo que en realidad piensan. No necesitan renunciar a su capacidad de pensar, porque inicialmente piensan de acuerdo con el mando. Pero cuando alguno de ellos reconoce que algo es profundamente erróneo en el régimen, si logra vencer el miedo, seguirá diciendo lo que piensa. Sajarov sigue siendo el paradigma de este tipo humano.

2

Lenin inventó el modelo de organización de todos los Estados y partidos totalitarios. También inventó la tecnología de poder adecuada para ellos. Podría considerarse una contradicción, aunque no lo fue, que un partido totalmente motivado ideológicamente no reconociese ningún principio en la política. Sólo había un objetivo: el poder. Todo lo demás se convirtió en un mero medio de adquirir más poder. Se llegaron a inventar recetas muy contundentes para acelerar la adquisición de poder, tales como la concentración de todos los ataques políticos en un punto, el mismo punto en el que la resistencia fuera más débil, a fin de establecer una cabeza de puente para la ofensiva; un cambio de aliados de día en día, dependiendo del objetivo estratégico real; la neutralización de los actores sociales con promesas que en ningún momento se tenía intención de cumplir. Esos fueron los métodos modernos de propaganda y agitación inventados y puestos en práctica.

Estos tipos de tecnologías de poder fueron, y han seguido siendo, muy atractivos en unos países en que las élites gobernantes tradicionales fallaban en dos aspectos: en la modernización, por una parte, y en el hecho de compartir el poder con una élite social (nueva) no tradicional, por la otra. Las nuevas élites estaban formadas por graduados de la universidad o de los estudios superiores, y sus miembros se consideraban adecuados para gobernar; también estaban tremendamente hambrientos de poder. Estas nuevas élites suelen estar formadas por mentes mejores que las antiguas, dado que estas últimas, basándose en su privilegio social nunca se vieron obligadas a una selección preliminar basada en el talento. Puesto que las nuevas élites son modernas, sus ambiciones también lo son. Entre otras cosas, aspiran a crear una nueva tecnología agrícola e industrial de nivel más elevado. Las referencias que hacen al «proletariado» o a la «nación proletaria» (Mussolini) son las formulaciones ideológicas de su apuesta por invertir totalmente las relaciones entre los gobernantes y los gobernados. Esto fue lo que sucedió en los partidos comunistas. Dado que el gobierno nazi sólo duró diez años (demasiado para los que lo sufrieron pero no lo suficiente como para que se produjese una transformación social total), el cambio en la composición de la élite gobernante alemana entre el período prenazi y el período postnazi es bastante sorprendente, por lo que se refiere tanto a la política como a los negocios.

Varios de los primeros seguidores de Lenin en Rusia se sintieron muy decepcionados, y todo por la inferioridad manifiesta de la nueva élite emergente. La vanguardia inteligente era demasiado reducida para reemplazar al anterior aparato zarista. Lo mismo sucedió en los países donde el comunismo fue impuesto simplemente por un poder ajeno después de la Segunda Guerra Mundial. El nuevo régimen tuvo que crear un nuevo conjunto de gobernantes, expertos y administradores y en número relativamente grande, todos ellos formados en instituciones educacionales uniformemente controladas por el Estado y supervisadas desde el centro. Se establecieron, pues, nuevas clases medias y superiores y se convirtieron en los beneficiarios directos o indirectos del régimen, a menos que se dieran el lujo de disentir abiertamente. Actualmente, en los países postcomunistas, existe una clase media superior bastante fuerte y extendida, y es poco probable que esta élite cambie, como no sea para cambiar las alianzas políticas. Las figuras políticamente más comprometidas del antiguo régimen se marcharán, pero en lo fundamental las personas seguirán ocupando su lugar anterior en el sistema de estratificación, al menos por el momento. La incapacidad para hacer frente a la circulación de élites contribuye al debilitamiento interno y a la caída de los regímenes comunistas. Mientras la movilidad ascendente sea rápida (que nuevas personas pasen a ocupar los puestos de gobernantes de muchos años, preferiblemente junto con sus departamentos) la nueva élite brinda su apoyo al sistema. Pero cuando los puestos se vuelven hereditarios y las fortunas privadas (provenientes de fuentes ilegales incluso para los propios términos del régimen) las nuevas clases medias ya no necesitarán de ese sistema embarazoso e inherentemente peligroso. Tan pronto como se haga manifiesta la necesidad de una modernización, estas clases tendrán un marcado interés por la caída del comunismo.

3

Aunque todos los aspectos del totalitarismo, incluido el terror de las masas, están contenidos en germen en el aparentemente inocente párrafo sobre la organización de una célula partidaria, ninguna necesidad histórica determinó por adelantado que todos ellos fueran desarrollados plenamente. La circunstancia de que los comunistas lograran el primer objetivo de su grandioso plan de apoderarse y ocupar el poder político ya fue el resultado de la coincidencia de muchos factores contingentes, pero a continuación la lógica de los acontecimientos fue más decisiva que las contingencias. Si la resolución de no dejar que el poder se escapase nunca de la mano de los gobernantes se combina con la maquinaria puesta al día de la protección del poder, lo cierto es que el poder se mantendrá por todos los medios posibles. En caso de resistencia, el terror masivo reinará por encima de todo. En realidad, esto comprendía un terror organizado y meticulosamente administrado y —desde el principio hasta el fin— su finalidad era también encauzar la ira popular, inflamada deliberadamente, sobre sus víctimas.

Teniendo en cuenta que sólo una minoría relativamente pequeña respaldaba a los partidos comunistas incluso cuando se apoderaron del poder sin apoyo militar externo, o al menos sin un apoyo excesivo, las fuerzas racionales de legitimación no podían funcionar. La legitimación por el carisma constituía una solución fácil, particularmente en los países donde los anteriores gobernantes autocráticos habían extraído su legitimación de sus instituciones tradicionalmente carismáticas (como en los casos del Zar de Rusia o el Emperador de la China). Dar legitimación por carisma a un gobernante moderno no era un intento totalmente nuevo; el primero en ponerlo en práctica había sido Napoleón. Pero el gobierno y el reinado de Napoleón eran un gigantesco espectáculo de un solo hombre, que, por otra parte, había sido primero un gran soldado y, fundamentalmente, podía descansar en ciertas tradiciones que lo respaldaban. El nuevo dictador es diferente, porque es fundamentalmente el dueño de una institución totalitaria. Incluso cuando es la personificación del régimen, casi deificada, sus órdenes, más allá de todo atractivo, se dictan en nombre de esta institución solamente. El moderno dictador carismático se encuentra en una posición delicada, incluso contradictoria. Tiene que ser el emblema de la nueva élite, un revolucionario de los pies a la cabeza; esta cualidad justifica los asesinatos masivos perpetrados por él y en su nombre ante sus colaboradores más próximos. La contradicción implícita en esta posición es la siguiente. O bien extienden las purgas criminales a su propio entorno y se convierte así en algo peligroso para el propio régimen (Stalin fue salvado por la Segunda Guerra Mundial, y Mao murió antes de que se produjera la reacción), o deja de ser un «revolucionario», incluso pone fin a las «revoluciones desde arriba», con lo cual pierde su carisma y se convierte en un estorbo (como les sucedió a todos los líderes soviéticos después de Kruschev y a los actuales líderes chinos). A decir verdad, Stalin nunca fue reemplazado en la Unión Soviética, y la era post-Breznev sufrió un déficit constante de legitimación. Sin un líder carismático, el sistema se convierte en disfuncional: el terror no puede perpetuarse ni siquiera en una escala reducida sin la imagen del purgador carismático cuya sombra adquiere grandes proporciones. Aparentemente, los que, siguiendo órdenes, cometen asesinatos masivos por motivaciones políticas contra la población civil de su propio país, necesitan aferrarse a una figura paterna de dimensiones cuasi míticas que asuma su culpa, así como la responsabilidad de todos los crímenes por el hecho de estar por encima de la vida, de ser un semi-dios o una institución. No es casual que Stalin haya sido un seminarista: se dio cuenta de cómo poner el carisma religioso al servicio de la política del poder.

El fin del carisma institucionalizado del partido comunista y del líder indica el comienzo del fin del comunismo. El respaldo de Solidaridad a la elección de Jaruzelski para la presidencia no tuvo nada que ver con un carisma real o fabricado, que nunca había existido, mientras que más de veinte años antes, Kadar, un Quisling abierto y descarado, había logrado crear una especie de carisma en torno a su persona. Este ejemplo muestra que la interrelación funciona en ambos sentidos. Es necesario cierto tipo de carisma para ejercer el terror, y el terror tiene que ser ejercido para otorgar carisma a la persona del líder. En el momento en que los líderes del partido no mandan sobre los ejércitos o la política armada, cuando ya no están en situación de ordenar un ataque, o no están dispuestos a ello, su carisma se evapora. Sin embargo, aun cuando alguien necesite del terror para conseguir el carisma dentro del comunismo, el solo ejercicio del terror no es suficiente para convertirse en alguien carismático, como lo ha demostrado la masacre de la plaza de Tiananmen y sus repercusiones. El encanto se ha roto, y esta vez para siempre.

En todo momento hubo una oposición comunista a la élite comunista gobernante, una oposi-

ción manifiesta o clandestina. Estas personas a las que se dio en llamar «desviacionistas», «renegados» sacrificaron su posición, su libertad, a menudo incluso su vida, en aras de su disensión, pero nunca pudieron lograr nada sin el cumplimiento de tres condiciones fundamentales. Primero, puesto que en el modelo leninista el que lo decide todo es el centro y cualquiera que contradiga a este centro está condenado al fracaso, la oposición tiene que ocupar el centro. Segundo, puesto que el modelo leninista de organización abarca a la totalidad del sistema del totalitarismo *in nuce,* la propia tradición leninista debe ser abolida. Tercero, puesto que el régimen se vale de la ideología para sustentar la relación mando-obediencia, la ideología que lo sustenta debe ser relativizada o deconstruida. Por ejemplo, en Hungría en 1956 se cumplieron las tres condiciones. Esta vez fue el Ejército soviético el que desempeñó el papel del centro ideológicamente intacto. Y la revolución húngara planteó la evidente cuestión de qué curso debería seguir la historia si algo similar sucedía en la Unión Soviética, el centro mismo del comunismo.

Sin Gorbachov (o un Primer Secretario soviético similar, aunque con otro nombre) todavía estaríamos esperando el fin del comunismo. Gorbachov es el anti-Lenin que inició un movimiento regresivo. Del mismo modo que el infame primer párrafo del estatuto del partido incluía todas las posibilidades del totalitarismo (sin necesidad de actualización), la abolición formal del «papel conductor del partido» incluye *in nuce* la posibilidad de la abolición total de todas las instituciones totalitarias (una vez más sin el respaldo de la necesidad histórica). La segunda condición del «fin del comunismo» también está presente en la Unión Soviética, porque la tercera condición (relativización y deconstrucción de la ideología) ha sido completada con el permiso, incluso con el aliento, del centro. En consecuencia, la función mando-obediencia de la ideología ya no funciona de la manera en que solía hacerlo, y sin una clara demostración de fuerza represora, la disposición a obedecer se desvanecerá aún más. En realidad, el totalitarismo comunista creó los medios para su propio fracaso.

Si Gorbachov había planeado o no convertirse en un anti-Lenin antes de ocupar el puesto cental del poder comunista, o si empezó a desempeñar este papel después de muchos ensayos y errores mientras andaba a tientas, es algo que no sabemos. Indudablemente había algo en la situación (y todavía lo hay) que lo empujó en esta dirección. Pero ¿cuál es en términos concretos el significado del papel de un anti-Lenin?

Hemos visto ya que a comienzos de nuestro siglo una élite muy reducida (pero con talento) situada en los márgenes de la sociedad tradicional asimiló el programa de la transformación total, y al mismo tiempo científica, de la sociedad. Lenin inventó una nueva tecnología del poder que demostró ser útil. Una vez que se apoderaron del aparato del Estado se estableció el gobierno totalitario. Pero ¿qué se podía hacer con este poder? Los proyectos originales para la nueva sociedad se tomaron prestados de otras fuentes (marxistas); el mensaje y la eficacia del proyecto original se dieron por sentados. Pero la fórmula mágica resultó ineficaz. Lenin no conocía un remedio para ello, porque inventar modelos originales socioeconómicos y crear tecnologías del poder son cosas que requieren talentos diferentes. El resultado final es de todos conocido. Muchos millones fueron asesinados, incluso más fueron los que perecieron bajo el peso de los trabajos forzados y del hambre, millones de personas fueron encarceladas para poner en marcha la economía moderna más ineficaz y más disfuncional, la que ahora está al borde del colapso total.

En los círculos comunistas no era ningún secreto que el proyecto original no podía funcionar. Desde el comienzo mismo se dejaron de lado aspectos importantes del proyecto marxista. El resto, sin embargo, quedó incardinado en las fibras sociales de la sociedad totalitaria. Ya hacía décadas que se habían puesto en marcha experimentos para transformar, mejorar y cambiar estos proyectos originales. Lo que ahora conocemos como *perestroika* forma parte de esta tradición. Por lo que hace al momento actual, la única *perestroika* estaba en el nombre de la Unión Soviética. Aunque la mejora de la economía y de la eficacia tecnológica parecían ser los principales objetivos de las reformas de Gorbachov, la situación está peor que antes. Gorbachov estaba enfrentado al mismo problema de «fines» sustantivos que Lenin tuvo una vez. En principio, hay modelos originales, modelos que se han de seguir, pero no hay forma de adivinar cómo hacer que el país avance en la dirección necesaria. Lenin creyó que una vez que se hubiesen apoderado del poder, el modelo fraguado en la atmósfera imperturbable de los estudios y bibliotecas de los emigrados a Londres se pondría en marcha en un tiempo muy corto. Al parecer, Gorbachov no tenía idea de cómo hacer —incluso en posesión de poderes dictatoriales plenos— que su país avanzara en la dirección de una economía que funcionase. De modo que procedió

de una manera similar a la de Lenin, aunque con signos contrarios. En lugar de centrarse en los fines, más bien se centró en la organización, el marco institucional y la ideología. Y éste, y no el tanteo con programas o con modelos originales económicos o tecnológicos, es el camino para salir del totalitarismo.

El principal cambio institucional en la Unión Soviética, hasta su desaparición, no fue el establecimiento de la democracia, sino el surgimiento de un tipo de dictadura donde el dictador ya no era el representante del totalitarismo. Gorbachov pudo haberse convertido en un dictador plebiscitario, un mandato que no tenía, pero ya era independiente del partido. Este tipo de independencia no significaba que Gorbachov pudiera tomar todas las decisiones por su cuenta, una prerrogativa de poder que sólo Stalin tuvo. Sin embargo, Gorbachov no sólo se hizo independiente del partido de una manera *de facto,* sino también *de iure,* de modo que pudo poner en práctica decisiones sin la celosa obediencia de la maquinaria del partido y, si fuese necesario, incluso contra ella. Aunque las analogías históricas son más equívocas que explicativas, todavía puede apreciarse como una ironía de la historia que los troskistas finalmente tuviesen su «Termidor» y Rusia su primer Cónsul (con o sin el respaldo del Ejército). El curso de la historia rusa todavía está abierto, pero el comunismo ya es una opción descartada.

4

La tecnología del poder inventada por Lenin puede sobrevivir al comunismo y, durante un tiempo, incluso el comunismo puede sobrevivir de diferentes formas. Las tecnologías del poder totalitario tienen su utilidad para cualquier nueva élite sedienta de poder, y si se combinan con ciertos lemas modernizantes y centralizantes del comunismo, pueden funcionar incluso sin un respaldo militar soviético. También es posible, en el caso de conflictos entre las familias que tradicionalmente detentan el poder, que una familia recurra a la ideología y a la tecnología del comunismo para tomar la delantera sobre sus enemigos. Por último, en el caso de los conflictos raciales, un grupo racial puede imponerse al otro usando medios totalitarios. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, el comunismo ha muerto y es imposible resucitarlo.

Hablar desde un punto de vista histórico es hablar el lenguaje de la imaginación. La existencia histórica no es meramente una cuestión de hecho, sino también una cuestión de nuestra relación con este hecho. El comunismo no fue simplemente un mal sistema político o económico bajo el cual tuvieron que vivir los pueblos. Fue un sistema que se dio a sí mismo el nombre de socialista, que afirmó ser superior a los demás (al capitalismo) y que legitimizó tanto su existencia como su expansión con unas pretensiones de universalidad. Fue un sistema que realmente se extendió con rapidez, que dio la impresión de que podía responder a sus pretensiones universalistas haciendo uso de la fuerza bruta de su tecnología de poder y mediante la atracción de su ideología. El comunismo no toleraba la diferencia parcial, los particularismos. No competía con otros sistemas en un aspecto u otro sino en su totalidad, declaró la guerra a otra totalidad. Es hora ya de que aprendamos que la «sociedad capitalista», como una totalidad cerrada que abarca todos los aspectos de la vida desde la economía hasta la política y la ideología, sólo existió en la ideología socialista y, en particular, en la comunista. Su función era servir como imagen del Otro, un demoníaco hombre de paja, una creación proyectiva de imaginación adversaria.

Ahora que el encantamiento se ha roto, es fácil burlarse de esta ilusión de grandeza; y, sin embargo, fue una creencia muy extendida. Había quienes estaban convencidos, aunque cada vez su número es más reducido, quienes creían en la superioridad del sistema comunista, y otros, cuyo número cada vez es mayor, que creían en su poder militar superior. En la medida en que un régimen se perciba como algo sumamente peligroso y muy capaz de poner en práctica sus amenazas, ni el sistema ni sus políticas necesitan alentar a muchos admiradores para seguir vivos.

En 1968, el comunismo había perdido su atractivo en Europa y en Occidente en general, pero la imagen del Ejército soviético invencible tal vez siguiera viva. Y los líderes soviéticos trataron de explotar muy bien esa imagen. El auge de los movimientos pacifistas de la década de 1970, especialmente en Alemania y en Gran Bretaña, donde el miedo a la maquinaria militar soviética se tradujo en lenguaje antiamericano y en la petición de una política de desarme unilateral, fue el último intento de rescatar al comunismo de su fracaso. El intento fracasó, debido sobre todo a la resistencia de hombres y mujeres con sentido común.

Una vez más la política de Gorbachov acabó con ese miedo, al retirar las tropas de Afganistán, al entablar conversaciones sobre desarme con los Estados Unidos y, en particular, al renunciar al dominio soviético sobre los Estados de la Europa

del Este. El número de aparatos militares plantea una amenaza puramente abstracta, una amenaza que se vuelve concreta si existe la voluntad de usarlos.

De los tres síntomas a los que nos hemos referido antes, sólo uno puede considerarse un indicio claro de cambio esencial en el corpus político soviético: la renuncia a la dominación soviética sobre los Estados de la Europa del Este. Los otros dos síntomas, tomados por separado, todavía podrían haber sido interpretados como indicadores de una mayor elasticidad estratégica y táctica. Pero a la hora de la crisis, la decisión de inhibirse de toda intervención militar para salvar a los partidos, a los líderes y a los sistemas sociales impuestos sobre los Estados de la Europa del Este y Central fue esencial en términos absolutos. Fue una decisión antiuniversalista que contradijo la lógica misma del comunismo y la tecnología del poder del leninismo.

Sin duda, el abandono de la política comunista no equivale a abandonar la política imperial. El centro soviético no está dispuesto a dar la independencia a las repúblicas, no porque desee que las repúblicas bálticas o asiáticas sigan siendo comunistas, sino porque quiere retenerlas dentro de la órbita imperial rusa. En este aspecto, Gorbachov no se diferenciaba de Churchill: tampoco él quería presidir la disolución del imperio nacional. Pero con esto acaban las similitudes y es aquí, en este contexto determinado, donde los conflictos nacionales-coloniales contribuyen a la caída del comunismo, no sólo a la del imperio ruso. Después de todo, el imperialismo británico no pretendía resolver la «cuestión nacional» de una vez y para siempre, ni se refería a las colonias de la Corona como una comunidad de naciones iguales y hermanas.

Sin embargo, lo que sucedió en la Europa del Este y Central sólo puede entenderse en función de la estrategia de poder comunista. La Europa del Este no era solamente un «ámbito de influencias» en términos militares, ni tampoco un botín de guerra que se hubiese convertido en una «dependencia» que habría de usarse para fines de explotación económica. La expresión «países satélites» sería más adecuada; pero de todos modos, la metáfora que evoca la imagen de muchos Estados pequeños girando en torno a un gran centro es equívoca. Porque, de hecho, el liderazgo soviético aplicaba los principios organizacionales del partido comunista a las relaciones entre Estados. La relación entre la cabeza del partido de cualquier Estado del Este de Europa tomado aisladamente y la cabeza real del partido comunista soviético era exactamente la misma que la relación existente entre los miembros de la célula partidaria con los líderes del partido en función del documento fundador de la facción bolchevique. Existía la misma relación de «mando-obediencia». Con la mediación de su propio liderazgo comunista, impuesto, que en sí mismo era escrupulosamente obediente al mando que llegaba desde «arriba», las poblaciones de todos los Estados satélites de la Unión Soviética tenían que obedecer a la orden del liderazgo de la Unión Soviética y del partido comunista soviético. Sin embargo, había dos diferencias entre esto y el escenario original.

Por lo que respecta al escenario original, el fin, el objetivo supremo era una sociedad comunista tal como la había diseñado la ciencia marxista. Después de la Segunda Guerra Mundial, el fin último que se habría de lograr era la creación de una réplica exacta de la sociedad totalitaria que había surgido como el resultado final de veinte años de revoluciones «bolcheviques desde arriba». Para todas las discusiones vacías y sin sentido sobre la «sociedad transitoria», sobre la construcción del comunismo y otras por el estilo, otros tantos temas favoritos de Kruschev, el resultado final ya se había logrado en la década de 1930. No era necesario ni cambiar ni reformar el sistema totalitario. Por tanto, tenía que ser destruido. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, este sistema fosilizado, cerrado e inmovilizado, fue exportado a la Europa del Este.

El principio del «centralismo democrático» combina dos elementos irreconciliables: el líder es elegido, pero el pueblo obedece los dictados del líder. En realidad, en la historia del partido soviético, el pueblo sólo podía elegir un líder que ya hubiera sido elegido por el propio liderazgo. Sin embargo, formalmente, se celebraban elecciones. Cuando el estatuto del partido se aplicó al Estado soviético, el elemento pseudodemocrático ya se había abolido. El liderazgo del partido comunista, «desde el punto de vista constitucional», la fuerza conductora del Estado, ni siquiera era elegido formalmente por el populacho. En las relaciones interestatales entre la Unión Soviética y sus satélites, el absurdo total de la fórmula totalitaria se puso aún más en evidencia en la medida en que era absolutamente obvio que la gran mayoría del populacho (en el caso concreto, los ciudadanos de los países satélites) no tenían ni siquiera una voz formal en el carácter del centro de mando. La «dialéctica» del estatuto del partido comunista reveló totalmente este secreto.

A esto se debe que la decisión de Gorbachov de dejar que se marchasen los pueblos de la Eu-

ropa del Este, en lugar de enviar un ejército detrás de los fugitivos, pasará a los anales de la historia como la hora cero, el comienzo de la caída del comunismo moderno. Como sucede con todos los pasos decisivos fue el más difícil y al mismo tiempo el más fácil de tomar. El gesto fue tanto más difícil porque era absoluto e irrevocable, pero también fue el más fácil porque significó, independientemente de lo que haya sucedido después, el adiós a la prerrogativa de tomar decisiones junto con la del poder para gobernar. Ningún otro gesto será ni tan difícil ni tan fácil como éste. Ninguno de ellos resultará tan difícil, porque ninguno tendrá que cruzar dos veces el proverbial Rubicón. Y ninguno de ellos será tampoco tan fácil, porque Gorbachov no estaba en situación de abandonar la responsabilidad respecto de las futuras decisiones que afectaran al destino de la Unión Soviética; además tampoco podía, ni estaba dispuesto a, abandonar el poder para gobernar. Las aguas volverán a su cauce, y eso sucederá bastante pronto.

5

Hay un punto fijo en el «reino de los fines» del comunismo, y éste es la propia *modernización*. El comunismo ha agotado todas las formas de legitimación (con la única pero elocuente excepción de la legitimación racional mediante la ley o el consenso, que nunca trató de utilizar); y todas ellas estuvieron respaldadas por la promesa de una modernización abarcadora y arrolladora.

El totalitarismo es una moderna organización política y social, pero su capacidad de modernización es limitada, y el precio que se ha de pagar por su utilización como vehículo político es, cuando menos, excesivo. Si dejamos de lado todos los demás objetivos y puntos de vista, salvo los de la modernización, puede decirse lo siguiente sobre el totalitarismo. El gobierno totalitario es muy eficaz para allanar el camino al poder de una nueva élite eliminando a todos sus adversarios. También es un medio eficaz para mantener el poder una vez que se ha conseguido. Es un centralizador eficaz, tiene una propensión ínsita a movilizar a las masas para objetivos de corto plazo, desde el punto de vista histórico ha sido un usuario adictivo de enormes cantidades de trabajos forzados (esclavitud), capaz de iniciar y acelerar el proceso de una especie de industrialización burda y rudimentaria. Puesto que no le importa el derroche en vidas humanas, capital o materias primas, bajo el totalitarismo comunista también pueden llevarse a cabo experimentos de elevados costes sociales. En la etapa inicial, la movilidad ascendente puede acelerarse y mejorarse la educación general, aunque meramente en el nivel más elemental. La movilización para esfuerzos bélicos de necesidades de baja tecnología es, por lo general, rápida y eficaz en este tipo de régimen. Sin embargo, en la fase inicial, los beneficios no pueden superar a los inconvenientes. Y a la larga, la maquinaria totalitaria invariablemente fallará en lo que respecta a poner en práctica el proyecto de crecimiento económico, de mejorar la tecnología, de elevar los niveles de vida, etcétera. Haciendo esfuerzos desesperados de modernización, el totalitarismo se hunde bajo el peso de su irracionalidad.

El desastre económico del régimen comunista es una historia bien conocida que se ha contado hasta la saciedad. Igualmente conocido es el hecho de que la postergación perpetua de la necesidad de hacer frente al desastre ha llevado a los países comunistas a hundirse cada vez más en el marasmo de irracionalidad, independientemente de que siguieran alardeando de sus supuestas victorias o que de vez en cuando admitiesen algunos errores que había que rectificar. Con o sin reformas (nunca estructurales), las cosas fueron de mal en peor. El comunismo se convirtió en un callejón sin salida incluso desde su propio punto de vista, porque en el mejor de los casos produjo una versión patética, deficiente, burda, disfuncional, autodegradada de la modernidad bajo cuyas ruinas han quedado sepultados por lo menos veinte millones de cadáveres de hombres y mujeres asesinados.

El comunismo moderno empezó en el punto en que Lenin y unos cuantos de sus lugartenientes aceptaron el proyecto social marxista y decidieron ponerlo en marcha, independientemente de los costes sociales, haciéndose con el poder. Pero el segundo paso no se siguió necesariamente del primero. El fin del comunismo moderno empezó cuando se hizo evidente que el modelo totalitario no funciona y que los intentos de posponer su abandono radical no hacen más que empeorar las cosas, y cuando Gorbachov y algunos de sus seguidores se atrevieron a hacer el gesto de abandonar el legado del «centralismo democrático». El segundo paso tampoco era necesariamente consecuencia del primero. Las cosas podrían haber sido de otra manera. Los proyectos de reforma podrían haberse sucedido unos tras otros, y cada uno de ellos hubiera fracasado indudablemente, con lo cual las cosas no hubieran cambiado esencialmente. Los campos de concentración podrían haberse reabierto, se podrían haber perpetrado asesinatos masivos una vez más y a gran escala. Incluso la po-

sibilidad de la guerra podría haber asomado en el horizonte. Una bestia herida de muerte lucha hasta el final. No había nada escrito en los anales de la historia.

El comunismo moderno empezó su carrera histórica con un acontecimiento contingente; el fin del comunismo también empezó con una nota de contingencia. El primer hecho contingente dio lugar a una institución que llevaba en su seno todas las categorías del totalitarismo. La necesidad se instauró cuando las posibilidades se hicieron reales. Esta cadena de necesidad ha sido rota ahora por una nueva contingencia. Nuevas posibilidades asoman ahora en nuestro horizonte.

EL MARXISMO COMO POLITICA: NOTA NECROLOGICA

Ferenc Fehér

I

Desde el surgimiento y la propagación del cristianismo, la cultura «occidental» (o «europea») no había asistido a una historia de éxitos semejante a la del marxismo. Lo que se inició como una disputa filosófica abstracta entre los alemanes radicales emigrados a París, durante la época de la disolución del hegelianismo, se transformó en el curso de tres generaciones en una «ideología» política que dominaba enormes porciones del planeta y que atraía a fanáticos militantes de todos los continentes. Para reforzar aún más el símil con la Iglesia, el marxismo ofreció a los trabajadores empobrecidos, que vivían una vida atomizada, un tipo de congregación, y a los intelectuales, insatisfechos con sus vidas, un nuevo credo existencial. Las primeras organizaciones marxistas fueron combinaciones peculiares y creativas de todas las corrientes de la Ilustración, así como el primer esbozo de política moderna: unos partidos políticos al modo de maquinarias electorales, la libre masonería con sus ceremonias y ritos ocultos, unos clubes de debate que formaban «opinión» y pequeños grupos semiconspiratorios de «revolucionarios profesionales» neojacobinos.

El éxito sin parangón del marxismo tuvo una causa simple: Marx abogaba muy seriamente por la unidad de la teoría y la praxis, y apostó todo el futuro de su doctrina —desde el punto de vista tanto filosófico como político— a la estrella en auge de una nueva clase social, la de los modernos trabajadores industriales.

Los primeros socialistas no habían sido tan utópicos, como lo señaló el propio Marx, y por cierto, no más utópicos de lo que Marx resultó ser, pero sin duda eran mucho más intelectuales. Para ellos, el socialismo era «una nueva ciencia de la sociedad, es decir, un correctivo poderoso para la modernidad (que a veces favorecía a una nueva comunidad o, llegado el caso, una nueva cristiandad). En cambio, Marx estaba convencido de que la «cuestión social» no era una «anomalía» de la sociedad civil recientemente emancipada, sino parte integral del proceso de emancipación. Cuando se conceden a todos los derechos políticos, al menos en principio, es preciso reconocer las necesidades de todos; de ahí la «cuestión social», desconocida en las sociedades precapitalistas. Precisamente por esta razón, tenía que sobrevenir una segunda emancipación, una a la que Marx denominó «humana» y que no podía ser el resultado ni de una nueva ciencia socialista ni de una cristiandad distinguida por un espíritu socialista, sino que sólo podía ser la consecuencia práctica de aquellos cuya existencia misma constituía la «cuestión social», es decir, sólo podía ser el resultado de una autoemancipación proletaria, un acto político y filosófico al mismo tiempo.

Esta propuesta se combinó con el nuevo invento de la política moderna: «el radicalismo». El radicalismo, que, según lo expresaba Marx, «todo

lo comprendía en su raíz: el Hombre», tenía diversas características. Primero, tal como había enunciado Robespierre y repetía Marx, pretendía «hacer ciertas las promesas de la filosofía», y no sólo ocuparse de los hechos de un orden social determinado. Segundo, era una revolución permanente, un proceso que no conocía término o cierre en la medida en que prevaleciese cualquier institución de «la base» o la «superestructura» de la civilización existente. Por último, era una revolución antropológica, una dinámica que no podía satisfacerse con aliviar —ni siquiera con abolir— la indigencia del proletariado, sino sólo con cubrir la brecha entre el empobrecimiento del individuo y la riqueza creativa de la especie humana.

Aprovechando la proverbial ventaja de volver la mirada hacia atrás, no es posible albergar ahora muchas dudas acerca de que el proyecto de Marx, a pesar de sus componentes autoengañosos y a veces perniciosos, desempeñó un papel constructivo crucial en el advenimiento de la modernidad como un mundo de libertad. En última instancia, el proyecto resultó una mitología proletaria que ha sido «científicamente falsificada» varias veces. Sin embargo, como Blumenberg señala acertadamente, el contraste *absolute* entre Logos y Mito es uno de los mitos de la Ilustración. «El trabajo sobre el mito» sigue siendo necesario incluso en la creación de un mundo moderno racionalizado; lo que cuenta es el *message* del «mito racionalizado». En la mitología marxista, el proletario, el paria de la sociedad, no era sólo un solicitante humilde, admitido en la buena sociedad a condición de que se preocupase por la higiene social y cultural, sino que era, en cambio, el origen de una nueva civilización. (Georg Lukacs, el único gran filósofo original de la tradición marxista, elaboró los fundamentos filosóficos de esta transición hacia una nueva civilización en *Historia y conciencia de clase.)*

Alentar la moral proletaria, elevando el modelo social al nivel del sujeto político y cultural de la modernidad, quizás haya sido una consecuencia no intencionada del impacto de la teoría marxista, una consecuencia que su propio creador hubiera considerado desesperadamente confinada al mundo que había de ser trascendido. Y, sin embargo, fue una influencia crucial y benéfica. Porque, a lo largo de todo el siglo XIX, la historia de la modernidad amenazaba con convertirse en un relato de colonización nacional y cesarismo; amenazaba con devolver la «esclavitud emancipada» —la existencia del trabajador industrial— a una esclavitud no emancipada, pura y simple.

La autoemancipación de la clase trabajadora, es decir, su participación cada vez mayor en la política y en la configuración y expansión de las instituciones democráticas, fue fundamental para el surgimiento de la modernidad como ámbito de libertad. En este proceso, la mitología marxista del proletariado no fue en modo alguno el único elevador de la moral. En los Estados Unidos no desempeñó papel alguno, y en Gran Bretaña, donde tomaron la delantera unas filosofías del socialismo liberal mucho menos homogéneas desde el punto de vista teórico y donde los sindicatos hicieron gran parte del trabajo sin filosofía alguna, desempeñó un papel muy exiguo. En términos generales, y por buenas razones, la mitología de Marx sólo tuvo influencia donde el liberalismo no era parte de la cultura política y donde las instituciones democráticas estaban bien implantadas. Sin embargo, en la Europa continental y durante algún tiempo en Oriente, resulta difícil imaginar la autoemancipación de la clase trabajadora hacia una existencia política sin la influencia de Marx.

Para Marx, apostar por el proletariado era también apostar por la industrialización. Dentro de su teoría, la industrialización tomaba un cariz revolucionario, y la era de la revolución era la era de la industrialización. Esta vinculación fue mucho más que una mera «correlación» superficial. El capitalismo industrial no era menos revolucionario para Marx que el socialismo proletario, porque había erosionado y destruido los cimientos del antiguo orden mundial con una rudeza sin paliativos. El proletariado como clase y su espíritu revolucionario se habían forjado en realidad en el taller del capitalismo revolucionario que no rendía culto a ningún sacramento de los tiempos antiguos. Al combinar revolución e industria, Marx se incorporó a la corriente principal del pensamiento moderno. Esta combinación también dio a su antropología una nueva dimensión. El ser humano aparecía como revolucionario no sólo en su capacidad de *homo politicus,* sino también en su capacidad de *homo faber.* La trayectoria del Prometeo Encadenado en la dirección del Prometeo Desencadenado (siendo Prometeo el titán que Marx solía asociar con el proletariado), puso de relieve que en la mitología proletaria la función de romper las cadenas impuestas por Dios equivalía a establecer los requisitos previos para la producción moderna. A través de la unión personal del *homo faber* y el *homo politicus* (revolucionario), la sustancia de la modernidad, dentro de la mejor tradición hegeliana, se convirtió en un sujeto (funcionalista).

La doble apuesta por la industrialización revolucionaria y el proletariado revolucionario hizo posible que Marx acuñase un vocabulario que ha configurado el lenguaje de la política hasta nuestros días, basado en las abarcadoras categorías de «capitalismo» frente a «socialismo». Estos términos binarios indicaron modos alternativos de «instituir la sociedad», que durante todo el siglo XIX y la mayor parte del siglo XX equivaldrían a establecer órdenes económicos particulares (capitalistas o socialistas de Estado). En la medida en que la modernidad se identificó o bien con el «capitalismo» o bien con el «socialismo» toda la nueva época nacida en las revoluciones libertarias, se redujo a una manera específica de organización de la economía, teniendo las dos en común que la industrialización seguía siendo una constante. También significó que la libertad de los modernos era una mera «superestructura» de la que ocasionalmente se podía prescindir.

Al introducir el lenguaje del «capitalismo» y el «socialismo», dando a entender que la economía era el centro y la sustancia de la existencia social que determina a todas las demás esferas —un supuesto de la economía política inglesa clásica que fue dogma filosófico desde Adam Smith en adelante y que Marx adoptó plenamente— Marx estableció el tono dominante de los comienzos de la modernidad. Inventó no sólo el lenguaje de los socialistas, sino también el de sus enemigos. Pero a medida que la modernidad iba llegando a su mayoría de edad, el vocabulario centrado en el contraste de «capitalismo frente a socialismo» gradualmente fue cediendo terreno a un nuevo vocabulario, un vocabulario en el cual no se distingue ningún centro determinante único de la vida social, sino más bien un vocabulario en el que la dinámica de la economía, la división funcional del trabajo, las tendencias y modos culturales de organizar la libertad política se reconocen en sus propios derechos peculiares.

Casi tan importante como su apuesta por el movimiento emergente de la clase trabajadora fue la capacidad del marxismo para atraer a los intelectuales durante todo un siglo. Porque Gramsci tenía razón, aunque hoy, en una época en que muchedumbres de intelectuales se apresuran a abandonar un comunismo estéril y espiritualmente agotado, su observación se ha vuelto en su contra: la dominación sólo estará firmemente enraizada en la medida en que sea una economía primordialmente cultural y no sólo el poder desnudo de la coerción. Una mirada rápida al propio estilo de vida personal de Marx explica gran parte de este atractivo. Este judío alemán emigrado a Londres, desconocido durante décadas en su propio país, desvinculado de los círculos intelectuales a los que despreciaba, sin haber tenido o buscado nunca un empleo en toda su vida, viviendo la vida de un hombre de letras, pero sin medios de vida independientes, este *litteratus* conflictivo y periodista independiente que participó en la incipiente política de la clase trabajadora internacional sólo a distancia, se convirtió de pronto en una figura patriarcal mitológica del movimiento mundial más poderoso en la última etapa de su difícil vida, durante la cual estuvo absorbido fundamentalmente por cuestiones familiares que manejó de una manera rígidamente victoriana. Añadamos a esto la superioridad desdeñosa con que Marx consideraba el propio orden establecido al que había dado lugar su propia obra —cuya expresión más acabada fue la altanera observación de que él no era marxista— y contemplaremos el compendio de una actitud que ha sido, de una manera abierta o encubierta, el *Wunschtraum* de una *intelligentsia* europea radical, filosóficamente colectivista pero personalmente muy individualista.

Con su polifonía, la teoría de Marx respondió a casi todas las necesidades culturales más importantes y a los más diversos gustos de la *intelligentsia* moderna. El autor del primer volumen de *El capital,* que describió «las fábricas oscuras, satánicas» de los primeros centros de explotación capitalista de una manera casi comparable a Blake, expresó las conciencias sociales rebeldes y la conmiseración de los intelectuales y también el malestar que les producía su propio modo de vida «privilegiado». Este filósofo, que consideraba a Darwin como el Newton de la biología (en una polémica no formalizada contra Kant) y prometía una ciencia de la sociedad de rigor darwiniano, fue el partidario más apasionado que tuvo este siglo de una secularización en la cual la ciencia, el nuevo Dios, reemplazase a una religión en decadencia. Pero para muchos radicales con inclinaciones místicas ese mismo profeta de la ciencia era también un profeta puro y simple. Se revelaba como el fundador mesiánico de una religión escatológico-revolucionaria, en la cual el antiguo mesianismo judío se mezclaba con el iluminismo radical, y en la cual sólo había que poner las palabras de Jesús, *ego sum via, veritas et vita,* en la primera persona del plural para que fueran aplicables al nuevo redentor colectivo, el proletariado. Marx, entusiasta lector de la tragedia griega, también demostró un sentido muy refinado de grandeza trágica que los intelectuales echaban tanto de menos en la prosa de la sociedad moderna y «artificial». En el panfleto que escribió tras la caí-

da de la Comuna de París, durante los días del terror blanco, y en los cuales un proletariado heroico se presentaba como el protagonista de una representación de la pasión, clavado a la cruz de la historia, Marx creó una *lingua franca* para los intelectuales aislados, que anhelaban el drama, la grandeza y un nuevo héroe histórico en el *chiaroscuro* de sus estudios.

Y tampoco hay que olvidar, lo que representó una tentación enorme y no totalmente inocente para los intelectuales, la historia personal del erudito privado que, por el mero poder de su mente, fue lanzado a la cima del reconocimiento político mundial. Fue la historia de un hombre que, si hubiera vivido más tiempo, no podría haber evitado hacerse marxista, es decir, un político del poder de primera magnitud. Ya se había visto claramente durante décadas antes de la Primera Guerra Mundial, cuando esta verdad se hizo patente a los ojos de todos, que la antigua élite política todavía elegida a medias sobre la base de los principios aristocráticos era por una parte cada vez menos adecuada para gestionar las cuestiones políticas modernas y, por otra, estaba bloqueando el acceso al poder de grupos nuevos y ambiciosos. La política marxista vino a ofrecer a esta nueva élite la posibilidad de arrebatar el poder a la gerontocracia social. Casi la única dimensión que se echaba en falta en la amplia panoplia de Marx fue la psicológica, crucialmente importante para los modernos intelectuales introspectivos y a menudo narcisistas. De ahí los últimos intentos reiterados por parte de los marxistas y los *marxisants* de reconciliar a Marx con Freud, cuyo último capítulo, algo extravagante, fue la tesis de Lyotard sobre la «economía libidinal» de Marx.

Esta multidimensionalidad de la filosofía de Marx, que fue una fuente importante del alcance y variedad de su atractivo, creó al mismo tiempo un dilema político para una teoría destinada, a ojos vistas, no sólo a interpretar, sino también a cambiar el mundo. Aunque en realidad Marx no es responsable de la doctrina bolchevique de la «unidad de voluntad», palabra clave para el sometimiento y lavado de cerebros totalitarios, su filosofía sí representó una reivindicación dogmática de la verdad monolítica (que no podía encarnarse en función de su propia teoría). Y esta reivindicación, tan atractiva para los tipos pobres de espíritu que temían tener una opinión propia, entró en colisión con el carácter multilaminado de una teoría que también atrajo a su seno a diversos grupos de intelectuales influyentes. El marxismo, ya en la cuna, se debatía entre las tendencias que promovían la unidad de la «Iglesia» y otras que promovían la herejía, ambas alimentadas por la propia estructura de su filosofía común.

II

La suerte que le cupo en este mundo a la filosofía de Marx —su ascenso espectacular al poder y la caída igualmente espectacular del poder que se llamó a sí mismo marxista hasta el momento de su muerte— se basó en una paradoja: la filosofía con más mentalidad política de todas las filosofías carecía de una teoría política. Existe una sorprendente similitud entre la escatología de Marx y la de los primeros momentos de la cristiandad, que surgió del Antiguo Testamento y la Ley Judía. El Redentor, que conoció a Dios cara a cara *a priori* no solamente después de su crucifixión y su resurrección, y que, por tanto, ya conocía al Padre mientras estaba en este mundo, no hizo declaración alguna sobre Dios o sobre lo que tenían que hacer los cristianos, a excepción de que debían seguirlo y apartarse del mundo. Del mismo modo, la escatología de Marx, que «conocía» el «otro mundo», puesto que lo había deducido del mundo presente, no hizo más declaración sobre este reino trascendente que la de que debería constituirse mediante la negación absoluta de lo que existía. Esta laguna crucial en la «filosofía de la praxis» dejó absolutamente perplejo a su mayor estudioso pragmático, Lenin, en aquella hora de la verdad en que la versión más ortodoxa de la puesta en práctica —el comunismo de guerra— había fracasado y era preciso abrir nuevos senderos.

Fuera lo que fuera lo que Marx tenía que decir sobre el futuro, siempre estuvo envuelto en ciertas «grandes negaciones» de su filosofía. «La sociedad de productores asociados», su término teórico reservado para el estado futuro de los acontecimientos, cuyo nombre popular en la política marxista es el «comunismo», tal vez sea la más ambiciosa de esas negaciones. Pero lo que se propone trascender no es meramente el «capitalismo», sino también la «sociedad». En los tiempos premodernos, el nombre del ámbito humano era «el mundo», un término vacío cuya función principal y quizás única era separar el hábitat humano del universo o de la naturaleza. El concepto «mundo» como el domicilio de los seres humanos dentro del universo, no dice nada ni colectiva ni individualmente sobre sus habitantes, ni tampoco hace declaración alguna sobre la forma en que organizan sus vidas. En la modernidad, el nombre del ámbito humano es «sociedad», que se entiende en

función de su «ciencia», la sociología, como un conjunto de individuos y su disposición en instituciones y grupos (clases, estratos, estados, castas y otros por el estilo) y la red de cohesiones y conflictos que surgen entre ellos. Pero «la sociedad de productores asociados» está *más allá de la sociedad*. Es una asociación en la medida en que no hay brecha alguna entre el individuo y la especie. Como consecuencia, dentro de este marco, no son necesarios conglomerados de «especies-seres» o instituciones *sensu stricto,* ni siquiera son concebibles.

La segunda «gran negación» es la de la economía como ámbito separado de las actividades humanas, como una «esfera». En una época temprana, en el momento de su conversión a Marx, Lukacs observó que el mensaje implícito de la filosofía de la historia de Marx era que el capitalismo podía percibirse como la única sociedad donde la economía era una esfera separada. (Dicho de otra manera, el «capitalismo» es la «sociedad» precisamente porque una institución importante, la economía, dispone a sus personas individuales en agrupaciones llamadas «clases».) Precisamente por esa razón, el capitalismo es el momento escatológico después del cual la economía separada se desvanecerá para siempre y las personas o bien visitarán durante breves períodos el «reino de la necesidad» o se mantendrán al lado del autómata económico y lo supervisarán. A esto se debe que Marx no concibiese jamás una doctrina económica *sensu stricto,* tanto como una antieconomía escatológica, cuyo principal postulado mesiánico era que no es ni humano ni necesario vivir en la escasez.

La «gran negación» final de la filosofía de Marx, y tal vez la más sorprendente, es la negación de la relevancia de la política para la futura «sociedad de productores asociados». Al mismo tiempo que la economía, la ley (como textos reguladores, prohibiciones e instituciones penales) también resulta abolida. Una vez aceptadas estas premisas, es cuestión de lógica que en una «asociación» basada en una antieconomía existencialista en la cual la «gestión de las cosas» puede establecerse de una manera minimalista, y donde en función de la teoría ninguna coerción o violencia (legal o extralegal) es aceptable o concebible, la política no puede ser sino un nombre vacío. No está tan claro, y, sin embargo, es verdad, que la llamada «transición» de la «sociedad» capitalista a la «asociación» libre —la esencia de la política marxista— era para Marx una cuestión no política. En la medida en que su protagonista filosóficamente constituido, el proletariado, participase en actividades como campañas electorales, movimientos en pro de la reforma social, cambios en la formulación de la constitución y legales, e impusiese su voluntad a los parlamentos y gobiernos, en otras palabras, en la medida en que hiciera política propiamente dicha, según la consideración de Marx estaba en la senda errónea, porque seguía sumida en la «sociedad», en lugar de negociar la transición hacia la «asociación».

La política de Marx era una política del Apocalipsis, que captaron mucho mejor intelectuales como Sorel, Lukacs, Sartre o Merleau-Ponty que los políticos socialdemócratas o comunistas, que hacían frecuentes referencias a él. Así pues, cualquier sutileza sobre una «teoría de la dictadura del proletariado» era o bien una postura hipócrita, una fachada trazada en el frontispicio de la tecnología de la coerción, o, como lo expresa el ingenioso término alemán, una *Wissenschaft des Nicht-Wissens-Werten.* Porque «la dictadura del proletariado» estaba destinada a ser un punto en el espacio, no una línea sucesiva; un momento congelado, no una duración; una plataforma de lanzamiento desde la cual el proletariado pudiera ser catapultado al nuevo mundo.

La otra cara de la paradoja es que precisamente esta filosofía, con la gran laguna en el lugar donde se suponía que debía estar la teoría política, en virtud de sus muchos constituyentes fundamentales, resultó ser una inspiración para la moderna política radical. Para empezar, el moderno radicalismo político fue universalista, una solución a los problemas de la especie humana, no sólo los problemas de un país, una región o grupo étnico. Así pues, no podía hallar trasfondo o base mejor para sí misma que la filosofía de la historia ultrauniversalista de Marx. En segundo lugar, la premisa del moderno radicalismo político es la creencia en la interminable «factibilidad» de ese artificio que es el mundo moderno. La filosofía de Marx proporcionó una explicación completa para la tendencia a «ser el artificio», con su idea de un proyecto social, un «plan», y con su telos fijo de dinámica histórica.

Por último, la política radical podía ser entendida en términos marxianos como una función de dos conceptos disparatados. Por una parte, era una *techne* perfecta con un grado mayor de «realismo» que la *Realpolitik,* porque supuestamente estaba basada en la más objetiva «ciencia de la sociedad». Por otra parte, era una política del destino, porque para hacerse realidad, la necesidad histórico-política requería los hechos más heroicos de los actores que lo arriesgarían todo y desafiarían al destino. Esta combinación de objetividad

extrema, planteada como la ciencia natural de lo arbitrario, y lo provocadoramente subjetivo, que en momentos cruciales simplemente descartaba los resultados de su propia ciencia, atrajo enormemente al tipo de actor radical que era al mismo tiempo más calculador y, por tanto, pragmáticamente más exitoso que el Maquiavelo tradicional, pero que, sin embargo, finalmente cayó en el abismo.

Las dos alternativas políticas que surgieron de la inspiración marxiana, la socialdemócrata y la comunista, hicieron selecciones arbitrarias entre las dimensiones de la filosofía de Marx, aunque durante mucho tiempo ambas se declararon ortodoxas. La socialdemocracia, cuya adecuada autodefinición puede encontrarse en el pronunciamiento de Bernstein de que el movimiento lo es todo mientras que el objetivo no es nada, difundió todos los elementos apocalíptico-escatológicos de la visión original. Fue la encarnación de una política genuina y completamente secularizada, pero con mala conciencia. Mientras prudentemente optaba por la inmanencia de la modernidad —a la que pretendía redisponer críticamente una y otra vez, en lugar de dedicarse a la aventura de su absoluta trascendencia—, mientras representaba el espíritu hiperracionalista de Marx, «el Darwin de la sociedad», a menudo sentía remordimientos por abandonar la grandeza de la política escatológica, y pedía perdón por su propia «cobardía». Además, para librarse de la tentación de una política implacable y peligrosamente imprudente del Apocalipsis, la socialdemocracia empezó por abandonar a Marx y después se deshizo también de la teoría y de la imaginación cultural. Como justo castigo por esta castración siguió confinada al Primer Mundo, porque lo que en el Primer Mundo parecía una política simplista, aunque atractiva, en el llamado Tercer Mundo resultó una fórmula mucho más compleja y al mismo tiempo insuficientemente radical.

La segunda alternativa, «el marxismo-leninismo», fue una elección incluso más arbitraria entre el menú de la filosofía marxista y tuvo por resultado el recorte y fragmentación de dicha filosofía. Aunque conservó la fraseología de Marx, el marxismo-leninismo tiró por la borda todo el legado «humanista» de la filosofía de Marx y utilizó lo que quedaba como justificación para la contribución comunista a la tecnología política: la teoría y la práctica del totalitarismo. En un sentido pervertido, esto también fue una reflexión sobre un difícil postulado de la filosofía de Marx, y también una solución al mismo: el postulado que exigía la caída de la teoría en la práctica, creando su unidad al realizar, y así negar, la filosofía. De una manera igualmente pervertida, también fue «fiel» al espíritu universalista de Marx, porque la innovación comunista, la actualización de la tradicional *techne* de la tiranía, se estaba difundiendo en todos los continentes. Durante un tiempo tuvo un éxito espectacular en el Tercer Mundo, porque era la forma más simple posible de eliminar el orden tradicional y establecer un nuevo tipo de poder para un nuevo tipo de élite.

El lema para la autopromoción de la nueva élite era «modernización». Pero en lugar de nutrirse lentamente de una individualidad que estaba naciendo, promoviendo una cultura compleja de emociones y modos de vida, en lugar de alentar a la ciudadanía a reemplazar los vínculos de sangre y de parentesco, de establecer la igualdad de los sexos, de crear una conciencia legal y escribir buenas leyes comprobándolas mediante el sistema de ensayo y error, la nueva élite se conformó con organizar su poder a imitación de los aparatos comunistas, a repetir los clichés del marxismo-leninismo y, sobre todo, a confiscar toda la riqueza de la sociedad.

Puesto que ambas alternativas políticas, inspiradas en la filosofía de Marx, descartaban dimensiones fundamentales de dicha filosofía, la bifurcación provocó ondas recurrentes de oposición interna, que se acusaban unas a otras de falsificar las intenciones originales. El primer radicalismo «izquierdista» del período anterior a la Primera Guerra Mundial de la Segunda Internacional y la tardía oposición «derechista» al comunismo postestalinista se proclamaron depositarias del mensaje genuino que había sido distorsionada por la pseudoortodoxia dominante y ambas acariciaban la ambición autoengañosa de reconstruir un texto marxista más allá de la división política en «oportunismo» socialdemócrata y comunismo totalitario, y ambas pertenecían estructuralmente al curso del marxismo como política. Y, a su vez, todas las oleadas de oposición al marxismo tenían su propia «dialéctica». En la medida en que combatía a su adversario marxista defendía uno u otro aspecto progresivo de la modernidad. Esto es particularmente cierto de los marxistas revisionistas antitotalitarios durante las últimas décadas del «socialismo real». Pero una vez que la postura que atacaban quedó debilitada o se vino abajo, y cada vez que trataban de afirmar su tesis como una síntesis de todos los «elementos emancipadores» del texto original, o bien adoptaban una postura ilusoria o simplemente la degradaban en una reacción vulgar. El segundo escenario está perfectamente ejemplificado por la carrera de la «filosofía

de la praxis» yugoslava. Al abandonar la postura de la oposición interna y convertirse en la ideología oficial del comunismo nacionalista serbio a través de la participación de su conocido teorizador, M. Markovic, en el liderazgo del partido, no hacen sino librar la batalla de retaguardia del totalitarismo europeo y adoptar al mismo tiempo una postura de vanguardia, muy similar a la de sus enemigos pro-Ustasha, en una ponzoñosa nueva oleada de tribalismo.

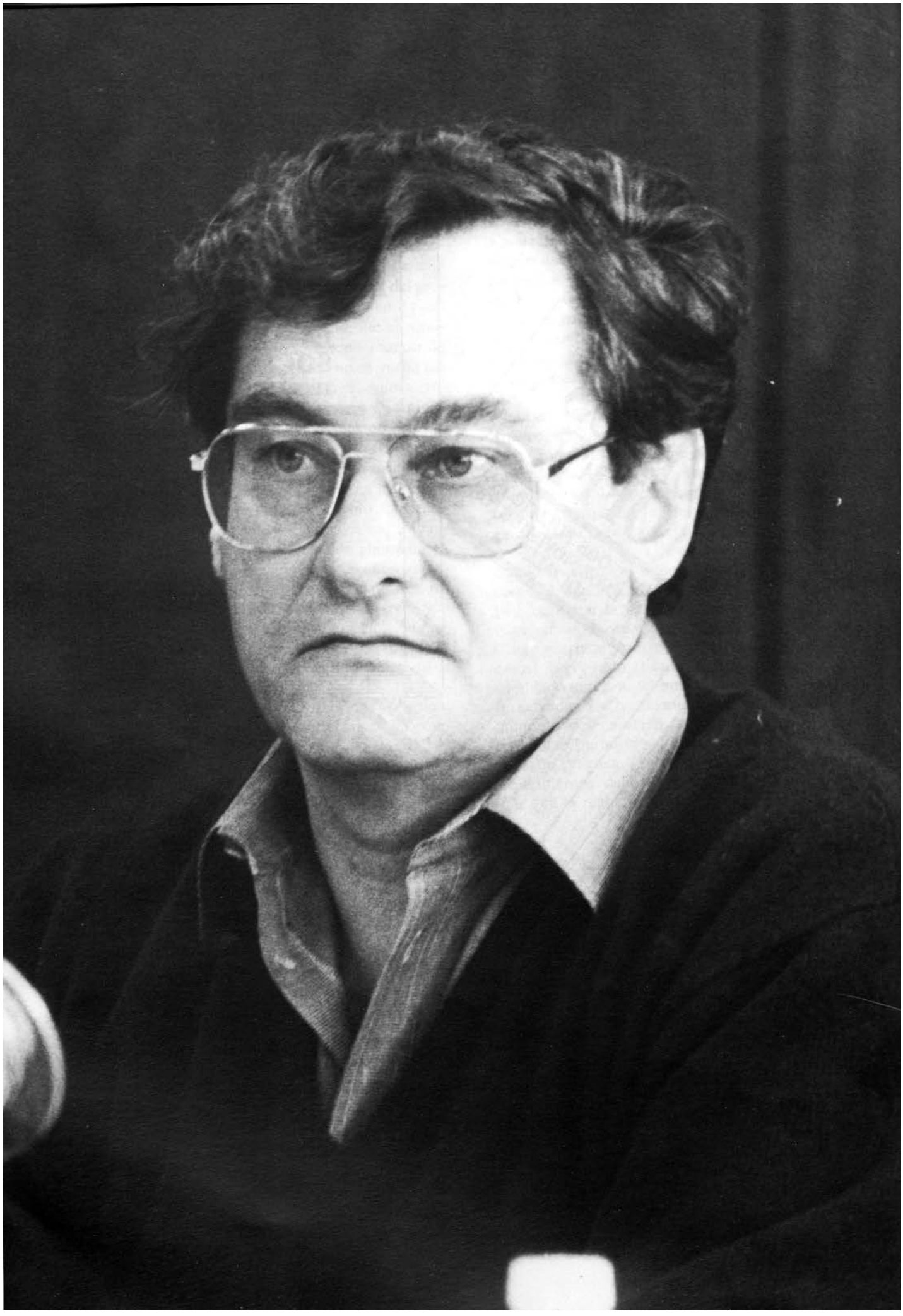
De forma proporcional al gradual autodistanciamiento socialdemócrata respecto del texto de Marx, y como reacción al mismo, la construcción de una nueva ortodoxia se ha convertido en el pilar fundamental de la política comunista. El nombre surgió más tarde, con la publicación del famoso ensayo de Lukacs a comienzos de la década de 1920, pero en una mirada retrospectiva permite ver ya la tendencia a la ortodoxia *avant la lettre* en el partido de Lenin, antes de que adoptase el nombre oficial de «comunista». Con toda probabilidad, los bolcheviques, la mentalidad predominante, incluido Lenin, no tenían idea del valor tan serio que Lukacs daba al término «ortodoxia»; porque para ellos las lindezas teológicas eran *terra incognita.* Lukacs, sin embargo, anticipándose a Gramsci, fue profundamente consciente del hecho de que nuestra cultura se ha organizado tradicionalmente en torno a un texto fundamental. Constituir la autoridad del texto clave y controlar su interpretación es el poder supremo, un poder más influyente que cualquier aparato de coerción y terror. Y aunque siguieron siendo impermeables a las más sutiles connotaciones culturales, los bolcheviques captaron el mensaje básico de Lukacs y lo tradujeron en la ortodoxia de la Iglesia del Gran Inquisidor —al que se dio el nombre de «la pureza del Marxismo-Leninismo»—.

Pero nunca entendieron la advertencia de Hegel que había comprendido muy bien que la monopolización del texto y el control sobre él nunca son suficientes. En nuestra cultura, el futuro de un gran texto, así como el de la «Iglesia» en la cual se encarna, depende de la riqueza del texto, de la posibilidad de su lectura herética y de las reservas internas y capacidad elástica de la «Iglesia» para reintegrar la interpretación herética dentro de la ortodoxia. Los comunistas se pusieron a esta tarea con su habitual torpeza confiándola a su San Félix implacable y de miras estrecha. Cuando Lenin rechazó lapidariamente la teoría de Lukacs por «demasiado abstracta y mala», condujo la ritualización hacia la interpretación más deficiente posible del gran texto de Marx. Y bajo el gobierno de Stalin, la herejía no se aprovechaba para «mejorarla», reprimirla *y* reintegrarla, sino que más bien se la exterminaba en el GULAG. El resultado fue el vaciamiento total, tanto intelectual como espiritual, de la ortodoxia marxista en el momento en que el comunismo estuvo maduro para caer, que es la explicación más importante para la falta de defensas internas de los comunistas, una vez que desapareció el aparato de opresión.

Dándole la vuelta a la conocida frase de Georges Marchais, *le bilan (du communisme) est globalement negatif;* a decir verdad, y a todas luces, el comunismo puede ser acusado de la corrupción absoluta de una modernidad todavía joven con su sofisma denominado «dialéctica». Pues lo que «la tiranía de la libertad» dejó tras de sí fueron los monumentos del exterminio masivo, de la misma clase de los campos de concentración de Hitler; uno y otro constituyen un museo en el que se exhibe la fragilidad de la Ilustración. También desencadenó de manera fundamental, pero no solamente entre los intelectuales, una indiferencia cínica hacia el valor fundacional de la modernidad, la libertad. Favoreció todos los rasgos traumáticos y patologías genéticas de la modernidad. La época de las revoluciones, con su velocidad excesiva, su pulso acelerado y su ritmo histérico fue declarada como el «tiempo normal» de la modernidad y ha sido impuesta a épocas enteras, que quedaron sofocadas bajo su peso. La dictadura del futuro, en sí misma una excrecencia de la modernidad orientada hacia el futuro, se vio teóricamente reforzada y solemnemente proclamada en el presente. «La sociedad como artificio» fue producida experimentalmente en laboratorios gigantescos donde las vidas de los cobayas humanos fueron tratadas como una *quantite negligeable.* El impulso del péndulo de la modernidad se detuvo en un extremo, el movimiento contrario quedó prohibido y bloqueado: el habitual *modus operandi,* el ensayo y error, quedó excluido y de esa manera la economía fue paralizada. El colapso y la bancarrota monumentales del milagro económico del siglo, la industrialización bolchevique como *blitzkrieg,* fue un resultado directo e ineludible de esta detención del péndulo de la modernidad. En este choque no sólo se destruyeron las pretensiones infundadas y excesivamente ambiciosas de una gestión hiperracionalista de las cuestiones económicas de la sociedad. En sí misma, esto sería una ganancia neta, sin pérdidas. Pero la modernidad ha quedado también con profundas cicatrices: una «institución social imaginaria» temporalmente paralizada y una confianza en sí misma peligrosamente reducida en la confección de proyectos.

En el experimento comunista, al traducir la filosofía en praxis, no se «realizó» ni un solo elemento del proyecto marxista original, y el proyecto en su conjunto quedó política e irreparablemente comprometido. Una filosofía de autonomía absoluta generó un mundo de heteronomía casi completa, a través de algún tipo de política que actuaba en su nombre. La «sociedad planificada», que dedujo «científicamente» el futuro a partir del presente (un procedimiento que supuestamente puso fin a la opacidad de la sociedad, que fue el resultado de la reificación) resultó ser un mundo de caos último e irracional en el cual no se vertía luz alguna sobre las tendencias capilares. Ahora, varias décadas después de la instigación y administración comunista de las revoluciones no sólo no queda un sujeto revolucionario, sino que el proyecto mismo de la revolución ha sido acabado y descartado. Cuando Habermas llamó a los levantamientos de la Europa del Este «revoluciones restauradoras», lo dijo como crítica, no como alabanza, pero en realidad esta descripción algo amarga es la apreciación más elevada de los acontecimientos de la época de 1989-91. Porque las últimas revoluciones políticas de «Occidente» han vencido finalmente a su vástago y a su aberración, «la revolución social permanente», y han restaurado la modernidad a un estado de normalidad —en sí misma sumamente problemática— de la cual puede partir la obra de una reforma social genuina. Con las «revoluciones restauradoras» se ha completado la obra de 1789.

¿Hasta qué punto es Marx responsable de los crímenes y fiascos de la «política marxista»? Al parecer no hay mucha necesidad de entrar en una de las discusiones más estériles de la historia cultural, la que trata de establecer la responsabilidad de Marx con respecto a los GULAG o la responsabilidad de Nietzsche con respecto a Auschwitz. Los filósofos, por ejemplo Lukacs o Heidegger, sólo tienen responsabilidades respecto de aquellos acontecimientos que fueron cometidos con su participación y respaldo como personas privadas y miembros de partidos totalitarios; y Marx no era un marxista. Pero la postura contraria difícilmente puede transformarse en un nuevo mito, es decir, el mito de Marx como figura aislada de la política marxista, que no tiene nada que ver con ella y que espera que le llegue su «genuina hora histórica». Este sería un mito muy poco profundo, al cual pocos se suscribirían, y que difícilmente podría configurar la «institución imaginaria» de la modernidad. Marx, el gran filósofo y sociólogo, el crítico de la postura de instituir la sociedad exclusivamente en el signo y bajo la dominación de una organización particular del orden económico, seguirá siendo importante para muchos que conservan el aspecto crítico de su concepción de la modernidad. Pero en la medida en que la modernidad siga siendo libre y «normal» se cuidará muy bien de evitar la guía del tipo de política que se basa en un escenario radical de razón teórica. Como acertada y correctamente señaló Odo Marquard, ha llegado el momento en que el mundo, cambiado tantas veces por tantos filósofos, sea por fin salvado. Y salvar el mundo significa fundamentalmente la separación de la razón teórica, en la cual están permitidos todos los experimentos, de la razón práctica, la razón política, en la cual los experimentos deben seguir siendo la excepción más que la regla.



FIN DEL SOCIALISMO, ¿FIN DE LA UTOPIA?

Hinrich Oetjen

Los sistemas de «socialismo real», como lo denominaban los países del bloque del Este, han caído. Ellos, que en otro tiempo querían catapultar el capitalismo en la crisis y posteriormente en la decadencia, por medio de la competencia mundial del sistema, se encontraron, por los elementos de su propio sistema y por la dependencia con la economía mundial, en una crisis permanente de la que finalmente no se recuperaron.

Los elementos constitutivos de estos sistemas eran una economía administrativa central, una dictadura de partido (llamada dictadura del proletariado, pero, en realidad, dictadura de una nomenclatura burocrática también sobre el proletariado) y, por ello, un estado de irresponsabilidad organizada. Cualquier iniciativa individual o de grupo que hubiese querido posibilitar una corrección o mejora era vigilada, combatida y criminalizada como fraccionamiento, oposición o acción del enemigo. Para asegurar su poder, la minoría, que nunca se sentía legitimada por el pueblo, se servía de un terror estatal permanente. Así, toda vida pública era ahogada e impedido cualquier desarrollo, hasta que finalmente causaron su propia bancarrota.

Lo funesto de esta historia es que estos sistemas se apoyaban en las teorías de Marx y Engels y, con ello, han desacreditado el concepto de socialismo. Sin duda pueden asegurar debidamente todos los socialistas liberales, que al mismo tiempo son críticos de este sistema, que no se trataba de sistemas socialistas, si es que puede haberlos, sino de dictaduras con economía de mando central, pero la fascinación que este concepto provocaba en su momento ha desaparecido. Hasta aquí nos conmueve esta caída, aun cuando nunca hemos identificado nuestra propia utopía o idea de socialismo con estos sistemas, más bien al contrario, los hemos combatido activamente. Por ello se ha hecho necesario examinar rigurosamente las teorías de Marx y Engels y ver si ya está determinada la fatal práctica posterior, qué es lo que se puede aceptar hoy y qué es lo que está superado. Por otra parte, también nosotros debemos revisar consecuentemente nuestras ideas concretas y ver si conllevan un desarrollo antidemocrático, ecológicamente ineficaz y de economía terrorista. Hay teóricos serios, en lo que concierne a la responsabilidad de Marx y Engels, cuyo juicio no se excluye de esta historia fatal. Si bien en sus teorías se trataba esencialmente de una crítica al capitalismo y no de un proyecto de otro sistema, ofrecían formas populares para la solución de problemas difíciles. Estas consistían, muy simplificadamente, en la supresión del capital privado, la soberanía del proletariado, la planificación de la producción, la repartición según necesidades y la utopía de la desaparición del Estado, en cuyo lugar debería existir una sociedad autogobernada. Atribuyen poco valor al camino democrático del cambio social y fomentan el mito de la revolución. Cómo se llega de una dictadura del proletariado a una so-

ciedad autogobernada queda poco claro y es más bien romanticismo que conocimiento científico.

Con ello, ofreciendo sus ideas como ideología científica y un camino metódico para cambiar toda la sociedad, se crea otra problemática. Durante el período de la Ilustración, de las industrias en desarrollo, de las revoluciones burguesas, del florecimiento de la ciencia natural, se forma una creencia científica general que lleva a la adaptación, sobre todo por la izquierda, de la idea de progreso como determinado por la ciencia natural y la técnica (Hegel se hace de nuevo popular). Cree en un entendimiento, productividad, racionalidad social cada vez mayores donde se adivina claramente el espíritu universal de Hegel. Desde entonces se presenta intolerante e ignorante con la seguridad del vencedor como única ideología justa y condena todas las demás ideas como poco científicas. Pero esto tiene también como consecuencia que todas las palabras y frases de Marx y Engels sirvan como justificación de cualquier práctica y, por ello, ya no se comprueben a través de una práctica social. Las ideas de Marx y Engels se transforman así en ideologías. Esto ya fue la crítica central de Karl Korsch en los años veinte.

¿Cuáles son las consecuencias? Mi opinión es que la izquierda debe suprimir algunas ideas que han jugado más o menos un papel subliminal sobre todas las cosas en la teoría y en la práctica. Lo primero sería abandonar la creencia económica actual. No hay una teoría única correcta cuando se trata de la estructuración de relaciones sociales. Aquí la izquierda debe reconocer un pluralismo de valores, establecer convincentemente sus propias ideas y llevarlas a cabo democráticamente, siempre en competencia con otras ideas de una sociedad mejor, más justa, etc. Las teorías marxistas también pueden servir en el futuro, mientras no se ofrezcan explicaciones más plausibles para análisis de la impuesta sociedad capitalista vigente, pero no como método para la futura estructuración social.

Por lo demás, la historia ha probado que siempre puede volver a haber recaídas en la barbarie, que Rosa Luxemburg, quiso eliminar a través del socialismo *(Socialismo o Barbarie,* R. L.). Hasta ahora no se ha evitado por ningún sistema. Cómo asegurar «derechos civiles» o «derechos humanos» necesita, sin duda, de reglamentos más complicados y garantías internacionales. Esto no puede solucionarse como una cuestión del sistema. Además, hay que discutir la cuestión fines-medios. También la izquierda considera justificado aceptar medios inhumanos porque el fin elevado lo legitima.

Simone de Beauvoir dice en su libro *Hay que quemar a Sade:* «Un sofisma se produce cuando un adversario de la Unión Soviética sólo saca de la política estalinista despotismo criminal y omite contraponerlo a los fines perseguidos por dicha política». ¿Los métodos no definen los fines? Aquí no debe compensarse el terror de la izquierda con el de la derecha, si bien, desde el punto de vista de las víctimas, es indiferente. La crítica de la barbarie sólo es creíble cuando, para la obtención de los propios fines, se renuncia a métodos bárbaros porque éstos los desacreditan.

Una consecuencia posterior radica en la corrección de la idea progresista de las ciencias naturales. Los riesgos de la energía nuclear, la quema de combustibles fósiles, la producción de «basura», el uso cada vez mayor de los recursos para productos inútiles o más bien peligrosos no aumenta el nivel de vida, sino que pone en peligro el futuro de la humanidad. No se puede recomendar nuestro modelo de economía como ideal universal. Progreso que puede ser no sólo desarrollo técnico, producción mayor, distribución justa = nivel de vida. Tenemos que trabajar menos, trabajar de otra manera para vivir mejor. Deberíamos producir menos y de otra manera para vivir mejor.

FIN DE LA DIVISION DEL MUNDO

Es cierto que en nuestro lenguaje coloquial, cuando se trataba de sistemas, hemos hablado de Primero, Segundo y Tercer Mundo (algunos han desarrollado incluso el concepto de Cuarto Mundo). Entonces había solamente la competencia de los dos primeros mundos en la forma de competencia de sistemas globales de los que también se definía la política exterior y de seguridad de los bloques. Los llamados no alineados incluían las zonas de influencia, que eran a menudo lisonjeadas por ambos sistemas.

Gracias a la caída de los sistemas del socialismo real se eliminó la competencia de sistema para el primero. Eso crea de nuevo espacio libre para utopías. La hasta la fecha competencia de sistemas ha llevado hasta ahora a una casi total prohibición de utopías. Aquel que analizaba su realidad correspondiente y planteaba o reclamaba cambios era estigmatizado por medio del esquema dominante amigo-enemigo. Este esquema servía para someter las mejores posibilidades existentes del sistema correspondiente, entretanto se le declaraba partisano del enemigo. En la República Federal, todo aquel que hablara de socialismo en

la época de Adenauer era considerado amigo de Ulbricht y de la RDA, aun cuando no tuviese nada que ver con ello. Eso se le imputaba si no quería pasar por oportunista. El anticomunismo dominante establecido como real a través de las experiencias de la RDA, fijado por amplios círculos de la población y no sólo por la derecha, llevó a una prohibición de la utopía impuesta por sí misma. En cualquier caso, toda alternativa a nuestras relaciones parecía aterrizar en Moscú y allí cada inconformista, aquí mimado, era difamado como caótico anarquista o algo peor. De estas cadenas nos hemos liberado, pero todavía no de que nuestras utopías tengan que separarse fundamentalmente de la realidad pasada si quieren hacerse fuertes y ganar de nuevo apoyo no quedándose en un ergotismo como una secta. En la revista de empresarios de la RFA *Der Arbeitgeber,* núm. 18/43, 1991, se publicó un artículo de Arno Krüger, procedente de una conferencia de la fundación «Walter Raymond», con el título «La idea socialista sobrevive como crítica y deseo». El autor dice: ¿«Socialismo después de su año destino 1989, se acabó el sueño? No, el sueño de la comunidad socialista ideal, el amor, la bondad y la solidaridad quedará. Simpatía en vez de oposición de intereses: crítica ética radical, que mide y condena realidad con la imagen de la utopía. El idealismo —así lo parece— es insustituible como impulso ético, pero desastroso como legitimación del poder...»

En nuestra opinión, ¿de qué deberíamos despedirnos? ¿Del concepto de un socialismo como ideología que legitima el poder? Con ello estaríamos seguramente de acuerdo. Pero se puede añadir que el concepto de socialismo desde arriba con más Estado, planificación y dirección, que introdujo la socialización de la propiedad contra los intereses de los individuos como medio de hacer feliz a la mayoría, se ha hecho obsoleto.

¿Qué queda? André Gorz lo formula así en su libro *¿Y ahora qué?:* «El sistema socialista dominante ha caído; la guerra fría ha terminado; el Occidente ha vencido. ¿Sobre quién? ¿Sobre qué? ¿Es su victoria una victoria de la democracia? ¿Una victoria del capitalismo? ¿Podemos aguardar el futuro con confianza y decir: "Nuestro sistema social queda probado como bueno y estable, ofrece a la humanidad la solución a sus problemas pasados y futuros, puede servir como modelo"? ¿No se sostiene su relativa y parcial seguridad en su labilidad, capacidad de cambio, capacidad de desarrollo y multiplicidad de formas, lo cual remite por su parte a sus múltiples contradicciones internas, a una compleja e intrincada falta de unidad comparable a un ecosistema, gracias a la cual se producen siempre nuevos conflictos entre fuerzas parciales independientes, las cuales ni se someten ni permiten el orden de una vez?

¿Hacia dónde se desarrolla, camina, se diferencia, esta compleja sociedad? ¿En dirección a miles de mercados parciales, siempre intrincados, suprimidos a cada intento de orden y canalización? ¿O deja esa dirección y va hacia una represión política de lógica de mercado y de fuerzas de mercado? ¿O las dos al mismo tiempo en un proceso vertiginoso? ¿O sin dirección a ninguna parte, es decir, un desorden entrópico, sin sentido, al encuentro de una barbarie caótica (como algunas grandes ciudades de Norte y Sudamérica)?

¿Puede subsistir una sociedad sin dirección, sin orientación, sin meta ni esperanza? ¿Puede subsistir si tiene como meta más alta el bienestar material, los placeres efímeros y, al mismo tiempo, orienta su capacidad de producción, su delirio de producción, a su lujoso nivel de consumo? ¿No sucumbirá cada vez más la gente por esta falta de orientación, meta y futuro, a la tentación de buscar refugio en religiones abstractas, los así llamados sistemas de pensamiento fundamentalistas?»

Yo estoy de acuerdo. Con ello quedan hechas las preguntas correctas a las que debemos encontrar respuestas.

Hay en el capitalismo muchos problemas sin solución. Las preguntas de André Gorz aluden a ello. El problema más importante es la tendencia a la crisis. En Estados Unidos esta crisis se siente perfectamente en este momento. No es universal ni simultánea —también se diferencia de país a país, como se diferencian los sistemas capitalistas si se compara Suecia, la RFA o Estados Unidos—, pero no es evitable, sobre todo cuando no se pueden hacer pronósticos seguros de cuándo y cómo entrará. Estas crisis siempre ponen de nuevo en peligro para amplios sectores de la población (inclusive la clase media en Estados Unidos) el nivel de calidad de vida conseguido, seguridad social y perspectivas de vida. Un control de la economía, incluso el keynesianismo, no ha cambiado nada hasta la fecha. Con todo ello, el capitalismo no ha caído, como casualmente pronosticaron los marxistas, ni son las crisis el principio de la revolución de las circunstancias, o sea, una oportunidad para la izquierda, sino que, por regla, los perdedores de la crisis se inclinan al miedo y se desarrollan conscientemente hacia la derecha. También resultó siempre bien para «el sistema» liberarse de la crisis con innovaciones y grandes capacidades de renovación. A pesar de ello sigue siendo un problema para la izquierda cómo pueden llegar a asegurarse la seguridad social y la estabilidad econó-

mica. Las viejas y muy generales recetas ya no sirven.

Si se habla hoy en los antiguos Estados comunistas de la fascinación del capitalismo y cuando los representantes de nuestros países lo elogian, se refieren siempre a la economía de mercado social como si el capitalismo se hubiera desarrollado orgánicamente hacia ella. No se habla del hecho de que lo social del capitalismo es producto de las diferentes contrafuerzas y se conquistó y logró a través de batallas y compromisos. ¡Pero así fue! Las condiciones democráticas lo hicieron posible. A través de sus críticos el capitalismo se podía mejorar, se eliminaron defectos y se desarrolló. La economía de mercado, por sí misma, y eso muestra la actual evolución en la Alemania oriental, no es capaz de solucionar todos los problemas. Hacen falta preparaciones infraestructurales de los Estados (comunas) y subvenciones como estímulos. Ni siquiera los sueldos bajos son suficientes para decidir cuestiones sobre las condiciones.

A pesar de la queja de los sueldos altos, las empresas siguen invirtiendo en el espacio de la antigua RFA y no en la Europa del Este barata. Cercanía al mercado, infraestructura, nivel de calificación, suministración y condiciones estatales básicas son circunstancias mucho más decisivas. Pero no se sabe todavía si a lo largo las fuerzas activas y las contrafuerzas serán suficientes para un desarrollo social positivo.

LAS NUEVAS TAREAS PARA LOS SINDICATOS

Para los sindicatos en la Europa del Oeste surge un problema absolutamente nuevo por el hundimiento de los sistemas de la Europa del Este. No pueden preocuparse solamente de modo nacional de las luchas de distribución entre capital y trabajo, o bien de asegurar socialmente a sus miembros, sino que tienen que conseguir un equilibrio social entre los correspondientes trabajadores y la gente de los países de la Europa Oriental, de otro modo las diferentes islas de bienestar de la Europa Occidental no durarán, no estarán aseguradas, ni siquiera con poder militar. Con ello se trata de una tarea poco usual, porque los sindicatos, en su mayoría, trabajan nacionalmente en nombre e interés de sus correspondientes miembros, a menudo en competencia en vez de en solidaridad. La política del más y más solamente en nuestros países ha llegado a su fin, sin que sus partidarios se hayan dado cuenta. Esto no se limita a unos pocos Estados europeos y americanos. Por el contrario, las injusticias y desigualdades desatan una migración de los pueblos en comparación con la cual las de la Edad Antigua resultan modestas.

En la práctica esto resulta mucho más difícil que lo descrito y lamentado aquí. La redistribución no sucede de manera que los trabajadores de los países europeos industrializados renuncien a mejoras de sueldos o a prestaciones de la seguridad social, aceptando peticiones o convenios colectivos más moderados. La parte del producto nacional bruto así acumulada quedaría para los empresarios (o mejor dicho, propietarios de empresas). Según las experiencias realizadas hasta ahora, deberíamos dudar de la posibilidad de que esta parte de los beneficios se invierta en un equilibrio entre Oeste y Este y, por tanto, en una superación de los contrastes y un régimen económico más justo. Es bastante más probable que este capital no se utilice productivamente, sino especulativamente. En todo caso, esto causaría de nuevo entre nosotros otra distribución de sueldos injusta. Queda el Estado, que redistribuye los sueldos actualmente fijados, orientados según la situación nacional o de la economía regional, debiendo ocuparse del equilibrio internacional. Deberíamos poner en duda que esto funcione, como lo demuestra nuestra política de siempre con los países del Tercer Mundo. ¿Y entonces qué? ¿Tal vez fondos de ayuda desarrollados por los sindicatos o por los trabajadores? Seguramente tampoco podrían solucionar esta enorme tarea. Pero podrían ayudar a que en las nuevas repúblicas de la Europa Central y del Este no se introduzca solamente la economía de mercado, sino que se desarrollen también sindicatos libres y capaces, que podrían ocuparse de unas condiciones sociales razonables y, por tanto, de una economía de mercado social.

Esto significa, para los sindicatos, nuestro desarrollo y nuestra tradición, una gran responsabilidad. Los pueblos de la Europa del Este nos relacionan con una imagen de buenos sueldos, gran seguridad social y defensa exitosa de los intereses de los trabajadores. Esperan que les ayudemos a realizar rápidamente nuestras condiciones de vida.

MEJORA DE LAS CONDICIONES DE VIDA EN LA EUROPA CENTRAL Y DEL ESTE

Para conseguir una mejora de nivel y de la condición de vida hay que realizar una economía eficaz. El sistema económico allí está en un estado desolado, a excepción de las industrias de arma-

mento y astronáutica que tampoco se pueden transformar de hoy a mañana en industrias de bienes de consumo. Falta experiencia para llevar empresas independientemente, por propia cuenta y responsabilidad, según las normas de la economía de mercado, y falta capital para llevarlas a un estado de eficacia y competitividad. Falta la infraestructura correspondiente y, sobre todo, conocimiento. Para desarrollar todo esto necesitan de ayuda externa.

Sin que se mejore y funcione el abastecimiento del pueblo, las reformas democráticas tampoco pueden salir bien. Los conceptos populísticos, místicos e irracionales ganarían si las reformas económicas y democráticas no llevasen hacia un abastecimiento satisfactorio. Todo esto podría poner en peligro la seguridad política y económica de la Europa Occidental.

¿Pero cómo dar hechura al proceso de reestructuración? Hacen falta en poco tiempo enormes masas de capital para modernizar la economía de estos países. Este capital no se puede acumular a corto plazo. Pero el endeudamiento ya es gigantesco. Por tanto, la única solución serían las transferencias de capital del Oeste al Este. Pero también se trata de inversiones de capital privado. Tienen que formarse desplazamientos de inversiones del Oeste al Este. Todo esto no puede quedar sin consecuencias para el desarrollo industrial de la Europa Oriental. Ya hoy se oyen gritos cuando el capital no se invierte en el propio país. Algunos temen una pérdida de la importancia industrial, una reducción de posibles puestos de trabajo, otros una dependencia del capital extranjero. A pesar del alto grado de entrelazamiento de las economías e industrias de la Europa Oriental aún no nos hemos recuperado de resentimientos. De todos modos, está claro que estos nuevos desplazamientos económicamente necesarios crearán en los sindicatos de los países del Oeste nuevos problemas. De ello no se excluirán los conflictos de distribución. En la RFA ya sufrimos bastante drásticamente las actuales negociaciones tarifarias.

En los últimos años en la Europa Occidental se efectuó en los trabajadores un cambio de valores. El trabajo ya no es el sentido de la vida, sino un medio para vivir mejor. Todo ello en un doble sentido, porque han crecido tanto las exigencias de un trabajo con sentido como el hecho de no buscar y encontrar este sentido de la vida exclusivamente en el trabajo. La moral laboral ya no existe, fracasó, según el postulado de André Gorz. Cada sindicalista sabe hoy que la acumulación de trabajo sin sentido no sirve para nada, ni tampoco la socialización de amplios sectores de la actividad social por el trabajo retribuido, sino que hay que formarlo mejor, disminuir las horas de trabajo y dividirlo más justamente. Con ello se crea más autonomía de tiempo para cada uno y, por tanto, necesidades diferentes, que no se satisfacen solamente en un concepto consumista, sino que piden una forma de vida propia y activa. Este cambio de valores no sucedió en las circunstancias ideológicas de la Europa Oriental. Todos trabajaban, por las condiciones técnicas y la influencia ideológica, durante más horas, gastando más fuerzas y con menos éxito. Por tanto, la consciencia sigue mucho más centrada en el trabajo que aquí. Pero también allí las revoluciones y modernizaciones llevarán a un trabajo más productivo y exitoso. Al mismo tiempo que bajarán los esfuerzos de trabajo socialmente necesarios. Con una distribución de trabajo injusta surge un paro alto y, relacionado con ello, una economía informal, de ayuda recíproca, pero también una criminalidad con estructuras parecidas a las de la Mafia.

Todos los movimientos de la izquierda tienen que responsabilizarse frente a las nuevas estructuras que se crean en el Este. No tanto en el sentido de inmiscuirse y saberlo mejor, sino insistiendo en los derechos humanos y democráticos y también en la influencia de las luchas de distribución sociales. Tienen que preocuparse de los contrapesos adecuados en las nuevas sociedades capitalistas para que estos pueblos no tengan que reducir su punto de vista hacia lo «nuevo» y para que no se desarrollen sistemas intrincados, místicos y peligrosos, que pondrían en peligro la paz social y militar.

Hasta ahora no existe un concepto social convincente mejor que los diferentes sistemas capitalistas para solucionar estos problemas. En ello consiste la crisis de la izquierda. En la Europa Occidental la izquierda tenía más importancia, se centró solamente en sus propias circunstancias y aún no han analizado y asimilado lo suficiente las nuevas condiciones del mundo. Nuestro deber en un futuro próximo consiste en encontrar un concepto para el vencimiento de los problemas gigantescos que surgieron del hundimiento del sistema del socialismo real. Hay muchos pensamientos de diferentes corrientes y grupos en la Europa Occidental, sin que hasta ahora hayamos conseguido un entendimiento y cooperación mejores. Quizás nos ayude la envergadura del deber.

Enero de 1992

LA IZQUIERDA Y EL SISTEMA INTERNACIONAL DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO

Roberto Mesa

En un mundo que se creía sin ideologías, los acontecimientos acaecidos en un lapso muy breve de tiempo han demostrado no sólo su vigencia, sino, lo que es más importante, la necesidad de su reactualización o la urgencia que corre el formular nuevas pautas de comportamiento y nuevos modelos inspiradores de éstas. Aunque, ciertamente, la radicalidad de la afirmación exigía no pocas reflexiones.

El mundo de las conductas políticas y el universo de las ideas, al menos en sus centros de producción intelectual, habían estado paralizados, congelados, durante cerca de medio siglo. El tiempo transcurrido entre el comienzo de la guerra fría y la desaparición del Muro de Berlín. La radicalidad del enfrentamiento Este-Oeste aplazaba todo tipo de debate y, además, eliminaba cualquier tentación de sutileza. El pensamiento y la acción se habían instalado en un confortable mundo maniqueo, demoníaco, que imposibilitaba el disentimiento. Confortable porque propiciaba la estúpida comodidad de la delegación del esfuerzo reflexivo.

La antítesis Capitalismo *versus* Comunismo no sólo alineaba mecánicamente las posiciones políticas, sino que además, con ayuda del lenguaje, manipulaba las circunstancias y las convertía en categorías definitivas. De aquella situación antitética se pasó, con notable insensibilidad y rapidez, al rigor militante del confrontamiento Imperialismo *versus* Socialismo. No se trataba de un juego de palabras ya que, desaparecido el comunismo, no es imposible que en un futuro inmediato se trate de perpetuar aquella supuesta rivalidad, pero ahora en términos posiblemente más reales y también más trágicos.

Desde 1945, hasta prácticamente nuestros días, hemos asistido a espectáculos tan fabulosos como la liberación de los pueblos del yugo colonialista y a la liberación de los pueblos de los sistemas totalitarios. Pero, al mismo tiempo, el medio internacional estaba paralizado ante el pánico del holocausto nuclear. Y no sólo se militarizaron las industrias, también se militarizó el pensamiento. La acción política discurría por cauces distintos a los del discurso reflexivo. Y este último raramente coincidía con la reflexión ideológica que, a su vez, también padecía de los mismos defectos.

En estos años pasados, la izquierda, entendida en un sentido ético (no sólo político), era un magma donde sólo tenían cabida las simplificaciones y que no rehuía la tentación dogmática. Podría añadirse, además, que en el plano intelectual la escuela de pensamiento dominante continuaba siendo el marxismo, aunque adornado de frecuentes derivaciones heterodoxas que reflejaban, fielmente, las aberraciones en que iba incurriendo el modelo intelectual cristalizado en diferentes Estados totalitarios y comunistas.

Sería absurdo ignorar que en el camino recorrido en todos estos años la izquierda no fue perdiendo algunas de sus señas de identidad más per-

sonales. También sería necio ocultar las no pocas polémicas que abundaron en aquellos años y que, en definitiva, sirvieron frecuentemente para que, bajo la etiqueta de la izquierda, se legitimasen alternativas políticas poco o nada identificables. Una buena parte de la izquierda era estalinista; mientras que otra izquierda, muy significativa, en su lucha contra el totalitarismo autorizaba o se alineaba en posiciones de dudosa procedencia. Cierto que también podría decirse que hablar de izquierda y derecha, en los tiempos rígidos de la guerra fría, era un mero ejercicio de salón sofista, cuando no de simple oportunismo. En el fragor de la batalla, en más de una circunstancia, la izquierda se fragmentaba o, en ocasiones, ni tan siquiera existía. En otras palabras, las cartas que se repartían entre los jugadores e incluso el mismo juego estaban trucados.

La izquierda, o aquel conjunto heterogéneo que reivindicaba su legitimidad, carecía de libertad de movimientos en un medio internacional caracterizado, entre otros rasgos, por su absoluta rigidez. En el campo capitalista, tenía que asumir posiciones vergonzantes de compañero de viaje de gobiernos que bajo su anticomunismo visceral ocultaban su profunda oposición a todo proyecto de cambio y de progreso. En el campo comunista, la izquierda real desempeñaba la función legitimadora de gobiernos totalitarios y antidemocráticos, a la espera del cumplimiento de unos sueños que jamás se materializarían.

El resultado de esta situación esquizofrénica era no sólo el empobrecimiento del debate ideológico, el compromiso con políticas no queridas y la multiplicación de todo género de dogmatismos. También se traducía en el abandono de principios básicos que constituían la esencia ética de cualquier planteamiento de izquierda. Lógicamente, esta situación propició la aparición de falsos profetas, flor de un día, y el padrinazgo de posiciones aventuristas que resultaban atractivas simplemente porque parecían radicales. No parece necesario poner nombres a los althusserianos, ni tampoco epigrafiar los diversos mayos del 68 que esporádicamente florecieron.

Al mismo tiempo, esta izquierda, y se alude fundamentalmente a la europea, se hizo viajera y cosmopolita, en el peor sentido del término. Vivía de forma sicaria sus proyectos ideológicos y políticos. No era malo que fuese, solidariamente, tercermundista; lo trágico resultaba la pretensión de ser protagonista y consejera áulica de las empresas ajenas. Enlazaba con el viejo pecado eurocéntrico y, sobre todo, sublimaba sus propios problemas en piel ajena.

Lógicamente, la luz no se hizo de golpe, en una iluminación inesperada y brusca. Quizá, antes de la reflexión teórica, se impuso el pensamiento crítico sobre un pasado erróneo; y, muy especialmente, resultó de una extrema utilidad que, en función del juego democrático, en los países en que la democracia era una realidad, el electorado llamase a funciones de gobierno a los partidos de izquierda que, durante un prolongado período de tiempo, sólo habían hecho el aprendizaje de la oposición.

La primera enseñanza, aunque pueda parecer pintoresca, era la que demostraba que el desarrollo de la izquierda, ideológica y políticamente, sólo era posible en sistemas democráticos. Hoy, esta afirmación puede parecer absurda, cuando no estúpida. Pero, antes de caer en extrapolaciones peligrosas, conviene situarse en el contexto de la guerra fría y en los años del pánico nuclear, en los tiempos que van desde Corea a Vietnam y, también, desde Budapest a Praga. Quiere decirse que para la izquierda, ciertamente no toda, también resultó imprescindible el aprendizaje de la democracia. Expresado de esta forma: tenía que adecuarse a situaciones de normalidad y no que replegarse con reflejos de épocas de persecución y de clandestinidad.

La segunda enseñanza resultó no menos importante, aunque también de difícil digestión. Hablar de izquierda, en sentido genérico e incluso unitario, era bastante más que una trampa de lenguaje. La realidad demostraba, día a día, la existencia de varias izquierdas o, más exactamente, la circulación corriente, bajo el marchamo de izquierdas, de planteamientos y de conductas que arropaban comportamientos autoritarios.

La crisis de la izquierda, puesto que debe hablarse de crisis, se produce en dos frentes. El primero tiene lugar con la adecuación de los partidos socialistas europeos a posiciones socialdemócratas, superadoras de planteamientos maximalistas y que posibilitan no sólo su acceso al poder en determinados países, sino también la puesta en marcha de programas reformistas, modificadores de las sociedades que electoralmente favorecen a estos partidos. La segunda crisis tiene lugar durante un período de tiempo excesivamente largo, en el campo comunista. Y se desarrolla en dos niveles. Uno es el rigurosamente interno, nacional; tiene lugar cuando finalmente se llega al convencimiento de que el socialismo sin libertad no es socialismo. Hoy puede parecer que se subrayan evidencias. En la oscuridad y el oscurantismo de la guerra fría, la verdad no era siempre evidente. El otro nivel es el internacional: la izquierda antiim-

perialista tardó algún tiempo, también demasiado, en comprobar que la defensa de la libertad de los pueblos no podía tolerar, asimilar o justificar los capítulos vividos en Hungría, en Checoslovaquia y en Polonia, por no hablar de otras zonas del mundo que harían la lista interminable.

En consecuencia, para ser más exactos en la utilización de los términos, la crisis del socialismo se profundizará, durante aquellos años, con el desgarramiento y división del comunismo, prolegómenos a su desaparición histórica con la que finaliza el siglo XX. Situación excepcional que, entre otras, ha tenido la virtud de situar cada cosa en su lugar y disipar definitivamente aquel malentendido que colocaba al comunismo entre otras opciones que también afirmaban su condición de izquierda.

Confusión que, por lo demás, tampoco era nueva. Lo que sí ocurrió, durante un larguísimo tiempo, fue que primero el leninismo, y luego el estalinismo y su prolongación durante el período de Breznev, se sublimaban con el calificativo piadoso de errores o con la falacia de que eran etapas inevitables en la construcción del paraíso final. Aunque incluso, en épocas iniciales, no faltaron voces de izquierdas que no vacilaron en llamar a los crímenes por sus nombres verdaderos.

En este confusionismo desempeñó una función decisiva el medio internacional y sus circunstancias. Primero, fue la lucha contra el fascismo. Más tarde, llegó la descolonización y los combates anticolonialistas. Por último, se trataba sencillamente de oponerse al avance del imperialismo. Y, sin embargo, se ocultaban, y no sólo por los comunistas, las actuaciones imperialistas de la Unión Soviética, todavía la patria del proletariado, en Hungría, en Checoslovaquia, en Polonia, en Afganistán...

Ciertamente, no se trata de establecer una crónica, ni tampoco una cronología. Pero sí conviene recordar algunos puntos de referencia. A este respecto también debe subrayarse que la que hoy se llama crisis del comunismo y que se identifica con la desaparición de las democracias populares y de la propia Unión Soviética se había iniciado bastante antes. La crisis, en cuanto tal, se inicia cuando se verifica sobre el terreno que, en los sistemas democráticos, la propuesta comunista cada vez ejercía menos atractivo. Esta pérdida de influencia tenía un doble origen. Por una parte, la historia demostraba que las realizaciones estatales comunistas reposaban sobre una ausencia total de libertades y una negativa absoluta de todo tipo de derechos. Se revelaba de esta forma la falacia que, durante largo tiempo, oponía interesadamente los derechos formales a los derechos materiales. Por otra parte, también la práctica estatal comunista era una clara demostración de ineficacia económica, pues además generaba un modelo articulado sobre la corrupción y el burocratismo.

Los movimientos y partidos comunistas, dotados de mayor capacidad crítica y de mayores niveles de libertad (es decir, los partidos comunistas existentes en los sistemas democráticos), inician, a finales de los años sesenta, un proceso que les conducirá a su propia autodestrucción y que, lógicamente, son los mensajeros del espectáculo aniquilador que hoy presenciamos.

Las posiciones que, en su día, se autodenominaron eurocomunismo (desarrolladas esencialmente en Europa Occidental), en el fondo, eran un retorno a los orígenes ideológicos, al tiempo que constituían la negación de su pasado histórico. Al reconocer el fracaso recorrido desde la Revolución de 1917, el ideario socialista retornaba a sus orígenes, pero con la experiencia no sólo de la frustración leninista, sino con el conocimiento de los logros alcanzados por la socialdemocracia.

Los socialistas europeos no sólo habían mantenido las señas de identidad del ideario original, sino que, además, se habían enriquecido con el conocimiento acumulado gracias a la experiencia adquirida en funciones de gobierno de larga duración. Es decir, se encontraban y se encuentran en una posición hegemónica para ocupar la totalidad del espacio que, en tiempos anteriores, se habían disputado diversas alternativas ideológicas que reclamaban en exclusiva el monopolio y la legitimidad de las ideas de progreso.

La caída económica y política, a más de ideológica, del comunismo emplaza al socialismo frente a responsabilidades de gran envergadura. La reordenación del medio internacional no es, precisamente, una de las más insignificantes. La disyuntiva reside en aceptar el sistema internacional vigente en la actualidad, con un único centro de poder, o trabajar a favor de un sistema distinto, con un reparto de poder más justo y más equilibrado que sea capaz, además, de contribuir al diseño del deseado nuevo orden internacional.

Pero antes de continuar en las propuestas de futuro, debe señalarse el otro nivel en el que el comunismo reveló no sólo su doble lenguaje, sino también su perversidad intrínseca. También el tiempo desempeñó aquí un papel importante, pero que exigió una larga duración en su función esclarecedora. Aludimos, precisamente, al nivel internacional. Posiblemente, en un futuro aún no cercano, los historiadores desde una perspectiva más reposada y menos comprometida con lo coti-

diano, hagan revelaciones palmarias. Una de ellas podría ser, lisa y llanamente, que la confrontación Este-Oeste, por debajo de sus apariencias ideológicas, era esencialmente la ilustración de una rivalidad entre sistemas imperiales. Y que así como, desde el capitalismo, se aseguraban posiciones, también desde el comunismo se pretendía la ampliación y la ocupación de nuevos espacios territoriales. El bloque de las democracias populares era, esencialmente, *hinterland* definitivo con el que la Unión Soviética adelantaba sus fronteras reales hasta el corazón de Europa. El Caribe, el Sudeste Asiático y algunos países africanos eran las avanzadillas hasta donde llegaban los límites imperiales. No era, precisamente, la liberación de los pueblos la meta que presidía el padrinazgo de los movimientos de liberación, ni mucho menos la tutela de sistemas militaristas y autoritarios que generaron formas tan grotescas como aquellas que pretenciosamente se autotitulaban de socialismo árabe, socialismo africano o socialismo caribeño.

Ahora bien, a finales del siglo XX, la única izquierda real, el socialismo sin apellidos y sin pretensiones copernicanas, se enfrenta posiblemente al mayor reto de su proyecto ideológico, sin que por ello deba renunciar a su vocación utópica, transformadora. Y el desafío se presenta, además, en un mundo brutalmente dividido por el enfrentamiento Norte-Sur.

Lo anterior significa que el socialismo, una vez asumido el reto, tiene que luchar en dos niveles que, quizá, exijan métodos diferentes en función de la especificidad de cada uno de los problemas. En el Norte, el socialismo, instalado en un medio democrático y amparado en el mecanismo electoral, puede optar entre ser un buen gestor del sistema, mejor y más eficaz que sus oponentes, o aspirar a mejorar el sistema, reformándolo y modificándolo. La profundización de la democracia, haciéndola cada vez más participativa, superando sus marcos formales, no es uno de los problemas menores, ni tampoco de los menos atractivos. No se trata, en modo alguno, de establecer un catálogo. Pero sólo recordar las desigualdades y discriminaciones gravísimas, aún existentes en el Norte, bastan y sobran para justificar un programa socialista. Sin necesidad, tampoco, de recordar las grandes amenazas que hoy gravitan sobre la democracia misma: desde el auge de los nacionalismos que lógicamente desembocan en expresiones colectivas fascistas, hasta los riesgos de un crecimiento sin sentido y un consumismo incontrolado que amenazan al mismo equilibrio ecológico de todo el planeta.

Pero los retos a que debe responder el socialismo también tienen un esencial centro de atracción en el Sur. Aquí, lógicamente, también la problemática se descubre en los mismos niveles, pero en grados mucho más trágicos y que demandan respuestas más tajantes y también más urgentes. Las desigualdades económicas son tan evidentes que parece innecesario su enumeración. Sin embargo, también interesa destacar que, entre otros mitos caídos, figura el del Tercer Mundo. El Sur, a su vez, también está enfrentado y dividido en varios submundos que van desde aquellos países que están a punto de incorporarse al Norte y aquellos otros que, como en las palabras de Dante, parece que han perdido toda esperanza y cuyo combate único es conseguir el pan cotidiano con el que combatir la muerte por hambruna o por enfermedad. Ya no caben en el mismo paquete tercermundista buena parte de los pueblos latinoamericanos junto a las poblaciones del Africa Subsahariana que, nuevamente, constituyen todo un continente olvidado.

El planteamiento socialista del Norte frente al Sur sólo tiene un nombre que es el de la solidaridad. Llámese cooperación, o bajo cualquier otra denominación, su finalidad, desde una óptica socialista, no tiene que buscar el equilibrio del actual sistema vigente, Norte-Sur, sino precisamente la desaparición de las causas que permiten el mantenimiento de dos pesas y de dos medidas, de un doble estandard radicalmente injusto. Así, al igual que no puede haber un régimen dietético para el Norte y otro para el Sur, tampoco puede aceptarse, mucho menos predicarse, que pueda haber dos formas de entender la democracia: una plena, para los desarrollados, y otra, amputada e incompleta, para los condenados al subdesarrollo, a la pobreza y a la muerte. No hay, por ejemplo, derechos humanos para los ricos, más humanos, y derechos humanos deshumanizados para los pobres.

El medio internacional del futuro, que ya es realidad, impondrá nuevamente la continuación del debate ideológico y político entre el capitalismo y el socialismo; o, si se prefiere el lenguaje antiguo, entre la reacción y el progreso, la derecha y la izquierda.

EL FUTURO DEL SOCIALISMO DEMOCRATICO

Jan Tinbergen

No estoy de acuerdo con los pesimistas de mi país, Holanda, que piensan que no sólo son oscuras las perspectivas del comunismo, sino que también lo son las del socialismo democrático. Considero, por el contrario, que las perspectivas de este último son brillantes.

Las principales variantes del orden social son las que establecen la distinción entre capitalismo y comunismo. El capitalismo en su forma pura ya existía en los países de Europa alrededor de 1850. Se caracteriza por restringir el papel de las autoridades públicas del Estado al mantenimiento de la ley y el orden y deja todas las transacciones de naturaleza económica al mercado. El comunismo puro, tal como lo concibió Lenin, hacía que todas las transacciones fuesen determinadas por el Plan Central. Entre estos dos extremos existe toda una variedad de órdenes sociales de carácter mixto, con mayor o menor grado de intervención del Estado. La intervención del Estado puede ser una redistribución de la renta, a fin de reducir la desigualdad. También puede determinar la cantidad de bienes y servicios públicos que se han de consumir. Los bienes y servicios públicos pueden ser usados por una persona sin reducir la posibilidad de que los usen también otras personas. Una tercera forma de intervención del Estado puede consistir en regular los mercados inestables. Un ejemplo de mercados inestables pueden ser los mercados agrícolas, algunos de los cuales manifiestan marcadas fluctuaciones. También pueden ser mercados de productos con elevados costes fijos de producción. Si éstos se dejan librados a la libre competencia, los precios pueden ponerse por debajo de los costes, lo cual significa pérdidas permanentes y es un incentivo para la instauración de un monopolio, lo cual requiere una defensa de los consumidores mediante una legislación antimonopolio u otra regulación similar.

Ni el capitalismo puro ni el comunismo puro existen ya. Con la primera ley que prohibió que los niños trabajaran, entró en la sociedad un elemento de intervención del Estado y lo convirtió en un orden mixto. Al permitir a los campesinos utilizar una pequeña extensión de terreno para producir vegetales para el mercado, el comunismo empezó a ser mixto. Actualmente, la elección del orden social se ha convertido en una cuestión de cifras: ¿qué proporción de los dos componentes es la mejor?

En un intento de estimar qué parte de la renta nacional debe transferirse a los grupos de renta más baja comprendí que la respuesta depende de la cantidad de paciencia que tengan los grupos desfavorecidos. En Suecia, donde aproximadamente el 30 por 100 de la renta nacional es redistribuida a través de la legislación de la seguridad social, esto implica que después de unos doscientos cincuenta años los trabajadores y los capitalistas tendrán, por término medio, una renta igual.

En España, donde aproximadamente se redistribuye el 15 por 100 a través de la seguridad social, eso tardará trescientos cincuenta años; en Alemania, aproximadamente, trescientos años.

En una época en que no había representación del socialismo democrático en el Parlamento, los partidos liberales empezaron la legislación sobre seguridad social. La continuación y conclusión de la seguridad social estuvo en su mayor parte a cargo de los socialistas democráticos. A sus iniciativas se sumaron los demócrata-cristianos y los liberales. Los socialdemócratas comprendieron las necesidades de las masas. En la medida en que comprendan los nuevos problemas a los que se enfrenta la humanidad, tales como las necesidades medioambientales y el problema de los países en vías de desarrollo, el futuro es suyo. Si se descuidan los problemas del medio ambiente —como tal vez haya sucedido en Alemania— puede que se constituya un «partido verde». Suecia comprendió el carácter mundial del medio ambiente y precisamente en Estocolmo se fundó en 1972 el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP).

No es una coincidencia que con tanta frecuencia los socialdemócratas hayan presidido las «comisiones internacionales independientes» encargadas de presentar nuevas políticas como reacción a los nuevos problemas. Estoy pensando en Willy Brandt, que se ocupó del problema del desarrollo de los países subdesarrollados; en Olof Palme, que se ocupó de la seguridad; en la señora Gro Harlem Brundlant y en Ingvar Carlsson, que sucedió a Willy Brandt.

Todo lo dicho me permite llegar a la conclusión de que tanto desde el punto de vista teórico como en la práctica, los socialdemócratas son necesarios y se recurrirá a ellos, en un futuro previsible, en Europa e incluso en los Estados Unidos. Fuera de toda duda, son necesarios en los países en vías de desarrollo.

¿QUE TIPO DE ECONOMIA SOCIALISTA?

Tom Bottomore

Hace un par de años el desplome repentino de los regímenes comunistas en la Europa del Este tomó por sopresa no sólo a los observadores externos, sino también a los movimientos de oposición y a las propias poblaciones de aquellos países. Casi de la noche a la mañana todo un orden social se desintegró y hubo que instaurar uno nuevo. En la esfera política los objetivos principales de la oposición estaban relativamente claros y contaban con un apoyo muy amplio —el establecimiento o restauración de la democracia parlamentaria y, en sentido más amplio, de toda una gama de derechos civiles y políticos—, y el progreso hacia estos objetivos fue bastante rápido. Sin embargo, en esta situación, se subestimó o se pasó por alto un factor: el resurgimiento del nacionalismo y de los conflictos nacionales, que han alcanzado hasta el momento su culminación más trágica en Yugoslavia. Pero estas cuestiones quedan fuera del tema que ahora me ocupa, aunque tienen algunas consecuencias para la situación económica.

Las ideas acerca de la reconstrucción económica se formularon con menos claridad y eran menos concretas. Al comienzo imperó, sin lugar a dudas, una concepción bastante utópica y muy generalizada de los beneficios económicos que se lograrían adoptando algún modelo capitalista occidental, de ahí que aquellos grupos que asumieron el poder en las nuevas democracias hayan adoptado en la mayoría de los casos políticas encaminadas a restaurar una economía capitalista cuyas modalidades abarcaron desde el capitalismo del Estado de bienestar, que incluso se enfrenta a problemas importantes en el mundo capitalista, hasta un sistema de mercado libre de tipo *laissez-faire* que tropieza con problemas incluso mayores, particularmente en Gran Bretaña.

Las consecuencias económicas hasta hoy de las políticas poscomunistas seguidas en la Europa del Este pueden describirse sin ambages como devastadoras: una disminución muy sustancial en el PIB comparado con 1988/89, desempleo generalizado, niveles de vida mucho más bajos para una gran parte de la población, la pérdida de derechos sociales importantes, gran inseguridad, y una desigualdad en rápido aumento. Como resultado han surgido nuevos partidos de oposición de la izquierda democrática y, en una escala mucho mayor, hay una desilusión creciente con el nuevo orden social, un desencanto que también contribuye a alimentar a movimientos nacionalistas y grupos de extrema derecha.

Si todas o algunas de estas consecuencias podrían o no haberse evitado depende del punto de vista que se adopte. En mi opinión, como ya dije a comienzos de 1990, un proceso más gradual de cambio económico una vez derrotadas las dictaduras políticas —concentrándose en mejorar el rendimiento de las empresas de propiedad pública, alentando la producción y el comercio privado en las áreas donde es más apropiado y útil, y modificando, racionalizando y haciendo más respon-

sable a la maquinaria responsable de la planificación— habría sido más beneficioso para la población en su conjunto, y no sólo a corto plazo, sino también dentro de una perspectiva más amplia. Pero en la situación que imperaba en el invierno de 1989/90 quizás fuese comprensible que ese rechazo popular de las dictaduras estuviese acompañado por un deseo de abolir todo lo que estuviese relacionado con ellas. Lo que es lamentable es que no hayan surgido o no hayan conseguido más respaldo público unos dirigentes políticos con mayor amplitud de miras. La situación también se vio empeorada, sin lugar a dudas, por el enjambre de partidarios del libre mercado, especialmente de Gran Bretaña, Alemania, los Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional, que entonces se lanzaron sobre estos países.

En la actual situación sería muy poco prudente, en mi opinión, que los socialistas abandonaran, como algunos parecen inclinados a hacer, los elementos básicos de sus doctrinas económicas tradicionales y de su análisis crítico de la economía capitalista. No solamente hay caos económico en la Europa del Este, sino que el propio capitalismo occidental está sumido en una recesión profunda, para la cual nadie acierta a ver claramente una salida. La «edad dorada» del crecimiento sostenido y de la prosperidad creciente que se vivió desde la década de 1950 hasta mediados de la de 1970 pueden considerarse retrospectivamente desde dos puntos de vista: primero, como una fase expansiva en una de las «ondas largas» que caracterizan al ciclo económico capitalista; y en segundo lugar, y más importante, como el resultado de un sistema capitalista diferente, más «organizado», en que planificación y regulación de Estado, un gasto público muy aumentado y cierto grado de propiedad pública, desempeñaron un papel crucial. En mi opinión, tiene que seguir siendo un interés fundamental de los socialistas analizar este fenómeno del capitalismo de bienestar «organizado» como una etapa particular del desarrollo social —al que Schumpeter considera «a mitad de camino» entre capitalismo y socialismo— al que los socialistas democráticos han considerado siempre como parte del movimiento hacia una sociedad socialista. El objetivo de un movimiento de este tipo, como hoy podemos concebirlo, no difiere demasiado de lo que tradicionalmente ha afirmado el pensamiento socialista: se trata de lograr un sistema económico estable, no sometido a fluctuaciones violentas, capaz de un crecimiento razonable que no sea perjudicial para el medio ambiente y encaminado sobre todo a satisfacer las necesidades básicas de toda la población, y a crear una sociedad mucho más igualitaria. Entre los instrumentos para lograr estos fines, la planificación y la propiedad pública han ocupado siempre un lugar prominente, que tienen que conservar, ya que es inconcebible que una sociedad socialista pueda construirse sobre la base de una economía capitalista.

Por supuesto, tanto la planificación como la propiedad pública presentan actualmente un panorama sombrío, y muchos socialistas parecen inclinados a adoptar una postura extremadamente defensiva al respecto, hasta el punto de estar dispuestos a renunciar a ellas sin más. Pero se han escrito muchas tonterías al respecto y nos corresponde a nosotros examinarlas más cuidadosamente. En primer lugar, la medida en que han fracasado la planificación y un tipo particular de propiedad estatal (aunque no de una manera total o a lo largo de toda su historia) en la Europa del Este debe considerarse en el contexto de las dictaduras políticas que en sí mismas representaron una distorsión de la economía. Y sobre todo fue el peso intolerable de esas dictaduras lo que llevó en un momento dado a la caída de los regímenes. Ya me he referido a algunos aspectos relacionados con estas cuestiones en otro lugar (Bottomore, 1990) y no voy a repetir aquí exhaustivamente mis argumentos. Pero es preciso hacer algunas precisiones importantes. Los argumentos en contra de la planificación en general son endebles en muchos aspectos. Puede sostenerse, y se ha hecho de una manera convincente, que el excepcional crecimiento que experimentaron las economías capitalistas después de la guerra, especialmente en Europa Occidental y Japón, se vio muy favorecido por una planificación gubernamental más extensa; y a esto podemos añadir que todavía hay diversas formas de planificación que siguen desempeñando un papel vital en muchas de estas economías, así como en asociaciones supranacionales como la Comunidad Europea. Por tanto, la confrontación real no se da entre quienes defendían una forma altamente centralizada, autoritaria, de planificación estatal, y los partidarios de una economía de mercado libre, totalmente desplanificada, que también resulta autoritaria en otros sentidos; sino entre quienes desean limitar la extensión de la planificación a lo que es indispensable para un funcionamiento eficaz de la propia economía capitalista, y los que pretenden usar la planificación como un poderoso instrumento para la creación de una sociedad socialista. Sobre esta última postura se cuenta ya con una literatura útil y lograda escrita por socialistas (véase, en particular, Nove, 1983; Devine, 1988; Breitenbach *et al.*,

1990), que expone de una manera práctica las posibilidades de una planificación económica y social eficaz, donde la planificación central de las decisiones macroeconómicas relacionadas con la inversión, la distribución de la renta y la estabilidad serían complementadas con otras disposiciones institucionales tales como los mercados (en la esfera del empleo y del consumo personal), cierto grado de competencia regulada entre los productores, democracia industrial en el ámbito de la empresa, y cierto tipo de control democrático por parte de los consumidores sobre los propios mercados. Esta obra reciente proporciona una base seria para discutir las líneas generales de una política económica socialista, y debería ampliarse mucho más.

La propiedad pública también es objeto de una renovada controversia intensificada una vez más por la caída de los regímenes comunistas, y también en este caso hay mucho folklore de derechas que rebatir. Entre las cuestiones planteadas con más frecuencia están la innovación y la eficiencia, por una parte, y el estancamiento burocrático, por otra, pero las críticas se caracterizan en su mayor parte por una repetición de las concepciones populares difundidas por los medios de comunicación más que por la presentación de resultados derivados de estudios comparativos sistemáticos. Tal como ha comentado un economista que escribió sobre cuestiones planteadas por la teoría de la empresa de Schumpeter: «... no se debe confiar en las impresiones fortuitas. La única manera que se me ocurre de considerar si la empresa pública o privada es realmente más eficiente sería hacer una muy minuciosa comparación internacional de, por ejemplo, la industria de la electricidad en manos privadas en los Estados Unidos y en manos del Estado en casi todos los demás países. Lo mismo habría que hacer para algunas otras industrias de este tipo... De todos modos, si el mito de que las empresas públicas son menos eficientes tiene alguna base real, todavía cabría preguntarse, como economistas, si hay alguna buena razón para que las empresas públicas sean menos eficientes» (Hammond, 1984, págs. 37-8). Si, no obstante, a falta de comparaciones rigurosas, recurrimos en alguna medida a «impresiones fortuitas», entonces no es demasiado difícil encontrar ejemplos de empresas de propiedad estatal que son eficientes e innovadoras, u observar el éxito económico relativo de las economías capitalistas en las cuales existe una propiedad pública considerable, mientras que la privatización de las empresas y servicios de propiedad estatal en Gran Bretaña dista mucho de ser un éxito brillante para la economía en su conjunto.

La propia noción de «eficiencia» también merece un examen más atento. Podemos preguntar, en primer lugar, si una sociedad en la cual la productividad laboral por persona económicamente activa es más elevada (pero hay un nivel de desempleo considerable) es más o menos eficiente que otra en la cual la productividad laboral por habitante es más alta (porque hay un puesto de trabajo disponible para todo el que quiera trabajar). En segundo lugar, el valor de la eficiencia y de índices más elevados de crecimiento económico debe ser considerado también en relación con las condiciones de trabajo, los costes sociales del desempleo, los efectos más amplios de la insistencia en la competitividad individual, la utilidad de lo que se produce y las consecuencias que tiene la producción para el medio ambiente. También sobre estas cuestiones han hecho un trabajo muy meritorio los pensadores socialistas (véase Breitenbach *et al.*, cap. 5) que requiere ahora una ampliación y una mayor difusión dentro del movimiento socialista.

Quedan todavía más cuestiones que es preciso considerar por lo que respecta a la naturaleza y la extensión de la propiedad pública. Las grandes empresas estatales, que pueden ser convenientes o esenciales en algunos sectores —producción y suministro de energía, telecomunicaciones, redes nacionales ferroviarias y aéreas, servicios bancarios y financieros—, no son más que una forma de esa propiedad, ya que están también la propiedad municipal y las cooperativas; y la opción entre estas diferentes formas es una cuestión de política económica, que debería tener como objetivo central el mayor grado conseguible de descentralización y de participación tanto de los trabajadores como de los consumidores en la dirección de la empresa. Aun en los casos en que son inevitables las empresas estatales de grandes dimensiones de acuerdo con los criterios macroeconómicos esto no significa que deban ser cuestiones monopolistas; por el contrario, siempre que sea posible, deben existir varios productores o proveedores de servicios con un elemento de competencia regulada entre ellos. También en este campo se han formulado muchas propuestas prácticas en la literatura que he citado, y en el momento actual debería ser rentable para los socialistas embarcarse en un estudio más minucioso de proyectos para la organización de diversos tipos de empresas de propiedad pública (es decir, de propiedad social y cooperativa). Por último, habría que señalar que la propiedad social no implica la eliminación, en un futuro previsible, de toda la producción priva-

da de personas y familias; en realidad, ese tipo de trabajo individual, realizado en casa, puede seguir aumentando en las sociedades que dependen de la tecnología avanzada, y puede que esto sea así cada vez más en una sociedad socialista.

Para los socialistas, la planificación y la propiedad pública han tenido históricamente una importancia *social* fundamental, como medio esencial para reducir, y eliminar en un momento dado, las desigualdades de clase, y para extender la participación democrática y los derechos de los ciudadanos hasta el punto en el cual no sólo determinarían la producción y distribución de los medios de vida materiales esenciales, sino que crearían además, de una manera gradual, una nueva forma de vida social y cultural (Marshall y Bottomore, 1992). Lo que yo sostengo en este trabajo es que una reconstrucción radical de la economía a través de la planificación y la propiedad pública sigue siendo tan esencial como siempre para el logro de los objetivos más amplios del movimiento socialista. Es indudable que en el presente este proyecto se enfrenta a muchas dificultades en el seno de unas sociedades que son mucho más complejas tanto por lo que respecta a su estructura económica como a su sistema de clases; y además en un momento en que la caída de un tipo de economía centralmente planificada en las sociedades que se autoproclamaban «socialistas» de los países de la Europa del Este ha facilitado mucho las cosas a quienes se oponen a todo tipo de planificación y propiedad pública. Una cuestión vital que se nos plantea ahora es cómo deben responder los pensadores y políticos socialistas a esta situación. Si abandonan una parte importante del pensamiento económico socialista tenemos que preguntarnos cuáles se supone que deben ser precisamente los rasgos distintivos de una economía socialista y, por tanto, de una sociedad socialista; sin embargo, en gran parte de lo que se escribe actualmente sobre el tema, o bien echo en falta una respuesta clara, o bien encuentro una respuesta amortiguada que no parece guardar mucha relación con el socialismo. Y en la medida en que las concepciones de una economía socialista pierden toda claridad y distinción, también la crítica de la sociedad capitalista deja de ser rigurosa y sistemática, y eso en un momento en que las deficiencias del capitalismo —su inestabilidad, sus enormes desigualdades, su incapacidad para garantizar el pleno empleo, su burda comercialización de la vida social— se han vuelto a poner en evidencia de una manera escandalosa.

Un aspecto de los debates que se suscitan actualmente entre los socialistas y aquellos que, a falta de un término más preciso, tal vez podríamos llamar «postsocialistas», y al que deberíamos prestar una atención especial, es que por lo general están dominados por el impacto inmediato de los acontecimientos y por consideraciones de corto plazo. Esto podría parecer perfectamente natural, pero los líderes políticos, y especialmente los pensadores socialistas, también tienen la obligación de tomar más distancia a la hora de considerar la evolución económica y social, abarcando por lo menos un plazo medio de unos veinte o treinta años. Considero que dentro de esa perspectiva pueden elaborarse de una manera rigurosa y convincente los principios de una economía socialista y sus implicaciones sociales. Pero a las cuestiones que acabo de plantear viene a sumarse otra de crucial importancia. En el nivel que ha alcanzado la economía internacional es prácticamente imposible que un país se embarque aisladamente en una mayor socialización de la economía, como sostuvo convincentemente un grupo de economistas socialistas que esbozó un proyecto para la recuperación europea (Holland, 1983) que bien merece una relectura en el momento actual, cuando la posibilidad de un nuevo avance del socialismo depende sobre todo de los esfuerzos conjuntos de los intelectuales socialistas y los partidos socialistas a lo largo y ancho de Europa. Para una renovación de este tipo de proyecto socialista, enfrentada a una especie de apatía, desilusión y prevenciones que siguieron a los acontecimientos de 1990, actualmente la opinión pública cuenta con una base favorable al crecimiento del Estado de bienestar y a la extensión de los derechos del ciudadano en el numeroso grupo socialista del Parlamento Europeo, en parte del trabajo de la Comisión Europea, en el movimiento de oposición cada vez más pujante dentro de la Europa del Este y en los problemas cada vez mayores a los que se enfrenta el capitalismo durante una fase de depresión.

BIBLIOGRAFIA

Bottomore, Tom (1990), *The Socialist Economy: Theory and Practice* (Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf).

Breitenbach, Hans, Burden, Tom y Coates, David (1990), *Features of a Viable Socialism* (Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf).

Devine, Pat (1988), *Democracy and Economic Planning* (Oxford: Polity Press/Blackwell).

Hammond, Peter J. (1984), «Schumpeterian themes in the modern welfare economics of production», en Seidl, Christian (comp.), *Lectures on Schumpeterian Economics* (Berlín: Springer-Verlag).

Holland, Stuart (comp.) (1983), *Out of Crisis: A Project for European Recovery* (Nottingham: Spokesman Books).

Marshall, T. H., y Bottomore, Tom (1992), *Citizenship and Social Class* (Londres: Pluto Press).

Nove, Alec (1983), *The Economics of Feasible Socialism* (Londres: Allen & Unwin).

EL SIGNIFICADO Y EL FUTURO DEL SOCIALISMO.

REFLEXIONES CIENTIFICO-SOCIALES (COMPROMETIDAS) SOBRE LAS PERSPECTIVAS DE LA IDEOLOGIA SOCIALISTA

Göran Therborn

«EL SOCIALISMO COMO SOCIEDAD» Y «EL SOCIALISMO COMO IDEOLOGIA»

Desde el punto de vista histórico y también en el debate actual, la palabra «socialismo» tiene dos significados básicos diferentes que pueden plasmarse en dos expresiones diferentes: el socialismo como «sociedad» y el socialismo como «ideología». La primera denota un conjunto característico de instituciones sociales, la segunda un conjunto de valores que tienen un componente cognitivo, una peculiar concepción del mundo. Ambos socialismos tienen una larga tradición y también unas localizaciones contemporáneas.

El socialismo como sociedad fue la perspectiva predominante del movimiento obrero clásico, de la Segunda y de la Tercera Internacional. Pero no se trata de una concepción pasada de moda. Todavía parece que fue ayer cuando empezó a ganar influencia y popularidad. A decir verdad, alcanzó su mayor difusión en Europa Occidental en las postrimerías de la década de 1970 y comienzos de la de 1980. El socialismo como sociedad era lo que los socialistas franceses (y comunistas) tenían en mente cuando la izquierda perdió las elecciones por escaso margen en 1978 y las ganó decididamente en 1981 en Francia, prometiendo una «ruptura con el capitalismo». Concepciones similares predominaron en la Península Ibérica y en Grecia aproximadamente por la misma época, y se difundieron también por el norte de Europa. El socialismo como sociedad era lo que los sindicatos suecos y los socialdemócratas del ala izquierda pretendían, cuando a finales de la década de 1970 hicieron suya la idea de los «fondos de inversión de los asalariados» transformando gradualmente la propiedad de los principales medios de producción. Una sociedad socialista democrática era lo que las reformas comunistas de Checoslovaquia habían pretendido en 1968, y era lo que Gorbachov y los reformistas de ideas parecidas de la Europa del Este, en Hungría, en Polonia y en Eslovenia en particular trataron de instaurar a finales de la década de 1980. Discretamente, pero por lo que yo sé, calurosamente, la Internacional Socialista respaldó estos intentos.

Ninguno de ellos tuvo éxito y es perfectamente legítimo preguntarse por qué. Volveremos sobre ello más adelante. Pero su existencia histórica, que atravesó fronteras y tradiciones partidarias, el peso político que tuvieron una vez, y su proximidad temporal hace que cualquier discusión sobre el socialismo que deje completamente de lado el significado del socialismo como sociedad sea bastante tendenciosa.

El socialismo como ideología es, en realidad, el significado más antiguo, tal como Eric Hobsbawn señaló recientemente («Out of the Ashes», *Marxim Today,* abril 1991), y denota una valoración crítica del individualismo indiferenciado, de la competencia individualista, y del *laissez-faire* económico. Surgió en Francia en el siglo XIX y

luego fue articulado por el fabianismo inglés. Como tal, influyó sobre Bernstein y alimentó el «revisionismo» clásico. Después de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en la concepción predominante de las democracias sociales del norte de Europa. El desplazamiento del acento fue programáticamente respaldado por los nuevos programas de los partidos adoptados alrededor de 1960, pero fue seguido por concepciones de orientación más social en la década de 1970, especialmente, tal vez, en la socialdemocracia de mayor éxito, la sueca.

Cómo deba definirse la ideología socialista es algo que siempre ha dado lugar a controversias, lo mismo que cómo deba definirse una sociedad socialista. Ninguna justificación analítica puede cambiar eso. Pero, tal vez, podamos decir que el núcleo de la ideología socialista incluye una concepción de la emancipación humana (de todo tipo de trabas), así como el igualitarismo y la solidaridad. Aunque fertilizada más tarde por diversas orientaciones del pensamiento religioso, la ideología socialista hunde sus raíces en el legado de la Ilustración y la desarrolla aún más. Esta herencia universalista, liberadora, establece claramente el límite entre la genuina tradición socialista y otras ideologías comunitarias, incluso las que explícitamente toman elementos de la ideología socialista y las formas de organizaciones obreras, tales como el «nacional socialismo» y algunos posteriores «socialismos» afroasiáticos.

Podríamos sintetizar diciendo que una sociedad socialista se ha definido tradicionalmente, ante todo, en función de la propiedad pública de la producción a gran escala y de los objetivos de la producción, dos características cruciales que se han plasmado de manera diferente en instituciones concretas. En otras palabras, se ha visto al socialismo sobre todo como un conjunto de instituciones económicas, pero no exclusivamente de esta manera. En las diversas formas de socialismo como sociedad se suele incluir también el criterio político de clase trabajadora o poder político popular. Como sociedad, el socialismo es concebido como un sistema social diferente del capitalismo.

¿Son incompatibles entre sí estos significados? ¿Son incluso necesariamente rivales? Lógicamente, no existe incompatibilidad alguna. La concepción de un tipo posible de sociedad no es incompatible con las evaluaciones del mundo existente. Más bien deberíamos esperar que el socialismo como sociedad y el socialismo como ideología estuvieran a la misma altura, apoyándose uno al otro. La ideología socialista caracteriza las condiciones sociales que existen realmente como indeseables, el socialismo como sociedad esboza un tipo más deseable de sociedad que la que existe. Sin embargo, las dos concepciones han estado y siguen estando muy separadas la una de la otra. ¿Cómo explicar eso? ¿Es el destino inevitable del socialismo?

LA HISTORIA POLITICA Y LA VERTIENTE CRITICA PERDIDA

La razón por la cual los dos significados del socialismo han estado y están enfrentados y tratando de suprimirse entre sí hay que buscarla en la historia política, en las tácticas políticas aplicadas en difíciles contingencias políticas. Por decirlo brevemente el conflicto surgió, desde uno de los lados del abismo, porque una tribu de socialistas se apoderó del poder político y estableció una sociedad que reclamaban como socialista, o al menos como una vía al socialismo. Esta sociedad indudablemente difería mucho del capitalismo, pero no se parecía mucho al tipo de sociedad socialista soñada por la Primera, la Segunda y la Tercera Internacionales Socialistas. Para esa tribu de socialistas, especialmente los más poderosos o los de mentalidad más estrecha, lo más fácil era aferrarse al socialismo sólo como sociedad, poniendo esa etiqueta sobre la sociedad que gobernaban, como «socialismo real». Reconocer la misma legitimidad a los valores de la ideología socialista hubiera sido reconocer la legitimidad de los niveles evaluadores críticos de esta última aplicados a las nuevas instituciones. Es probable que los gobernantes estuvieran en lo cierto al sospechar que los valores socialistas se hubieran vuelto peligrosos para las instituciones «socialistas» instauradas.

También hubo otra banda de socialistas triunfantes políticamente. También llegaron a posiciones de poder, pero la sociedad que gobernaban era difícil de distinguir del capitalismo y evidentemente muy diferente de lo que Marx, Engels, Bebel, Branting y otros habían imaginado, cuando hablaban del socialismo. Desde esta perspectiva política era más fácil ignorar al socialismo como sociedad, porque este último hubiera implicado niveles institucionales críticos aplicados al tipo de sociedad que estos socialistas estaban gobernando. El colapso de los regímenes comunistas hizo inútil la primera táctica política, añadiendo otra razón de oportunidad política a la última. Si la idea del socialismo como tipo característico de sociedad es pasada por alto o ignorada, entonces el colapso de algo que muchas personas llamaban y consideraban «socialismo» puede ser dejada de

lado por irrelevante. La inclinación táctica es natural y comprensible, pero su sabiduría puramente táctica dista mucho de estar clara. Probablemente hay demasiado gente por ahí que recuerde y nos haga recordar las rupturas con el capitalismo y el socialismo democrático propagado como algo muy diferente de la «economía social de mercado» de Ludwig Erhard. Sea como sea, como catedrático y como persona ajena a la política no me toca a mí dar lecciones sobre tácticas políticas. Sin embargo, la contribución de un intelectual al movimiento con el que más se identifica es aportar su formación especial y sus técnicas a los asuntos que preocupan al movimiento. En ese sentido, podría resultar adecuado el intento de elucidar algunas cuestiones implícitas en la concepción del socialismo como sociedad.

UTOPIAS, PROMESAS POLITICAS E HISTORIA REAL

La sociedad socialista del movimiento obrero clásico fue percibida como una respuesta positiva a los clamores de justicia y libertad. Eso era natural, y no tenía por qué dar lugar a las burlas políticas o intelectuales. Por supuesto, representaba una imagen idealizada de un mundo sin problemas. Pero los futuros idealizados, por lo que yo sé, constituyen los activos comerciales de todos los políticos populistas, tanto conservadores como radicales. El político y el partido que prometen una buena sociedad con sólo ser elegidos y con la adopción de sus medidas son realidades sobradamente conocidas.

La noción de que los objetivos de un futuro radicalmente diferente y mejor deben ser implícitamente totalitarios y brutales tiene una base empírica muy endeble, si es que tiene alguna. Las masacres, las hambrunas provocadas y la cruel opresión que se han sucedido a lo largo de la mayor parte de la historia humana, y que actualmente son una realidad cotidiana en Africa, América y Asia —y hasta hace muy poco en Europa— casi nunca han sido el producto de una utopía. Las más de las veces son antiutópicas. Y las dictaduras comunistas debieron sus rasgos más desagradables más al poder descontrolado que dio rienda suelta a la megalomanía y a la paranoia que a las concepciones propias de la construcción del nuevo tipo de sociedad. Después de todo, Stalin no tenía mucho de utópico visionario.

La denuncia filosófica del socialismo como sociedad ya no se justifica, según lo entiendo, más que como legítima polémica ideológica desde los puntos de vista antisocialista o no socialista. Desde el punto de vista de la política y de la historia social real hay otra cuestión que es mucho más importante.

Si bien el futuro libre de problemas es lo que todos los partidos prometen en los momentos cruciales del poder, las lecciones de la historia, las enseñanzas de la ciencia social y la experiencia biográfica cotidiana nos enseñan que no hay futuro que esté exento de problemas. Tampoco los políticos tienen mucha conciencia de ellos, pero forma parte del juego político dejar a un lado todos los problemas menos los que se promete resolver. Sin embargo, para una transformación social profunda y de largo alcance como representa el socialismo esta práctica es a la larga insostenible. Una vez que los proyectos deslumbrantes de construcción de la sociedad socialista han iniciado su curso, y no sólo una vez, es inevitable que surjan preguntas candentes sobre el carácter y el significado de la meta.

Una sociedad socialista característica no es necesariamente una concepción utópica. Más bien, por lo que hemos aprendido en la historia tal como está escrita, lo que es utópico es la idea de la eternidad del capitalismo. Sin embargo, es sumamente improbable que un socialismo de carácter empírico sea la solución a todos los problemas sociales básicos y que marque el fin de todo conflicto e injusticia. Esto significa que una sociedad socialista debe ser definida en función de sus instituciones más que en función de sus resultados. Los teóricos socialistas clásicos no separaban ambas cosas, pero el socialismo que vislumbraban era en principio institucional.

Otra consideración es que el fluir de la historia real se corresponde poco con el realce de las definiciones teóricas y de los programas y declaraciones políticas. Cuándo ocurrieron «la revolución burguesa» o «la modernización», cuándo comenzaron, y cuándo se completaron, son preguntas que mantienen ocupadas a generaciones de historiadores de numerosos países. Así pues, la idea de que es posible averiguar directamente si una transformación política socialista ha empezado o no, si el equilibrio entre socialismo y no socialismo se ha inclinado a favor del primero o del segundo, si una revolución socialista ha alcanzado sus objetivos o finalmente ha fracasado, parece un poco ridícula desde esta perspectiva histórica. Es extravagante pensar que podría alcanzarse una sociedad postcapitalista que fuera la materialización de un proyecto original problemático puesto en escena por un reparto preestablecido de actores sociales.

En suma, es concebible un tipo de sociedad socialista empírica, es un objetivo legítimo posible de la política democrática, pero es sumamente poco probable que se alcance, si es que alguna vez sucede, por un camino totalmente jalonado de políticos o teóricos.

RECONCEPTUALIZACION DE LA SOCIEDAD SOCIALISTA

Nadie esperaría que una concepción social e histórica creada en el segundo tercio del siglo XIX se correspondiese plenamente con el conocimiento social e histórico y con las fuerzas sociales y sus preocupaciones en vísperas del siglo XXI. Cualquier concepción remotamente realista de una sociedad socialista necesitaría ser repensada. Por otra parte, a fin de poder seguir hablando de socialismo, cualquier nueva conceptualización debería incluir a la clásica, al menos como un caso especial. Si hay una discontinuidad completa, ¿cómo podremos saber que todavía estamos pensando en la misma cosa y hablando de la misma cosa?

Aquí, en el marco de un breve artículo, sólo pueden darse algunas pautas de la dirección en la que a mi modo de ver hay que marchar. Ante todo, deberíamos distinguir claramente entre resultados deseables y sistemas institucionales. El socialismo como ideología está entre los primeros, mientras que el socialismo como sociedad está entre los últimos, y ya me he referido más arriba a que tienen una función crítica importante el uno respecto del otro.

Los resultados sociales que los socialistas han estimado deseables constituyen una larga lista, y sus puntos han sido enunciados de diversas maneras. Cualquier formulación de los mismos tendrá que ser necesariamente provisional e incompleta en el mejor de los casos. Un nivel de vida decente, o una mejor calidad de vida, para todos, siempre ha sido una demanda fundamental para los socialistas, pensada implícitamente las más de las veces dentro de marcos nacionales, pero sostenida explícitamente como una lucha universal sin fronteras. Otro elemento central en la ideología socialista es la igualdad política, social y —de una manera más cualificada— económica por lo que respecta a los derechos, los deberes y las oportunidades en la vida. En estos dos conjuntos de valores, que históricamente son los primeros, están implícitos otros muchos o son lógicamente derivables de ellos, pero hay dos que tal vez deberían individualizarse como decididamente importantes. Uno es la libertad, la libertad respecto de todo poder arbitrario, la libertad respecto de los poderes derivados de los privilegios de nacimiento, de riqueza y de acceso a los medios para ejercer la violencia. La libertad respecto de la *economía dirigida de la empresa capitalista* ha inspirado una lucha constante del movimiento obrero socialista. La otra es la paz interétnica, interracial, internacional, y la coexistencia pacífica, valores que forman parte de la orientación universalista del socialismo. Aunque muchos socialistas han pecado contra ellos, estos valores siempre han sido algo más que un ritual piadoso. Desde sus propios comienzos, el movimiento obrero organizado y el socialismo han sido movimientos internacionales organizados.

El fin de una sociedad socialista ha implicado dos tipos de complejos institucionales, un conjunto de *instituciones que confieren poder* y un conjunto de *instituciones que establecen objetivos,* con un vínculo entre ambos conjuntos. El sufragio universal, los gobiernos responsables ante el pueblo, un Estado de los trabajadores, una «dictadura del proletariado», la propiedad privada, el control por parte de los trabajadores son ejemplos socialistas clásicos de instituciones destinadas a ampliar cumplidamente el abanico de actores sociales significativos, y de fortalecer a una extensa categoría de actores humanos sistemáticamente desposeídos por las instituciones de la economía capitalista, los trabajadores. El capitalismo clásico estaba basado en una división básica entre dos clases de personas, los poseedores del capital y los que trabajaban para los poseedores del capital. Un conjunto de instituciones sociales tenía como finalidad otorgar poder a otros actores distintos de los capitalistas y de las clases altas precapitalistas.

«Producción para las necesidades en vez de para los beneficios» era el otro lema institucional socialista clásico junto con los otros dos, «el poder para el pueblo» o «el poder obrero». El primero implicaba el establecimiento de instituciones a fin de fijar objetivos y prioridades para el uso y el desarrollo de los recursos sociales. Implicaba una crítica y un rechazo a la tendencia a dejar solamente al mercado la orientación de la economía y de la sociedad, así como la distribución de la propiedad y de la renta, pero en el socialismo clásico no se aclaraba muy bien cómo debía organizarse esto concretamente. Más tarde las cuestiones institucionales quedaron confinadas en gran medida a los debates de los economistas sobre planificación de mercados. Esto último fue desafortunado y significó un desfasado retorno a la perspectiva de la fábrica, antes de tomar plena conciencia de

las posibilidades de la gestión macroeconómica y macrosocial.

Sería mejor llamar *conducción social* a lo que representan las instituciones de fijación de metas socialistas. *Conducción social* orientada a conseguir los resultados deseables de nivel/calidad de vida para todos y una norma igualitaria de distribución. Esta conducción no tendría que estar implicada necesariamente en la «planificación de la producción», sino que con igual legitimidad teórica podría concentrarse en equilibrar los aspectos económico y no económico de la calidad de vida, con mecanismos de redistribución y seguridad social.

El vínculo entre las instituciones que confieren poder y las instituciones para la fijación de metas del socialismo es la *acción colectiva.* Los objetivos de la sociedad no han sido concebidos por los socialistas como algo derivable sólo de la suma de las preferencias individuales. Más bien se los ha concebido como el resultado necesario de la «asociación» de los «productores», o de los ciudadanos. Esta suposición estaba clásicamente más enraizada en una ontología y una ética comunitarias que en la teoría social. Pero ahora podría estarlo más en la segunda en todo lo referente a la teoría económica de los conflictos entre el individuo y la racionalidad colectiva en los casos de bienes y externalidades públicos, a las situaciones de conflicto de intereses del tipo «dilema del prisionero» y a la teoría de la acción comunicativa. De todos modos, la organización colectiva de los trabajadores y de los ciudadanos es una característica del socialismo en su doble vertiente de movimiento de oposición y de principio para la construcción de una sociedad socialista.

Así pues, podemos resumir el significado de una sociedad socialista diciendo que engloba dos grupos de instituciones cruciales con características propias: *instituciones que otorgan poder e instituciones para fijar objetivos, ambas con un carácter universalista e igualitario y relacionadas entre sí por canales asociativos de acción colectiva.* Esto no es necesariamente un espejismo utópico. Y no es difícil imaginar empíricamente una sociedad socialista sin clases. Esto implicaría, no el fin de todas las desigualdades o de los posibles conflictos de interés, sino la desaparición de las desigualdades económicas configuradas en agrupamientos sociales a gran escala, claramente diferenciados, con cierta estabilidad en el tiempo (es decir, configuradas en clases).

Este esbozo de una reconceptualización de la sociedad socialista implica la posibilidad de un *continuum* social histórico entre lo anterior, por un lado, y, por el otro, las rígidas y elitistas sociedades de clases, que cuentan sólo con un reducido elenco de actores investidos de algún tipo de poder social, económico y político, y donde los objetivos de la sociedad son solamente el poder y el bienestar de unos cuantos y han sido establecidos o bien por jerarquía o bien por el mercado. Sin embargo, tampoco excluye la posibilidad de la existencia de rupturas en el proceso social. A estas alturas, el punto principal es más bien *romper con las dicotomías que aprisionan el pensamiento,* es decir, la dicotomía capitalismo/socialismo y la dicotomía «economía normal de mercado»/«economía anormal». Otro punto importante es la urgente necesidad de una perspectiva histórica más amplia que las imágenes que predominan actualmente en los medios de comunicación.

EL LEGADO DEL SIGLO DEL SOCIALISMO

En esta época, cualquier científico o historiador social consciente debería hacerse eco de toda la razón que asistió a Karl Marx como teórico social del siglo XIX. No probó sus virtudes como profeta, pero dentro de la especie más modesta de las predicciones mundanas lo hizo bastante bien. El capitalismo industrial, el mercado mundial, la concentración de capital alcanzaron proporciones mucho mayores que las que tenían en 1847-48, en la época del *Manifiesto Comunista.* Lo mismo sucedió con la clase trabajadora, con el movimiento obrero y con los movimientos socialista y comunista. Se produjeron revoluciones socialistas de la clase trabajadora y a veces tuvieron éxito, como en Rusia en 1917. El colapso actual del Comunismo Europeo no se debió a un simple fracaso, sino más bien a un éxito socioeconómico pagado innecesariamente caro, que quedó atascado en su ciénaga política después de 1968, año de la invasión de Checoslovaquia, del estrangulamiento de la oposición de los estudiantes en Yugoslavia y de la campaña antisemítica en Polonia, por lo que al Este se refiere, y de las rebeliones de las izquierdas en Occidente.

La parte oriental de Europa ha sido siempre, con mucho, la parte pobre y menos desarrollada del continente. Lo que se suele citar como la excepción checoslovaca, no se sostiene. Si bien Bohemia era una región industrial relativamente desarrollada, Checoslovaquia en su conjunto no lo era. Según los cálculos de la Comisión Europea de la ONU para Europa, el producto industrial checoslovaco *per capita* en 1938 representaba aproximadamente las dos terceras partes de la me-

dia europea. [I. Svennilson: *Growth and Stagnation in the European Economy,* Ginebra, 1954, pág. 207. De las cifras de Paul Bairoch se sigue que el PNB checoslovaco *per capita* en 1929 equivalía al 75-80 por 100 (78,8) del irlandés. P. Bairoch y M. Lévy-Leboyer (eds.): *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution,* Londres, Macmillan, 1981, pág. 10.]

¿Rebajaron o aumentaron esa diferencia las revoluciones socialistas y los regímenes que de ellas surgieron? Por lo que respecta a Rusia/URSS y para toda el área, sin excluir las posibles excepciones de un país o de una región en particular, la respuesta de la evidencia parece ser la siguiente: se notó una disminución de las diferencias, un cierto proceso de nivelación. Cierto es que Occidente nunca llevó a cabo realmente esa nivelación. Más aún, de acuerdo con varios indicadores económicos y sociales, el éxito relativo del socialismo de la Europa del Este parece haber culminado en la década de 1960, o apenas un poco después.

Según el distinguido historiador económico occidental Angus Maddison, el crecimiento económico soviético *per capita* entre 1913 y 1965 fue el más rápido del mundo, de todos los países más importantes o desarrollados, por ejemplo, más rápido que el de Japón. El producto japonés creció en un 400 por 100, el producto soviético en un 440 por 100. En 1913, el producto *per capita* del imperio ruso era aproximadamente un tercio del británico y del norteamericano. En 1965 el producto bruto soviético era el 75 por 100 del británico y la mitad del norteamericano. (A. Maddison: *Economic Growth in Japan and the USSR*, Londres, Unwin University Books, 1969.) Un científico político de los Estados Unidos construyó un «índice de desarrollo socioeconómico», donde aparecen la industrialización, las comunicaciones y los recursos materiales, que aplicó al período de 1871-1973 y a todos los países con independencia ininterrumpida desde 1869. En él Rusia ocupaba el lugar 24 entre 43 países en 1871, el 27 en 1911, la Unión Soviética el 35 en 1927 y el 17 en 1953, el 16 en 1963 y el 17 en 1968 y en 1973. [A. Banks: «An index of Socio-Economic Development 1869-1975», *Journal of Politics,* vol. 43 (1981), págs. 404 y siguientes.]

Es difícil establecer datos fiables y comparables para la economía global y no hay consenso sobre los puntos de referencia del desarrollo de la Europa del Este. Pero, aunque discutible, el mejor conjunto de datos internacionales de que disponemos sobre el PNB ha sido reunido por dos estadígrafos económicos americanos, Robert Summers y Alan Heston. Basándonos en su trabajo podemos calcular la siguiente tabla del desarrollo económico en la Europa del Este después de la guerra.

TABLA 1

PIB *PER CAPITA* 1950-1980 (INDICE: EEUU = 100)

País	*1950*	*1960*	*1970*	*1980*
Bulgaria	20	32	41	42
Checoslovaquia	48	62	61	61
República Democrática Alemana	33	58	62	68
Hungría	34	44	46	48
Polonia	33	38	41	43
Rumanía	16	23	27	34
Unión Soviética	30	42	47	49
Yugoslavia	17	24	31	41
Austria	35	52	61	73
Francia	47	61	75	84
República Federal de Alemania	40	71	79	86
Grecia	19	27	41	49
Irlanda	33	36	42	41
Italia	31	46	56	58
Portugal	17	23	32	38
España	26	33	48	52
Suecia	68	81	89	85
Suiza	67	84	87	80
Reino Unido	56	65	64	65
Argentina	41	41	41	40
Chile	31	32	32	30
Uruguay	47	48	41	41

Fuente: R. Summers y A. Heston, «Improved International Comparisons of Real Product and its Composition: 1950-1980», *The Review of Income and Wealth,* vol. 30 (1984), págs. 229 y sigs.

La configuración emergente es bastante compleja. La distancia económica entre la Europa del Este y los Estados Unidos se ha reducido evidentemente. Pero el estancamiento subyacente también es claro a partir de 1970. Y el crecimiento económico históricamente bastante impresionante de la Europa del Este fue contemporáneo de un *boom* históricamente único en la Europa Occidental. Europa del Este se acercó a los países más ricos de la Europa Occidental inmediatamente antes e inmediatamente después de la guerra, por ejemplo, a Suecia, Suiza y el Reino Unido. Por otra parte, los países del sudoeste de Europa, desde Grecia a Portugal, y los vecinos más próximos, Austria y Alemania Occidental, tuvieron una experiencia de crecimiento igual o superior a la de los países con mejor comportamiento del Este de Europa. Por comparación con los países más desarrollados de América Latina, por último, incluso el modesto registro checoslovaco parece bastante respetable.

Cualquier caracterización global de la historia económica de la Europa comunista como un fra-

caso económico parece no estar respaldada por la evidencia. La conclusión empírica debiera ser, más bien, que se consiguieron una industrialización básica y una modernización económica relativamente exitosas. Sin embargo, nunca se llegó a controlar el mayor desarrollo del consumo de masa, de los servicios y de una calidad de vida posindustrial. Ya en 1965, un distinguido conjunto de estudiosos checoslovacos diagnosticó el bloqueo, en el llamado informe Richta de la Academia Checoslovaca de Ciencias (en traducción francesa se denominó «La civilisation au carrefour»).

Sin embargo, dada la fragilidad de las series de datos económicos, deberíamos aportar otro tipo de evidencia empírica de la historia socioeconómica de la Europa del Este. La mortalidad infantil es uno de nuestros mejores indicadores del desarrollo a largo plazo. Contamos con una serie de larga duración y los datos son más fiables que las estimaciones de la producción económica total, si bien expresan los efectos de un conjunto en el que entran las condiciones de vida, la educación y los servicios sanitarios. Así pues, tomémoslas como un sucinto resumen de los desarrollos relativos de Europa, del Este y del Oeste.

TABLA 2

MORTALIDAD INFANTIL EN LA EUROPA DEL ESTE Y DEL OESTE (1913-1988. Por mil)

País	*1913*	*1939*	*1947*	*1965*	*1988*
Bulgaria	133	139	130	31	14
Checoslovaquia	—	98	89	26	13
República Democrática Alemana	(151)	(72)	114	25	8
Hungría	201	121	103	39	16
Polonia	—	140	111	42	16
Rusia/URSS	237	155(*)	81	27	25
Austria	190	73	78	28	8
Alemania Federal	(151)	(72)	86	24	8
Grecia	—	118	42	34	12
Irlanda	97	66	68	25	7
Italia	138	97	84	36	10
Portugal	160	120	107	65	14
España	155	135	71	30	9
Suecia	70	40	25	13	6

(*) 1928.

Fuentes: B. R. Mitchell, *European Historical Statistics 1750-1970,* Londres, Macmillan, 1975, págs. 127 y sigs.; The World Bank, *World Development Report 1990,* Oxford, Oxford University Press, 1990, págs. 233 y 244.

La tabla muestra un marcado proceso de mejoría en la Europa del Este entre 1947 y 1965. Su panorama también encaja con los datos sobre educación masiva y sobre indicadores de salud y educación de China, Vietnam y Cuba en relación con otros países del Tercer Mundo. También permite ver el relativo subdesarrollo de Checoslovaquia con respecto a Austria y de la Alemania del Este frente a la Alemania Occidental por la época en que se establecieron los regímenes comunistas. Pero los datos también muestran muy marcadamente el relativo estancamiento después de 1965, en contraste con el rápido desarrollo social que entonces tuvo lugar en los países del sudoeste de Europa.

También en Occidente cambiaron las condiciones sociales. Independientemente del régimen político, hubo una tendencia hacia la propiedad pública de las telecomunicaciones, los ferrocarriles, los transportes locales (incluidos el metro de París y el de Londres inmediatamente antes y después de la Segunda Guerra Mundial), de las comunicaciones, de las líneas aéreas, de las industrias básicas y de los recursos naturales, como los bosques, las minas, las acerías, etc. Y también hubo una tendencia hacia la política macroeconómica y la regulación pública, desde las Escuelas de Estocolmo y Oslo, hasta el respetable keynesianismo de posguerra. En otras palabras, hubo una tendencia claramente perceptible hacia una socialización de las fuerzas de producción.

Después de la Segunda Guerra Mundial, los parámetros básicos cambiaron, con un ensanchamiento de los mercados mundiales, el consumo de masas, los automóviles privados y sus accesorios. Más tarde se produjo la coordinación de la producción mediante corporaciones multinacionales y las posibilidades de satélites privados. Hubo una reversión en el desarrollo, previsto por Marx, de una contradicción cada vez mayor entre las relaciones privadas de producción y las fuerzas productivas, hacia una progresiva congruencia de posguerra entre las relaciones privadas de producción o propiedad y las condiciones de productividad óptima.

Sin embargo, también surgió el Estado de bienestar, una socialización masiva de las condiciones de la reproducción humana. En 1960, el gasto público de los países de la OCDE representó el 28,0 por 100 del PIB, en 1989 la cifra equivalente fue del 41,2 por 100 (OCDE, *Historical Statistics 1960-1989*, París, 1991, pág. 68). En el área de la OCDE de capitalismo avanzado, la renta familiar por seguro social y asistencia social sobrepasa actualmente los ingresos por propiedad, y por empresa en Holanda, Noruega y Suecia, es casi igual a la de esta última en Francia, y representa los 2/3 de la misma en Alemania y el 60 por 100 en Gran Bretaña. Incluso en los Estados Unidos las transferencias públicas representan la mitad de toda la

renta capitalista (OCDE, *National Accounts 1969-1989,* París, 1991, vol. II, tablas nacionales).

Pero aproximadamente desde 1980, el campo del gasto público se ha estancado. Las ventas de propiedades públicas empezaron en el Reino Unido, y se produjo la privatización efectiva de las telecomunicaciones y las transmisiones (vía satélite). «La elección individual» se ha convertido en una opción masiva en los Estados de bienestar. Está por verse hasta dónde llegará la tendencia actual.

Lo que parece estar claro hasta ahora es que el socialismo no ha sido un simple fracaso. Por el contrario, en muchos sentidos ha sido un éxito histórico. Pero la tendencia actual hacia la derecha, por otra parte, no es sólo una moda ideológica. Hunde también sus raíces en las nuevas condiciones socioeconómicas. Realmente es algo que un marxista no ideológico debería haber esperado. Por el momento.

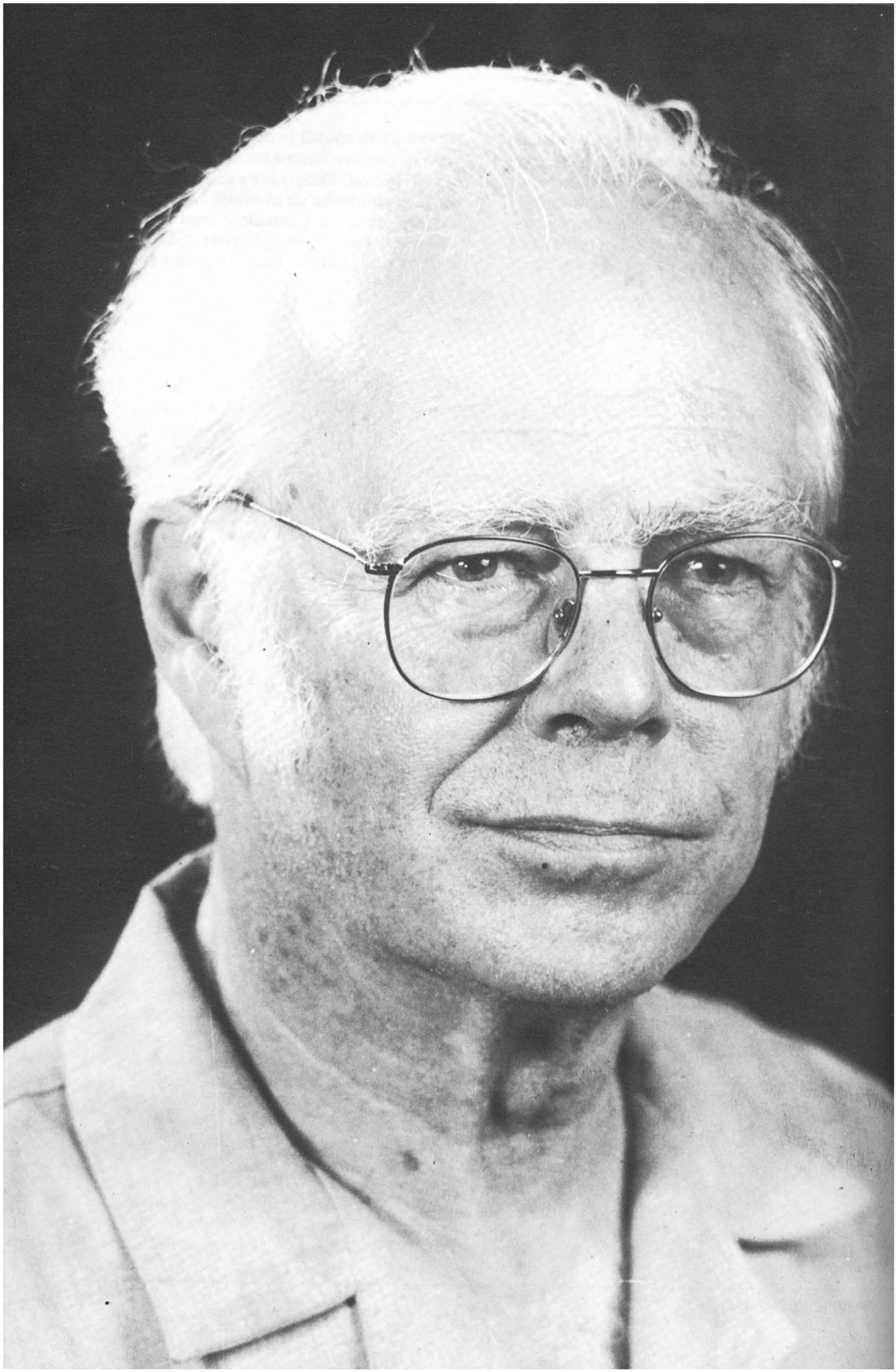
CONDICIONES DE UN FUTURO SOCIALISTA

Lo más probable es que los valores que critican el individualismo egoísta, la acumulación capitalista y la economía y la sociedad del *laissez-faire* permanezcan y sigan siendo pertinentes y generalizados. Menos probable es que en el próximo siglo figuren preferentemente bajo la bandera del socialismo. «La izquierda, los movimientos demócratas, socialdemócratas, socioliberales, feministas y ecológicos» son ya alternativas que existen y no puede excluirse la aparición de otras nuevas.

Con toda probabilidad, el futuro de una ideología explícitamente socialista dependerá —una vez que la actual generación socialista haya pasado— de que se siga considerando como deseable o no la perspectiva de una sociedad socialista o por lo menos como remotamente realista. Eso a su vez dependerá al menos de un requisito teórico previo y de algunas condiciones sociales. Teóricamente el futuro del socialismo dependerá de que la conceptualización actualizada de un tipo socialista de sociedad surja y se afirme. Eso implicaría una visión del socialismo que pueda conectar al mismo tiempo con la tradición clásica del movimiento de la clase trabajadora industrial y con el populismo modernizante de las sociedades subdesarrolladas y pueda llegar a convertirlos en fuerzas sociales más amplias y más heterogéneas y en preocupaciones mundiales no sólo por la economía sino también por las relaciones entre los aspectos económicos y no económicos de la existencia humana.

Teniendo en cuenta la reafirmación del socialismo como un objetivo social deseable, el futuro de cualquier progreso hacia ese objetivo puede depender de lo que suceda en relación con las condiciones determinantes a largo plazo de los progresos y retrocesos de los esfuerzos socialistas del pasado. Es decir, en primer lugar puede depender de la relación entre las condiciones del desarrollo social y de los problemas sociales y el abanico de las instituciones públicas. En segundo lugar, de lo que suceda con las posibilidades de unificar la acción colectiva. De manera más concreta, las preguntas son: ¿surgirán unas instituciones públicas, supranacionales y supracontinentales a la par de la globalización más intensiva de la economía y con unas interdependencias ecológicas y sociales globales en aumento? ¿O seguirá la primera siendo menos extensiva que las corporaciones multinacionales y que las redes capitalistas privadas? ¿Surgirán nuevos movimientos sociales internacionales de los no privilegiados con al menos algunos fines convergentes, y de un vigor que iguale las posibilidades de privilegio?

Cualquiera que sea el resultado futuro, podemos indicar finalmente unas cuantas tareas primarias y estratégicas a largo plazo de los socialistas, que se desprenden de lo que se ha dicho más arriba. Ideológicamente, subrayar el universalismo global de los valores humanistas e igualitarios del socialismo, frente a los particularismos tanto étnicos como capitalistas. Teóricamente, el significado y las experiencias de las instituciones socialistas deben ser repensados y analizados. Políticamente, deben ponerse a prueba nuevas formas para unificar la acción colectiva tras la fragmentación y la segmentación de las sociedades clásicas de clase industrial, tanto en el ámbito intercontinental y europeo como en el nacional.



EL RECONOCIMIENTO DE DETERMINADOS HECHOS DECISIVOS FORMA PARTE DE LAS BASES IDEOLOGICAS DE LA IDENTIDAD DE LA IZQUIERDA

IDEOLOGIA DE IZQUIERDAS: NO SOLO UNA CUESTION DE VALORES, SINO UNA REALIDAD SOCIAL

Ulf Himmelstrand

Empezaré por un recuerdo un tanto egocéntrico. Era el año de 1978, año en que se celebró en Uppsala el Congreso Mundial de Sociología donde yo iba a presentar una ponencia sobre algunas condiciones sociológicas previas para adoptar un enfoque nuevo, más explícitamente socialista, en la política sueca, que habría de basarse en la introducción de los llamados Fondos de Inversión de los Asalariados [1]. Pero en la agenda del Congreso había otros acontecimientos de una naturaleza más explícitamente política. El Consejo de la *Asociación Sociológica Internacional* (ISA) había de elegir a su próximo Presidente. Daba la casualidad de que yo era uno de los dos candidatos a ese cargo. Algunos de mis amigos me dijeron que en el Consejo de la ISA la lucha iba a ser reñida porque los representantes de algunos países occidentales en el Consejo parecían tener ciertos recelos sobre mi candidatura. Después de todo, yo era conocido como un sociólogo «marxistizado» de tendencia socialista. Los representantes de los países del Este, especialmente de la Unión Soviética, todavía no se habían decidido. ¿Se podía confiar realmente en un *menchevique* sueco y socialdemócrata? ¿Tendría la suficiente sensibilidad y sensatez como para comprender las necesidades de los sociólogos de la Europa del Este?

Así pues, no me sorprendió nada cuando el Presidente de la Asociación Sociológica Soviética, un armenio muy impresionante, se puso de pie en la presentación de mi ponencia en el Congreso para hacer una pregunta durante la discusión que siguió a la presentación. Me preguntó: «¿Cómo definiría usted al socialismo?». No debe olvidarse que estábamos en 1978.

La cuestión era pertinente para mi ponencia [2], además de ser una especie de pregunta examen que habría de determinar si el «Bloque del Este» votaría o no por mí como próximo Presidente de la ISA.

Quería que mi respuesta fuera tal que no implicase que hay uno y sólo un tipo de «socialismo real» tal como el tipo soviético, y al mismo tiempo estuviese claramente relacionada con algunos de los principios básicos del materialismo histórico. Por tanto, evité contestar la pregunta refiriéndome al Estado «socialista» que controlaba los medios de producción. Mi respuesta a la pregunta

[1] Véase Rudolf Meidner (1978), *Employee Investment Funds. An Approach to Collective Capital Formation,* Londres, Allen and Unwin.

[2] Este trabajo fue un antecedente de mi libro, Ulf Himmelstrand *et al., Beyond Welfare Capitalism. Issues, Actors and Forces in Societal Change,* Londres, Heinemann, 1981. En ese libro, que en realidad ha sido superado por los hechos, todavía podemos encontrar una discusión teórica y algunos datos pertinentes que incluso hoy tienen interés. Entre otros temas que allí se exponen figura una sección sobre «El arte de definir el socialismo» (págs. 10-16).

fue algo así como: «En los sistemas capitalistas las fuerzas de producción van adquiriendo un carácter cada vez más *social,* y esto, cada vez más, genera una contradicción con las relaciones de producción sociales predominantes en el capitalismo que siguen siendo de carácter *privado.* Socialismo implica que esta contradicción se debe reducir y eliminar de modo que las relaciones sociales de producción puedan adquirir también un carácter social». Agregué que el movimiento obrero debe producir este cambio dentro de las normas de la democracia.

Evidentemente esta respuesta sumamente abstracta es una petición de principios. ¿Qué se entiende al decir que las relaciones sociales de producción también deberían adquirir un «carácter más social» a fin de reducir la contradicción con las fuerzas altamente sociales de producción? Volveré sobre esta pregunta al final de mi exposición.

Lo cierto es que fui elegido Presidente de la ISA, por un margen relativamente pequeño, y con el apoyo de los representantes de la Europa del Este. Eso es de menor importancia en un trabajo como éste. Más importante es si mi respuesta a aquella pregunta «¿Qué es el socialismo?» todavía puede usarse como punto de partida para discutir la identidad ideológica de la izquierda actual.

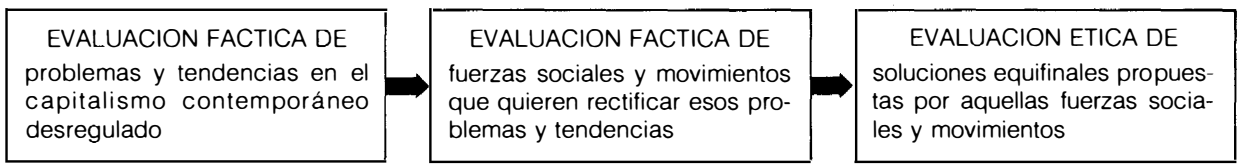
* * *

En mis anteriores contribuciones a los Encuentros nuestros aquí en España sobre el futuro del socialismo he afirmado que actualmente lo más importante, tras el colapso del «socialismo real» de tipo soviético, no es soñar con una nueva *solución* socialista, sino más bien explorar fácticamente cuáles son los principales problemas del capitalismo contemporáneo. Sólo cuando haya terminado este escrutinio fáctico, y cuando haya evaluado fácticamente las *fuerzas sociales,* y *los movimientos sociales* de que disponemos hoy y mañana para enfrentarnos con estos problemas, estaremos preparados para sugerir soluciones.

Pero si estas soluciones merecerán la calificación de «socialistas», o no, es algo que no puede responderse sin tomar en cuenta las creencias que van más allá de la evaluación *fáctica* de los problemas existentes y de las fuerzas con que contamos para resolverlos. Nos encontramos aquí con una limitación definida del materialismo histórico explícito. En la mayor parte de las versiones del materialismo histórico falta una etapa final de evaluación de cualquier solución que se haya de llamar «socialista». Este elemento que falta es la definición de una *ética socialista* y de la *moralidad socialista* relacionada con ella [3].

Cualquier intento de encontrar soluciones a los problemas fácticos del capitalismo contemporáneo (o futuro) tropezarán con el problema de la equifinalidad. Pueden vislumbrarse varias soluciones diferentes, y puede que sean lógica o teóricamente iguales entre sí. Debe hacerse una elección; y una elección de este tipo no puede evitar tomar en cuenta lo que es ética y moralmente admisible. Estas preocupaciones éticas y morales pueden aparecer también en las etapas previas que consisten en encontrar los problemas del capitalismo, y en evaluar las fuerzas y los movimientos que deben tomarse en cuenta a la hora de sugerir soluciones a esos problemas; pero esas preocupaciones deben tener la última palabra al hacer una elección entre soluciones más o menos equivalentes desde el punto de vista lógico.

Así pues, tenemos que tomar en cuenta las siguientes etapas al llegar a las ideas del futuro socialismo:



Me embarcaré ahora en algunas reflexiones sobre cómo podríamos abrirnos paso a lo largo de estas diferentes etapas. Pero primero haré unas cuantas observaciones sobre la necesidad de efectuar primero la exploración fáctica y permitir que las preocupaciones éticas y morales tengan la última palabra.

* * *

[3] Véase, por ejemplo, Steven Lukes (1985 y 1987), *Marxism and Morality,* Oxford y Nueva York: Oxford University Press.

En el lenguaje político, ya sea socialista o no socialista, es bastante común invocar valores derivados implícita o explícitamente de un conjunto de creencias éticas y morales. Podríamos proponer que la «libertad individual» o la «solidaridad» o la «justicia» o la «igualdad» es la fuerza impulsora que está por detrás de la política que suscribimos, y de la acción política que recomendamos. Pero esas referencias a valores adquieren fácilmente un «significado emotivo independiente» que transforma estos valores en un conjunto de actos simbólicos honoríficos o retóricos sin relación alguna con la realidad social donde se supone que esos valores deben realizarse [4]. Por tanto, sostengo que una apreciación fáctica franca y honesta de esta realidad debe anteceder a la invocación de los valores derivados de las creencias éticas y morales.

Durante la reciente campaña electoral en Suecia observé un cartel socialdemócrata con la cara de un niño, y algunos lemas adecuados sobre las políticas de bienestar de la infancia. Pero cuando examiné el cartel desde más cerca me encontré con que alguien había pegado otro lema —evidentemente no socialdemócrata— que cruzaba la cara del niño: «NACIDO LIBRE, MUERTO A IMPUESTOS.»

¿La muerte de ese niño? Estadísticas comparativas de los países industriales avanzados, y de países menos avanzados, demuestran convincentemente que Suecia tiene la mortalidad infantil más baja del mundo; y esto es obviamente uno de los resultados de los planes de bienestar de los niños financiados con impuestos que permiten a los padres hacer que se examine médicamente a sus hijos a intervalos regulares en centros para el bienestar de la infancia, sin coste alguno. A decir verdad, ese lema pegado sobre el rostro del niño debería haber rezado así: *Nacido libre. Vivo gracias a los servicios de bienestar infantil financiados con los impuestos.* Evidentemente el autor del lema pegado sobre la cara del niño parece haberse visto totalmente transportado por el significado emotivo e independiente del lema «nacido libre», de modo que mi preocupación por los hechos en cuestión fue considerada irrelevante.

La publicidad comercial debe seguir ciertas normas, tal vez no sólo en Suecia sino también en algunos otros países del resto de Europa. Pero, al parecer, todo es admisible en la propaganda política. Estoy seguro de que incluso los partidos socialistas se permiten ser menos que los hechos en algunas ocasiones, en su propaganda política. Pero en nuestro debate sobre el futuro del socialismo, el respeto por los hechos debe anteceder a cualquier otra cosa.

* * *

1. ¿Cuáles son los hechos básicos sobre el capitalismo desregulado que debemos tener en cuenta? Esencialmente hay cinco conjuntos de hechos que incluso los neoliberales fervientes partidarios del capitalismo deben admitir que son factualmente verdaderos, aun cuando se puedan sentir muy presionados a hacerlo.

i) El capitalismo, por su propia naturaleza, debido al hecho de que se basa en una economía de mercado competitiva, genera unas *desigualdades* de renta, de riqueza y de control de los medios de producción mayores que las que existían en etapas anteriores del proceso de desarrollo capitalista. La naturaleza misma de una economía de mercado competitiva es identificar a aquellos que son lo suficientemente fuertes como para ser ganadores en esta competición, y hacerlos capaces de invertir en un mayor crecimiento de su capital y un mayor control de la mano de obra, mientras que los perdedores en esta competición, o bien descienden hasta unirse a los trabajadores, o quizás sean capaces de empezar otra vez desde una débil posición de retaguardia. El éxito alimenta al éxito en una economía de mercado: un proceso causal acumulativo que genera desigualdades y al mismo tiempo crecimiento económico.

ii) Los mismos procesos producen una *concentración de capital,* si no en unos monopolios propiamente dichos, al menos en puestos oligopólicos dentro del mercado. Los propios mecanismos de mercado —sobre los cuales se centra tanta adoración en las ideologías capitalistas— por lo general son minados, cuando no destruidos, por la operación de estos mecanismos de mercado. El mercado competitivo resulta ser un mecanismo parcialmente autodestructivo con el tiempo, a menos que esté regulado por fuerzas políticas exteriores al mercado. La «estática comparativa» de la

[4] Por lo que respecta al concepto de «significado emotivo independiente», véase Charles L. Stevenson, *Ethics and Language,* New Haven: Yale University Press, 1944. Este autor ha ideado unas escalas de actitud empírica para medir el grado de significado emotivo «independiente» frente a «dependiente», usando estas escalas para la comprobación de algunas hipótesis teóricamente derivadas sobre las relaciones entre esta varible y otras variables cognitivas y conductales. Cfr. U. Himmelstrand, *Social Pressures, Attitudes and Democratic Processes,* Uppsala: Almqvist & Wiksell, 1960.

corriente central de la economía no reconoce plenamente el hecho empírico de la autodestrucción de este proceso del mercado con el correr del tiempo, debido a la naturaleza intemporal y no empírica de sus modelos teóricos idealizados.

iii) Al parecer, en el desarrollo capitalista está implícito un *imperativo tecnológico* que pide mayores innovaciones técnicas de la producción industrial a fin de aumentar los resultados al tiempo que se rebajan los costes de producción, al menos a largo plazo. Las innovaciones técnicas disminuyen la dependencia del poder instantáneo de la mano de obra y generan una producción cada vez con un uso más intensivo de capital, o lo que Marx denominó una «composición altamente técnica del capital», donde tal vez la «fábrica sin hombres» sea el diseño industrial ideal. ¡Nada de tener que tratar con trabajadores molestos! Mientras que esta tendencia al uso intensivo del capital era particularmente pronunciada en las empresas capitalistas de gran escala en el pasado, actualmente incluso las empresas o fábricas pequeñas se han sumado a esta tendencia debido a la llegada de los ordenadores personales y del *software* que se considera amigo del usuario. La petición cada vez mayor de una *mano de obra cualificada* no es más que un aspecto de este desarrollo. El *desempleo* cada vez mayor entre los que no han adquirido esas cualificaciones parecería otro efecto posible, aun cuando no absolutamente necesario, de estas innovaciones tecnológicas.

iv) La mayoría de las empresas industriales y de transportes, sean capitalistas o no, tienden a generar las llamadas *externalidades medioambientales* que, por definición, no son rectificadas por los propios procesos del mercado. Una externalidad, por definición, es un efecto que no tiene precio en el mercado, y al cual el mercado, por tanto, no puede responder, a menos que las fuerzas políticas ajenas al mercado, es decir, un gobierno, les asigne un precio, que habrán de pagar los contaminadores. El deterioro del ambiente interno del lugar de trabajo es otro aspecto de esta tendencia y no se rectificará por el propio mercado, sino sólo por la presencia de unos sindicatos fuertes y eficaces y de otros organismos políticos, ajenos al mercado.

v) Finalmente, es bien sabido que el capitalismo contemporáneo participa en procesos de *internacionalización* o transnacionalización, que de manera sucesiva y eficaz eliminan las transacciones económicas del control potencial de los Estados naciones y de la toma de decisiones democráticas. En Europa, el advenimiento de un Mercado Común, y en el futuro próximo quizás de una moneda común, el ECU, constituye un buen ejemplo; pero la transnacionalización va más allá de los límites de Europa, entrando en lo que se ha dado en llamar el Tercer Mundo. La representación de los intereses de la Mano de Obra, y del bienestar de los ciudadanos en general, está perdiendo fuerza en consecuencia, a pesar de la retórica de la «dimensión social». Estos efectos sólo pueden contrarrestarse si el Parlamento Europeo recibe más poder del que tiene actualmente, manteniéndose o mejorándose la fuerza relativa de la izquierda en ese Parlamento, fuera del mercado.

En un nivel mayor de abstracción, estos problemas y tendencias del capitalismo desregulado (que son inevitables en cualquier sociedad avanzada) pueden resumirse en tres propuestas:

a) Dentro de cualquier sociedad capitalista avanzada es inevitable que haya conflictos de tipos de intereses opuestos de no mercado relativos a la igualdad y a la desigualdad, a la concentración frente a la descentralización del capital, al medioambiente limpio frente al medioambiente contaminado, al control nacional frente al libre intercambio internacional, es decir, conflictos de interés que no pueden resolverse simplemente mediante la operación de las propias fuerzas del mercado. (Hasta ahora no he mencionado los conflictos que surgen como consecuencia de los movimientos nacionalistas y secesionistas. No me ocuparé de estos conflictos en este trabajo simplemente porque sería poco razonable atribuirlos al capitalismo. Donde campan por sus respetos es en los países que anteriormente pertenecían al «socialismo real», y en las antiguas naciones coloniales.)

b) La mayor parte de los socialistas pueden hoy, tras el colapso de las economías dirigidas comunistas de la Europa del Este, reconocer abiertamente que una economía con propiedad privada de los medios de producción y con un mercado competitivo puede desembocar en un mayor desarrollo y crecimiento económicos que una economía sometida a una dirección política centralizada, y al mismo tiempo más compatible con la democracia política de lo que puede estarlo jamás una economía dirigida centralizada [5]. Los Social-

[5] El hecho de que la democracia política parezca incompatible con una economía dirigida, y de que todas las democracias po-

demócratas Escandinavos han reconocido esto hace ya más de cuarenta años. Pero en su caso esto siempre fue reconocido junto con ciertos efectos socialmente inaceptables de una economía de mercado capitalista desregulada tales como los que antes mencioné. Esto implica que un gobierno de socialdemócratas debe estar dispuesto, en primer lugar, a vivir con una economía capitalista, pero también, y en segundo lugar, a intervenir y regular esa economía para contrarrestar o neutralizar esos efectos socialmente inaceptables. Esto significa que ustedes deben reconocer una contradicción básica en su sistema socioeconómico y prepararse a vivir con él permitiendo una institucionalización de los intereses opuestos implicados, y una libre articulación y acción sobre estos conflictos en la política democrática. Esto implica también que ustedes deben cuestionarse, y debatir, y luchar contra cualquier concepción que *no reconozca* esta contradicción básica y que reconozca sólo la necesidad de expresar un aspecto de esta contradicción —la dinámica desregulada de un tipo capitalista de economía— como lo hacen los fundamentalistas neoliberales, pero también el tipo opuesto de unilateralidad que implica que el capitalismo regulado puede ser aliminado y reemplazado por una economía dirigida.

c) El creciente desempleo, uno de los más nocivos de los efectos inaceptables de un capitalismo desregulado, resulta tener varios efectos secundarios, especialmente entre los jóvenes. El aumento de los grupos de acción de militancia neonazi y racista entre los jóvenes en varios países europeos debe ser una advertencia para los políticos neoliberales.

El rasgo más característico de la ideología neoliberal es que no puede ni siquiera *reconocer la existencia* de los conflictos de intereses de no mercado más o menos legítimos y opuestos, tales como los mencionados arriba. Esos conflictos no pueden ser reconocidos fácilmente por los neoliberales simplemente porque no siempre pueden ser reducidos a relaciones entre compradores y vendedores. Más igualdad, o ausencia de movimientos neonazis, no es nada que se pueda comprar [6]. La falta neoliberal de reconocimiento de hechos sociales tan elementales se debe al hecho de que la ideología neoliberal se basa en una versión simplista de la teoría económica neoclásica en la cual sólo las relaciones de intercambio entre compradores y vendedores son reconocidas.

Es imperativo para la izquierda alentar la mejor documentación sociocientífica fáctica posible de estas tendencias y problemas en el capitalismo contemporáneo, y hacer que esos hallazgos sean conocidos por el mayor número posible de ciudadanos, y además participar en polémicas por los medios de difusión de amplio alcance donde los neoliberales demuestren claramente que son totalmente incapaces de reconocer incluso los hechos sociales más elementales de esta naturaleza. Por supuesto, hay ciudadanos bien situados a los que no les importaría perder algo por lo que respecta a algunos de estos problemas y tendencias, y que encontrarían que las desigualdades crecientes, una concentración cada vez mayor de capital, el desarrollo tecnológico menos dependiente del trabajo humano manual o descualificado, y una transnacionalización del capital son muy naturales e incluso deseables. Pero esta insensibilidad vergonzosa ante los hechos sociales básicos sobre los intereses en conflicto debe ponerse al descubierto de una manera que llegue a la mayor cantidad posible de aquellas personas que realmente considerarían que esto es una vergüenza.

A pesar de la reducción cada vez mayor de la clase trabajadora industrial, podemos esperar que una gran parte de los ciudadanos de la mayoría de

líticas conocidas presenten una economía capitalista de mercado, ha impulsado a algunos ideólogos capitalistas a sacar la apresurada conclusión de que una economía capitalista de mercado es la causa principal que desencadena la democracia política. Esta no es una conclusión históricamente válida. El *Reich* de Hitler estaba basado en una economía capitalista, lo mismo que la España de Franco y el Chile de Pinochet, pero es obvio que no eran democracias. El Capitalismo, en sus etapas anteriores de desarrollo evidentemente podía funcionar perfectamente con regímenes no democráticos. Tal como demuestra claramente Göran Therborn (1977) en su interesante trabajo sobre el origen histórico del sufragio universal, las fuerzas de la democratización no adquirieron envergadura y vigor suficientes hasta que los movimientos obreros reformistas se incorporaron a la lucha (véase *New Left Review,* 103). Claro que un historiador puede sostener que el movimiento obrero se generó dentro del orden capitalista, el cual, en ese sentido, contribuyó de una manera indirecta a la instauración de la democracia política.

[6] Podría sostenerse que una decisión política de «Poner un precio al medioambiente», para citar el título de un libro del economista sueco Erik Dahmén (1968, Estocolmo: SNS), implica la «compra» de un medioambiente mejor. Esto podría parecer una objeción válida al citado argumento si esa objeción se considera exhaustiva y completa. Pero por lo general cualquier decisión política de «poner un precio al medioambiente» es una consecuencia de fracasos reales o esperados en el intento de hacer que las empresas sean receptivas a los límites *legislados* para la contaminación. «Poner un precio al medioambiente» es, pues, sólo un medio para alcanzar un fin —un fin que en sí mismo no se formula en términos de mercado— y un medio que parece ser el único que entienden los capitalistas.

los países esté seriamente preocupada por estos problemas y tendencias del capitalismo desregulado, si se les informa suficientemente sobre los hechos pertinentes. Sólo con respecto a algunos de los efectos ambientales externos arriba mencionados podemos esperar que también algunos de los estratos más ricos lleguen a preocuparse cada vez más, debido al hecho de que también viven en ese medioambiente contaminado, o hacer uso de él en su tiempo libre, por ejemplo los bosques que ya no tienen un aspecto lozano y verde después de las lluvias cargadas de sulfuro.

* * *

2. ¿Cuáles son las fuerzas sociales y los movimientos sociales que se preocupan por los problemas y tendencias del capitalismo contemporáneo desregulado o mínimamente regulado, con el deseo de rectificarlos? ¿Cuáles son las fuerzas que todavía no están convencidas de la existencia de esos problemas, o que luchan para que los ciudadanos sigan ignorando su existencia?

El vigor de las fuerzas y movimientos sociales preocupados por los problemas y tendencias del capitalismo desregulado varía de un país a otro, por supuesto, pero potencialmente podrían ser un número bastante grande. Las fuerzas que se oponen a la riqueza y al poder deben ser mucho menos numerosas; pero los números no son la fuente de su poder, sino más bien su «fuerza sistémica», el hecho de que ocupan alturas predominantes del sistema capitalista del cual depende en gran medida la mayoría de los países [7].

Ahora, ante todo, quisiera explicar algunas fuerzas y movimientos sociales relevantes en Suecia. En algunos aspectos son bastante peculiares, y, por tanto, seguiré esta narración con algunas reflexiones sobre las condiciones actuales en el resto de Europa, esperando llegar así a algunas conclusiones de base fáctica sobre el vigor de las fuerzas y movimientos sociales relevantes para «el futuro del socialismo» en Europa.

El voto de clase ha sido mucho más pronunciado en Suecia que en la mayoría de las demás sociedades industriales. Pero a pesar de su importancia cada vez menor, sigue persistiendo. A la vista de que la clase trabajadora industrial sueca ha ido reduciendo su tamaño desde mediados de la década de 1960 parecería que la importancia del voto de clase podría haber contribuido a reducir el apoyo electoral a la socialdemocracia en la elección sueca más reciente [8]. Pero esta causa del respaldo electoral tal vez en disminución de la socialdemocracia se ha visto contrarrestada durante varias décadas por lo que podríamos llamar una lealtad socialdemócrata de segunda generación entre los hijos e hijas de padres de clase trabajadora que constituyen actualmente la clase media móvil. Este tipo de lealtad de la clase trabajadora de segunda generación entre los ciudadanos de la clase media, especialmente entre los empleados del sector público (una lealtad de clase que paradójicamente aparece como una magnitud decreciente de voto de clase, hablando en términos estadísticos), también parecería desvanecerse actualmente con una nueva generación de jóvenes. Sólo un 19 por 100 aproximado de jóvenes votaron por la socialdemocracia en la última elección de septiembre de 1991, frente al 40 por 100 de la elección anterior. Al parecer, entre los jóvenes, los atractivos neoliberales individualistas del partido conservador, los Moderados, y los atractivos individualistas que ofrecen felicidad y suerte de un nuevo partido populista de la derecha, la Nueva Democracia, parecen haber derrotado a otros atractivos, incluso a los atractivos juveniles medioambientales del zozobrado Partido Ambiental «Verde» de Suecia. En realidad parecería muy difícil convertir a este segmento de la generación más joven a la socialdemocracia, aun cuando un liderazgo más juvenil del partido socialdemócrata pudiera provocar algunas conversiones —atestiguado en el gran atractivo televisivo de Mona Sahlin, una ministra socialdemócrata del antiguo gobierno, una atractiva personalidad femenina, combinada con una aguda facilidad de palabra y una competencia innegable en la política laboral, cuando participó en el último debate televisado—. Comoquiera que sea, una tarea sumamente importante de los partidos de la izquierda en Suecia, al igual que en el resto de Europa, es llegar a *comprender la psicología política de los votantes jóvenes que parecen responder de manera mucho más inmediata a la «política simbólica» que concretar cuestiones de preocupación de sus propias vidas cotidianas.*

[7] Para una explicación del concepto de «poder sistémico», véase Burns & Buckley, eds. (1976), *Power and Control. Social Structures and their Transformation,* Londres, SAGE, cap. 10, y Himmelstrand *et al.* (1981), *Beyond Welfare Capitalism,* Londres: Heinemann, págs. 211 y sigs.

[8] Un resultado característico para los socialdemócratas suecos en recientes elecciones ha sido entre el 43 y el 46 por 100 de los votos; pero en septiembre de 1991, este apoyo electoral descendió al 38 por 100.

Pero aun cuando los socialdemócratas puedan obtener otra vez el 40 del 100 de los votos, en unas elecciones dentro de tres o de seis años, tras haber sido vencidos en la última elección con sólo el 38 por 100 de los votos, existen dudas en las mentes de algunas personas respecto a que vuelvan a recuperar alguna vez su anterior fuerza virtualmente hegemónica. Por tanto, corresponde al actual liderazgo socialdemócrata mirar hacia delante y tratar de encontrar socios entre aquellos partidos políticos con los cuales pueda ponerse de acuerdo sobre cuestiones fundamentales y con los cuales pueda alcanzar el tipo de mayoría parlamentaria que les permita formar gobierno, o participar en uno donde se realicen los objetivos políticos fundamentales.

Hace un año, varios comentaristas indicaron que había menos diferencia entre los liderazgos socialdemócratas y socioliberales de los partidos liberales y de centro que entre estos partidos y los neoliberales moderados. En consecuencia, una coalición entre los socialdemócratas, los liberales y los centristas se consideraba posible y bastante importante, especialmente a la vista de la antigua cooperación exitosa entre estos partidos. Da la casualidad de que yo estoy de acuerdo. El principal factor que hasta ahora evitó que esto sucediera fueron los cargos inventados para el «socialismo real» de la Europa del Este que se han arrojado contra los socialdemócratas en la agitación del ala derecha.

En la última campaña electoral se volvieron a esgrimir estos argumentos contra los socialdemócratas por su propuesta de permitir que los fondos de pensión mejorasen sus finanzas comprando acciones en empresas privadas. Se sostuvo que esta propuesta implicaba la creación de un Estado socialdemócrata que alcanzaría el control sobre la mayor parte de la industria sueca. ¡Una economía dirigida al modo de la soviética! Ni los liberales ni los centristas se han distanciado de estas argumentaciones injustas. Esto creó animosidades entre los socialdemócratas y los socioliberales que fue difícil vencer. Pero a la larga, una coalición de centro izquierda, en vez de la coalición de centro-derecha que actualmente tiene a su cargo el gobierno de Suecia, puede ser una de las vías de regreso de los socialdemócratas al gobierno sueco, si ellos no recuperan su fuerza anterior, lo cual es todavía bastante posible.

Sobre este aspecto es pertinente comparar las concepciones sociademócratas con las de los principales socioliberales que a su vez deben distinguirse claramente de las concepciones más fundamentalistas de los llamados neoliberales. Esas comparaciones son pertinentes también en el contexto más amplio de Europa. En Suecia, tanto los socialdemócratas como los socioliberales comparten la opinión de que una economía competitiva de mercado es la mejor manera de organizar las actividades económicas, en interés de un crecimiento económico, dinámico y autosostenido. Sin embargo, tanto los socialdemócratas como los socioliberales están de acuerdo en que los mecanismos de mercado tienen ciertas limitaciones y dan lugar a algunos efectos externos que deben ser atendidos políticamente desde fuera del mercado. Ambos parecen estar de acuerdo en que la responsabilidad final en lo que respecta a las políticas de salud pública, de educación y de mercado de trabajo deben estar en manos de un «sector público» financiado por vía impositiva, a fin de hacer que esos servicios sean igualmente accesibles a todos los estratos de la sociedad, y de garantizar una alta calidad de esos servicios en lugar de garantizar sólo su rentabilidad económica para los productores de esos servicios en áreas donde la competencia de mercado por sí misma no puede prestar servicios de calidad para todos. Pero incluso si los socialdemócratas suecos y los socioliberales llegan a un acuerdo sobre este tipo de economía mixta, no cabe duda de que hay ciertas diferencias entre ellos con respecto a la composición de esta mezcla. Los socioliberales, por ejemplo, están más inclinados a permitir la competencia del mercado incluso en el llamado sector público, en la medida en que el Estado de bienestar financiado por vía impositiva siga garantizando y financiando los aspectos no rentables de los servicios públicos producidos, para que éstos estén disponibles para todos. La razón lógica de este acuerdo es que se supone que la empresa privada competitiva debe asegurar la relación coste-eficacia en la producción de los servicios públicos, mientras que el Estado de bienestar financiado por vía impositiva se supone que debe garantizar que esos servicios se producen como «derechos universales» y disponibles para todos en igual medida [9].

[9] Para una explicación de las principales razones contra la privatización de la Salud Pública y la Educación, véase págs. 290 y sigs. de Ulf Himmelstrand, ed., *Interfaces of Economic & Social Analysis,* publicado en febrero de 1992 por Routledge, Londres. Véase también Gunnar Persson (1986), The *Scandinavian Welfare State: Anatomy, Logic and Some Problems,* Londres; Sticerd London School of Economics Welfare-and-State Programme Publications, núm. 7.

En realidad, se podría sostener que las diferencias entre la democracia social que existe realmente y la teoría socioliberal son bastante pequeñas, al menos si nos conformamos con comparaciones entre algunos recientes esbozos de política de los partidos liberal y socialdemócrata. Pero en la práctica política estas diferencias se hacen mucho mayores, y tienden a fluctuar más con el correr del tiempo, debido al hecho de que las bases de clase de la socialdemocracia y del socioliberalismo varían muchísimo. La extracción del electorado de los socialdemócratas, perteneciente en su mayor parte a la clase trabajadora o a ocupaciones del estrato medio del sector público donde abundan las mujeres menos bien pagadas, ha dado lugar a una estabilidad relativa dentro de la socialdemocracia, hasta hace poco tiempo, mientras que el partido liberal, siendo un partido de *opiniones* liberales más que un partido con una fuerte base de clase, ha manifestado una inestabilidad ideológica mucho mayor, fluctuando entre una postura socioliberal y puntos de vista mucho más próximos al neoliberalismo, ante el desencanto de los socialdemócratas que se habían dispuesto a cooperar con el partido liberal en el pasado, y en el futuro, aunque no en este mismo momento [10].

Después del colapso del comunismo en la Europa del Este, un comentarista liberal de un periódico sueco de gran tirada sostuvo que la única clase de izquierda que queda en Europa actualmente es una izquierda burguesa. Desgraciadamente esta «izquierda burguesa» —que parece ocupar el centro político, vista desde una perspectiva socialdemócrata— se ha visto considerablemente debilitada no sólo en Suecia, sino en varios otros países europeos. En realidad, mientras que el partido liberal sueco recibió el apoyo de hasta el 24 por 100 del electorado a comienzos de la década de 1950, perdió desde entonces votos de una manera bastante constante hasta llegar al 9 por 100 en 1991. Su participación en el actual gobierno conservador sueco no contribuye por cierto a fortalecer a la «izquierda burguesa» del socioliberalismo. Tendencias similares por lo que respecta a la fortaleza de los partidos liberales, y a los partidos del centro político, pueden observarse en Inglaterra y Alemania. En algunos países europeos ni siquiera existe un partido socioliberal genuino que ocupe el centro del espectro político. Parece ser que lo normal, en la Europa de hoy, es una polarización de la derecha política frente a la izquierda política, mientras que el centro político (o la «izquierda burguesa») es débil o ni siquiera existe.

Sin embargo, al predecir la fuerza futura de los diversos partidos políticos sería bastante poco realista, en mi opinión, hacer extrapolaciones basándose en las tendencias recientes. El cambio político no es de tipo creciente o decreciente, sino dialéctico. No me estoy refiriendo a las teorías de Anthony Downs [11] sobre los ajustes fluctuantes hacia el centro político. Esas teorías parten de la suposición de que los programas políticos se comportan como cierto tipo de bienes vendidos en un mercado competitivo que se autoequilibra. Para mí, en cuanto sociólogo político, es mucho más crucial considerar de qué modo los programas políticos, y el respaldo del electorado para estos programas, responden a *cambios dialécticos en las situaciones contradictorias* de las clases de votantes. Cuando una gran cantidad de votantes, ayudada por los símbolos de la propaganda política, se ve llevada a creer que las enfermedades sociales pueden atribuirse fundamentalmente a la ineficacia burocrática del Estado de bienestar y a las intervenciones del Estado en general, un número importante de esos votantes puede cambiar su apoyo a los partidos conservadores y neoliberales en lugar de expresar sus exigencias de reformas en el sector público. Pero cuando un gobierno conservador o neoliberal ha logrado cambiar la marea política hacia unas deducciones fiscales para los ricos —supuestamente con el fin de proporcionar incentivos para un crecimiento económico más dinámico— y cuando los ciudadanos de a pie descubren que los frutos de este crecimiento no redundan en absoluto en una mejora de sus deteriorantes condiciones de vida, entonces podemos esperar un desplazamiento en la dirección política opuesta. Las respuestas de los votantes comunes a «la política de los símbolos» es reemplazada por respuestas a experiencias concretas de situaciones de la vida diaria. En varios países de la Europa del Este que se han embarcado en políticas neoliberales podemos ver ya manifestaciones de este desplazamiento «dialéctico», tanto hacia partidos

[10] Desde una perspectiva izquierdista yo sostuve una vez que el único partido político de Suecia que de una manera coherente y en la práctica ha tomado una postura socioliberal fue el Partido Socialdemócrata, mientras que el Partido Liberal se ha bandeado entre puntos de vista socioliberales y neoliberales o conservadores. Véase también la comparación entre los enfoques socioliberal y socialista en las págs. 17-22 en Himmelstrand *et al.* (1981), *Beyond Welfare Capitalism,* Londres: Heinemann.

[11] Vése Anthony Downs (1957), *An Economic Theory of Democracy,* Nueva York: Harper and Row.

socialistas como hacia partidos comunistas que es de esperar estén algo reformados. En Suecia, el único partido político que ahora crece significativamente en fuerza, según los sondeos de opinión pública, tras la reciente victoria de la derecha política, es el partido socialdemócrata que ha sido recientemente vencido en las elecciones. En política no hay «tendencias» fiables; pero hay indudablemente un «zig, zag» de la política, para tomar una expresión de Robert Nozick [12].

Debido a estos desplazamientos «dialécticos» en las alineaciones de los votantes, y debido a la ausencia de investigación empírica sobre la interacción entre «la política de los símbolos», y las experiencias de situaciones cambiantes en la vida diaria, no es tan fácil predecir qué es lo que sucederá en Suecia, o en otros países de Europa, con respecto a la fuerza de la socialdemocracia, y de la «izquierda socioliberal burguesa» con la cual podría cooperar la socialdemocracia.

Pero ¿no se podría poner fin a estos desplazamientos dialécticos entre tesis y antítesis en los alineamientos de los votantes mediante algún tipo de síntesis donde se combinasen elementos de ambos lados? En mi opinión, el partido socialdemócrata sueco se acercó más a esa «síntesis» durante sus muchos años anteriores en el gobierno. La estrategia política del partido era alabada tanto por los líderes del movimiento sindicalista como por la comunidad empresarial. Los socioliberales y el partido liberal parecen haber encontrado muchas más dificultades para sintetizar la tesis y la antítesis; se han estado desplazando de un lado al otro como uno de esos coches viejos sin barra de acoplamiento, tal vez respondiendo a modas políticas pasajeras.

A falta de predicciones seguras sobre estos vaivenes «dialécticos» del electorado, y de los propios partidos políticos, podemos resumir, sin embargo, algunas prioridades en nuestros intentos de fortalecer a la izquierda europea en su conjunto.

A) A los votantes adultos y maduros se les debe proporcionar un panorama más sincero, auténtico y convincente de los intereses conflictivos de las sociedades capitalistas avanzadas, y se les debe brindar no sólo oportunidades de recibir esos mensajes, sino *participar en la elección* de políticas que identifiquen tanto las situaciones de los ciudadanos entre esos intereses conflictivos como las soluciones necesarias para resolver estos conflictos de una manera que aborde estas situaciones de la vida diaria, así como la evolución de la sociedad en su conjunto. Una comprensión más cabal de las contradicciones de la sociedad y de las necesidades de reconciliar objetivos aparentemente opuestos pueden ayudar realmente a estabilizar la política y, metafóricamente, a equipar a ese viejo coche que es el partido político con una barra de acoplamiento que evite que se desplace incontroladamente por la carretera entre tesis y antítesis.

B) Entre los votantes jóvenes, es preciso superar la brecha entre la política de los problemas concretos de la vida cotidiana, y la atractiva «política de los símbolos» de los partidos que agitan los estandartes de la libertad individual sin límites y de un estilo de vida feliz y fácil, o los más siniestros símbolos de la xenofobia. Esencialmente, esta tarea es de naturaleza educacional, educar a los jóvenes acerca de que la política tiene que ver más con las preocupaciones de la vida cotidiana que con símbolos que representan al bien o al mal, elevados muy por encima de esas preocupaciones diarias. Pero la buena educación debe ser atractiva, y, por tanto, debemos aprender qué es lo que atrae a los jóvenes partiendo de aquello que más les preocupa.

C) Allí donde todavía exista, o resurja una izquierda «burguesa» socioliberal, no debemos tratar de vencerla, sino de entablar con ella un diálogo para descubrir cuáles son nuestras diferencias en la política práctica y para crear un clima de cooperación que nos permita mantener a raya a la derecha neoliberal o conservadora.

D) A la vista de la internacionalización de las economías capitalistas, es de suma importancia mejorar la colaboración internacional entre las fuerzas socialistas democráticas: en primer lugar en toda Europa, incluida la Europa del Este. Nuestras reuniones en España sobre el futuro del socialismo, y el socialismo del futuro son ejemplos

[12] Robert Nozick, que hasta hace poco era conocido sobre todo por su filosofía anarco-liberal del *laissez faire* (véase su libro *Anarchy, State and Utopia,* 1975) ha descartado estos puntos de vista en su libro *The Examined Life* (Nueva York: Touchstone, 1989, pág. 287, nota a pie de página), y ha reconocido la naturaleza contradictoria de la sociedad y el «vaivén de la política» (cap. 25) debidos al hecho de que ningún partido político puede abarcar todos los objetivos que atraen a todos los votantes; pero muchos de esos objetivos, que no pueden ser reconciliados al mismo tiempo por ningún partido, pueden ser perseguidos uno tras otro por partidos diferentes. Dice Nozick: «El electorado quiere el vaivén» *(op. cit.,* pág. 295). Nozick considera que este «vaivén» se debe fundamentalmente a lo que yo llamaría cambios dialécticos en las predilecciones de los votantes más que al resultado primario de ajustes de la elección racional de los partidos políticos para algún centro político concebido.

de esa colaboración internacional; pero tal vez valiese la pena celebrar simposios más frecuentes mucho más pequeños, de aproximadamente una docena de participantes, en los que interviniesen políticos socialistas en ejercicio, sindicalistas y ejecutivos «burócratas», unos cuantos científicos sociales, algunos intelectuales socialistas independientes y comentaristas con el fin de seguir con la discusión de algunos de los temas planteados en nuestras reuniones más grandes.

Hasta ahora me he ocupado fundamentalmente del papel de los partidos políticos en la izquierda, y en el centro, como ejemplos de fuerzas y movimientos sociales que deben tenerse en cuenta a la hora de seguir adelante con nuestra búsqueda de la identidad ideológica de la izquierda. Otra fuerza social de suma importancia es el movimiento sindicalista. En Suecia todavía es muy fuerte a pesar de haber perdido miembros, y a pesar de algunas divisiones internas incipientes entre su liderazgo centralizado, y de sus todavía numerosos afiliados de base. Obviamente, el presente gobierno burgués está haciendo todo lo que puede para debilitar aún más el movimiento sindicalista, entre otras cosas eliminando el derecho a las deducciones fiscales de las rentas imponibles de las cuotas sindicales.

El principal problema interno de la Federación Sueca de Sindicatos (LO) es su alto grado de poder centralizado, todavía muy elevado a pesar de cierta reciente erosión de su poder centralizado. Sin duda, su centralización ha sido uno de los puntos fuertes principales de la LO en el pasado. La centralización ha sido un instrumento fundamental de coordinación en la lucha salarial y en la persecución de la política salarial solidaria, que ha producido una disminución de los diferenciales salariales entre los trabajadores de la colectividad de la LO. En el pasado, el poder centralizado de la LO también ha sido útil para conseguir una restricción salarial temporal y prudente en la lucha contra la inflación. Pero los sindicatos locales, y los sindicatos de las empresas, demandan ahora más descentralización de poder en la LO. Son necesarias algunas innovaciones organizacionales para responder a estas demandas locales conservando al mismo tiempo cierta coordinación central, para evitar una competencia entre las diferentes ramas del movimiento sindical en su lucha por salarios más altos. Esto también es necesario en la lucha contra la inflación.

También sugeriremos aquí una forma de «aplanar» y descentralizar la LO a fin de mantener el tipo de fuerza que brota de su participación local —sin sacrificar, por tanto, la coordinación de las actividades sindicales que también es necesaria para mantener el vigor del movimiento sindical en sus niveles más altos—.

En la actualidad, los miembros de los sindicatos de Europa tienen una formación considerablemente mayor de la que tenían hace más o menos setenta años. Y un número importante de empleados están ansiosos de aprender más sobre las condiciones económicas, y sobre las condiciones de la vida laboral. Esto es una condición previa muy importante para una descentralización del movimiento sindical a fin de movilizar los conocimientos tecnológicos locales y las motivaciones locales para participar en las actividades sindicales. La coordinación necesaria de las actividades sindicales nacionales e internacionales podría conseguirse no mediante un decreto centralizado, sino proporcionando información de mayor relevancia, tanto nacional como internacional, en el ámbito local como *premisas para tomar decisiones locales racionales*. Las organizaciones sindicales de tipo central tales como la LO en Suecia deberían convertirse de organismos centralizados de toma de decisiones en *agencias de consulta que proporcionasen a los sindicatos locales información sobre lo que está sucediendo en otras localidades del país o de fuera del país*. Pero eso no es suficiente. Deben establecerse normas de procedimiento para que cualquier decisión sobre la acción local esté precedida por contactos con la organización central para obtener más de la información y comprensión necesarias para una acción local racional. Gran parte de esa información y de esa comprensión sólo puede producirse en el ámbito central. Esto también implica que la captación de funcionarios o cargos del nivel central debe hacerse tomando como base fundamental no la toma de decisiones, sino el descubrimiento de hechos y la comunicación a los sindicatos locales. La organización sindical central todavía podría conservar cierta influencia si parte de los fondos para la financiación de la acción sindical se mantuviera bajo el control del poder central. En principio, si pudiera conseguirse una reestructuración organizacional de este tipo para el movimiento sindical en su conjunto, la responsabilidad final para la acción sindical se adjudicaría fundamentalmente a los sindicatos locales. Considero que esto fortalecería inmensamente el movimiento sindical como conjunto, facilitando al mismo tiempo una mayor responsabilidad social global en las actividades

sindicales tanto nacionales como internacionales.

No cabe duda de que una innovación organizacional de este tipo también podría tener algunos efectos indeseables. Los diferenciales salariales podrían aumentar entre los sindicatos de las diferentes ramas de la industria con diversos grados de rentabilidad, y entre las empresas industriales y no industriales, así como las organizaciones públicas financiadas por vía impositiva. Estos efectos menos deseables deben ser contrarrestados mediante otras innovaciones organizacionales que todavía habría que realizar para funcionar en condiciones de elección y responsabilidad racional en el ámbito local [13].

* * *

3. Los niveles éticos de evaluación cobran especial importancia en la etapa final de la evaluación de la moralidad de los tipos de *soluciones* sugeridas por los movimientos socialistas para resolver los problemas y contradicciones del capitalismo evaluados en las etapas anteriores de un análisis socialista. Pero como ya he indicado, los niveles éticos se podrían hacer sentir ya en etapas anteriores del análisis, tanto en la evaluación fáctica de los problemas y contradicciones mencionados como en la evaluación fáctica de lo que los diversos movimientos sociales pueden y podrían desear hacer, o no hacer por lo que respecta a estos problemas.

¿Una consideración ética de una evalución fáctica? ¿Qué es eso? Es muy simple. Se trata simplemente de si la evaluación fáctica es *verdadera y válida* tanto en sus detalles como en su comprensión del todo relevante. ¿Tan simple? Entre algunos filósofos de las ciencias sociales existen actualmente teorías subjetivistas y relativistas del conocimiento que rechazan la propia posibilidad de llegar a cualquier verdad intersubjetiva, particularmente en lo que respecta a la estructura social y a las relaciones sociales. Desgraciadamente no puedo en este artículo ni siquiera tratar de refutar esas teorías del conocimiento. Pero son erróneas. El hecho de que las personas suelan tender a ser subjetivamente selectivas a la hora de buscar la verdad, o de admitir la verdad de hechos bien documentados, o incluso selectivas a la hora de admitir la existencia misma de ciertos objetos documentados del conocimiento, como que puede ser un hecho psicológico, no implica necesariamente que todo el conocimiento sea subjetivo y relativo. Se puede luchar para contrarrestar esta desviación psicológica. Existen normas metodológicas para llegar a los hechos documentados y para establecer conclusiones válidas. «Abandonar el método», como recomendaba un filósofo social, puede ser una buena excusa para aflojar la búsqueda del conocimiento y para preservar la ignorancia en lo que respecta a hechos cruciales que a uno le gustaría dejar de lado. ¡Pero eso es éticamente inaceptable!

Así pues, la primera norma ética en el análisis socialista es simplemente ser sincero no sólo por lo que respecta a los hechos detallados, sino también con relación a la composición total de los hechos detallados acerca de la sociedad. Esto no es una banalidad. No se puede respetar esta norma ética a menos que se esté dispuesto en todo momento a escuchar, a tratar de entender lo que los oponentes o críticos dicen sobre cualquier evaluación fáctica que uno esté tratando de hacer, pidiéndoles a ellos que hagan lo mismo. Las desviaciones psicológicas inherentes al propio punto de vista pueden contrarrestarse mejor de esta manera: escuchar a los oponentes y críticos y exigir que ellos nos escuchen. Si no lo hacen, a la larga serán los perjudicados.

Hay un presupuesto ontológico básico por detrás de esta norma tanto metodológica como ética para establecer la verdad en la evaluación fáctica de la sociedad y la estructura social. Este presupuesto no hace más que afirmar que la realidad social es contradictoria tanto en un sentido estructural —ninguna sociedad está compuesta sólo de estructuras sociales que encajan armoniosamente— como en el sentido del análisis del actor —ninguna sociedad está compuesta sólo por actores sin conflictos de interés—. Las estructuras sociales más o menos incompatibles y los conflictos manifiestos o latentes de intereses tienden a limitar las perspectivas de los actores implicados, pero de todos modos afectan a las condiciones de vida

[13] Esta referencia a la «elección racional» no implica que yo suscriba las actualmente populares teorías de la elección racional y la elección pública. En realidad, las versiones fundamentalistas de estas teorías tienden a convertirse en algo vacío y tautológico. El resultado de la elección racional depende en última instancia de las premisas fácticas y normativas que se toman en cuenta al tomar una decisión racional y de los intereses implícitos. Estas premisas que determinan el resultado de la elección racional no son explicadas por la teoría de la elección racional. Para una crítica profunda y con conocimiento de causa de las teorías de la elección racional y de la elección pública, véase el capítulo de Lars Udéhn en U. Himmelstrand, ed., *Interfaces of Economic & Social Analysis,* Londres: Routledge, que se publicó en febrero de 1992.

que prácticamente todos los actores, ya sea que sus perspectivas limitadas los hagan conscientes de los efectos de dichas contradicciones o no. Lo mejor es ser consciente. La primera prueba de esta conciencia es si uno reconoce o no ese presupuesto ontológico básico. Los neoliberales y los economistas fundamentalistas neoclásicos tienen dificultades en este aspecto. En sus teorías no tiene cabida ningún presupuesto de este tipo. Todo es una cuestión de relaciones reguladas por los precios entre oferta y demanda, donde no hay conflictos sino sólo desequilibrios que son rectificados en procesos automáticos de equilibramiento. Rebatir estos presupuestos simplistas y fácticamente erróneos y luchar contra ellos es la norma más ética dentro de este contexto.

También es de suma importancia ética evaluar las fuerzas y movimientos sociales que participan en la lucha contra las contradicciones de una economía de mercado capitalista no regulada. ¿O acaso estas fuerzas sociales implican el tipo de unilateralidad que implica incluso que el capitalismo regulado pueda ser eliminado y reemplazado por una economía dirigida? Si aceptamos como verdad social que la vitalidad y el crecimiento económicos requieren actualmente sobre todo la propiedad privada de los medios de producción industrial y una economía de mercado competitivo, con intervenciones estatales para regular esa economía, entonces las fuerzas sociales o los movimientos sociales proclives a eliminar totalmente ese tipo de economía mixta no pueden tener aceptación ética. El clásico sueño marxista de eliminar *completamente* las contradicciones entre las fuerzas sociales de producción y las relaciones sociales privadas de producción es un sueño que no puede realizarse simplemente porque no conocemos ninguna manera éticamente aceptable de lograr esas relaciones de producción de carácter totalmente social sin crear un orden socializado que es incluso más contradictorio y ademocrático que una economía de mercado socialista regulada social y democráticamente. Por poco que esto les guste a los socialistas clásicos es una de las principales conclusiones de mi análisis.

Dado este enfoque básicamente socialdemócrata, la organización interna de las fuerzas y movimientos socialdemócratas también debe ser evaluada desde un punto de vista ético. Estoy éticamente convencido de que la democracia social debe tratar de reorganizarse de modo que aumente significativamente la participación de sus miembros tanto en las decisiones que se toman dentro del partido como en las actividades de los sindicatos industriales. Para esa participación es básica una educación de los miembros para que comprendan lo que yo he afirmado sobre las limitaciones y contradicciones básicas de una economía capitalista no regulada, y la necesidad de contrarrestar y neutralizar estas limitaciones no derrocando al capitalismo, sino participando en él como socios en pie de igualdad. En los medios industriales esto, por supuesto, implica una lucha continua hacia la codeterminación en el diseño de ambientes y lugares de trabajo seguros y humanos. Los planes de participación de beneficios, tanto de participación colectiva como individual, son necesarios para crear un clima para esa participación. La participación de beneficios puramente individual, tal como la recomiendan algunos liberales partidarios de esos planes, no es suficiente. Debe reconocerse oficialmente que los empleados como individuos aislados se encuentran en una posición muy débil. Sólo uniendo sus manos colectivamente en los sindicatos pueden convertirse en socios razonablemente iguales en las relaciones con los directivos contratados por los capitalistas. Así pues, parte de la participación de beneficios debe ir a parar a los sindicatos locales no sólo para incrementar sus recursos a la hora de negociar con la dirección, sino también para motivarlos a fortalecer las empresas en cuestión. Ya he insistido antes en la necesidad de proporcionar a los sindicatos locales más conocimientos y poder en las relaciones con las organizaciones sindicales nacionales centralizadas convirtiendo a estas últimas en organismos informativos y consultivos dentro de un plan global de procedimiento que obligue a los sindicatos locales a buscar y utilizar la información proporcionada por una organización sindical nacional de este tipo. La razón principal para una reorganización de este tipo del movimiento sindical es ética, se trata de instaurar un orden más democrático dentro de ese movimiento.

De modo similar debe instaurarse un orden más democrático dentro de los partidos socialdemócratas o socialistas. Esto no sólo es éticamente deseable, sino que es por su propio interés. Las presentes debilidades relativas de esos partidos se deben en gran medida al hecho de que sus miembros son demasiado pasivos y no participan en la comprensión de sus principios dentro de una economía de mercado capitalista, y el tipo de soluciones que pueden corregir efectivamente y neutralizar las consecuencias menos deseables de una economía de este tipo. Pero ninguna participación real tendrá lugar si los miembros del partido, y los simpatizantes no organizados sólo se transforman

en receptores de información sobre estas cuestiones. Los partidos socialdemócratas y socialistas deben organizar reuniones locales de personas para discutir sus propias ideas y para participar en la defensa genuina de las soluciones socialdemócratas y socialistas en debates con los oponentes locales. Esa participación local es la única forma de reforzar a los partidos socialdemócratas y socialistas y de prepararlos para realizar progresos en las elecciones generales locales y nacionales. Esa participación local es la única manera de fortalecer la identidad ideológica de la izquierda en la Europa de hoy en día.

* * *

4. Las soluciones sugeridas y evaluadas se refieren sobre todo a situaciones cuyos parámetros son bien conocidos, y donde la mano de obra y los movimientos obreros se supone que tienen una significación considerable. Pero la amenaza de aumentar el desempleo como resultado de las innovaciones técnicas del tipo de la informatización o automatización de la industria, y las amenazas realmente graves de efectos secundarios tales como la acción armada de grupos neonazis y racistas entre los jóvenes desempleados, genera situaciones completamente nuevas que requieren nuevas soluciones que van más allá de las políticas habituales de creación de empleo. Pero André Gorz (1980), en su libro *Adieu au proletariat. Au delà du socialisme* (París: Edition Galilée), ha señalado que esta tendencia de informatización y automatización constituye al mismo tiempo una promesa y una amenaza. Si el desarrollo industrial tecnológico avanzado se va poniendo en práctica gradualmente, si no reemplaza completamente a la producción de valor-uso relacionado con las necesidades sociales y humanas en la forma de un sector no industrial «informal» cada vez mayor de empresas locales en cooperativa, entonces puede encontrarse una solución a las amenazas de desempleo y al «tiempo libre» involuntario. Este tipo de soluciones va más allá de otras políticas tales como las que ofrecen una renta mínima garantizada a los receptores pasivos entre los desempleados. A los desempleados se les ofrecen oportunidades para resolver problemas locales humanos y sociales cuyo abordaje les parece poco provechoso a los capitalistas y que un sistema de bienestar financieramente hambriento no siempre puede encarar. Es de esperar que un Estado de bienestar pueda ejercer al menos una acción de bombeo. Pueden crearse procedimientos que permitan a esos proyectos locales en cooperativa solicitar subvenciones para poner en marcha sus proyectos. Una vez que estos proyectos se hayan despegado deben estar en condiciones de autoabastecerse. Las soluciones de este tipo tienen más probabilidades de responder a los niveles éticos de la participación local que los planes pasivos de una renta mínima garantizada que todavía podría recomendarse como base de subsistencia que habría de complementarse con esas actividades de cooperativas locales autosustentadas. Así pues, puede encontrarse un uso socialmente creativo del tiempo libre involuntario y proporcionar soluciones que la izquierda europea y el movimiento obrero reformista debe considerar y respaldar de una manera más seria de lo que lo ha hecho hasta ahora.

RESUMEN Y CONCLUSION

Este artículo es de carácter socialdemócrata muy convencional. Creo que es realista, no utópico. Pero examina la necesidad de reformar los partidos reformistas de tendencia socialdemócrata y socialista. No obstante, no proporciona una imagen del aspecto que debería tener una «sociedad socialista». A decir verdad, les temo a esas imágenes. El concepto de «sociedad» conlleva la noción de algún tipo de totalidad y, por tanto, toda noción de una «sociedad socialista» tiende a convertirse en totalitaria. Prefiero considerar a la totalidad de una sociedad como algo inevitablemente mixto y contradictorio. A decir verdad, lo mismo podría decirse, como es sabido, sobre cualquier sociedad que haya sido acuñada en su totalidad por un molde socialista o, lo mismo da, con un diseño neoliberal de una sociedad totalmente determinada por mecanismos de mercado. Ambas se verían desgarradas por contradicciones involuntarias. Toda sociedad lleva en su seno esas contradicciones inevitables, y la eterna dialéctica que implica el tratamiento de esas contradicciones —llegando temporalmente, quizás, a una síntesis entre tesis y antítesis, antes de que la síntesis se transforme en una nueva tesis a la que se opondrá una nueva antítesis—. Una sociedad íntegramente «socialista», troquelada en una sola pieza por así decirlo, sin que haya en ella ninguna tesis «no socialista» o «antisocialista», me resulta inconcebible: realmente una *contradictio in adiecto*. Este es mi presupuesto ontológico básico. De ahí surge mi concepción de lo que es socialista o no socialista: no una sociedad total sino más bien los modos en que la gente percibe, o no reconoce una

realidad social inevitablemente dialéctica, y las formas en que actúa, o deja de actuar, por lo que respecta a las contradicciones sociales reconocidas o no reconocidas.

Recurriendo a una expresión del artículo de Göran Therborn publicado en este mismo número de la revista, me gustaría afirmar que el socialismo implica que hay «instituciones que delegan poder» que permiten a los trabajadores y al común de la gente articular y poner en práctica los intereses que tienen en común y que entran en contradicción con los intereses propios de un sistema capitalista, logrando así un equilibrio de crecimiento económico y justicia social dentro de un orden auténticamente democrático. La democracia política es una de esas «instituciones que delegan poder», pero debe ser complementada por organizaciones sindicales que participen genuinamente y por instituciones de formación de opinión y comunicación de masas que permiten una expresión igual por todas las partes de las contradicciones básicas inherentes a cualquier sociedad. Si los derechos a la propiedad privada están institucionalmente salvaguardados en el derecho común, entonces los derechos de los trabajadores y del común de la gente deben ser igualmente salvaguardados en las «instituciones que confieren poder» inscritas en las constituciones de cualquier sociedad.

El supuesto básico de mi artículo es que la sustancia de una identidad izquierdista consiste en ciertas creencias sobre la composición y la estructura de la *realidad social,* y *no* fundamentalmente en altos ideales y en premisas de valor. Göran Therborn publicó en una ocasión un trabajo donde se hacía la pregunta: *¿Cuál es el valor de los buenos valores?* Considero que ésta es una pregunta importante. Rendir homenaje a los valores sin especificar la realidad social en la que han de aplicarse estos valores puede convertirse con facilidad en una mera pieza de insustancial retórica con un «significado emotivo independiente».

Las creencias sobre la composición y la estructura de la realidad social también conllevan ciertas nociones relativas a los tipos de *problemas* o *contradicciones* a las que se enfrentan las diferentes clases y categorías que hay en la sociedad. Un «problema» o una «contradicción» no pueden definirse nunca en términos puramente objetivos y fácticos. Un problema no es simplemente algo que «está allí» y al que se pueda señalar como se señala una silla o una mesa. Un «problema» es siempre un «problema» para alguien, alguien con una perspectiva específica, con intereses específicos y valores éticos. No cabe duda de que una perspectiva de este tipo identificará selectivamente algún aspecto objetivo particular de la realidad social como un «problema» o una «contradicción». Así pues, éste es el aspecto objetivo de ese problema. Para mí, en principio, es sumamente importante aplicar los valores y perspectivas propios no mediante el señalamiento de metas y resultados que se han de alcanzar, sino buscando en primer lugar aquellos aspectos de la realidad social objetiva que se presentan como «problemas» o «contradicciones» que hay que resolver. Una vez que se han comprendido éticamente y evaluado fácticamente los aspectos objetivos de los problemas que se han de resolver, sólo entonces se debe empezar a buscar soluciones a esos problemas, aplicando en esa búsqueda las propias premisas de valores éticos.

En total concordancia con esta estrategia de indagación de la identidad ideológica de la izquierda, he evitado en mi trabajo la definición de socialismo como una «solución», un resultado que se ha de alcanzar, un diseño total de una «sociedad socialista», sino que más bien he tratado de enfocar una definición del socialismo estudiando cómo concebimos los problemas y contradicciones que nos llevan a usar «instituciones que delegan poder» para resolver estos problemas.

De hecho creo que el primerísimo criterio que se ha de aplicar en la definición del «socialismo» tiene que ver con la forma en que un verdadero socialista *concibe* la realidad social objetiva. El segundo criterio tiene que ver con los modos a los que recurre *la acción organizada* para el tratamiento de esta realidad social. El tercer criterio —*la ética socialista*— que ya habrá influido en la definición de los «problemas» en la realidad social objetiva, según dijimos antes, debería determinar también la imagen global de lo que es una «solución» socialista a esos problemas, tomando en cuenta las formas alternativas de acción organizada. El siguiente cuadro sinóptico resume mi aplicación de estos tres criterios (ver cuadro 1).

Evidentemente, este cuadro sinóptico está basado en un enfoque idealista de las concepciones socialista y burguesa. En realidad podemos esperar algunas mezclas de estos dos tipos ideales de concepciones socialista y burguesa. Los socioliberales —la llamada «izquierda burguesa»— puede llegar a incorporar elementos similares a los de la concepción socialista, y algunos socialdemócratas pueden admitir de hecho algunos elementos de la concepción burguesa. No es probable que todos los socialistas clásicos permitan el funcionamiento

CUADRO 1

	Concepción socialista	*Concepción burguesa*
CRITERIO UNO Realidad social	La realidad social considerada como contradictoria, con conflictos entre intereses y clases enfrentados, articulada en una lucha política.	La realidad social considerada como algo básicamente consensual y determinada por un intercambio equilibrador entre intereses diferentes, con controles administrativos de los casos marginales «desviados».
CRITERIO DOS Acción organizada	Intereses enfrentados organizados para la acción política y para la negociación colectiva sindicato/empleador y huelgas frente a cierres patronales. «Instituciones que otorgan poder».	Los mecanismos de mercado proporcionan la estructura de organización básica; lo ideal es que el mercado laboral esté regido por contratos individuales y no por acuerdos colectivos.
CRITERIO TRES Etica	La venta de productos debe estar regulada por el mercado dentro de límites éticamente determinados ya que no hay ningún otro sistema conocido que sea éticamente superior; pero los bienes públicos (educación, bienestar social, activo líquido en manos del público) debe ser manipulado dentro de un sector público controlado por un Estado financiado a través de impuestos. El Estado debe ser controlado democráticamente por los partidos en un sistema multipartidario donde cada partido también está basado en la participación democrática de las bases; lo mismo debe aplicarse a los sindicatos que deben combinar la participación descentralizada de los miembros en decisiones, y consultas con organizaciones sindicales centralizadas responsables de la información y el asesoramiento más que del proceso de decisión propiamente dicho. A las personas ajenas al mercado laboral (desempleados, etcétera) se les debe alentar proporcionándoles recursos iniciales para proyectos que les permitan resolver los problemas locales de una manera cooperativa. Si la propiedad privada está constitucionalmente salvaguardada, entonces los derechos de los trabajadores y los ciudadanos también deben estarlo.	Todas las transacciones —incluso las que tienen que ver con los así llamados bienes públicos— deben estar en manos de los mecanismos de mercado; el sector público controlado por el Estado debe ser privatizado. El Estado debe ser responsable únicamente de la defensa, de una constitución que proteja la propiedad privada y de una policía que vele por el cumplimiento de la ley frente a los «desviados». La constitución debe impedir que la política multipartidaria interfiera en las decisiones económicas dentro de un mercado que llega a todas partes, pero debe regular el activo circulante en manos del público para combatir la inflación. Si los sindicatos son fuertes, es preciso debilitarlos y reemplazarlos por contratos individuales con los trabajadores. Si el desempleo se descontrola, deben garantizarse por ley unos ingresos mínimos a los desempleados.

de los mecanismos de mercado ni siquiera en la venta de productos, y los llamados «socialistas reales» de tipo soviético afirmarían sin duda que el socialismo implica una eliminación total de las contradicciones básicas del capitalismo y no una situación que permita la subsistencia de esta contradicción y su articulación y regulación por parte de las «instituciones que delegan poder» en una democracia multipartidaria.

Pero la concepción socialista arriba descrita es la concepción de este autor de lo que es posible y éticamente admisible como socialismo en la actualidad y en el futuro previsible. Por supuesto que en ella hay varios detalles que merecerían una mayor elaboración, discusión y modificación. Sigamos adelante con esa discusión.

Enero de 1992

¿QUE ES LA ECONOMIA SOCIALISTA?: UNA ECONOMIA PLENAMENTE EMANCIPADORA

Ernest Mandel

I. EL PROBLEMA

En el curso del siglo XX la humanidad ha experimentado con dos sistemas económicos fundamentalmente diferentes: la economía capitalista/imperialista y la economía basada en la semiplanificación (cuasiplanificación) burocrática, habiéndose mostrado ambos inadecuados desde el punto de vista de la emancipación humana.

Podríamos objetar que la fórmula «desde el punto de vista de la emancipación humana» refleja una cuestión previa axiomática. El libre desarrollo de todos los individuos, es decir, la supresión de todas las situaciones de alienación, de explotación y de opresión se plantea como si fuera el único objetivo válido de la organización económica. Y esto es exacto. Pero no hace falta ser marxista ni socialista ni hegeliano para reconocer que esta postura tiene una base sólida. Ya Kant afirmó claramente que el ser humano es la única finalidad suprema del hombre. Cualquier punto de partida diferente transforma al hombre y a la mujer en medios y los degrada inevitablemente.

Se podría objetar, también, que tender hacia una organización social de la economía, en la cual, para citar el *Manifiesto Comunista,* «el desarrollo libre de todos tiene como condición el desarrollo libre de cada uno», es perseguir un imposible, una utopía, y que esto se opone a la realización de fines más limitados y más razonables. Esta objeción no es válida.

Nosotros, los socialistas/comunistas democráticos y marxistas de ningún modo tenemos en mente una sociedad ideal, sin problemas, «el fin de la historia» o de otros mitos que se nos atribuyen. A lo que aspiramos, con más modestia, es a alcanzar seis o siete metas emancipadoras básicas. Su consecución significará el fin de la prehistoria humana, del drama de la lucha de todos contra todos por el pan cotidiano. A partir de ahí comenzará la verdadera historia humana. El drama humano vendrá a sustituir a los dramas inhumanos. Muchos problemas quedarán sin solución inmediata. Surgirán otros nuevos. Pero difícilmente se podrá negar que el mundo en el cual se puedan resolver estos seis o siete problemas clave será un mundo cualitativamente mejor que el mundo actual.

Decir que esto es imposible no es más que reiterar el dogma del pecado original bajo una forma un poco modernizada. Es condenar a la humanidad a un destino basado en los sufrimientos humanos permanentes.

Nosotros consideramos que esta resignación es inmoral e irracional. Preconizamos una lucha continua contra toda situación alienante y alienada. Sólo la experiencia práctica podrá demostrar a la larga hasta qué punto y en qué plazo este combate será o no victorioso.

Mientras tanto, la tesis de Goethe y de todos los conservadores, según la cual la injusticia existente es preferible a la lucha por su eliminación ya que esta lucha provoca inevitablemente el desorden y el desorden provoca más injusticia todavía, no resiste un examen histórico por poco objetivo que sea.

La lucha contra la esclavitud no ha provocado más injusticia que la esclavitud. La lucha contra la servidumbre no ha provocado más injusticia que la servidumbre. La lucha contra la Inquisición, la tortura, la muerte en la hoguera de presuntas brujas no ha provocado más injusticias que estas abominaciones. Podríamos prolongar la lista sin dificultad.

El fin emancipador que nosotros formulamos no es un fin abstracto, al margen de la historia real. Es un fin que corresponde a un movimiento histórico real, aun cuando aparezca en cierto modo en el entramado de la historia de una manera intermitente, a largo plazo, a menudo de manera contradictoria, con progresos a veces graduales, a veces repentinos, seguidos de retrocesos a veces pequeños, otros importantes. Pero el movimiento a largo plazo ha dado resultados indiscutibles. Los ejemplos que acabamos de mencionar nos remiten a ellos. No hay razón alguna para suponer que no pudiese ocurrir lo mismo en el futuro, por más que la decepción, el desconcierto y la desmoralización no sean consideradas razones.

Finalmente, y ésta es, con mucho, la razón más importante a favor del intento de luchar por la emancipación generalizada: el mal menor se considera cada vez menos como un «bien», cada vez engloba situaciones no sólo alienadas, sino también alienantes. Cada vez se asocia más con una barbarie creciente, con catástrofes que asoman en el horizonte, que constituyen una amenaza para la supervivencia del género humano.

Es mucho más utópico cerrar los ojos ante estas amenazas que tratar de combatirlas cuando todavía se está a tiempo. Nada más inhumano que cultivar el propio huerto y decir a los/las desheredados/as (millones de seres humanos): «Id a sufrir a otra parte» [1]. Nada más irracional que esperar que la lluvia radiactiva o las consecuencias del «efecto invernadero» den un rodeo para no pasar por «mi huerto».

Sin duda, el balance del siglo XX no es un balance de fracaso puro y simple de la economía capitalista y de la economía burocráticamente dirigida. Ambos sistemas pueden atribuirse algunas realizaciones importantes. El primero, en lo fundamental, la satisfacción de las necesidades de consumo de calidad para una minoría que podría estimarse entre un 15-20 por 100 de los habitantes del planeta. El segundo, en lo fundamental, hasta fines de la década de 1970, la satisfacción de las necesidades alimentarias de aproximadamente otro 15-20 por 100 de los habitantes que antes no podían satisfacerlas bajo el régimen capitalista [2].

Pero es preciso señalar que en el curso de los últimos quince años estas realizaciones comenzaron a ser cada vez más dudosas por la política de austeridad impuesta en los países capitalistas y por la crisis sistémica del Este. Numerosos índices permiten prever que esto se agravará todavía más en la década que tenemos por delante.

Sobre todo, los dos sistemas se muestran incapaces, desde el punto de vista estructural, de hacer frente a las catástrofes que se preparan: amenazas de armas nucleares, biológicas y químicas; amenazas de contaminación nuclear; amenaza ecológica; aumento del hambre y de las epidemias, primero en el «Tercer Mundo» y de una manera progresiva y creciente en el hemisferio norte.

[1] En un hermoso ensayo dedicado al cuadro del pintor Géricault «Monómano del vuelo», el escritor inglés John Berger escribió: «Entre la experiencia concreta de la vida ordinaria sobre nuestro planeta y los relatos populares concebidos para dar un sentido a esta vida, los pozos y los abismos están hoy totalmente abiertos. En ellos habita la desolación, mucho más que en los hechos. ¿Acaso no es por eso que un tercio de la población francesa se muestra dispuesta a escuchar al señor Le Pen?...

La mayor parte de las revoluciones, a lo largo de toda la historia, han tenido como finalidad restablecer una justicia olvidada o despreciada desde hace tiempo. La propia Revolución Francesa llegó incluso a proclamar el principio universal de un porvenir mejor. A partir de ese momento, los partidos políticos, tanto de izquierdas como de derechas, se han visto obligados a prometer que se reduciría la cantidad de sufrimiento en el mundo, y que se reduciría de una manera progresiva. Desde entonces, toda desdicha se convirtió, en cierta medida, en la evocación de una esperanza. Todo dolor podía ser parcialmente trascendido por el hecho de ser sentido como una incitación a hacer renovados esfuerzos con miras a construir un porvenir en el cual dicho dolor ya no existiese. La desdicha encontró una salida histórica...

En la actualidad, las promesas han perdido todo crédito. Vincular este descrédito solamente a la "caída del comunismo" revelaría una falta de clarividencia. Los fenómenos actuales, en los cuales los bienes de consumo reemplazan al porvenir en cuanto esperanza, son de un alcance mucho mayor. Una esperanza forzadamente condenada al descrédito para los clientes que la suscriben y que, en virtud de una inexorable lógica económica, excluye a las grandes masas mundiales» *(Le Monde Diplomatique,* diciembre 1991).

[2] En 1917 había en la Rusia zarista menos de tres millones de alumnos en la enseñanza primaria, menos de un millón en la secundaria. En 1964 había 25 millones de titulados de la enseñanza secundaria, y en 1989, 125 millones. En 1959, 3,8 millones de soviéticos tenían diplomas posuniversitarios; en 1978 eran 14,8 millones (frente a menos de 100.000 en 1917).

Igualmente indudable es que ni la economía capitalista ni la economía llamada dirigida funcionan hoy en día en estado puro. La economía capitalista realmente existente está lejos de ser una economía de mercado tal como se la describe en los manuales. Es una economía en cuyo seno se combinan monopolios y oligopolios, mecanismos de atenuación de las crisis por la intervención de los poderes públicos, fuerza relativa del movimiento obrero organizado y del movimiento de liberación en los países del «Tercer Mundo» para determinar la dinámica económica inmediata y a medio plazo, muchas veces en contradicción con las «leyes del mercado».

De manera análoga, en el seno de la economía dirigida, los mecanismos de planificación se combinan con la supervivencia de mecanismos de mercado y del papel del dinero, y sobre todo con el poder que tienen los altos cargos burocráticos para defender y ampliar sus privilegios, independientemente de los costes que esto acarrea para la sociedad en su conjunto. De este modo, la semiplanificación societaria se ha caracterizado desde el comienzo por desproporciones colosales, especialmente por el subdesarrollo crónico del sector llamado de servicios que ha terminado por estrangular en gran medida los efectos estimulantes de la utilización centralizada de los recursos.

Pero al examinar los problemas del desarrollo socioeconómico a largo plazo, la cuestión de la «pureza» del sistema cede el paso al asunto de su lógica inmanente, es decir, de sus leyes de desarrollo *(laws of motion, Bewegungsgesetze,* para utilizar palabras de Marx).

A este respecto, hay datos suficientes de carácter empírico para demostrar que la economía capitalista «realmente existente» sigue dominada por el imperativo del beneficio de las empresas individuales y, por tanto, de la competencia. Esto desemboca inevitablemente en fluctuaciones económicas periódicas y en el empobrecimiento periódico de todos/todas aquellos/aquellas que no deciden las inversiones importantes porque no controlan los principales medios de producción y de intercambio.

También se caracteriza por una tendencia a la concentración y a la centralización progresivas del gran capital. Setecientas multinacionales dominan una parte considerable del mercado mundial [3]. Su número se reducirá aún más en los años venideros. Es ilusorio creer que no hay interferencias entre este poder económico colosal concentrado en unas cuantas manos y la esfera política, y son interferencias que se pueden situar principalmente en el ámbito de los medios de comunicación.

Hay una paradoja evidente en esto de señalar un punto de coincidencia entre la economía socialista y la economía capitalista. No podemos sustraernos a ella afirmando que no hay ya una economía capitalista «pura», sino una economía llamada «mixta». Si se la examina atentamente se observa que es una economía que evoluciona según las leyes del desarrollo del capitalismo, aunque sólo sea de manera un tanto atenuada.

Los que están convencidos de que no hay una solución que pueda reemplazar a la economía de mercado generalizada deberían tener el valor de reconocer que ya no hay alternativa «capitalismo o socialismo», que el modo de producción capitalista constituye de ahora en adelante el único sistema económico posible, tal como lo proclaman a voz en cuello los neoconservadores. La única función de los socialistas sería la gestión acertada de este capitalismo que es «el único posible», así como un reparto más equitativo de sus frutos [4]. Esta paradoja tiene implicaciones políticas muy peligrosas tanto para el porvenir del movimiento socialista como para el de las libertades democráticas.

La gestión «eficaz» de un capitalismo que desde hace más de quince años no tiene un crecimiento suficiente ni lo tendrá en los años venideros, lleva a políticas de austeridad que chocan frontalmente con los intereses de los/las asalariados/as y producen bolsas de pobreza, de «marginados/as», cada vez mayores en las grandes ciudades. La ausencia de una opción real entre dos modelos de sociedad, acentúa la despolitización, la frustración política, mina la legitimidad de las libertades políticas y favorece la aparición de tendencias de ex-

[3] La CNUCED publicó un estudio interesante sobre esto relativo al sector de fibras y textiles: *Dimensions du pouvoir des sociétés trasnationales,* Naciones Unidas, 1981.

La CTC (Centro de Estudios de las Sociedades Transnacionales de las Naciones Unidas) publicó en julio de 1991 un estudio donde se indicaba que entre 1983 y 1989, las inversiones en el extranjero de las multinacionales han crecido una media de 28,9 por 100 por año, para llegar a 200.000 millones de dólares en 1989. El total de sus inversiones extranjeras asciende a un billón y medio de dólares. Durante el mismo período, las exportaciones mundiales han aumentado de 7,8 a 9,4 por 100 del PNB mundial (en dólares actuales, es decir, sin deducción del efecto de la inflación).

[4] Esta tesis es defendida, en especial, por Wlodimierz Brus y Kamimierz Laski (*Von Marx zum Markt,* Metropolis Verlag, Marburg, 1990), quienes sacan la conclusión lógica de que un capitalismo de este tipo debe basarse en la propiedad privada de los medios de producción.

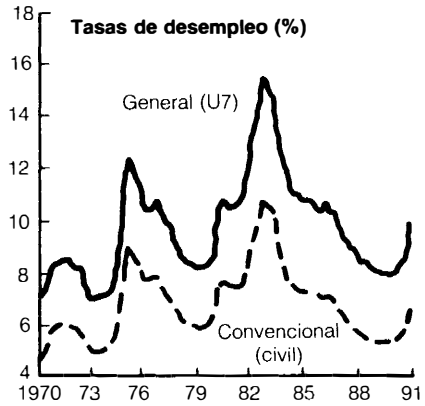
trema derecha, racistas y xenófobas, incluso abiertamente neofascistas. Es irrealista tratar de combatir estas tendencias con reacciones esencialmente propagandistas, pedagógicas e ideológicas, por necesarias que sean. Ya Einstein había proclamado que era imposible combatir eficazmente el fascismo sin eliminar el desempleo. Pero el desempleo se dispara con las políticas de austeridad.

El número real de parados/as en las grandes ciudades se acerca en la actualidad más a los casi 30 millones que a las cifras que proporcionan las estadísticas gubernamentales. En éstas se suprimen los parados parciales y los que, según el eufemismo oficial, «se retiraron voluntariamente del mercado del trabajo», porque han perdido la esperanza de encontrar un empleo.

La diferencia entre el desempleo oficial y el real está claramente indicada por las dos curvas reproducidas más abajo, que hacen referencia a los Estados Unidos y que han sido proporcionadas por el organismo oficial *Bureau of Labor Statistics:*

GRÁFICO 1

DIVERSIDAD DE DESEMPLEO



La tasa de desempleo civil de la que se informa ampliamente excluye a trabajadores a tiempo parcial involuntarios y a personas sin esperanza de encontrar algún trabajo. La tasa U7 los incluye, produciendo una cifra mucho más elevada —un 44 % más alta desde 1970

Datos: *B. L. S.*

El desempleo parcial tiene como consecuencia un descenso de la remuneración que representa alrededor del 50 por 100 en relación con las personas que trabajan jornada completa en los Estados Unidos. Y ha pasado del 16 por 100, en el conjunto de la economía no agrícola, en 1969, al 23 por 100, en 1989.

Durante la recesión en curso, el desempleo real podría llegar a alcanzar, o incluso a rebasar, la cifra de 40 millones en las grandes ciudades. Eso sin hablar del «Tercer Mundo», donde el desempleo afecta a cientos de millones de seres humanos. También allí, el ascenso de todos los integrismos sólo puede entenderse a la luz de esta realidad social. Y este ascenso podrá frenarse únicamente en la medida en que se elimine esta lacra social del paro.

Por otra parte, la identificación de una economía socialista con el Estado Providencia alimenta la rebelión popular contra la gestión paternalista y burocrática de la seguridad social y alimenta la campaña reaccionaria contra ésta [5].

En términos más generales, el rechazo de la lógica de la autogestión y de la autoadministración en favor de la utilización del Estado como instrumento prioritario de progreso social hace que se endose a los socialdemócratas la responsabilidad de prácticas de carácter represivo que afectan a los derechos humanos. Recientemente, el Gobierno de los Países Bajos con participación socialdemócrata organizó la deportación forzosa de judíos soviéticos por considerarlos «inmigrantes ilegales».

De manera análoga, en la economía llamada dirigida, son en última instancia el poder y los privilegios de los altos cargos de la burocracia los que controlan el fin último de las decisiones en materia de inversión y los que implican la ausencia de estímulos para un empleo globalmente más racional y menos despilfarrador de los recursos disponibles. Así pues, la eliminación de los dos sistemas, su reemplazo por un sistema cualitativamente superior (no ideal, sino cualitativamente superior) es, pues, deseable y necesario a la vez.

Es necesario, porque sin este reemplazo no se evitarán las catástrofes, como lo demostraremos más adelante.

Es deseable porque en los dos sistemas el ser humano, la humanidad toda, no es libre de determinar su propio destino, porque los dos sistemas se oponen a una extensión y a una generalización

[5] El diputado socialdemócrata neerlandés Erik Jurgens señala con decepción: «La legislación sale, en un 95 por 100, de la devanadera burocrática, aun cuando se piensa que la Cámara [el Parlamento] participa en las decisiones, el presupuesto funciona más como una directiva interna de las autoridades que como un instrumento parlamentario; la Asamblea sigue de una manera servil el orden del día tal como lo ha establecido el Gobierno... Se consideraría como algo muy curioso que los diputados pudiesen simplemente discutir y decidir entre ellos, independientemente del Gobierno» *(NRC/Handelsblad,* 21 de diciembre de 1991).

de los derechos del ser humano a los ámbitos social y económico. Los dos sistemas están basados en el dogma de las fatalidades que limitan la libre elección de los seres humanos. Es el dogma de la maximización del crecimiento, la función de la maximización de las inversiones, de los ideólogos estalinistas/postestalinistas. Es el dogma de la eficacia económica a corto y medio plazo, de los ideólogos neoliberales y los socialdemócratas que les cierran el paso.

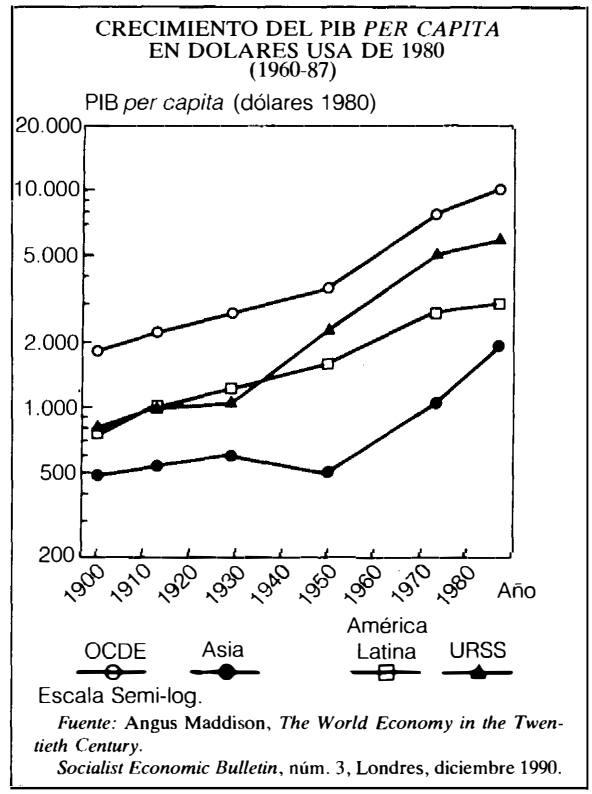
Dejemos de lado la cuestión de saber si estos dogmas tienen una base empírico-científica real. Tenemos grandes dudas a este respecto. Pero aunque así fuera, ambos pretenden limitar de manera inadmisible la libertad de elección de los productores, consumidores, ciudadanos. Se considera que las pretendidas «leyes objetivas» que se cargan sobre las espaldas de los hombres y las mujeres, independientemente de la voluntad expresada democráticamente, son insuperables. Nosotros rechazamos estas dos posturas dogmáticas, como contrarias a la extensión y a la generalización de los derechos humanos. Es preciso revelar lo que tienen en común. Como el estalinismo/neoestalinismo y el neoliberalismo/neogradualismo (cada vez menos reformistas) son plantas venenosas que brotan en un terreno común: la utopía reaccionaria según la cual unos cuantos «expertos», «élites» o «dirigentes omniscientes» tienen el derecho, y deben tener el poder para hacer felices a las personas a pesar y en contra de ellas mismas. A esta arrogancia de los privilegiados nosotros los socialistas/comunistas demócratas y marxistas oponemos el derecho de los productores/as, de los consumidores/as y de los ciudadanos/as a determinar libremente su propio destino.

El aumento de la pobreza en el mundo

El aumento de la pobreza en el mundo —junto con el deterioro de las condiciones ecológicas— confirma en cierto modo el fracaso de los dos sistemas económicos en dar respuesta adecuada a los retos mundiales con los cuales se enfrenta la humanidad.

El agravamiento de la pobreza del Tercer Mundo es el más alarmante. Según el *Development Report 1990* del Banco Mundial (Nueva York, Oxford University Press), mil millones de seres humanos vivirían en condiciones de pobreza en el Tercer Mundo. Pero esta estimación parte prácticamente de la idea de que sólo aquellos que están subempleados (los/las que no trabajan o lo hacen sólo en el sector no reglamentado) son considerados pobres. Si incluimos entre los pobres a aquellos/aquellas que tienen pleno empleo pero unos salarios de hambre [6], la cifra citada debería aumentarse como mínimo en un 50 por 100, si no más. El «umbral de pobreza» utilizado es el de 370 dólares por año —es decir, lo que es compatible con una tasa de plusvalía suficientemente alta como para estimular la acumulación acelerada de capital en los países en vías de desarrollo—.

GRÁFICO 2



Fuente: Angus Maddison, *The World Economy in the Twentieth Century*.
Socialist Economic Bulletin, núm. 3, Londres, diciembre 1990.

Tomemos como ejemplo a la India. Estimaciones realistas evalúan el número de pobres en este país en 280 millones de personas, es decir, el 40 por 100 de la población. Las estadísticas indias oficiales van más allá al introducir la distinción entre «pobres» y «superpobres», calculando que los primeros eran 255 millones en las zonas rurales en 1983, y los segundos 160 millones. Los primeros consumen 50 rupias (3 dólares) por mes, y los se-

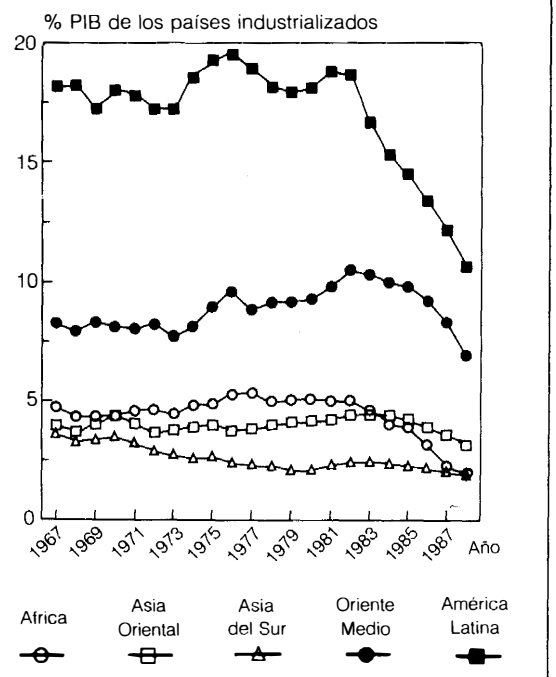
[6] «Las multinacionales japonesas transfieren buena parte de sus actividades a Malaisia y a Tailandia, donde los salarios diarios son de 3 dólares» *(Le Monde Diplomatique,* septiembre de 1991), o sea, que equivalen aproximadamente al 3 por 100 de los que se pagan en los países más ricos.

gundos menos de 40 (N. Kakwani-K. Subbaran: «Rural Poverty and its Alleviation in India», *Economic and Political Weekly,* 31 de marzo, 1990).

En el período 1980-1988, 62 países en los cuales viven más de 800 millones de personas han experimentado un descenso absoluto de su PNB *per capita*. Por lo que respecta a la brecha entre el PNB *per capita* de los países del Tercer Mundo y el de las metrópolis, se ha ampliado prácticamente en todos los países a excepción de Taiwan, Singapur, Corea del Sur y Hong Kong.

GRÁFICO 3

PIB RELATIVO *PER CAPITA* COMPARADO CON EL DE LOS PAISES INDUSTRIALIZADOS, 1967-88



Fuente: Datos del Banco Mundial, tablas mundiales, *Socialst Economic Bulletin,* núm. 3, Londres, diciembre 1990.

El aumento de la pobreza en el Tercer Mundo viene acompañado de fenómenos clásicos de incremento del trabajo de las mujeres y de los niños por salarios de hambre. Según afirmaba la UNICEF el 20 de septiembre de 1991, con ocasión del Día Internacional del Niño, doscientos millones de niños trabajan en estas condiciones en todo el mundo. En la India esto significa, por ejemplo, que un niño de ocho años trabaja doce horas por día en el noroeste del país transportando ladrillos (20 kg por paquete, unos 1.000 ladrillos al día).

Se estima que en la Unión Soviética, el número de pobres antes de la era Gorbachov era de 60 millones. Desde entonces, esta cifra ha aumentado considerablemente.

En las metrópolis, si bien el aumento de la pobreza ha sido menos espectacular, no por eso es menos real. Según el *Joint Center for Political and Economic Studies* de los Estados Unidos, el índice de pobreza habría sido del 18,1 por 100 de la población en los Estados Unidos en 1985, frente al 13,9 por 100 en Canadá, el 12,5 por 100 en Gran Bretaña, el 9,9 por 100 en Francia, el 7,6 por 100 en los Países Bajos, y el 7 por 100 en la República Federal de Alemania. Para el conjunto de los «países ricos», esto ya equivale a 100 millones de pobres. Y estas cifras deben haber aumentado desde entonces. Pero si se tienen en cuenta diferencias específicas, condiciones de pobreza próximas a las del Tercer Mundo también se encuentran en todas las grandes ciudades. Baste pensar en los *ghettos* de Nueva York y Londres y en los suburbios de París. El semanario alemán *Die Zeit* (10-5-1991) afirma con razón que en el Estado más pobre de los Estados Unidos, Mississipi, las condiciones se aproximan a las de los países subdesarrollados. Un pueblo como Mayersville no tiene escuela; el distrito de Issaquena, en el cual está situado, no tiene ni hospital ni médico y la mayor parte de sus habitantes no ha conocido jamás viviendas con agua corriente ni con cuarto de baño.

En Gran Bretaña, el Gobierno ha accedido por fin, especialmente bajo la presión del *Institute for Fiscal Studies*, a revisar las estadísticas relativas al umbral de pobreza. Lo cierto es que desde 1987, 7,7 millones de personas tienen una renta inferior en más del 50 por 100 a la renta media por persona activa, cifra que en 1981 era de 4,4 millones. Desde entonces la situación se ha agravado sensiblemente *(The Guardian,* 14 de diciembre de 1991). Una conclusión se impone: es necesario otro sistema económico para eliminar la pobreza.

II. EL OBJETIVO

Dentro de un futuro previsible, no conoceremos la economía de la abundancia, es decir, de satisfacción de las necesidades racionales para todos los habitantes del planeta. En estas condiciones, todo sistema socioeconómico debe resolver el problema del reparto de unos recursos relativamente escasos. Como quiera que todo abanico de recursos destinados a la producción de ciertos bienes y servicios redunda automáticamente en la escasez

de dichos recursos para la producción de otros bienes y servicios, la diferencia entre sistemas económicos equivale en última instancia a la diferencia de los mecanismos que determinan esta elección de prioridades.

Por lo que respecta a la «economía de mercado», no se duda en afirmar que estas prioridades están determinadas por las «leyes del mercado», es decir, por la ley de la oferta y la demanda, y que reflejan, en última instancia, las preferencias de los consumidores. Pero esta argumentación no es un reflejao de la realidad de la economía de mercado que realmente existe, es decir, de la economía capitalista.

En el seno de ésta, el perfil de la oferta está en gran medida sobredeterminado por la iniciativa de la inversión de las grandes empresas.

Es cierto que éstas no son todopoderosas, que no pueden hacer que cualquier número de consumidores compre cualquier producto. Pero de todos modos disponen de un gran margen de autonomía. Si deciden producir el producto X en gran escala, se produce. Si han tomado una decisión de inversión no sancionada por el mercado, decenas de miles, incluso centenares de miles de empleos, serán suprimidos con todas las consecuencias sociales nefastas que ello implica, sin que las víctimas hayan tenido la menor responsabilidad en este error de juicio.

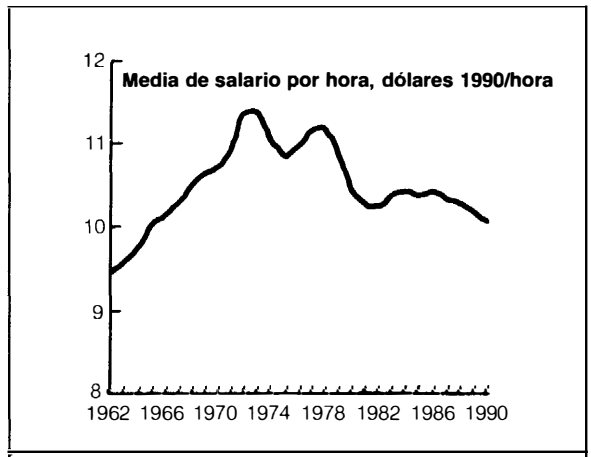
A su vez la demanda no es una demanda «pública», indiferenciada. Es una demanda de consumidores con un poder adquisitivo y una riqueza sumamente desigual en la medida en que la demanda orienta o reorienta la oferta, lo hace en función de estas disponibilidades desiguales.

Esto quiere decir concretamente que se construirán «segundas residencias» mucho antes de que se satisfagan las necesidades de una vivienda digna para todas las familias. Esto quiere decir que se fabricarán productos de gran lujo e incluso productos perniciosos (como las armas, las drogas, el tabaco) mientras que millones de seres humanos no tienen lo suficiente para comer o no reciben una atención sanitaria mínima. En suma, las prioridades en el empleo de los recursos relativamente escasos en la economía capitalista están determinadas por las leyes del beneficio y las desigualdades de renta y de fortuna. Tienen tendencia a reproducir y a aumentar estas desigualdades. Desembocan en injusticias sociales flagrantes. Nos gusta proclamar que «la lucha de clases está superada». Los hechos dicen otra cosa.

Tomemos el ejemplo de la República Federal de Alemania: la parte de los ingresos salariales en la renta *per cápita* ha pasado del 65,6 por 100 en 1981, al 59,3 por 100 en 1989. Desde 1973, la propiedad no inmobiliaria de la población casi se ha duplicado, pero la de los obreros es apenas de 15.300 DM *per capita,* la de los empleados de 23.700 DM. En cambio, 700.000 unidades familiares poseen entre 500.000 y 1.000.000 de DM, un 0,06 por 100 de unidades familiares disponen de más de 50 millones de DM cada una. Las rentas de propiedad se han elevado en 1990 a 136.000 millones de DM, nueve veces más que en 1960.

Por lo que respecta a los Estados Unidos, los salarios por hora reales en el sector privado prácticamente han bajado de una manera constante desde 1973:

GRÁFICO 4



Después del ajuste por inflación, los salarios por horas de los empleados del sector privado independientes, el 67 % de la fuerza del trabajo, han caído un 12 % desde 1973, casi un 4 % desde 1984. Los salarios actualmente están en los niveles en los que se encontraban en 1965 —aunque el mundo ha cambiado más en veinticinco años de lo que estos datos pueden mostrar.

Datos: *B. L. S.*

Pero el 1 por 100 de los contribuyentes más ricos (los que ganan por término medio unos 660.000 dólares por año) se ha enriquecido enormemente gracias a las reducciones fiscales de Reagan.

Entre 1982 y 1987 la fortuna de las 400 familias más ricas de los Estados Unidos se ha acrecentado en un 15 por 100 por año en dólares constantes, mientras que los haberes de las unidades familiares sólo han aumentado un 5 por 100 y los salarios por hora han sufrido una reducción del 0,1 por 100 por año.

Las prioridades así zanjadas son también económicamente irracionales porque sacrifican sistemáticamente un desarrollo económico óptimo a largo plazo a las ganancias inmediatas para peque-

ñas minorías, sea cual sea el precio que la humanidad en su conjunto haya de pagar por ello. Tratar de reducir este costo exhorbitante sin afectar al mecanismo fundamental del sistema es irrealista e incluso contraproducente. Esta afirmación puede ser confirmada por dos de los fenómenos más acuciantes a los que se enfrenta la humanidad. En el campo ecológico, de la salvaguarda del «medio ambiente», la lógica del capitalismo responde al empuje de la «toma de conciencia ecológica» tratando de cobrarse los costes externos y hacérselos pagar a quien contamina. Nueve de cada diez veces se trata de grandes empresas que acaban trasladando estos costes a los consumidores. Por otra parte, la «lucha contra la contaminación» ha proporcionado a las empresas capitalistas la posibilidad de producir y de vender nuevos productos.

Pero la contradicción esencial no está ahí. Es evidente que la finalidad no debe ser pagar por la contaminación, ni limitarla un poco, sino suprimirla. Pero mientras las empresas capitalistas vean en ella un beneficio, esta supresión es irrealizable. Un sistema regido por el ansia de enriquecimiento a corto plazo y por el poder de los capitalistas para saciarla, es un sistema que no puede suprimir estas prácticas.

El profesor Barry Commoner escribe: «Sabemos actualmente que la tecnología moderna, en manos privadas, no puede sobrevivir si destruye el bien social del que depende: la ecosfera. De ahí que un sistema económico basado fundamentalmente en transacciones privadas más que sociales, ya no es apropiado y es cada vez más ineficaz para administrar este bien social.»

Pierre Cresson y Norman Rosenberg, vinculados a las Naciones Unidas, escriben en *Scientific American* (septiembre 1989): «El mercado no está bien equipado para proteger recursos tales como el agua y la diversidad genética, con respecto a los cuales es difícil establecer derechos de propiedad.»

El informe «Nuestro Porvenir Común», de 1986, de la Comisión de las Naciones Unidas sobre Medioambiente y Desarrollo, reconoce que «las instituciones económicas y políticas existentes no han podido y probablemente no puedan resolver el problema del agotamiento de los recursos y de la presión sobre el medio ambiente». Y agrega: «La crisis ecológica sólo podrá resolverse si los individuos actúan llevados por el interés común..., pero con la expansión de la producción para el mercado se les ha dejado sin las responsabilidades relativas a la toma de decisiones.»

Se podría continuar hasta el infinito la lista de citas sobre la cuestión. Pero pocas veces se formula la conclusión de una manera clara: para resolver la crisis ecológica es necesario un sistema diferente del basado en la propiedad privada de los medios de producción y la producción esencialmente para el mercado.

En el ámbito del derecho a la vida y de su protección no hay más que ver la terrible desigualdad ante la enfermedad y las oportunidades de supervivencia que sigue vigente hoy en día, tanto entre los países «ricos» y los países «pobres» como entre los ricos y los menos favorecidos de los países llamados «ricos».

Según un estudio del INSEE (*Première,* núm. 158, agosto 1991) de Guy Desplanques, que ya había tratado esta cuestión en 1984 («L'inégalité sociale devant la mort», *Economie et Statistique,* núm. 162, enero 1984), en Francia, un profesor o un ingeniero entre treinta y cinco y cincuenta años tienen, por término medio, una esperanza de vida de cuarenta y cinco años más, mientras que la de un peón es inferior a los treinta y seis años. La diferencia de mortalidad entre los extremos de las categorías sociales es de 1 a 4 entre los treinta y cinco y los cincuenta años. Después de los profesores y los ingenieros vienen los cuadros administrativos superiores, las profesiones liberales, los técnicos y los cuadros medios, a continuación los artesanos, los comerciantes, los agricultores y los empleados y, por último, en el extremo inferior de la escala, los obreros y los asalariados del campo.

Incluso en los Estados Unidos, un inusitado estudio gubernamental, que data de 1986, establece las tasas de mortalidad debida a las enfermedades cardíacas en 37 por cada 10.000 personas para los cuadros superiores, directores, profesiones liberales, etc., y en 86 por cada 10.000 para los obreros manuales.

Sobre todo hay una lógica infernal que consiste en aplicar a los problemas de supervivencia y de la salud (al igual que a los de la educación y de la cultura) las técnicas de evaluación monetaria y de los costes comparados, así como el análisis de la relación *coste-beneficio*. Se evalúa el «valor de la salud», incluso de la supervivencia de un ser humano, sobre la base de la capitalización de su lucro cesante. Ciertas implicaciones resultan tan grotescas como odiosas: ¿Cómo evaluar, por ejemplo, el «valor de la salud» de un bebé cuya profesión e ingresos futuros no se conocen?

O bien estamos ante ejercicios puramente académicos, con lo cual el interés es prácticamente nulo. O bien estos cálculos sirven lisa y llanamen-

te para tomar opciones de prioridad que aparentemente guiarán a los poderes públicos en la elección de las limitaciones y de las restricciones de los gastos en materia de atención sanitaria. Así atentan contra los derechos humanos más elementales. Recordemos, por ejemplo, que la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, de carácter marcadamente burgués, proclamaba como derechos inalienables para todos los seres humanos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. El derecho inalienable a la vida no está asegurado si no se aseguran los medios materiales para asegurárselo a un gran número de individuos. Un sistema socioeconómico más justo que el sistema capitalista es un sistema que asegura a todos la satisfacción prioritaria de ciertas necesidades básicas, por ejemplo: la alimentación básica, los vestidos indispensables, una vivienda digna con un mínimo de comodidades, salud y educación y el libre acceso a un mínimo de bienes y de servicios culturales.

Esta lista no es ni exhaustiva ni definitiva. Su definición debe ser democrática, coherente, hecha a sabiendas, es decir, hecha por ciudadanos bien informados. Esto implica el empleo de una porción de los recursos de que actualmente se dispone por la libre elección *a priori* de los hombres y de las mujeres, y no por mecanismos de mercado/monetarios.

Esta elección de las prioridades reduce los recursos disponibles para satisfacer las necesidades de ese 25 por 100 del que ya hemos hablado antes. Nosotros estimamos que se trata de un derecho positivo, inalienable, que deben conquistar todos los seres humanos. Una economía socialista es cualitativamente superior a la economía capitalista en la medida en que garantiza el disfrute de este derecho para todos. *Reemplaza en todos los ámbitos el principio de la maximización del beneficio por el principio de la satisfacción de las necesidades.*

Se ha objetado que en esta sustitución está latente un aumento de los costes. El 25 por 100 corre el riesgo de convertirse en un 30, 35 ó 40 por 100. Se corre el riesgo de que se agoten los recursos disponibles para las inversiones que aumentan la productividad del trabajo a largo plazo, de que decaiga la tasa de crecimiento. De esta forma, lo que se socializaría sería la miseria generalizada. La demostración es difícilmente sostenible ante las reservas colosales de recursos derrochadas en el mundo de hoy en día, sin hablar del enorme potencial de acrecentamiento de la productividad del trabajo, liberado a la vez por la tercera revolución tecnológica y por unos productores por fin dueños de su suerte.

Pero aun cuando la objeción estuviese materialmente bien fundada, seguiría siendo social y moralmente inaceptable. Presupone, en efecto, que «la eficacia económica» brinda las bases para un sistema socioeconómico más humano que la satisfacción de las necesidades básicas para todas y todos. Presupone, en el mejor de los casos, que las injusticias sociales basadas en la desigualdad, tenderían a reducirse poco a poco.

Toda la experiencia histórica desmiente estas afirmaciones. No hay más que ver la magnitud de la miseria del «Tercer Mundo» y la reaparición a gran escala de la «sociedad dual» y de la «nueva pobreza» en el hemisferio norte, para llegar a la conclusión de que la hipótesis según la cual el traslado de los beneficios financieros *(trickling down)* refleja tanto ignorancia como cinismo.

En la economía dirigida, las prioridades en el empleo de los recursos relativamente escasos están determinadas, en última instancia, por elecciones arbitrarias de la cúpula de la burocracia, que se cree infalible.

La burocracia exagera sus competencias y sus capacidades. Su camino está sembrado de innumerables elecciones erróneas, cuyo ejemplo más catastrófico es el de la colectivización obligada de la agricultura bajo el gobierno de Stalin.

Sin un sistema equilibrado de democracia socialista política, de planificación central y de utilización de los mecanismos de mercado y de una moneda estable para corregir las desproporciones que en sí mismas son inevitables, no se concibe ningún sistema económico superior. Trotsky ya lo comprendió y formuló así en 1932.

El sistema capitalista desembocó en el despotismo de los ricos en lo que se refiere a la elección de las prioridades socioeconómicas. El sistema de la economía dirigida está basado en el despotismo arbitrario de los altos cargos del aparato del Estado (con los cuales se fusionan los altos cargos del aparato del partido-Estado). El sistema económico socialista está basado en la elección consciente *a priori* de estas prioridades por una democracia de productor(ra)/consumidor(ra)/ciudadano(na) libremente asociado(da). En este sentido, es social y humanamente superior al sistema capitalista y a la economía dirigida. Estamos convencidos de que también es económicamente más eficaz, por lo menos a largo plazo. Pero es y será necesario demostrarlo en la teoría y, sobre todo, en la práctica.

III. LAS PRINCIPALES DIMENSIONES DE LA EMANCIPACION

Un sistema socioeconómico que permite garantizar un proceso real y progresivo de desalienación de los hombres y de las mujeres no puede conformarse con garantizar la satisfacción prioritaria de las necesidades elementales básicas. Debe resolver el problema de la dinámica económica a largo plazo. Debe proponerse la desaparición de las principales fuentes de alienación, de explotación, de opresión, de violencia generalizada.

Ya hemos evaluado anteriormente los recursos materiales y humanos globales que deben dedicarse como prioridad a las necesidades básicas del 25 por 100 de la totalidad. Pero a la vista de la imbricación de todos los sectores principales de la actividad tanto económicos como sociales, la relación de estos objetivos depende de las actividades cuantificables dentro de gran número de otros ámbitos.

Puesto que no se pueden producir viviendas con aviones a reacción, ni pequeños tractores con cohetes, ni vestidos con aparatos de televisión, ni viviendas con máquinas-herramientas, el empleo de un volumen excesivo de recursos materiales y humanos en estas cuatro categorías de productos corre el riesgo de implicar a largo plazo la creciente insatisfacción de las necesidades básicas, aun cuando la mayoría de los ciudadanos/as haya decidido dar prioridad a la satisfacción de las mismas. Así pues, hará falta un sistema de planificación democrática que garantice los insumos necesarios para realizar las prioridades elegidas de una manera libre y consciente. Los recursos necesarios para su realización deben ser sustraídos al reino del mercado capitalista o de una burocracia despótica.

Deben estar a disposición de la colectividad que es la que los debe asignar *a priori.* Esto se hace según métodos bien conocidos, utilizando las tablas de insumos-productos y los balances/materias y fuerza de trabajo, corregidos por coeficientes técnicos paramétricos (elección entre las diversas tecnologías de que se dispone).

Una planificación es democrática cuando los órganos en cuyo seno se toman las decisiones de adjudicación (de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo del sistema económico) realmente son elegidos y aplican la regla del poder de la mayoría para decidir. Además, estas elecciones deben basarse en el pluralismo político, es decir, que deben dejar en manos de los electores la elección entre diversas variantes coherentes de prioridades (del plan).

Pero sobre la humanidad pesa una obligación suplementaria en el camino de la emancipación, y de la que apenas empieza a tomar plena conciencia: la obligación ecológica.

Envenenar la atmósfera, los océanos, los mares, los ríos, el subsuelo, contaminar la atmósfera; extender el «efecto invernadero»; derrochar recursos naturales escasos y no renovables, equivale a poner en peligro a la larga la supervivencia de la especie humana. Es minar en lo inmediato la calidad de vida de una manera que puede provocar el rechazo y la rebelión de gran número de víctimas.

También en este caso se trata de un volumen de recursos materiales y humanos cuyo empleo debe ser decidido democráticamente *a priori* por las personas interesadas, es decir, debe ser sustraído al despotismo del beneficio y del enriquecimiento por una parte y a la arbitrariedad de la economía dirigida por otra parte [7].

Esto no significa que en estos ámbitos, una economía socialista no pueda utilizar mecanismos de mercado y prescindir de un cálculo económico comparativo en términos monetarios. Muy al contrario. En el caso de los bienes de consumo, el mercado, es decir, las decisiones de compra de los consumidores y sus efectos sobre los precios, por acción de la ley de la oferta y la demanda, corrigen las decisiones *a priori* en materia de adjudicación de recursos, incluso cuando éstas resultan de largas consultas previas entre productores/as y consumidores/as. Hay un *feedback* de estas correcciones en las ramas de la producción, y un reparto de este *feedback* entre las unidades de producción.

Los/las propios/as interesados/as decidirán en qué medida este reparto se hará de una manera competitiva o por consenso (con el riesgo de una nueva corrección por parte del mercado). Pero se trata de un *feedback* esencialmente microeconó-

[7] El cálculo de los costes de los daños ecológicos, y con mayor razón la integración de los imperativos ecológicos en el cálculo de las prioridades de desarrollo económico, es un problema hasta ahora no resuelto por la teoría económica marxista ni por ninguna de las demás escuelas de teoría económica. Marx y Engels han señalado de manera general algunos enfoques al respecto. Sobre el conjunto de estos problemas véase especialmente Elmar Altvater: *Kritik der politischen Oekonoomie am Ende des 20. Jahrhunderts.* Joan Martínez-Alier y Klaus Schlüpmann: *La Ecología y la Economía,* Fondo de Cultura Económica, México, 1991 (la versión original de este libro se publicó en alemán). Christian Leipert: *Die Heimlichen Kosten des Fortschritts,* S. Fischer Verlag, Frankfurt, 1989.

mico, y no macroeconómico. El mercado se encontrará en la imposibilidad de influir, por no decir determinar, el volumen del empleo y las grandes líneas de desarrollo económico. No podrá ocasionar ni paro, ni disminuciones del consumo para la inmensa mayoría de la población. La condición técnica para que este sistema pueda funcionar en el nivel de la planificación central es que el sistema de balances-materias incluya reservas razonables, es decir, existencias estables, y no pretenda utilizar todos los recursos disponibles para la producción y las inversiones del momento.

Hace falta otro sistema de distribución y de transporte suficientemente extendido, transparente, no monopolista y bajo control público, para garantizar que la producción actual llegue normalmente y de una manera continua a las unidades de distribución y a los/las consumidores/ras.

Diversos autores como John Roemer oponen a estas reglas la idea de «socialismo de mercado». Esta idea parte del axioma de que el máximo de eficacia macroeconómica es la suma del máximo de eficacia de cada empresa considerada separadamente, y que el impulso hacia la maximización del beneficio por empresa asegura este máximo de eficacia económica. Pero este axioma no está ni demostrado teóricamente ni confirmado por la experiencia empírica (por la historia económica de los dos últimos siglos).

El propio Roemer se da cuenta de ello y corrige el imperativo de la maximización de beneficio por empresas separadas, insertándolo en un sistema de tipo japonés o surcoreano, donde el Gobierno y los grandes bancos (grupos financieros) influyen sobre las decisiones de las empresas no sólo por medio de unas tasas de interés fuertemente diferenciadas —su propuesta inicial—, sino también mediante decisiones de autoridad (y por definición, autoritarias) [8].

La economía capitalista-monopolista del Japón como «modelo» de socialismo, es llevar la paradoja un poco lejos. ¿Qué contenido real pueden tener en estas condiciones la autogestión y el control obrero en el sentido de gestión obrera?

No nos apartaremos mucho de la realidad si afirmamos que esto presupone que entre un 50 y un 60 por 100 de los recursos disponibles sean sustraídos a las «leyes de mercado» (en términos marxistas: que ya no estén regidos por la «ley del valor» o, lo que es igual, distribuidos entre sectores en función de esta ley). Por otra parte, los objetivos de una emancipación progresivamente generalizada que debe proponerse una economía socialista son pluridimensionales. Comprenden la desaparición de las fuentes principales de injusticia, de desigualdad, de opresión en el mundo real. Intentemos una vez más su enumeración, aunque no sea de una manera exhaustiva.

— La desigualdad norte-sur sólo puede reducirse de una manera sensible mediante una enorme redistribución de recursos entre los dos hemisferios. En vista de la magnitud de las reservas de recursos no empleados y derrochados a escala planetaria —basta pensar en el volumen total de los gastos militares— esta redistribución puede efectuarse sin una reducción del nivel de vida que actualmente disfruta el asalariado medio del hemisferio norte. Pero es irrealizable en un número reducido de países. Del mismo modo que la solución al problema de los peligros ecológicos, la del subdesarrollo exige la acción concertada de los principales países del mundo. Esto sólo puede lograrse sobre la base de la igualdad más estricta y de la puesta en práctica de los principios de solidaridad y de cooperación, incompatibles con el capitalismo, basado en el egoísmo de cortas miras y en el ansia del enriquecimiento privado.

— La desigualdad entre los sexos. La opresión y la sobreexplotación de las mujeres es la forma más antigua de la desigualdad social. Apenas se ha reducido sensiblemente en el curso de los últimos decenios. Su supresión no puede dejarse librada a la acción de la sociedad en su conjunto. Dependerá en gran medida de la organización y de la acción autónomas de las propias mujeres. La regla que las inspirará será la siguiente: no hay socialismo sin emancipación de las mujeres. No hay emancipación de las mujeres sin socialismo.

— La desigualdad, la discriminación y los odios nacionales, raciales, étnicos y religiosos. Estos fenómenos tienen una existencia de siglos, si no de milenios. Las sociedades de clase, igual que la sociedad dominada por burocracias conservadoras y nacionalistas, no han logrado eliminarlas. Es inconcebible una economía socialista en la cual

[8] La mayor parte de los comentaristas tienen una visión incompleta y, por tanto, falseada de las causas del alto rendimiento competitivo del capitalismo japonés. Este no es sólo el resultado de ciertos éxitos en el ámbito tecnológico y de economía de costes mediante formas específicas de organización del trabajo. También es el resultado de una «sociedad dual» institucionalizada desde hace tiempo, que incorpora un sector arcaico de trato inferior, en el que imperan condiciones de remuneración y de trabajo degradadas y (hasta ahora) desconocidas en Europa y en los Estados Unidos. La consecuencia es que, al revés de la leyenda, el poder adquisitivo medio de los/as asalariados/as en Japón es de un 35 a un 40 por 100 inferior al de la República Federal de Alemania y los Estados Unidos, e incluso inferior al de Francia, Bélgica, Italia y España *(Financial Times,* 1 de noviembre de 1991).

un individuo cualquiera sufra discriminación o reducción de sus derechos democráticos en función del color de su piel, de sus orígenes étnicos, de su nacionalidad, de su religión.

— La desigualdad entre los grupos de edad, es decir, ante todo para los jóvenes y los ancianos. La modificación de la estructura de edad en los países ya industrializados y la explosión demográfica en los países más pobres, la necesidad de asegurar por consentimiento y no por obligación la reducción de la tasa de crecimiento demográfico, exige un reexamen fundamental de las estructuras de toda la existencia individual. Esta reorganización es imposible fuera de un marco socioeconómico socialista.

— La estructura jerárquica de la actividad tanto productiva como administrativa. Es una de las causas principales de alienación en la sociedad capitalista y en el ámbito de la economía dirigida. Su abolición reclama un régimen de autogestión y de autoadministración reales, es decir, democráticamente articulado y planificado. La autogestión sólo dentro del nivel de la empresa o de un número reducido de empresas es una engañifa. Permite la subsistencia del reinado del mercado en la economía en su conjunto. Los autogestionarios serán, pues, «libres» de jubilarse, presionados por el mercado. ¡Menudo «socialismo»!

— El constreñimiento de los asalariados. Los asalariados están constreñidos a realizar trabajos forzados. El asalariado no trabaja para realizar su personalidad humana. Trabaja principalmente para obtener una renta, para adquirir los medios de consumo que se consideran necesarios para llevar una existencia normal. La separación entre los que controlan los grandes medios de producción y de intercambio y los que los producen implica la obligación de estos últimos de trabajar a destajo.

La obtención de este exceso de trabajo de los productores implica la necesidad de un control social sobre los asalariados, sobre todo en el seno mismo de la empresa, pero también en el ámbito social global. Este control refuerza aún más el carácter de forzado que tiene el trabajo.

Es preciso recordar que los asalariados, es decir el «mercado de trabajo», no puede funcionar realmente sin que la fuerza de trabajo se vea económicamente obligada a vender dicho trabajo por estar privada de acceso directo a los medios de producción y de subsistencia. Este hecho, confirmado por toda la experiencia histórica, fue comprendido mucho antes de Marx por ese gran ideólogo burgués —un tanto cínico— que fue Voltaire, quien escribió en el *Dictionnaire Philosophique* de 1764, en la voz «Igualdad» (¡claro que sí!): «El género humano, según lo conocemos, no puede subsistir a menos que haya hombres útiles que no tengan nada de nada, ya que, indudablemente, un hombre que no tenga necesidad no abandonará sus tierras para venir a trabajar las vuestras, y si tenéis necesidad de un par de zapatos, no será un oficial judicial quien os los venga a hacer.» La idea de que un zapatero, propietario de sus medios de producción, pueda producir para que vosotros vendáis no tiene cabida en esta «sociedad civil» dividida entre burgueses y proletarios que no tienen nada.

Una decisión judicial tomada recientemente en Japón confirma de manera sorprendente este carácter no libre del trabajo. En ella se determina que un empleado puede ser obligado a realizar horas extraordinarias. Si se niega a obedecer puede ser despedido. Una economía socialista se define, ante todo, como una economía basada en la emancipación del trabajo, imposible sin la abolición de los asalariados. Es una economía autogestionada, no asalariada, en la cual el conjunto de los/las productores/ras decide de manera colectiva y democrática lo que ha de producir y cómo lo debe producir. Para esto se requiere una reducción radical de la jornada (semana) de trabajo, sin duda la media jornada de trabajo: de lo contrario los/las productores(as)/ciudadanos(as) no tendrán ni tiempo ni posibilidades materiales de ocuparse de sus propias cuestiones. Esto implica una desaparición progresiva de la división del trabajo entre productores/las y administradores/as, entre las funciones de acumulación y las funciones de producción en el sentido más amplio de estos términos.

— La asfixia del potencial creador. La división social del trabajo entre las funciones de acumulación y las funciones de producción es una división entre dirigentes y dirigidos, entre *bosses* y *bossed over people* como se dice en inglés. Esto tiene numerosas secuelas graves para los hombres y las mujeres que lo sufren, entre ellas secuelas psicológicas. Nadie es libre de determinar su actividad productiva ni es libre tampoco en lo que respecta al consumo y a los placeres, o al menos lo es de una manera muy limitada.

La consecuencia más grave de esta falta de autodeterminación de los individuos es la asfixia de su potencial creativo. Las relaciones sociales en las cuales están insertos no permiten que se realice este potencial. Se ha dicho hasta el cansancio: millones de Mozart potenciales quedan así eliminados. No limitemos el potencial creativo de la mayoría de los hombres y de las mujeres en los ámbitos extraeconómicos. Este potencial creativo

es también un potencial de empresario, de creador en el ámbito productivo.

Los partidarios del liberalismo se vanaglorian de dejar vía libre al espíritu emprendedor. En realidad, la economía capitalista de mercado, sólo lo permite a una pequeña minoría de hombres y de mujeres, menos del 10 por 100 de los habitantes de los países industrializados y semiindustrializados y mucho menos todavía en los países más pobres. Esta forma particular del espíritu de empresa, orientada exclusivamente hacia el enriquecimiento privado, no desemboca en la meritocracia, sino en la supervivencia del que gana sin importarle los medios que utilice para ello, recurriendo a los acuerdos ilícitos, al robo, a la corrupción y a crímenes todavía peores. El origen de la mayor parte de las grandes fortunas actuales lo confirma.

El concepto de meritocracia puede resultar claramente mistificador a la luz de las enormes diferencias de retribuciones entre las cumbres de la jerarquía capitalista por una parte y los medianos productores, tanto manuales como intelectuales, por otra. El director de *Holmes Protection,* despedido después de haber llevado a esta empresa al borde de la quiebra, recibió medio millón de dólares como indemnización por cese en el cargo. *(The Times,* 6 de mayo de 1991). Los directores de las grandes empresas británicas se han adjudicado aumentos de sueldo de hasta el 180 por 100 en 1990-1991 (el de John Baker, de National Power, 180 por 100) llegando así a retribuciones de 250.000 a 350.000 dólares anuales *(Sunday Times,* 7 de julio de 1991). Al mismo tiempo, los asalariados llamados medios siguen ganando 20.000 dólares anuales, o incluso menos, en Gran Bretaña. Se les niegan aumentos de menos del 10 por 100 aduciendo que éstos «provocan la inflación». En los Estados Unidos, los jefes de las grandes corporaciones se adjudican fácilmente retribuciones anuales de un millón de dólares, a los cuales se suman opciones sobre acciones sin riesgos (compradas sólo en caso de tendencia al alza en la cotización).

¿Se puede defender con seriedad la idea de que un obrero que fabrica máquinas-herramientas, que un técnico electrónico o que un investigador científico tienen veinte veces «menos mérito», o aportan veinte veces menos bienes a la sociedad que un especulador o un director financiero?

El mito de la meritocracia se basa en un razonamiento circular que resume toda la filosofía social del capitalismo. No se trata de la supervivencia de los más meritorios, sino de la supervivencia de los que triunfan *(survival of the fittest),* midiéndose el éxito, por definición, por la renta obtenida, independientemente de la manera en que se consiga y de las consecuencias sociales de esa manera de adquisición. Pero esta filosofía social se vuelve inmediatamente contra sí misma, ya que los asalariados la invocan para justificar sus reivindicaciones. Porque ellos no tienen el derecho de tratar de aumentar sus ingresos directos e indirectos por todos los medios, especialmente por una sindicalización integral, una negociación colectiva libre de todo apremio jurídico, de huelgas con piquetes pacíficos, etcétera. Se considera que estos intentos «desestabilizan la economía», léase la economía capitalista basada sobre el imperio del beneficio.

Numerosos autores no marxistas subrayan por otra parte los efectos deplorables de la economía basada en el ansia del enriquecimiento privado. Así Robert Kurz *(Der Kollaps der Modernisierung,* Eichborn-Verlag, Frankfurt, 1991) describe cómo la contradicción fundamental de la «modernidad» [habría que decir más bien de la sociedad burguesa, E. M.] reside en el hecho de que la producción social se vuelve contra su contenido, «que el dinero convertido en un fin en sí mismo, se vuelve contra el mundo sensiblemente concreto *(sinnlich konkrete Welt)*..., ya que el fin último de todo este espectáculo no es ya la mediación de bienes concretos, sino la transformación del dinero en más dinero [en términos todavía más concretos: la acumulación de capital, E. M.]». Todo esto se encuentra casi literalmente en los escritos de madurez de Marx y de Engels.

La liberación del espíritu de empresa, de la iniciativa creadora e innovadora en gran número de productores/ras es perfectamente posible, desde el momento en que la experiencia les demuestre que ya no trabajan más «para el inglés», que el fruto de sus esfuerzos será para ellos, que este resultado es visible a simple vista y no revelado por unas estadísticas. Para esto se requiere, sin duda alguna, una motivación de trabajo fundamentalmente diferente de la que existe en la sociedad capitalista o en la sociedad dominada por las burocracias. No hay nada de utópico en esperar que aparezca una motivación de este tipo.

La mayor parte de los descubrimientos médicos y científicos ocurridos en el último siglo son el resultado de ello. La agricultura no comercial de América Latina ha registrado éxitos en el mantenimiento del equilibrado ecológico que sobrepasan con mucho a los de la agricultura capitalista.

La fuente principal del surgimiento de una nueva motivación de este tipo podría ser la posibili-

dad de reducir una vez más de manera radical la duración del trabajo y de mejorar simultáneamente la calidad de vida. Ya en la actualidad, estos motivos pueden más que la búsqueda del acrecentamiento de los beneficios monetarios, como lo atestiguan numerosos sondeos.

Incluso en Alemania y en Japón, el porcentaje de los que dan prioridad absoluta a la reducción del tiempo de trabajo avanza de un sondeo a otro [9]. En Francia, un sondeo realizado en julio-agosto de 1991 revela que incluso los diplomados de las «grandes escuelas» aspiran, en gran parte, a una semana de cuatro días de trabajo, a «poder trabajar cuando se desea y a dedicar más tiempo a las actividades personales» *(Le Monde,* 23 de octubre de 1991), incluso a vivir de rentas.

La base material de semejante salto adelante de la productividad del trabajo en función de una nueva creatividad de los/las productores/ras es, sobre todo, el potencial de trabajo apenas explorado de la 3.ª revolución tecnológica (microelectrónica, informática, semiautomatización), siempre y cuando se respeten las exigencias ecológicas. La experiencia contradice al prejuicio burgués según el cual se produce más si se trabaja más, con la misma tecnología o una tecnología comparable.

En 1990, una persona activa, en Japón, trabajaba una media de 2.321 horas por año y producía el equivalente de 1.475 dólares de bienes y de servicios. En la antigua República Federal de Alemania, sólo trabajaba 1.633 y, sin embargo, producía el equivalente de 2.185 dólares de bienes y de servicios *(Die Welt am Sonntag,* 5 de mayo de 1991). Trabajando un 30 por 100 menos de horas, producía casi el 50 por 100 más de bienes.

La economía capitalista y la economía dirigida han demostrado que son incapaces de explotar plenamente este potencial, sin duda la segunda más que la primera. Pero los empresarios capitalistas más inteligentes son perfectamente conscientes de esta deficiencia de su sistema. He aquí la razón fundamental del cuestionamiento del taylorismo, de técnicas como los «círculos de calidad» de inspiración japonesa, de la vuelta a los pequeños equipos basados en la cooperación elemental de la «flexibilización» gradual del trabajo, etcétera. Pero el talón de Aquiles de todas estas experiencias, sea cual sea su alcance —que a menudo se exagera—, es que se trata de resolverse en ámbito del taller lo que sólo puede resolverse en el ámbito de la sociedad en su conjunto. Equipos de trabajo pretendidamente libres para colaborar quedan insertos en unas empresas y una economía regidas por las obligaciones de la competencia, o sea, las del beneficio, las de la inseguridad en el empleo, las del control sobre el trabajo por otros, notablemente por los jefes y directores de empresa. La libertad resulta muy limitada o en gran medida ficticia.

Sea cual sea el porvenir del trabajo humano y la dinámica previsible de la robotización (más correctamente: de la semiautomatización), mientras los hombres y las mujeres deban trabajar para la satisfacción de las necesidades humanas, la cuestión clave seguirá siendo la de la naturaleza social de su trabajo y de la organización de éste: libre o forzado. Sólo en la medida en que el ser humano sea libre podrá realizar plenamente su potencial creador. Sólo en un economía socialista se puede ser libre.

La aceleración de la innovación tecnológica implica la necesidad de un aprendizaje/reaprendizaje acelerado en todos los sectores de la actividad económica y se extiende sobre gran parte de la vida. Los industriales más inteligentes lo han comprendido a su manera (véanse en particular los informes del profesor Vloeberghs y del industrial Nolf al Foro de Guía del Personal, organizado por el diario flamenco *De Standaard,* reproducidos en los números de 21-22 de diciembre de 1991 de dicho periódico).

Algunos industriales extienden tímidamente esta conclusión referida a una parte de su personal, y se apoyan para ello en experiencias de «control de calidad», de «programas continuos de mejoramiento», etc., pero el propio profesor Vloeberghs reconoce que es difícil para los industriales tratar a los miembros del personal en pie de igualdad, y que «las consideraciones jerárquicas» crean a menudo dificultades.

Pero ¿acaso estas «consideraciones jerárquicas» no están indisolublemente unidas a la naturaleza misma del sistema capitalista, a los imperativos de la competencia y del beneficio? ¿Y la apli-

[9] Una encuesta reciente realizada en Japón ha dado un resultado muy significado: un 41,3 por 100 de las personas interrogadas prefieren una reducción de la jornada de trabajo a toda otra mejora de su situación (frente a un 27,5 por 100 en 1986) y el 61,7 por 100 eran partidarios de una reducción inmediata del tiempo de trabajo (frente a 48,8 en 1986).

En la RFA, uno de los directores del Dresder Bank, M. Etzel, afirma decepcionado: «Nosotros, los alemanes, empezamos a volvernos perezosos.» La duración media del trabajo ha bajado de 2.080 horas por año en 1960 a 1.506 horas en 1990. Cada asalariado/da alemán/na se toma seis semanas de vacaciones remuneradas y se ausenta por enfermedad 10,8 días por año (frente a 8,1 en los Estados Unidos y 4,6 en Japón). (Citado por el diario flamenco *De Standaard* de 27-28 de julio de 1991.)

cación de las técnicas de asociación del personal de cierto número de empresas a los procesos de toma de decisiones no va acompañada del desarrollo de la «sociedad dual», es decir, de la descualificación, incluso de la semimarginalización de un número cada vez mayor de individuos?

Así es posible captar en todo su vigor la visión profética de Karl Marx en el célebre pasaje de sus *Grundrisse:*

«El robo del tiempo de trabajo de los demás, en el que se basa la riqueza actual, se presenta como una base miserable en comparación con la que ha sido creada por la propia gran industria. Puesto que el trabajo inmediato ha dejado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo ha dejado y debe dejar de ser su medida, al igual que el valor de cambio debe dejar de ser (la medida) del valor de cambio [es decir, la producción mercantil debe decaer, E. M.]. El exceso de trabajo de la masa (de los productores) ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza general, del mismo modo que el no trabajo de un pequeño número ha dejado de ser (la condición) para el desarrollo de las fuerzas generales de la mente humana... El libre desarrollo de la individualidad..., la reducción del trabajo necesario de toda la sociedad a un mínimo, al cual corresponde, por tanto, la formación artística, científica, etc., de los individuos, gracias al tiempo libre y a los medios así creados por todos ellos [pasa a ser el objetivo]

...

El desarrollo del capital fijo indica hasta qué punto los conocimientos sociales generales, *knowledge,* se han convertido inmediatamente en una fuerza productiva.

...

La riqueza real es la fuerza productiva desarrollada por todos los individuos. Así pues, no es ya el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible el que se convierte en medida de la riqueza» (Karl Marx: *Grundrisse des Kritik der politischen Oekonomie,* Dietz-Verlag, Berlín, 1953, págs. 593, 596, 599.)

«La economía del tiempo de trabajo es igual a la extensión del tiempo libre, es decir, del tiempo para el desarrollo pleno y total del individuo, lo que redunda, a su vez, como principal fuerza productiva, en la productividad [general] del trabajo... El tiempo libre —que es tanto tiempo de ocio como tiempo para actividades superiores— ha transformado evidentemente a su propietario en otro sujeto, y bajo la forma de este otro sujeto reingresa en el proceso de la producción inmediata.»

En otras palabras, *el tiempo libre y no el tiempo de trabajo es ahora la principal fuente de riqueza.* Pero siempre y cuando esté disponible para todos los individuos, siempre y cuando no haya separación entre productores/ras por una parte y acumuladores/administradores por otra. Siempre y cuando estemos en una economía socialista.

Estimamos, sin temor a incurrir en grandes errores, que para realizar el conjunto de estos objetivos de emancipación a partir de las prioridades antes esbozadas, entre el 75 y el 80 por 100 de los recursos actualmente disponibles deberán ser sustraídos al dominio del mercado. Este subsistirá en el resto de la economía, en relación, sobre todo, con la pequeña producción y, en parte, con la distribución minorista, así como con los bienes suntuarios.

En el marco de una estructura socioeconómica, podrá manifestarse gradualmente una revolución psicológica fundamental. Poco a poco, los seres humanos dejarán de medir sus esfuerzos con el rasero de las recompensas y de las sanciones en las cuales se considera que desembocan, es decir, en función de ventajas y desventajas materiales. El libre desarrollo de unas ricas relaciones sociales interhumanas irá ganando terreno gradualmente al ansia de adquisición que a duras penas es una característica antropológica general.

Somos perfectamente conscientes de que nuestras fórmulas no ofrecen respuesta a todo. Una economía basada en la autogestión democráticamente planificada no resuelve en absoluto todos los conflictos de intereses entre grupos sociales o entre individuos.

El marco institucional articulado de la autogestión —en el ámbito del taller, de la empresa, de la comuna, de la región, de la nación, del continente, de la economía mundial— interfiere con las instituciones de la democracia política, que deberían incluir formas de democracia directa y el referéndum de iniciativa popular. Estas instituciones deben crear mecanismos de arbitraje en caso de conflictos. Las competencias científicas y técnicas no deben desembocar en poderes de decisión que vayan en detrimento de la voluntad popular, pero siguen siendo indispensables para la buena marcha de la sociedad.

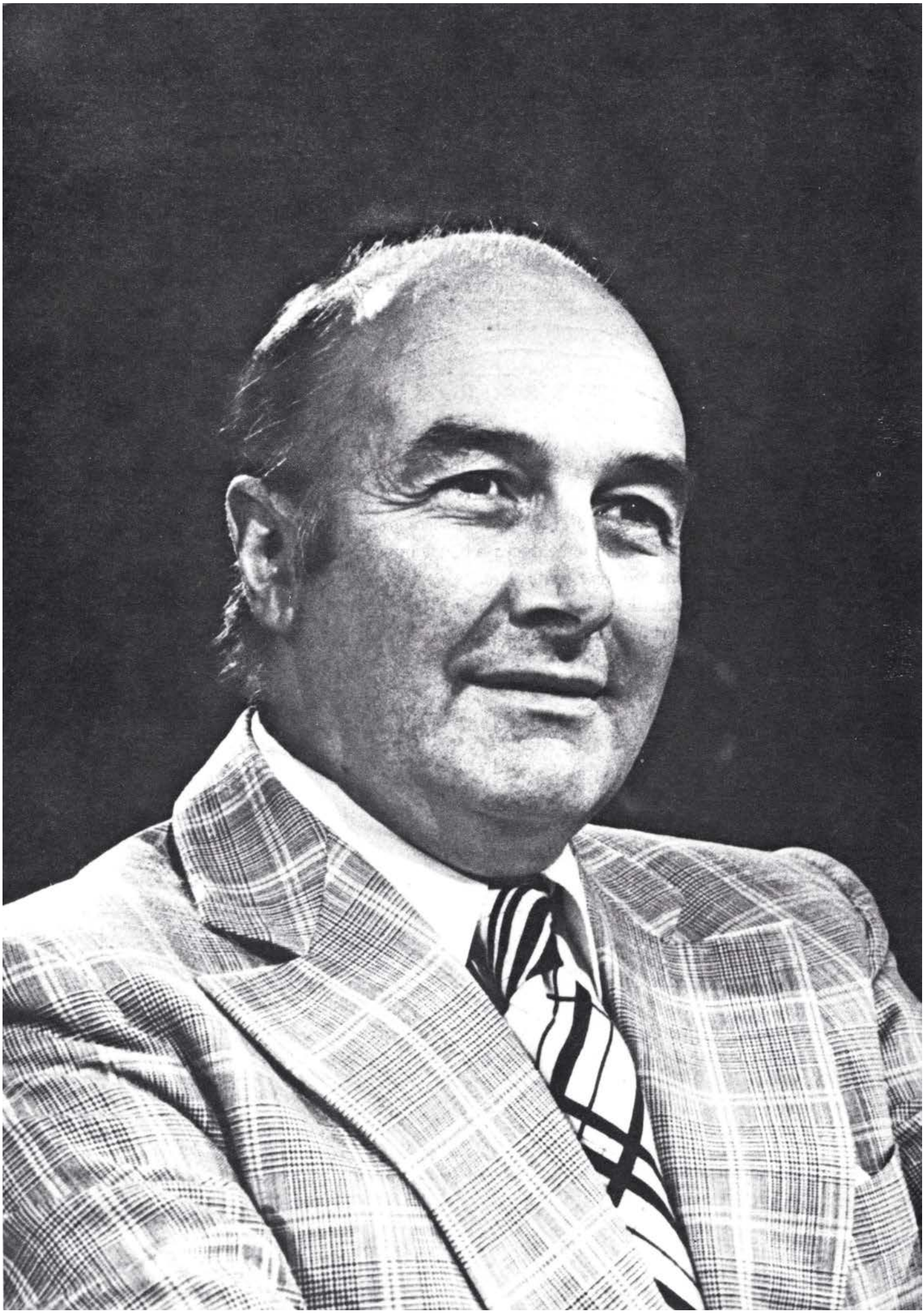
Sobre todo, las condiciones «normales» de eclosión de una economía socialista a escala internacional no son idénticas a las condiciones —más próximas a nosotros— de los primeros pasos en esta dirección, que sin duda se materializarán en un número reducido de países, incluso en un solo

país. Estos problemas de la transición requieren un tratamiento aparte.

También somos conscientes de que casi no nos hemos ocupado de las condiciones políticas de realización de estos objetivos por la vía democrática, es decir, con protección suficiente de las minorías y con el apoyo de la mayoría de los ciudadanos. Esto es otra cuestión.

Lo que nosotros afirmamos es que el «avance real», en este sentido, ya se deja ver en el mundo actual. El resto depende de la praxis de los socialistas/comunistas. Esta praxis debe inspirarse en la regla de oro de que hay una dialéctica concreta del fin y de los medios, de las reformas corrientes y de la revolución, y que ciertos medios *(unheilige Mittel,* decía Marx) no pueden conducir nunca al objetivo deseado.

Los imperativos de una falsa *Realpolitik* se oponen a la condición previa mínima para que el socialismo reconquiste credibilidad a los ojos de las grandes masas: que la práctica de los socialistas/comunistas no se oponga a los intereses de éstas y sea acorde con los principios. Sin duda es más difícil, y llevará más tiempo, pero a la larga vale la pena. Como dijo el viejo socialista americano Eugene V. Debs: «Vale más combatir por lo que se quiere realmente, incluso sabiendo que hay pocas oportunidades de obtenerlo, que combatir por lo que en el fondo uno no quiere, sabiendo que se obtendrá con toda seguridad.»



LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO Y LAS IMPLICACIONES ECONOMICAS Y TECNOLOGICAS

T. Ran Ide

La caída del Muro de Berlín marcó un cambio en los acontecimientos que no tuvo parangón en ningún otro momento del siglo XX. Desembocó en la ruptura del Pacto de Varsovia y, a continuación, de la propia Unión Soviética, con lo cual el mundo quedó enfrentado a una situación en la cual el concepto tradicional de «equilibrio de poder» ya no existía de una manera real.

Ante esta situación de una sola superpotencia, las implicaciones alcanzaron a prácticamente todos los ámbitos de los intereses humanos: políticos, ideológicos, sociales y económicos. Sólo subsistieron las diferencias tradicionales en materia de religión. Teniendo en cuenta el compromiso de las naciones que forman parte de los Siete Grandes con la economía de mercado, y el poder de los medios de comunicación para transmitir seductoras imágenes de estilos de vida imaginarios a casi todos los lugares del mundo, es comprensible que tantas personas de tantos países quisieran cambiar las instituciones existentes por aquellas que parecían prometer una especie de utopía donde el ideal platónico de unas vidas plenas y satisfactorias aparentemente estaba a su alcance.

Los resultados de unas expectativas no cumplidas empiezan ya a manifestarse en un marco temporal increíblemente corto. Anarquía es una palabra muy fuerte, pero apropiada para describir lo que está sucediendo en muchos de los países que constituían lo que se había dado en llamar el Bloque del Este. Al parecer, el único consejo que son capaces de dar las naciones occidentales es «Tened paciencia». A pesar del recientemente anunciado paquete de 7.000 millones de dólares, la ayuda en materia de provisión de alimentos y recursos financieros es mínima. Las llamadas potencias económicas o bien no pueden o bien no están dispuestas a proporcionar nada más que una ayuda simbólica.

Ya sea que se trate de lo uno o de lo otro, la mejor manera de entenderlo es examinando las condiciones económicas y sociales que existían en Occidente en el momento de la demolición del Muro de Berlín.

«Eran los mejores tiempos, eran los peores tiempos». Esta famosa frase con la que Charles Dickens abre su *Historia de dos ciudades* podría muy bien aplicarse a la descripción del mundo que siguió a la revolución tecnológica causada por la rápida evolución de la microelectrónica y de las comunicaciones digitales en las décadas de 1970 y 1980. A esto han venido a sumarse nuevos descubrimientos en el campo de la biotecnología que actualmente amenazan con afectar a las vidas de los individuos hasta unas dimensiones que todavía no han llegado a apreciar ni nuestros políticos ni el público en general.

Desde un punto de vista ideal, la década de 1990 debería ser los mejores tiempos. Las nuevas tecnologías, especialmente las relacionadas con la

microelectrónica, producen importantes beneficios. Los inventos para el control de las máquinas afectan a los procesos de producción mediante el uso de robots, del diseño y de la fabricación asistidos por ordenador, de máquinas y de procesos de envasado y almacenamiento automatizados. Se trata de procedimientos limpios, sumamente eficaces y productivos. Las mercaderías que producen resultan más baratas y requieren una proporción escasa del monótono y agotador trabajo a que estábamos acostumbrados en el pasado.

Desde los aparatos hasta los juguetes, los nuevos productos de consumo salen al mercado a precios que dejarían atónitos a nuestros antepasados. Se han creado sistemas automatizados que permiten la exploración del espacio. Casi todos los días se descubren formas más eficaces de garantizar la seguridad: desde las urgencias de alerta médica en los hogares y en los hospitales hasta los reactores de energía nuclear.

La tecnología de las comunicaciones ha mejorado espectacularmente la recolección, el almacenamiento, la recuperación, el proceso y la producción de información. El ordenador ha dado lugar a los procesadores de palabras, al videotexto, a las redes conectadas, a los satélites de comunicaciones y a la transmisión por fibra óptica de la voz, de imágenes y de datos en cantidades y velocidades inimaginadas en el pasado. Estas, a su vez, han traído aparejados un mejor control del tráfico aéreo, instrucción y aprendizaje asistidos por ordenador, y transmisión facsímil de la correspondencia individual.

La opulencia aumenta al mismo ritmo que la productividad, a medida que las tecnologías se vuelven menos contaminantes mejora el ecosistema, y en la medida en que se facilita el acceso a la información también deberían aumentar el conocimiento y la capacidad de la especie humana para establecer juicios de valor más aquilatados.

¿Pero sucede así realmente? Debería. Los costes de cada uno de los sectores de fabricación, agrícola y de servicios han descendido con mayor rapidez de lo que ha aumentado la población. Y las tendencias asentadas en las dos décadas anteriores se mantienen.

Cuando el Club de Roma publicó su informe *Microelectronics and Society—For Better or For Worse* en 1982 [1], yo decía en el capítulo sobre la tecnología [2] que numerosas compañías estaban produciendo microplaquetas de Memoria de Acceso Aleatorio (RAM) de 64K, es decir, microplaquetas capaces de almacenar 64.000 bits de información y que requerían 128.000 componentes, pero que se esperaba que en el futuro saliese al mercado una microplaqueta de 256K RAM. En agosto de 1990, un artículo aparecido en *Scientific American* [3] se refería a una microplaqueta de memoria que puede almacenar cuatro millones de bits de datos o 16 veces la cantidad que se predijo en el informe de 1982.

Progresos similares se han producido en el desarrollo de los microprocesadores donde se realizan las operaciones de lógica aritmética y de control. En 1980 la probabilidad se elevó a una microplaqueta de 16 bits que contenía 100.000 componentes capaces de manipular aproximadamente 65.000 números o datos equivalentes en un ciclo de instrucción. Ya está en el mercado un procesador de 32 bits creado por David Kluck, de la Universidad de Illinois. Puede manipular 4.295 millones de números frente a los 65.000 a los que nos hemos referido más arriba.

Pero donde realmente está centrada la competencia en este momento es en la velocidad de las operaciones. En el número de enero de *Scientific American* [4], Cocoran hablaba de los numerosos enfoques diferentes que se están adoptando ahora en la carrera para construir el superordenador más rápido. Se decía que el NEC de Japón era actualmente el que se llevaba la palma, ya que cada procesador de su SX-3 tenía un ciclo de reloj de 2,9 nanosegundos y una velocidad máxima de 5,5 gigaflops, es decir, 5.500 millones de operaciones de coma flotante por segundo. Se dice que el proyecto Touchstone de Intel se propone la producción de un superordenador que funcionará a velocidades de hasta un billón (teraflops).

A diez años de la publicación del Informe del Club de Roma, la mayoría de los acontecimientos en la evolución de la microelectrónica que se predijeron para fines de siglo se han producido ya. Los costes han seguido bajando, aunque no tan espectacularmente como lo habían hecho durante el período comprendido entre 1960 y 1980. Pero aun así, tal como lo señaló Lawrence Tesler [5], el coste relativo de los sistemas de ordenador (utilizando las máquinas más potentes de cada época) se

[1] *Microelectronics and Society-For Better or For Worse,* editado por Gunter Friedrichs y Adam Schaff, Pergamon Press, 1982.
[2] *Ibid.*, capítulo 2.
[3] *Scientific American,* agosto 1990, pág. 100.
[4] Cocoran, Elizabeth, «Calculating Reality», *Scientific American,* enero 1991, págs. 101-109.
[5] «Network Computing in the 1990s», *Scientific American,* septiembre 1991.

ha reducido a la mitad aproximadamente cada tres años.

Lo mismo puede decirse para las demás tecnologías. Las fibras ópticas han superado algunos problemas iniciales asociados con su capacidad para mantener una señal sin pérdidas significativas en la potencia, la duración cuestionable de los láser y la relación-eficacia comparada con los tradicionales cables de cobre. Las ventajas relacionadas con el uso de la fibra óptica pueden compararse con las relacionadas con la microelectrónica. Una fibra puede transportar por lo menos 500.000 millones de bits de información por segundo frente a los 10 millones que podía transportar una línea telefónica ordinaria. Su capacidad para transportar imágenes en color sin distorsión apreciable las hace un sistema ideal para la transmisión de la Televisión de Alta Definición (HDTV) que se calcula será el principal producto para el entretenimiento del consumidor del futuro. Su pequeño tamaño y su peso ligero (1 por 100 del cable de cobre equivalente), su capacidad para hacer frente a altas variaciones en la temperatura, la facilidad de su instalación y mantenimiento junto con la mayor privacidad que puede garantizar como resultado de la dificultad de interferir en las líneas y su inmunidad a las interferencias eléctricas y de radio las ponen en una situación sumamente ventajosa frente a los sistemas de transmisión tradicionales.

A finales de 1989, la Nippon Telegraph and Telephone (NTT) reveló planes que, de llegar a realizarse, prácticamente llegarían a interconectar todos los hogares y oficinas de aquí al año 2015. En otro artículo de *Scientific American* [6], donde se comentaba este anuncio, se decía que la red digital de servicios integrados (ISDN) «... pondría al alcance de los 50 millones de clientes de la Compañía aparatos tales como los teléfonos con televisión y los periódicos electrónicos personalizados». Y que «... la red tendría una tasa de transmisión máxima de 1,5 millones de bits por segundo (bps)». Esto frente a la tasa normal a través de las líneas telefónicas de 1.200 bps. El artículo seguía citando a la NTT, «... dado que la tasa proyectada todavía está por debajo de lo necesario para transportar la televisión de alta definición (HDTV), un portavoz dijo que están preparando servicios de banda amplia a velocidades de 150 millones bps, al tiempo que se sigue adelante con las investigaciones para aumentar esto a 10.000 millones...».

La fibra óptica no sólo tiene aplicaciones en las naciones industriales avanzadas. Los sistemas tienen también ventajas especiales que podrían resultar atractivas para los países en vías de desarrollo. La anchura de banda que ofrecen hace posible programas educacionales interactivos por primera vez. También, debido a lo ligero de su peso y a las largas distancias entre los repetidores, los servicios de teléfono y de televisión pueden hacerse llegar hasta áreas remotas con costes relativamente bajos. El hecho de que sean prácticamente inmunes a efectos medioambientales graves las convierten en un factor importante para el desarrollo de industrias manufactureras secundarias. Cuando se combina con la potencia de los satélites de comunicación para contrarrestar los problemas de la larga distancia y de las comunidades físicamente remotas, la fibra óptica ofrece a estos países los medios para proporcionar teleeducación, telemedicina y servicios administrativos. A la hora de considerar los proyectos de ayuda, las naciones ricas harían muy bien en combinar sus programas más tradicionales con la ayuda para la instalación de esos sistemas.

Japón sigue empeñado en superar a los demás países industrializados en el uso y aplicación de la robótica. Mientras que en 1980, según se decía en el Informe del Club de Roma, había en Japón 14.000 máquinas programables frente a las 3.255 de los Estados Unidos y las apenas 2.300 de los demás países industrializados, unos once años más tarde, según informe de la décima edición de septiembre de *The Toronto Star,* y citando a Kanji Yonemoto, vicepresidente de la Industrial Robot Association, en Japón se emplean 385.000 unidades de tiempo completo frente a 35.000 en los Estados Unidos. Y esto no es todo, Japón también está produciendo unos 80.000 nuevos robots al año. La enorme planta de Fanuc, al pie del monte Fuji, produce unas 1.000 máquinas de este tipo al mes con un personal de menos de 90 personas.

Los progresos en el campo de la biotecnología también suscitan gran interés en todo el planeta. La publicación canadiense *New Biotech* [7] informa regularmente sobre los progresos en este área que despierta cada vez mayor interés. En artículos recientes se hablaba de la investigación sobre las formas de desactivar y controlar la bacteria responsable de la fibrosis quística, de pruebas de diagnóstico para las enfermedades infecciosas en todo el planeta, de métodos incruentos para detectar

[6] *Scientific American,* marzo 1990, pág. 94.
[7] *New Biotech,* Winter House Scientific Publications, Nepean, Ontario.

las arterias coronarias bloqueadas, de mejoras en las especies para mejorar los cultivos en la agricultura, de las aplicaciones de la biolixiviación en minería, del tratamiento de los residuos, de la renovación de los bosques, de cuestiones relacionadas con la pesca y los océanos y de una enorme cantidad de otros campos de la ciencia y de la tecnología.

¿Entonces dónde está el problema? Como se señalaba en un informe [8] sobre la conferencia de Ditchley Park: «La producción alimentaria mundial es suficiente para alimentar a la población del mundo, aun cuando el desarrollo desigual ha dejado sumidas en el hambre a enormes regiones. La producción total está menos estrechamente unida que antes al nivel y adjudicación de la producción de materias primas. El mundo no socialista ha avanzado hacia un mercado financiero único, sobre todo gracias a las innovaciones en materia de telecomunicaciones e informática. La producción, la inversión y los flujos comerciales trascienden las fronteras internacionales en mucha mayor medida que antes».

Tendríamos que estar en mejores condiciones de lo que nunca hemos estado. Pero no lo estamos. La historia tiene otro aspecto mucho más sombrío.

Como dijo un escritor: «Ningún novelista se atrevería a poner en un libro los más extremos de los vertiginosos contrastes entre riqueza y pobreza que constituyan la trama ordinaria de la vida en las ciudades americanas actuales» [9].

Y ninguna miniserie de televisión podría igualar al impacto de las imágenes de las personas sin hogar y acuciadas por el hambre que se tomaron en el Cuerno de Africa hace algunos años.

Las disparidades en la renta y en la calidad de vida entre los poseedores y los desposeídos se han venido señalando reiteradamente como causas principales de las revoluciones francesa y rusa, de la Gran Depresión de la década 1930, del surgimiento del Tercer Reich, de las luchas en el Cercano Oriente, etcétera.

Si esto es verdad o no y en qué medida lo es, es discutible. Lo que no es discutible es que los problemas asociados con la disparidad pueden encontrarse en todas partes, que sus causas son complejas y sus consecuencias alcanzan a todos los ámbitos. Por disparidad no quiero decir diversidad. La diversidad es fundamental para el crecimiento tecnológico, científico y económico. Todas las naciones tienen sus cuotas de individuos excepcionalmente dotados. Personas como Tolstoi, Einstein, Ortega y Gasset, Picasso, Shakespeare y Mozart han enriquecido nuestras vidas. Pero no hay ningún argumento que permita sostener que una raza es superior a otra.

La palabra disparidad tiene actualmente una connotación muy diferente de la de diversidad. La palabra se usa para describir situaciones en que el acceso equitativo a unas condiciones de trabajo y unas retribuciones económicas razonables no existe; donde el acceso a la educación y a la formación sólo está al alcance de los privilegiados; donde el acceso a una prensa libre y a bibliotecas públicas suele estar restringido; donde el acceso a un medio ambiente sano y pacífico se vuelve imposible, y donde el acceso a la expresión política es difícil cuando no imposible.

Es sorprendente comprobar hasta qué punto existen las disparidades. Es relativamente fácil encontrar ejemplos económicos. Las Naciones Unidas y el Banco Mundial suelen publicar cifras que muestran el Producto Interior Bruto y la renta anual *per capita* de los distintos países.

Son criterios de indudable utilidad. El hecho de que el Producto Interior Bruto *per capita* del Grupo de las Siete Naciones Industriales fuera en 1988 de 23.000 dólares (EE.UU.), mientras que en el mismo año el Informe del Desarrollo Anual del Banco Mundial [10] situó a los más de 40 países muy pobres por debajo de los 450 dólares (EE.UU.), revela un contraste llamativo.

Pero estos datos sólo nos cuentan parte de la historia. Por ejemplo, entre los Siete Grandes hay diferencias. Si bien la cifra de los Estados Unidos es de 24.000 dólares y la de Canadá de 21.000, existen diferencias sustanciales en los servicios. Canadá tiene un sistema de atención médica universal, cosa que no tienen los Estados Unidos. Los bienes de consumo son más baratos en los Estados Unidos y su clima es más benigno. Resulta difícil determinar qué representa esto para la calidad de vida en los dos países.

Billy Brandt dijo que en este siglo en los países en vías de desarrollo 250 millones de personas abandonaron sus hogares, 15 millones de niños morían cada año antes de cumplir los cinco años y 300 millones no iban jamás al colegio. En los Es-

[8] «End of Century Tasks: Coping With High Technology, Industrial Transformation and Economic Interdependence», *Ditchley Conference Report No. D97/13,* The Ditchley Foundation, Enstone, Oxfordshire 0X7 4ER, Inglaterra.

[9] Magnet, Myron, «The Rich and the Poor», *Fortune,* 6 de junio 1988.

[10] Augustine, Mary, «And Man Created...», *Development Forum,* Comité de Información de las Naciones Unidas, Nueva York, 1988.

tados Unidos hay un médico por cada 520 habitantes, en Etiopía la proporción es de uno por cada 58.000 [11]. Teniendo en cuenta estos contrastes, de lo que hablamos es de una disparidad que va mucho más allá de las cuestiones financieras.

No importa cómo definamos la expresión «acomodados», existe una brecha enorme entre los que los son y los que no lo son. Y no sólo entre distintos países existe la brecha. Llega a todos los confines de nuestra sociedad. En los Estados Unidos, el índice de pobreza entre los negros (34 por 100) es tres veces mayor que entre los blancos. Más del 60 por 100 de las mujeres del mundo sufren pobreza y discriminación sexual y miles de personas sin hogar en los Estados Unidos pasan la noche en las calles, en los soportales y en los pasillos del metro. Entre 1979 y 1986 el gasto federal (Estados Unidos) en recursos naturales se redujo en un 24 por 100, y la investigación no militar en un 24 por 100, en ayuda a los colegios se redujo un 14 por 100 y en disponibilidad energética en un 65 por 100. Entre las familias de Canadá, el índice de pobreza ha ido en aumento desde 1981. En la década de 1960 había fundamentalmente cuatro grupos: la tercera edad, los incapacitados, los pueblos nativos y los que vivían en áreas deprimidas. En la actualidad sólo hay tres: las mujeres, los nativos y los incapacitados, constituyendo los jóvenes desempleados un cuarto grupo en surgimiento [12].

Según Abdus Salam, hace unos 900 años un médico islámico dividió su farmacopea en «enfermedades de los ricos y enfermedades de los pobres». Actualmente, dice, «la mitad del tratado se referiría a la enfermedad de los ricos como miedo a la aniquilación, mientras que la de los pobres serían el hambre y la inanición» [13].

Un artículo aparecido recientemente en *Guardian Weekly* [14] hablaba de un informe según el cual la Eastman Kodak Company eliminaría 3.000 puestos de trabajo y comentaba que todos pensaban que esto era algo bueno y que un analista había elevado su calificación de la compañía a un «cómprese» y pasaba a comentar: «Tan absoluto es nuestro cinismo, tan completamente han fracasado las ideologías de izquierdas, que se considera algo así como una grosería la mera sugerencia de que la pérdida de 3.000 puestos de trabajo no debería considerarse como algo bueno»... y a continuación pregunta: «¿No podemos al menos llorar a los muertos?» y agrega: «Al parecer la respuesta es no. Algunas industrias se contraen, y en sus espasmos arrojan a la gente de su trabajo. Esto es así, así es el mercado, no puede ser de otra manera. Tenemos que ser eficientes, lo cual es bueno, y realistas, lo cual es bueno, y obedecer las órdenes silenciosas del mercado, lo cual es bueno, a menos que sea moralmente malo, en cuyo caso no lo mencionaremos.»

Las implicaciones de la disparidad tienen un alcance enorme. En las comunicaciones, el receptor es esencial para el transmisor. Igualmente cierto es que todo vendedor necesita un comprador. Con casi los cuatro quintos de la población sumidos en la pobreza resulta difícil ver cómo puede funcionar una economía global. A medida que la cantidad de pobres aumenta dentro de los países, los costes de los servicios sociales se elevan, la deuda nacional, la de las empresas y la de los consumidores suben, el poder adquisitivo se niega a dar lugar a beneficios y a oportunidades para los futuros empresarios del mercado libre.

Este concepto no tiene nada de nuevo. Hace unos cuantos meses mi esposa y yo pasamos dos semanas en un apartamento del tercer piso de la Ruskin House en el Lake District de Inglaterra. Este artista del siglo XIX, maestro y crítico social, dijo algo similar cuando criticó las perspectivas de los economistas del *laissez-faire* asociados con la Revolución Industrial. Aunque los tiempos son diferentes y nos enfrentamos a un cambio diferente en el tipo de tecnología, sus opiniones son tan convincentes como deben haberlo parecido hace más de cien años.

Mahatma Gandhi, después de leer *Unto this Last* [15], lo tradujo al gugarati y escribió: «Me decidí a cambiar mi vida a la luz de este libro... descubrí algunas de mis convicciones más profundas reflejadas en este gran libro de Ruskin, y ésta es la razón de que el libro me haya cautivado hasta tal punto y me haya hecho transformar mi vida.»

Proust declaró: «El me enseñará, porque ¿acaso no es él, también, en alguna medida, la Verdad?». Y Tolstoi lo llamó: «... uno de los hombres más notables no sólo en Inglaterra y de nues-

[11] Brandt, Willy, *World Armament and World Hunger,* Victor Gallancy Ltd., Londres, 1986.

[12] Los datos han sido tomados de varios artículos aparecidos en *The New York Times, The Globe and Mail,* y Ross, David P., «Work and Income Security in the Nineties», *Canadian Council on Social Development Report,* Ottawa, 1987.

[13] Salam, Abdus, *Ideals and Realities,* World Scientific Publishing Company, Singapur, 1984.

[14] Cohan, Richard M., «What About the Workers», en *the Guardian Weekly,* 13 de octubre 1991, tomado de *The Washington Post,* 1991.

[15] Ruskin, John, *Unto this Last, and Other Writings,* Penguin Books, Londres, 1985.

tro tiempo, sino de todos los países y de todos los tiempos. Era uno de esos escasos hombres que piensan con el corazón, y por eso pensó y dijo no sólo lo que él mismo había visto y sentido, sino lo que todos pensarán y dirán en el futuro».

¿Qué fue lo que dijo Ruskin para merecer tan abiertas alabanzas? Elegido primero como Profesor de Bellas Artes en Oxford en 1869, era muy conocido como artista y como crítico de arte. Pero fueron sus escritos sobre cuestiones económicas y sociales los que cautivaron la imaginación de algunos de los pensadores más destacados de su época y convirtieron a su obra *Unto this Last* en un tratado muy leído sobre la naturaleza de la riqueza. Una década después de su muerte, acaecida en el año 1900, se habían vendido 100.000 ejemplares y se habían hecho traducciones al italiano, al francés, al alemán y, por supuesto, al gugarati.

El libro atacaba las injusticias y las prácticas inhumanas que él había visto surgir después de la Revolución Industrial. Estaba horrorizado por lo que a su parecer implicaban las palabras de Adam Smith, David Ricardo y los demás apologistas políticos del sistema de libre empresa. Fundaba sus objeciones tanto en el terreno moral como en el intelectual. Esto no hizo ninguna gracia al poder establecido y los cuatro ensayos que constituyen la parte más importante del libro fueron atacados y se propuso que se pusiera coto a su publicación. El editor escribió al jefe de redacción, el novelista William Thackeray, diciendo: «... [los ensayos] estaban demasiado teñidos de herejía socialista como para concitar a los suscriptores».

Ruskin se negó a que le pusieran el rótulo de socialista y se definió como «... un *Tory* violento de la antigua escuela», con lo cual quería decir un conservador del medioambiente aunque lo que más le molestaban eran las injusticias. No estaba de acuerdo con la opinión socialista de que lo que había que cambiar eran las instituciones de la sociedad, sino que pensaba que lo que hacía falta era instruir al pueblo para tener una sociedad mejor. Para ello era un firme partidario de la educación libre para todos independientemente de la posición o del sexo; de oportunidades de empleo para todos; de una relación entre empleado y empleador basada en la justicia más que en el beneficio; del bienestar y de los hogares para las personas de la tercera edad y de que las mujeres tuvieran derecho al conocimiento y a la educación para dejar de ser «la sombra obediente del hombre».

Su argumento más poderoso, sin embargo, se basaba en su análisis de la producción y en su definición de la riqueza. Según él, la auténtica prueba de la producción es «... la modalidad y la distribución del consumo». Y «la cuestión que se le plantea a la nación no es cuánta mano de obra emplea, sino cuánta vida produce». La idea de que no hay producción sin consumo o de que no hay venta sin comprador pareció novedosa en los últimos días de la Revolución Industrial. Pero se trata de una verdad que no puede olvidarse fácilmente ante el actual resurgimiento de la fe en la eficacia del mercado libre. Hace algunos años, un artículo aparecido en una edición de *Scientific American*, donde se trataba el tema del impacto económico de las nuevas tecnologías asociadas con la microelectrónica y la robótica, se planteaba la cuestión de que si las empresas podían seguir adelante en su mayor parte sin la participación humana, entonces quién tendría dinero suficiente como para comprar sus productos.

Por razones de conveniencia, la respuesta fue que se lograría a través de la expansión del crédito en los niveles de la nación, de la empresa y del consumidor. Pero esto deja pendiente la cuestión de la naturaleza de la riqueza. Y Ruskin tenía una respuesta para ello:

«Puesto que el consumo es el fin y el objetivo de la producción, la vida es el fin y el objetivo del consumo... quiero dejar esto bien claro: no existe más riqueza que la vida. La vida, con todo su caudal de amor, alegría y admiración. El país más rico es el que nutre al mayor número de seres humanos nobles y felices; el hombre más rico es aquel que, habiendo perfeccionado las funciones de su propia vida hasta el máximo, ejerce también la mayor influencia favorable, no sólo personal, sino con sus posesiones, sobre las vidas de los demás.»

Es mucho lo que queda por entender sobre el enfoque de Ruskin acerca del consumo para que su mensaje sea redondo. Escribió mucho sobre la suerte de los pobres y sus necesidades, no sólo de alimentos, de vestido y de cobijo, sino también de sabiduría y de virtud. Comprendió que estas necesidades deberían cubrirse de la manera menos costosa y que la vida lujosa no sería posible durante algún tiempo. Sostuvo que el lujo sólo sería posible cuando fuera posible para todos.

Ruskin escribió cuando la Revolución Industrial se acercaba a su fin. La época victoriana fue una época dura. Fue una época de grandes beneficios. También fue una época de gran miseria y de la explotación de las masas. Fue el caldo de cultivo del que surgieron Marx y Engels, la Sociedad

Fabiana, la Revolución Rusa y el comunismo como doctrina política. Pero ahora, con el colapso virtual de la Unión Soviética, los partidos del ala izquierda están revueltos y las poblaciones de los países de lo que se había dado en llamar el Bloque del Este están tratando de hacer frente a una nueva forma de libre empresa tal como la definió el anterior presidente Ronald Reagan en los Estados Unidos.

Estamos empezando apenas a recoger lo que sembró la revolución de la información. ¿Qué clase de época es ésta que estamos viviendo?

La insólita expansión del crédito ha dejado a Occidente en una posición particularmente vulnerable. La llamada recesión lleva en sí el germen de un colapso económico y social que podría ser mucho más grave que la depresión de la década de 1930. G. D. H. Cole dijo que la causa era la sobreproducción y el subconsumo. Por más que su razonamiento pueda haber sido simplista, tiene una base de verdad lo suficientemente amplia como para que los profetas de hoy en día examinen los importantes desequilibrios resultantes de los tipos de disparidad de los que hemos hablado antes en este artículo.

Un reciente editorial aparecido en *The Globe and Mail* [16] comentaba: «Alguien tendrá que decirle al congreso, al presidente y a sus amigos del alma de Canadá que la deuda caliente no es la solución para las aflicciones económicas de América del Norte, más bien es el problema. La *ratio* de toda deuda, pública y privada, con respecto al Producto Nacional Bruto en los Estados Unidos, un 135 por 100 estable a comienzos de la década de 1980, se disparó durante toda la década hasta llegar a su nivel actual del 190 por 100. La deuda de las empresas representa casi el 40 por 100 de todo el Producto Nacional Bruto; los pagos de intereses se llevan aproximadamente un tercio de las ganancias antes de impuestos. La deuda de las familias representa actualmente más del 90 por 100 de la renta disponible, habiéndose estancado la *ratio* de ahorros personales en un 4 por 100». Desgraciadamente, Estados Unidos no es la única entre las grandes potencias que adopta la política de pedir prestado contra el futuro. La práctica es demasiado común independientemente de la ideología particular de las naciones en cuestión.

El futuro de los partidos identificados con la izquierda debería preocupar a todos los miembros de la especie humana que esperan una vida mejor para sí mismos y para sus hijos independientemente del sector del espectro político con el que se identifiquen. Ninguna ideología ha dado pruebas de tener todas las respuestas para los problemas que afectan a la psique humana. Todas han demostrado que son falibles de una manera u otra. La izquierda, con su preocupación tradicional por el bienestar del individuo, debe desempeñar un papel integral en la lucha por encontrar soluciones a la pléyade de problemas que nos preocupan.

Lo que se necesita es que tanto los conductores como los conducidos comprendan mejor la naturaleza de la condición humana. El futuro no puede sacrificarse a las necesidades de hoy. En última instancia, es de interés para todos los seres humanos asegurarse de que el planeta mantenga su salud, sea capaz de responder a las necesidades básicas de toda la especie humana y esté libre de la violencia capaz de destruir la vida que sustenta.

No va a ser una tarea fácil. Demandará grandes sacrificios a todos los segmentos de la población y especialmente a la llamada élite. Ruskin tenía razón cuando sostenía que el lujo sólo es posible cuando es posible para todos. El espectáculo de un pequeño grupo elegido que disfruta de una vida de consumo insultante no puede alentar a las masas a ajustarse el cinturón, a someterse a gastos innecesarios, a trabajar más horas y a cumplir con sus obligaciones. Esto es especialmente cierto por lo que respecta a la izquierda teniendo en cuenta la filosofía que predica. Es mucho lo que se espera de ella, pero han sido demasiado numerosos los casos de elegantes casas de campo, *limousines* y privilegios asociados con los estilos de vida de los políticos más importantes, de los atletas y de los artistas.

Sin embargo, la situación es común a todas las sociedades. Desgraciadamente, existe una constante falta de liderazgo moral por parte de las instituciones y de los individuos a los cuales ha recurrido tradicionalmente la sociedad. Los políticos ya no parecen capaces de atraer a los miembros más destacados de la sociedad. Aunque no puede culparse al mensajero de todas las malas noticias, el examen microscópico dentro de las democracias de las vidas privadas de las figuras públicas se ha convertido en algo tan común que las personas de valía se muestran renuentes a presentarse a cargos. El cinismo resultante ha llevado a la devaluación de la profesión con un coste desproporcionado con respecto a lo que pueda haberse ganado por la llamada apertura de hoy día.

[16] *The Globe and Mail,* 444 Front St. Toronto, 19 de noviembre de 1991.

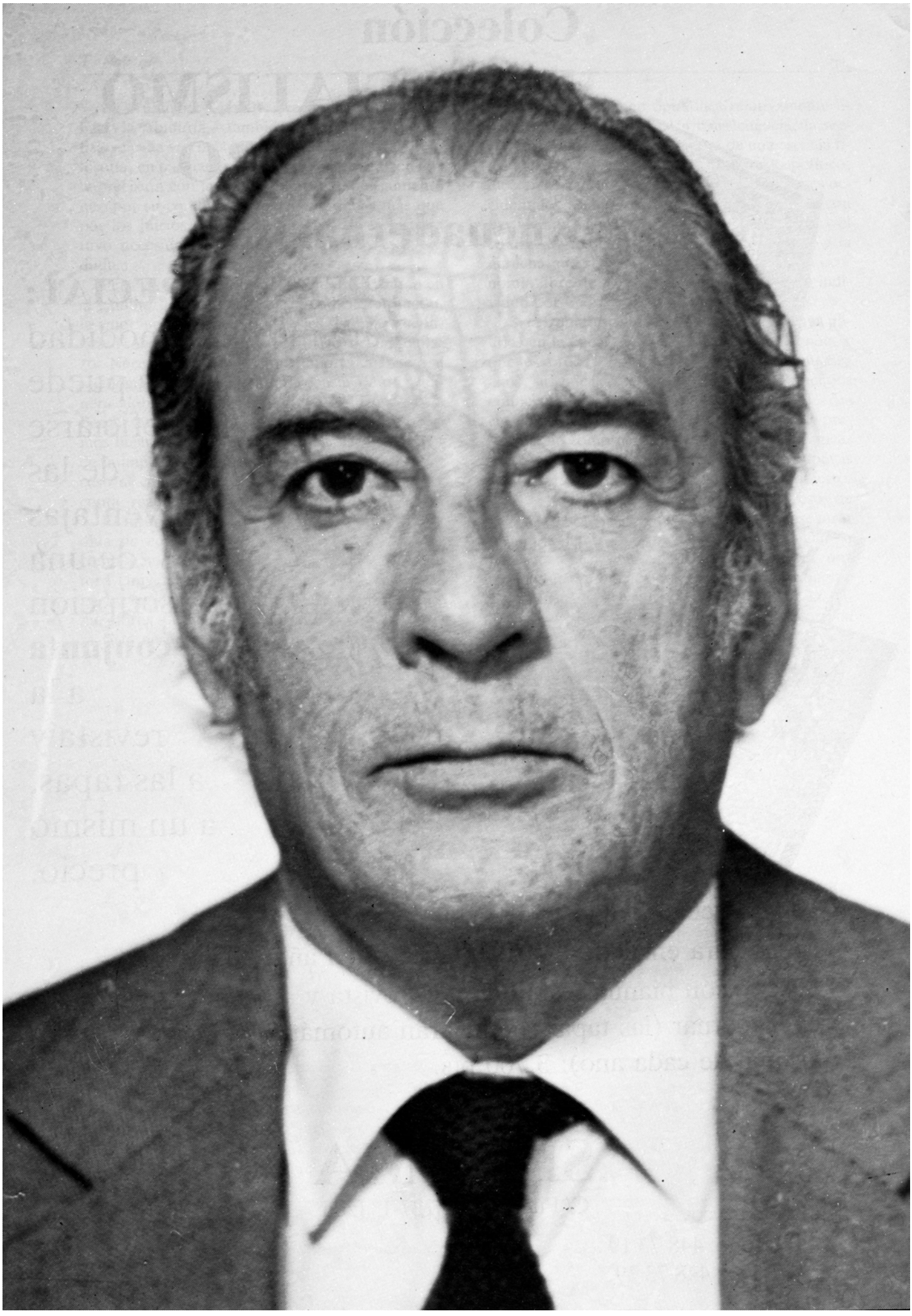
La erudición —por lo que implica de camino hacia la sabiduría— también ha sufrido al especializarse cada vez más los diversos campos. En la filosofía, en particular, existe más preocupación por la precisión con la que se expresa el pensamiento que por su contenido y por las pruebas más que por los juicios. Si algún momento de la historia tuvo necesidad de hombres sabios, es éste, sin duda.

Pero los mayores obstáculos que se levantan en el camino del progreso son la codicia, el miedo, la ignorancia, la inseguridad y los sistemas que insisten sobre el corto plazo a expensas del largo plazo. Necesitamos líderes, no importa cuál sea su ideología, que nos alienten a pensar de una manera global y nos inspiren como lo hizo Aurelio Peccei tan eficazmente durante su vida. Necesitamos ilustrarnos, obtener una comprensión mayor de la importancia de garantizar la igualdad de acceso al conocimiento, al poder político y a una cuota razonable de los recursos de la tierra.

El futuro de la izquierda depende en gran medida de cómo quieran describirse aquellos que componen esa parte del espectro político. El Oxford Universal Dictionary los define como: «Entre los legisladores continentales, la sección de los miembros que se sienta a la izquierda de la cámara vista desde el sillón presidencial, por costumbre los que sostienen opiniones relativamente liberales o democráticas. En consecuencia, la sección más avanzada o innovadora de una escuela filosófica, una secta religiosa, un partido político, etcétera». En los últimos años, en las naciones occidentales se ha identificado a la izquierda con partidos que abogan por la propiedad estatal y el control de los factores de producción frente a la derecha que se asocia con el concepto de la economía libre de mercado, el capitalismo y el individuo por oposición a los derechos grupales.

Si la izquierda desea sobrevivir como fuerza política en la época caótica que estamos viviendo, y que es probable que continúe durante muchos años, sus miembros deben volver a los principios enunciados en la definición del diccionario. Es decir, como liberales, deben mostrarse libres de prejuicios, no como personas estrechamente técnicas o profesionales, abiertas a la recepción de nuevas ideas y reformas, generosas y de corazón abierto.

Significa aprovechar los notables progresos de la tecnología que se han descrito antes y asegurar que las ventajas que inevitablemente se sigan de ellos sean accesibles para todos. Significa una vuelta a los principios enunciados tan claramente por John Ruskin y un reconocimiento de la importancia de su precepto: «No hay otra fortuna más que la vida.»



¿HACIA UN NUEVO PARADIGMA DE LA SOCIEDAD Y EL ESTADO?

Pablo González Casanova

Hay una crisis de paradigmas y proyectos que presenta sus manifestaciones más agudas en el colapso de la Unión Soviética y de los países que con ella formaban el bloque del «socialismo real». La crisis abarca a un universo más amplio que incluye paradigmas y proyectos del nacionalismo revolucionario del Tercer Mundo y de la socialdemocracia de los países más avanzados, antes conocidos como el Primer Mundo.

Como en muchas otras crisis, se dan en ésta fuerzas que salen triunfantes y que aumentan y extienden su hegemonía en todos los campos: económico, político y militar. La ideología triunfante corresponde a un liberalismo neoconservador muy sofisticado y complejo que expresa los intereses liderados por las grandes corporaciones trasnacionales y por los países hegemónicos posindustriales, en especial por Estados Unidos.

Los paradigmas en crisis muestran una característica común: se trata de modelos teóricos y políticos en que el Estado juega un papel central en la solución de los problemas sociales. La crisis del paradigma del Estado manifiesta distintos grados de profundidad. Parece ser mucho más fuerte en los países del socialismo real, donde se da una pérdida de los conceptos y del lenguaje de un marxismo-leninismo que ya hacía mucho había perdido capacidad de explicación y de expresión. El autoritarismo ideológico que privó en esos países y el asedio a la legalidad de cualquier alternativa dio una rigidez creciente al sistema soviético. Al calificar de disidente y contra-revolucionaria la casi totalidad del discurso crítico, con juicios anatemizadores y persecutorios, el bloque soviético expulsó la reflexión profunda de la conciencia pública y también privada, gobernante y opositora. Los gobernantes ya no sabían quién estaba gobernando y tampoco los gobernados. Los opositores eran destruidos al nacer, y sólo podían sobrevivir en estructuras de defensa tradicionales como las etnias, las «mafias» y los feudos de la policía-partido.

En el momento del colapso, ni la disidencia, en sus distintas organizaciones y manifestaciones dentro y fuera del aparato, ni las propias élites gobernantes, ya en repliegue, tenían una forma consistente de entender el proceso mismo que vivían y menos aún de expresarlo.

La crisis de los países que venían del nacionalismo tercermundista presentó otras características. La ideología nacionalista nunca alcanzó el grado de consistencia teórica que desde sus inicios tuvo el marxismo-leninismo. Tampoco logró el carácter de fe ideológica, o de fe teórica, con exacerbaciones múltiples, algunas extremas —como en el personalismo primitivo de Corea del Norte—.

El nacionalismo revolucionario nunca se pudo convertir en una teoría-doctrina que contuviera la explicación de la totalidad de los fenómenos, formulados como cuerpos de artículos de fe-ciencia que mediara cualquier interpretación del propio discurso y de cualquier acción. El nacionalismo

del Tercer Mundo dio pie siempre a divisiones muy fuertes en la interpretación de sus postulados «científicos» acerca de la mejor política interna o frente a las potencias coloniales y los países imperialistas. Sus distintas corrientes de interpretación, y cada una de ellas a lo largo del tiempo, se enriquecieron con muy variadas filosofías, desde las religiosas, pasando por las liberales —que un líder como Juárez en México convertiría en instrumento del nacionalismo liberador—, hasta las marxistas-leninistas a las que vieran con simpatía política y a veces parcialmente ideológica gran número de los líderes nacionalistas del siglo XX que luchaban en Africa, Asia o América Latina. La variedad de fuentes ideológicas y de prácticas y organizaciones políticas se reflejó en las propias organizaciones político-sociales y fue expresión de éstas. Los frentes de liberación, las coaliciones y alianzas necesarias presionaron fuertemente contra una ideología oficial única, y quienes pretendieron imponerla, tarde o temprano tuvieron que conformarse con sostener y defender unos cuantos principios comunes. Contribuyó a la heterogeneidad de ideologías y estilos la variedad de razas y clases influyentes en esos movimientos y también el hecho de que la reducción de las empresas privadas y sociales al predominio del poder estatal, económico, político e ideológico no se realizó con la fuerza y el éxito que alcanzara en Rusia desde el estalinismo, y que fuera impuesta en variadas dosis a los países del Este de Europa incorporados al bloque tras la Segunda Guerra Mundial. Es más, como muchos de los movimientos nacionalistas estuvieron encabezados por una parte de la burguesía que habría de luchar por el «desarrollo hacia adentro» y la sustitución de importaciones, en que el Estado no sólo suple, cuando se considera necesario, a la empresa privada sino que apoya el desarrollo de las empresas nacionales privadas, el modelo de desarrollo nacionalista, hasta en sus manifestaciones más radicales, siempre dejó un espacio legal y legítimo a la empresa privada. Las corrientes radicales que pretendieron acabar con ese espacio, a menudo identificadas con el marxismo-leninismo encabezado por Rusia, pocas veces lograron tener éxito y éste en general fue muy discutible y pasajero. En tales condiciones, el nacionalismo tercermundista por lo general protegió la relativa legitimidad de las empresas privadas, llegando incluso a reconocer la de trasnacionales u oligopólicas en condiciones que verbal o legalmente se especificaban. La existencia *legal y legítima* de lo privado y de la empresa capitalista permitió que en el momento de la crisis del modelo nacionalista y de la intervención del Estado ocuparan un primer plano el discurso y la trama de las empresas privadas, incluso de las asociadas y dependientes de las trasnacionales. La flexibilidad de este tipo de sociedades no sólo resultó mayor por el desarrollo ilegal de la empresa privada, sino por su desarrollo legal.

En los países de nacionalismo revolucionario la acumulación de capital a costa del Estado, del mercado negro, y del tráfico de armas por parte de los funcionarios públicos les puso a éstos un puente de plata. Si bien los fenómenos de corrupción alcanzaron niveles proporcionalmente tan altos o más altos que en los países del «socialismo real», el tránsito de funcionario a empresario apareció como un fenómeno natural sólo censurable en tanto se probara su carácter delictuoso de peculado, cohecho, robo, o de «enriquecimiento inexplicable» como señala la legislación mexicana. Pero si el enriquecimiento *era explicable,* todo funcionario que se volvía empresario y que apoyaba la política empresarial, nativa o trasnacional, era respetado como parte de un grupo de opinión y presión, y eventualmente como parte de un grupo de poder cuya legitimidad no se discutía. Por supuesto a esa estructura general, que facilitaba el tránsito del funcionario al empresario, se añadirían los fenómenos de enriquecimiento-inexplicable-que-se-vuelve-explicable y que «cambia de nombre cuando un delincuente se vuelve banquero». Semejante metamorfosis no estaba organizada o preordenada en los países del «socialismo real». Paradójicamente, el proyecto más ambicioso de terminar con la explotación de los trabajadores y también de los pueblos padeció dos problemas muy graves: el de la necesidad de una mayor violencia y el de dejar más desarmados a los gobernantes y dirigentes para *la transición al capitalismo neoliberal y trasnacional.*

En efecto, la corrupción de individuos y grupos en el nacionalismo del Tercer Mundo fue un factor de negociación que incluyó el respeto a ideologías opuestas con concesiones sólo en algunos puntos de acuerdo. La corrupción fue una forma de civilización y en buena parte de acumulación legitimada, legalizable. Los liderazgos oficiales y de la oposición mantuvieron y desarrollaron filosofías y lenguajes que apuntaban hacia alternativas mucho más fáciles de explicar y ajustar a la hora de la «reconversión» de los Estados populistas. Es más, si en los países del socialismo real siempre se dieron pensadores y grupos que denunciaban la existencia de un nuevo tipo de capitalismo de Estado, que había vencido al auténtico proyecto socialista, esos grupos nunca tuvieron igual en los países del Tercer Mundo. Las organizacio-

nes políticas y las «bases» sostenían un nacionalismo cuyo proyecto socialista, en caso de existir, era sumamente vago.

La mayor flexibilidad de adaptación de las ideologías del Tercer Mundo no impidió el que la crisis del paradigma del Estado populista fuera a veces tan dolorosa como la del socialismo real, y ocurriera en niveles de miseria aún mayores; sólo permitió que el cambio de proyecto se diera dentro de lo que parecía un mismo sistema social —el capitalista— con dos políticas, la nacionalista y la neoliberal.

La crisis del Estado benefactor o asistencialista de los países posindustriales coincidió en parte con la de la socialdemocracia en sus distintas manifestaciones. Pero en ningún caso tuvo la dramaticidad de las crisis del socialismo real y del nacionalismo revolucionario. En parte, esto se debió al funcionamiento más eficaz de los sistemas de alternancia, mediante partidos políticos que permitieron un rechazo «natural» de los laboristas y socialdemócratas —o de los demócratas norteamericanos— con un voto en favor de los conservadores y liberales. El hecho también se explica porque en los países del Primer Mundo donde los partidos socialdemócratas florecieron, el mayor excedente de que éstos disponían en el Estado respectivo, y su mayor capacidad de negociación, les permitió hacer algunas concesiones a las nuevas políticas de liberalización de la economía al tiempo que seguían defendiendo parte de los intereses de los trabajadores y empleados organizados y algunas políticas sociales a cargo del Estado.

La crisis del Estado benefactor fue más aguda en Inglaterra y Estados Unidos; menos, en Francia o España. Pero en cualquier caso esa crisis ocurrió en países que habían logrado triunfos importantes frente a los regímenes del socialismo real y del populismo tercermundista. El desarrollo de la crisis parece haberse dado dentro de un largo proceso cuyas variantes en gran parte se explican por las políticas macroeconómicas del gran capital y de las fuerzas que éste hegemonizó desde fin del siglo XIX. Tras la derrota de «La Comuna» y el declive de la socialdemocracia revolucionaria, la política de Bismarck y la de una socialdemocracia reformista se extendieron y consolidaron hasta hacer que proliferara el *Welfare State* en buena parte de los países europeos y más tarde en Estados Unidos y Japón. La profundización de esa política y su sistematización teórica alcanzó niveles mundiales desde Lord Maynard Keynes. Con antecedentes muy antiguos en el pensamiento social laborista y con una articulación relativa al Estado napoleónico en los países continentales, el *Welfare State* o «Estado asistencialista» llegó a ser respaldado más que por una ideología, por toda una forma de pensar que caracteriza a la cultura o a la civilización occidental hasta el último tercio del siglo XX, en que estallaron abiertamente sus contradicciones. De éstas parecen destacar las transformaciones que van de las sociedades industriales a las posindustriales, del capitalismo clásico al neocapitalismo, esto es, de la división política de la sociedad en dos clases principales a otra con múltiples estratos e inmensos núcleos de capas o clases medias, en que, de la «centralidad de la clase obrera» se pasa a la integración y reconversión parcial de la misma en un mundo mediado por las nuevas tecnologías de la información. Lo importante es que a este largo proceso, bien conocido, se añadió desde fines de los sesenta (recuérdese 1968) y principios de los setenta una ofensiva general anticapitalista y antiestatista —conocida como la nueva izquierda— que coincidió parcialmente con la ofensiva lanzada por Breznev a nivel mundial, desde que tomara el poder, y con la ofensiva de los países petroleros del Tercer Mundo, todo lo cual amenazó seriamente de desestabilización a los países de capitalismo avanzado. La respuesta de éstos aprovechó las nuevas estructuras neocapitalistas y usó en su favor las crecientes contradicciones de sus enemigos: fue así como impuso una nueva política liberal a los países del Primer y el Tercer Mundo, y más tarde a los del bloque comunista.

La derrota de las fuerzas partidarias del *Welfare State,* del nacionalismo revolucionario y del «socialismo real» corresponde a una nueva estructura de acumulación de capital que aparece como una necesidad histórica hasta a sus propios enemigos. Corresponde también a limitaciones y contradicciones de cada uno de esos Estados, sobre las cuales es necesario reflexionar mucho más profundamente que hasta ahora. De hecho las limitaciones y contradicciones de los tres *Estados-sociales* hacen imposible o ilógico buscar su restauración, y al mismo tiempo desencadenan obstáculos muy serios —estructurales y epistemológicos— para plantear alternativas viables a la política liberal neoconservadora hoy triunfante, que no sólo se apoya en el fracaso de los mismos, sino en la estructura posindustrial que ha creado y que perfecciona por todos los medios.

Es cierto que el Estado neoliberal está agudizando los problemas sociales del mundo y de los propios países hegemónicos. No cabe la menor duda de que mientras el Estado neoliberal predomine se va a ampliar y deteriorar aún más la población mundial que vive en la pobreza y en la ex-

trema pobreza, van a crecer las amenazas de ingobernabilidad que pesan sobre las democracias limitadas de los países pobres o las que surgen con las corrientes intervencionistas que luchan por imponer un mundo unipolar, o las que atentan contra la sobrevivencia del ecosistema. En ese sentido la crisis inminente del paradigma neoliberal parecería llevarnos hacia un *apartheid universal* con pequeños espacios de libertad y derechos humanos, en un mundo controlado por mediaciones y guerras de variada intensidad.

El éxito del artículo de Fukuyama no sólo es publicitario. Obedece a dificultades estructurales para refundar la historia. Estas dificultades se dan por la crisis de los paradigmas del Estado social, y para nada indican que la crisis cada vez más obvia del paradigma neoliberal vaya a abrir el camino de un nuevo paradigma capaz de imponer los valores de la Edad Moderna en forma universal. Palabras como «Libertad, Igualdad, Fraternidad», que resumen el proyecto humanista de nuestro tiempo, ya suenan como clamores de demagogos superados.

Afortunadamente, la crisis de los paradigmas sociales se da al mismo tiempo que la crisis de los paradigmas científicos; y en éstos aparecen posibilidades inesperadas que nos llevan de la mano para estudiar más a fondo las que se dan en la sociedad civil de nuestro tiempo en busca de una democracia emergente, en la que al Estado social —comunista, populista, asistencialista, o al propio neoliberal— los sustituya una sociedad que instrumentalice a su Estado, que lo civilice.

De la gran crisis de los paradigmas científicos que hoy vivimos, a la que algunos equiparan por su importancia con la que se dio de Galileo a Newton, dos hechos merecen atención especial: la sustitución de la idea de *un* Universo por la de varios universos y la sustitución de la idea de *una* Creación por la de varias creaciones. Esos dos hechos acaban con dogmas antiquísimos, inconcebibles hasta hace poco. Aquél revela que las generalizaciones que hagamos sobre cualquier ley o tendencia ocurren en *uno de muchos* universos, lo que abre la mirada a la posibilidad de *otras* formaciones, de *otras* figuraciones distintas a las que tomábamos por únicas o propias del «único universo» que nos cegaba por su proximidad y nos impedía ver a los otros: físicos, biológicos o sociales. Esa idea, con la de varias creaciones, ya no coloca *la creación* del *universo* en el pasado como el pensamiento teológico y metafísio tradicional. Esa idea descubre que en realidad ocurren grandes rupturas y creaciones en muchos espacios y tiempos. El nuevo paradigma científico descubre que ni en el principio estaba el caos ni en el fin está el caos; descubre que éste puede venir después de una creación y antes de otra. El nuevo paradigma descubre así un *puede,* un hecho o circunstancia *posible* de acuerdo con las leyes y tendencias de la naturaleza; lo descubre en las ciencias de la materia, en las ciencias de la vida y en las ciencias del hombre. El gran descubrimiento echa abajo la idea del determinismo que privó desde Newton hasta Einstein: reabre la historia de los universos y de las creaciones, y nos lleva de la mano a usar como hipótesis de la historia del hombre que ésta, en la gran crisis, va a mostrar una *bifurcación* posible de sus tendencias: la que acentúe los fenómenos caóticos y la que conduzca a una nueva creación de la sociedad civil y su Estado.

El carácter metafórico del razonamiento en nada le quita su poder analógico —éste sí universal— y nos obliga a tomar dos conclusiones como punto de partida para la nueva exploración: primero: que la lógica estatista para la solución de los problemas sociales ha entrado en una crisis general, y segundo: que en la *bifurcación* posible la alternativa de la sobrevivencia de la humanidad y del proyecto humanista depende de una democracia emergente en que la sociedad civil se haga del poder del Estado, y lo instrumentalice para resolver el problema social en el globo, las naciones, las clases y las etnias.

Pensar en el nuevo paradigma con proposiciones claras no es posible aún. Lo que parece ser más conveniente es estudiar el esbozo de ese paradigma en sus características emergentes: desde las posiciones morales que se vuelven políticas, o desde las estructuras sociales que se vuelven estructuras de poder. Pero cualquier consideración sobre el nuevo paradigma no puede ocultar las actuales estructuras de poder, ni desde el punto de vista del conocimiento ni desde el punto de vista de la acción. El punto de partida *político* tiene que contar también con los Estados actuales: en todo caso, si existe la necesidad de acabar con nuestra obcecación estatista a fin de pensar en un paradigma que en la realidad y la ideología imponga la necesidad de acercarse a la sociedad civil para reestructurar el orden mundial y el de las unidades que lo componen, no cabe duda de que las estructuras estatales y políticas del mundo actual son ineludibles para intentar la solución de los problemas más apremiantes y amenazadores. Desde este punto de vista la necesidad de *llevar el reformismo a su máxima expresión* tiene que combinarse con la necesidad de preparar *una revolución pacífica de mediano plazo*. La política de reformas

plantea a *la razón revolucionaria* el problema de una *revolución imposible a corto plazo* capaz de instaurar un nuevo orden mundial en que los canales de decisión política, económica, militar y cultural queden en manos de la sociedad civil y de un proyecto negantrópico global, respetuoso de los derechos de las naciones y de los individuos, pacifista en la cultura, la economía y el armamento, y tendiente a corregir las desigualdades del mercado con medidas de cancelación de la deuda externa del Tercer Mundo, con la imposición de sistemas fiscales menos inequitativos en las distintas naciones, y con una política de inversión para la mayoría y para la producción de artículos de primera necesidad para y por la mayoría, todo dentro de sociedades civiles altamente organizadas que se hagan del poder del Estado y acaben con la diferencia entre Estado y Sociedad Civil, con subsunción de aquél por ésta y de ésta por la mayoría y por las fuerzas que imponen una política de la mayoría. Como semejante utopía es menos difícil de imaginar que una revolución inminente, armada o pacífica, que hoy impusiera ese orden, se plantean tres problemas muy importantes en el estudio de las alternativas:

1. ¿Cuáles son las posibilidades de hacer efectivas las políticas negantrópicas que alejen el peligro de destrucción del ecosistema?
2. ¿Cuáles de ellas corresponden a los valores de la Edad Moderna de «Libertad, Igualdad y Fraternidad» o a los valores humanistas expresados por las más distintas religiones y filosofías, y qué posibilidades existen de imponerlas desde un punto de vista político? y, finalmente,
3. ¿Cómo se pueden combinar esas políticas de corto plazo en que predomina —como realidad y concepto— el paradigma del Estado (neoliberal, multinacional, trasnacional) con el paradigma alternativo de un Estado-Sociedad Civil que obedezca a una democracia universal, plural y multidimensional, esto es, cultural, social, política, económica y moral, que con un sistema de tolerancia, autonomía, pluralismo ideológico, político y religioso imponga un modelo de *desarrollo sin pobreza* y de *democracia sin miserables, autosostenido desde el punto de vista económico, tecnológico, y de la preservación del medio ambiente?*

No cabe duda de que estos tres enigmas apuntan a soluciones de ilusos y de simples, o de visionarios y demagogos, al grado de aterrorizar aún a cualquier hombre de ciencia y a cualquier político serio. Pero si pensamos con detenimiento vemos que la solución no consiste en abandonar esos enigmas, sino en convertirlos en problemas desde el punto de vista de la investigación y de la voluntad política. La solución parece consistir en precisar esos enigmas-problemas hasta un grado que no se ha hecho y en realizar estudios sobre el dilema global, estudios-compromiso que aumenten al máximo *posible* y *probable* la efectividad del reformismo y del humanitarismo. Las posiciones de los pensadores que como Bourdieu se niegan a que los sociólogos caigan en la tentación de ser profetas, o de Hannah Arendt que reconocen cuán pequeño es el impacto del humanismo en las decisiones políticas y macroeconómicas globales, deben ser un acicate para realizar investigaciones y políticas *serias* que tomando en cuenta esos peligros u obstáculos constriñan la predicción al estudio de las *bifurcaciones posibles en el actual sistema mundial.* Dentro de ellas cabe ciertamente la de un régimen de *Apartheid* Universal —de hecho o derecho— y de un mundo unipolar dirigido por una sola potencia; pero a ese escenario, posible, se añaden las luchas de un siglo en que la acción política de las masas selló los principales episodios, desde la Revolución de 1905 hasta la de 1989, y se opone el muy probable desarrollo de nuevos polos de poder que equilibren al de Estados Unidos, en Occidente y Oriente. En cuanto al modelo reformista-revolucionario-pacífico, que se plantea llevar hoy *lo más lejos posible* las necesarias reformas, y regular las disfunciones y dialécticas del sistema para que éste desemboque en una democracia global negantrópica, con todos los elementos que muestra de un idealismo impreciso, plantea problemas de política realista inmediata que, de no resolverse por «razones muy probables y posibles», parecen conducir al escenario indirecto de la entropía, o a un escenario que sin *Apartheid* ni unipolaridad consolidados derive directamente en la entropía.

Es posible que un escenario más surja en la realidad —o en los modelos y simulaciones que los investigadores hagan de la misma— y habrá que prever su posible emergencia; pero ahora lo que parece más atractivo y viable es iniciar el descubrimiento im-plantación del nuevo paradigma con dos políticas simultáneas, la de corto plazo que imponga un nuevo orden mundial de los Estados, las compañías y la sociedad civil, y otro que a más largo plazo se plantee, más que la desaparición del Estado, la subsunción del mismo en la sociedad civil con una democracia del poder y la cultura, que sea a la vez objetivo y medio permanente para la solución de problemas en una *polis* que no sea «paraíso».

En la búsqueda del paradigma, hoy parece imponerse la necesidad de una política mundial de desarme y de reorientación de las inversiones a la producción para la mayoría, con una política nueva de empleo para los que producen para sí mismos y los demás, con una política de no-intervención y libre autodeterminación de los pueblos y una mundial de mejor educación para más. *La voluntad política de realizar este proyecto está muy lejos de alcanzar los niveles mínimos para que se instrumente de una manera eficaz como investigación y política del sistema global.* Pueden darse sin embargo los primeros pasos a partir de una red de trabajo de gobiernos y universidades que ponga a la mejor gente de nuestro tiempo a estudiar *El Dilema Mundial: la lucha por un nuevo paradigma, sus características inmediatas y de larga duración.* Si éste u otros proyectos parecidos no se acometen en el terreno del conocimiento organizado y de los actuales actores de poder que se mueven en el mundo, la tarea de encontrar el camino del nuevo paradigma será mucho más difícil para las organizaciones de la sociedad civil, aunque no imposible.

3 de diciembre de 1991

EXPERIMENTACION CON ESCALA POLITICA EN LA IZQUIERDA EUROPEA: SU ACTUACION MAS ALLA Y MAS ACA DEL ESTADO NACIONAL

Philippe C. Schmitter

Se ha dicho hasta el cansancio que los Estados nacionales que existen en Europa se han vuelto o demasiado grandes o demasiado pequeños para dar un tratamiento eficaz a los problemas de orden social y económico más apremiantes de nuestra época. Lo que durante mucho tiempo fue la característica más obvia de esta parte de la superficie del globo —me refiero a la presencia de un gran número de unidades políticas independientes, altamente competitivas, desigualmente dotadas pero culturalmente relacionadas entre sí dentro del mismo espacio superpoblado o interdependiente— parece irse convirtiendo en un inconveniente importante a medida que el sistema mundial en su conjunto adquiere una dimensión cada vez más planetaria y los países relativamente pequeños y recelosos de Europa se encuentran en desventaja al tener que competir con las unidades de mayor escala de América del Norte y de Asia.

Hay en esto cierta ironía. En el pasado fue precisamente «la multitudinaria multiplicidad de soberanías» y, por tanto, la ausencia de una autoridad superior o de un imperio lo que contribuyó tan positivamente al dinamismo económico y a la productividad de Europa. La acción imperial no pudo imponer restricciones uniformes a la acción colectiva o a la iniciativa individual; la competencia internacional alentó la experimentación en diferentes lugares; las innovaciones se difundieron rápidamente por todo el sistema; la explotación quedaba limitada por la relativa facilidad de desplazamiento geográfico de sus víctimas; los gobernantes arbitrarios no podían expropiar a los productores sin provocar la desbandada o la reacción oportunista de los vecinos. Sin este sistema de Estado, Europa podría haber sufrido el destino de los imperios más entrópicos que caracterizaron a la organización política de otros continentes.

La gran dificultad de Europa no reside en su inferioridad económica, sino en la inestabilidad político-militar del sistema. Con tantas unidades desiguales compitiendo entre sí en un espacio tan limitado por unos recursos tan relativamente escasos, el resultado «normal» eran las guerras casi continuas, atemperadas sólo por esporádicos equilibrios del poder militar. Después de las catástrofes producidas por dos versiones sucesivas de la «Guerra Civil Continental», los países de Europa Occidental crearon por fin una comunidad de seguridad viable (no sin cierta ayuda de los Estados Unidos) que hace prácticamente inconcebible que cualquiera de sus unidades políticas nacionales vaya a hacer uso de la fuerza militar para resolver una disputa o para imponer su voluntad a sus vecinos. Podríamos incluso conjeturar que sólo porque han resuelto este «defecto fatal» de su sistema de Estado pueden ahora los países europeos (occidentales) darse el lujo de prestar atención a la cuestión menos llamativa de mejorar su comportamiento competitivo pacífico «experimentando con la escala» de sus instituciones de produc-

ción, de cultura y de gobierno [1]. Porque los actores económicos, sociales y políticos de la Europa Occidental llevan ya algún tiempo —por lo menos desde que terminó la Segunda Guerra Mundial— experimentando con la escala de su acción colectiva de diversas formas y en ámbitos diferentes. Lejos de ser un «viejo continente» con fronteras y prácticas consolidadas, la Europa contemporánea podría ser considerada como una de las partes más dinámicas del mundo por lo que respecta a la invención de nuevas formas organizacionales. Desde 1945, los europeos han creado una variedad sorprendente de organizaciones regionales y de regímenes internacionales. También se han embarcado en importantes reformas de sus estructuras internas de administración y gobierno, ambas mediante la consolidación de unidades existentes y la devolución de la autoridad a nuevas unidades intermediarias entre los ámbitos local y nacional. En respuesta a los retos competitivos y a las oportunidades tecnológicas han ampliado la escala de algunas de sus industrias y han alentado con éxito el desarrollo de empresas pequeñas y medianas. Al tiempo que muchos individuos adquirían una identidad «europea» más cosmopolita, otros se ocupaban de revitalizar las identidades provinciales y parroquiales que se consideraban extinguidas desde hacía tiempo o al menos condenadas a una irrevocable declinación. Se produjo una cantidad nunca vista de desplazamientos de personas que dejaban el lugar donde habían nacido por razones de empleo o de educación y turismo entre otras y, sin embargo, la mayor parte de estas personas movilizadas mantuvieron inalterados sus vínculos con su ciudad o región de origen. Los europeos adoptaron muchos aspectos de la cultura de masas y del consumo estandarizado de los Estados Unidos al tiempo que rechazaban abiertamente la «americanización» por considerarla inadecuada para sus sociedades más fragmentadas y diferenciadas. El desarrollo del Estado de bienestar después de la guerra trajo consigo un grado considerable de centralización e igualación dentro de escenarios políticos funcionalmente definidos, pero la aplicación de estas mismas políticas llevó muchas veces a una creciente dependencia respecto de organismos territorialmente dispersos y de intereses localmente organizados.

En sentido estricto, no todos estos cambios deberían denominarse «experimentos con escala» ya que esto implica asignar un papel preponderante a una deliberación, una elección, un control y una evaluación prudentes entre cursos de acción con niveles diferentes de concentración. Tal vez sea más preciso decir que a lo largo de las últimas cuatro décadas y media los europeos han estado «abordando» problemas persistentes y emergentes al tratar, casi de manera instintiva, de expandir o contraer las fronteras dentro de las cuales actúan. A decir verdad, en esto reside una de las características más desconcertantes de la Europa actual: *los que toman las decisiones en el mundo de la empresa, la cultura y la política parecen buscar al mismo tiempo soluciones que estén por encima y por debajo del Estado nacional.* Enfrentados a problemas nuevos, *responden no sólo cambiando el contenido de lo que están haciendo, sino que además cambian la escala en la cual operan, y lo hacen desplazándose tanto hacia el nivel supranacional de las instituciones continentales e incluso planetarias como hacia el nivel subnacional de las regiones, provincias, cantones, etc., en que se dividen los Estados existentes.*

Sinceramente, no sabemos cómo están conectados los elementos de este modelo de respuesta bifurcada. Ni siquiera podemos estar seguros de que haya una relación causal y no espuria entre estos aspectos simultáneos. Podemos conjeturar que precisamente porque los europeos han desplazado tantas de sus cuestiones económicas y de seguridad a niveles más elevados de concentración —a la CE, al G7, a la OTAN, al FMI, etc.— han reaccionado exigiendo mayor control local sobre cuestiones sociales y culturales que están más cerca de su vida cotidiana, pero no contamos con evidencia sólida para respaldar esta suposición. El hecho de que estos intentos estén dispersos entre tantos actores y casi nunca conectados a una ideología, un conjunto de intereses de clase o una tradición de discurso similares, hace tanto más difícil su identificación —y todavía más su explotación para una finalidad política coherente—. Además, en modo alguno puede darse por sentado que a la larga estos experimentos vayan a ser compatibles entre sí. Tal como veremos, hay algunos signos de

[1] Creo innecesario decir que estas generalizaciones no son aplicables a la Europa del Este, donde el colapso del comunismo, de los regímenes de tipo soviético y de los acuerdos del Pacto de Varsovia han creado un vacío de seguridad en una región con muchos conflictos fronterizos, tanto dentro como entre los Estados nacionales. Si el resurgimiento de las amenazas para resolver conflictos por la fuerza afectará o no a los países de la Europa Occidental sigue siendo una de las mayores incógnitas del futuro inmediato. La cautela —por no decir impotencia— con que la CE ha tratado el conflicto serbo-croata habla bien a las claras del peligro. También habla (por ahora) de la determinación de los Doce de no permitir que disputas de este tipo los dividan o les impida seguir adelante con otras cuestiones.

creciente interacción —incluso una alianza incipiente— entre las fuerzas supranacionales y subnacionales, pero esto no evita posibles conflictos y penosas elecciones por lo que respecta a la escala de las unidades de producción, de cultura y de gobierno. Es halagüeño suponer que los seres humanos son al mismo tiempo capaces de mantener empresas de diferentes tamaños, de identificarse con una multiplicidad de comunidades y de obedecer las órdenes legítimas de autoridades correspondientes a los diversos niveles de agregación —aproximadamente, el concepto de pluralismo se inventó para describir situaciones de este tipo—, pero la competencia comercial, el efecto migratorio, la mera confusión y el desgaste inevitablemente eliminarán a algunos contendientes y debilitarán a otros con el correr del tiempo. De forma más notoria en las democracias capitalistas, el funcionamiento (y la interacción) de los ciclos empresariales y electorales exacerbarán inevitablemente las tensiones e impondrán intercambios forzosos entre los diferentes niveles.

Recapitulemos: el Estado nacional en su configuración actual ha visto mermada su capacidad de una acción autónoma, «soberana» —baste recordar el experimento Mitterrand con el «keynesianismo en un país» entre 1981 y 1983 que debiera haber dejado bien claro este aspecto para los europeos, sean cuales sean sus convicciones—. La búsqueda de estrategias alternativas parece implicar experimentación simultánea en los ámbitos supranacional y subnacional. A falta de algún tipo de consenso entre las relaciones causales que intervienen o incluso de evidencia arrolladora de la magnitud de una u otra tendencia, ¿qué debería hacerse? ¿Realmente debería la izquierda hacer algo al respecto puesto que no hay todavía una conciencia clara de la existencia de un problema serio? Incluso suponiendo que fuese conveniente prever crisis futuras, ¿puede la izquierda captar o contrarrestar estos acontecimientos y modificarlos para mayor ventaja de sus partidarios y candidatos? ¿Existe aunque sólo sea la oportunidad de que en algún punto de este oscuro panorama de experimentos supranacionales y subnacionales con escala, la izquierda pueda retomar la iniciativa que ha perdido ante la derecha neoliberal en los últimos tiempos?

EL IMPACTO DEL COLAPSO DEL COMUNISMO

Antes de seguir considerando estas cuestiones generales de respuesta partidista estratégica, deberíamos pararnos a pensar brevemente en una cuestión más coyuntural. Nos referimos a la forma en que los acontecimientos recientes de la Europa del Este y de la Unión Soviética pueden influir sobre la importancia de los diferentes problemas y sobre la elección entre las respuestas posibles. Estoy convencido de que estos cambios en los parámetros externos tendrán un profundo impacto, dando nuevas oportunidades y planteando nuevas limitaciones a la izquierda europea. Me limitaré a mencionar con brevedad telegráfica las que me parecen más importantes:

1. Tal como ya señalé, los violentos conflictos internacionales e interétnicos del Este podrían rebasar y afectar de algún modo al sistema pacificado de seguridad de la Europa Occidental y dar lugar a respuestas nacionales más variadas, o alianzas flexibles e incluso al resurgimiento del sistema clásico de equilibrio de poder. La reunificación alemana y el potencial resultante de hegemonía económica y militar hacen que un resultado de este tipo sea particularmente inestable. Si los alemanes cayeran en la tentación de actuar unilateralmente para conseguir una ventaja especial en este área, provocarían de inmediato una alianza compensatoria entre sus anteriores aliados occidentales. Esto no sólo provocaría una división en la CE, sino que probablemente traería aparejada una reafirmación importante de la soberanía nacional en asuntos económicos y sociales, así como una firme reafirmación de la autoridad central por encima de las unidades subnacionales. La mayor parte de los experimentos con escala quedarían cancelados. Esto es poco probable, como lo confirmó el tiempo que los Doce «aceptaron permanecer impotentes» ante la crisis yugoslava.

2. En la medida en que la democratización y la mercadización tengan éxito en al menos algunos de los países de la Europa del Este, la presión para que se los admita como miembros de la CE será irresistible, por razones políticas incluso más apremiantes que en los anteriores casos de la Europa Meridional. Esto, unido al acceso, altamente probable, de pleno derecho de miembros de la mayoría de los países que anteriormente formaban la EFTA, daría como resultado una Comunidad de 20 a 24 miembros y haría ingobernables las disposiciones institucionales actuales, incluso con el voto de una mayoría de peso. Se provocaría una importante crisis constitucional por lo que respecta a la capacidad para tomar decisiones y al control de la CE que podría desembocar en un rediseño fundamental de acuerdo con el cual no sólo podría surgir un concepto diferenciado de

obligación colectiva (por ejemplo, alguna forma de *géometrie variable),* sino que también podrían configurarse órdenes regionales estables dentro del continente (por ejemplo, las regiones Alpes-Adriático, la Federación Báltica, Centroeuropa, la Costa Mediterránea, etc.).

3. Aunque sólo unos cuantos de estos países del Este logren cruzar el umbral del capitalismo viable y la democracia estable y lleguen a adquirir el carácter de miembros plenos de la CE, las demandas que plantearán a los recursos de la Comunidad serán sustanciales [2]. Sus esfuerzos privados para obtener inversiones exteriores y penetrar en los mercados de exportación también tendrán un impacto significativo sobre la disponibilidad de capital, las tasas de interés y las balanzas comerciales. Combinadas, estas tendencias podrían tener un impacto importante sobre los experimentos con escala actualmente en curso en el ámbito subnacional dentro de la Europa Occidental. De una manera muy directa, los fondos regionales y estructurales de la CE deberán distribuirse entre un mayor número de aspirantes, y no hay muchas pruebas de que los miembros más ricos estén dispuestos a aumentar su esfuerzo redistributivo. El mayor contribuyente neto, Alemania, ya se está dando cuenta de que el coste de «engullir» a sus cinco nuevos *länder* del Este es mucho mayor de lo que se había previsto y es poco probable que abra más su bolsa en beneficio de sus hermanos de las regiones menos desarrolladas del sur de Europa. De manera más indirecta, la enorme disparidad en los salarios convertiría a países tales como Polonia, Hungría y Checoslovaquia en fuertes competidores en algunos productos estandarizados con empleo intensivo de mano de obra que tradicionalmente se han venido fabricando en los más antiguos distritos industriales de Occidente que por su parte dependen cada vez más del orden regional y de los fondos comunitarios. Todo esto se traduce en presiones comerciales y políticas más fuertes sobre el ámbito subnacional— sobre las empresas pequeñas y medianas para mejorar la calidad de su producción mediante una «producción de calidad diversificada»—; sobre las minorías étnicas y culturales para no quedarse cada vez más rezagadas respecto de las mayorías privilegiadas; sobre los gobiernos regionales, para producir los subsidios, las cualificaciones y los acuerdos de cooperación entre el capital y la mano de obra que aseguren esas formas de competitividad especializada.

4. La hipercentralización del poder y la represión de los sentimientos nacionalistas que caracterizaron a los anteriores regímenes de estilo soviético han provocado una auténtica explosión de exigencias de autogobierno entre las distintas etnias después de su desmembramiento. Además, la tendencia de las políticas comunistas fue reducir la diferencia social por líneas de clase, sector y profesión. Como resultado de estas condiciones, la competencia en las incipientes democracias del Este no ha seguido (hasta ahora) la pauta característica y profundamente arraigada de la división funcional de las democracias accidentales. En cambio, sus nuevos partidos y movimientos se han concentrado en la identidad nacional y en la personalidad de los líderes. En la medida en que estas luchas para redefinir las fronteras geográficas externas e internas y las identidades grupales sean reconocidas e incluso aplaudidas por la comunidad internacional, no harán más que alentar a las minorías étnicas y a las autoridades subnacionales de Occidente a intensificar sus demandas. Si, en cambio, desembocan en un punto muerto o en resultados que signifiquen una pérdida para todas las partes en conflicto, la distribución territorial de la autoridad del Estado podría estabilizarse a lo largo y ancho de Europa.

5. Independientemente de cuáles puedan ser los resultados, las características mencionadas del colapso del comunismo y el afán de democratización de la Europa del Este, tiene una implicación esencial: que la Comunidad Europea se verá obligada —tarde o temprano— a hacerse cargo de manera explícita y colectiva de las cuestiones militares y de seguridad. La división previa (implícita) de estas cuestiones entre la CE y la OTAN es abiertamente obsoleta. Además, la garantía de la intervención norteamericana ya no parece importante para responder a los nuevos tipos de amenazas para su seguridad a los que podría tener que enfrentarse Europa: la intervención colectiva en guerras civiles o litigios fronterizos; el control físico de los refugiados que huyen a la desesperada; el control de una población tan móvil en todo lo relacionado con las drogas, el terrorismo o la violencia interétnica. Cómo afectará esto a las cuestiones de escala es algo que no está claro, aunque la evolución de la tecnología militar y de la

[2] La entrada de los países que formaban parte de la EFTA en la CE tendrá el claro efecto de aumentar los recursos de la Comunidad ya que la mayoría de ellos tienen rentas *per capita* superiores a la media y unas capacidades fiscales relativamente fuertes, pero de ningún modo este «excedente» será suficiente para cubrir las demandas que llegarán del reducido número de países del Este que logren entrar en la Comunidad: Hungría, Polonia y Checoslovaquia.

doctrina estratégica sugiere que debería privilegiar al nivel supranacional *mediante* la creación de una intervención regional unificada y de una fuerza policial. Hasta ahora, el proceso de integración ha implicado un delicado equilibrio de beneficios funcionales en todas las unidades nacionales con un aumento de la atención a las unidades subnacionales desde que el Acta Unica Europea duplicó los fondos regionales y estructurales. Los acuerdos sobre las cuestiones de seguridad y política exterior suelen basarse en diferentes principios de cargas compartidas más que en los acuerdos que conciernen a la liberación del comercio y a la desregulación sectorial. No sólo los países pequeños tienen la comprensible tentación de hacer uso gratuito de estos bienes colectivos, sino que además las regiones periféricas pueden pensar incluso que estas competencias centrales tienen como fin privarlas de sus precarias autonomías. *En suma,* los acontecimientos del Este han creado un vacío de seguridad que sólo la CE (o alguna ramificación de la misma) puede llenar, y al hacerlo puede trastornar radicalmente las relaciones existentes entre los niveles de producción, la identidad y el gobierno en sus países miembros.

LA ESTRATEGIA PARA LA IZQUIERDA EUROPEA

No puede ser mi propósito en este ensayo sugerir que *la* respuesta de *la* izquierda europea debe ser una respuesta a este conjunto de tendencias bifurcadas (por no decir esquizofrénicas) de los niveles supranacional y subnacional. Yo no sólo me siento poco inclinado a dar un consejo así a los políticos, sino que manifiestamente carezco de la experiencia necesaria para conectar estas pautas generales con los rasgos específicos del potencial electoral, estructura organizacional y bagaje ideológico de cada partido. Además, como ya dije antes, estas cuestiones no han llegado todavía a la etapa de crisis en que los actores toman conciencia de que deben modificar sus costumbres o afrontar graves consecuencias políticas (aunque sospecho que no pasará mucho tiempo antes de que los acontecimientos del Este provoquen algunos cambios en el estado de conciencia en diversos niveles).

Incluso puede que haya buenas razones por las cuales a los socialistas les resulte especialmente difícil adaptarse a cambios futuros en la escala de producción, identidad y autoridad. Con la excepción marginal de la colaboración en el Parlamento Europeo y en la Internacional Socialista, prácticamente todas sus manifestaciones concretas siguen siendo nacionales o, en una medida notablemente menor, subnacionales. No existe una estrategia coherente para la izquierda en el ámbito supranacional, y la persistencia de importantes diferencias en los contextos nacionales hace que sea comprensiblemente difícil encontrar una. Podría aducirse que el resto de las principales corrientes políticas de Europa no están en mejor situación (en realidad, si la conducta grupal dentro del Parlamento Europeo sirve como indicador, algunos de ellos están incluso peor). Pero esto deja de lado la mayor dependencia de la izquierda respecto de la acción colectiva explícita frente a la iniciativa individual o las fuerzas del mercado, y el papel que la ideología común debe desempeñar en lo relativo a motivar a sus seguidores para que luchen por cambios prospectivos en el *statu quo.*

El colapso del comunismo ha abierto nuevas oportunidades y al mismo tiempo ha puesto nuevas trabas para cualquier euroizquierda unificada que pudiera surgir. Por otra parte ha desacreditado profundamente (y sin duda ha confundido) la imagen no sólo del socialismo, sino de todos los proyectos políticos destinados a producir una sociedad ordenada racionalmente y gestionada colectivamente. Sólo despojándose de algunos de sus más socorridos caballos de batalla, por ejemplo, la propiedad pública, la planificación económica, la igualación salarial y la intervención del Estado a gran escala, y atrayendo hacia sí a grupos sociales más diversos, pueden esperar los socialistas encontrar un terreno común para los cambios de política que resulten aceptables para una mayoría de la ciudadanía. Por otra parte, los acontecimientos del Este han eliminado a uno de los principales competidores políticos de los socialistas. Esto debería dejarles las manos libres para experimentar con nuevos temas y programas que puedan atraer a las fuerzas centristas sin que esto implique necesariamente una fuga de militantes más hacia la izquierda. Por encima de todo, los socialistas no pueden darse el lujo de dejar la iniciativa de la experimentación con las instituciones supranacionales y subnacionales exclusivamente en manos de la derecha. Porque no hay manera de negar que pocos, si es que alguno, de estos cambios en la escala de producción, cultura y gobierno han sido promovidos por la izquierda en general o por los socialistas en particular.

Como es natural, las empresas privadas —especialmente la pequeña y mediana empresa— fueron responsables de la mayor parte de la experi-

mentación en el primero de los ámbitos mencionados, aunque los gobiernos neoliberales también han contribuido privatizando, y en ocasiones segmentando, grandes empresas públicas. Los socialistas del norte de Europa desempeñaron un papel en el proceso de consolidación de unidades locales de administración, pero los experimentos del sur de Europa en materia de regionalización los llevaron a cabo gobiernos conservadores o de coalición (con la excepción obvia de la *descentralización* de Mitterrand). Los militantes de diversos movimientos (sub)nacionalistas suelen darse el nombre de «socialistas», pero casi nunca se han vinculado a corrientes intelectuales o políticas de la izquierda y sus tácticas han sido muchas veces las de la derecha radical. Casi todas las innovaciones de mayor envergadura dentro de la Comunidad Europea —la original Comunidad del Carbón y del Acero, el Tratado de Roma y los subsiguientes *relanzamientos* y el Acta Unica Europea— partieron de las bandas de centro y conservadora del espectro político, especialmente de los círculos demócrata-cristianos.

Esto despierta en mí la sospecha de que la izquierda socialista tal vez esté más firmemente ligada al nivel nacional de integración que otras formaciones políticas (a excepción de la franja xenofóbica de la derecha). Indudablemente su retórica ha sido internacionalista durante mucho tiempo y no faltan las declaraciones relativas a sus objetivos en materia de identidades e intereses locales/provinciales, pero los partidos socialistas son resueltamente nacionales por lo que respecta a su estructura organizacional y atención política. Esto tal vez se deba en parte a su a menudo estrecha colaboración con el movimiento sindical cuyo centro de gravedad suele estar en las organizaciones nacionales que representan los intereses sectoriales de los trabajadores y propiciar programas nacionales de bienestar y protección. Pero creo que la razón más importante es simplemente que, visto en una perspectiva histórica, los socialistas han mostrado cierta predilección por las unidades de mayor escala y hasta puede que tiendan a considerar a las unidades menores con cierto recelo intrínseco. En realidad, han tenido una actuación más eficaz en las empresas grandes que en las pequeñas, en los sindicatos más grandes que en los más pequeños, en las ciudades grandes que en las pequeñas, y en las elecciones nacionales que en las locales o provinciales [3]. Sin embargo, no hay pruebas de que sistemáticamente se hayan visto más favorecidos en los países grandes que en los pequeños.

En el Parlamento Europeo puede que los socialistas sean la fracción partidaria más grandes y la que obtiene más votos en las elecciones a esta cámara internacional que en las elecciones de sus respectivos países, pero nadie podría decir que han tenido su momento más favorable en la elaboración de un programa común, o que colectivamente han influido más eficazmente sobre la agenda de la CE. Como ya mencioné antes, a los centristas, los conservadores y los neoliberales les tocó el papel más destacado en la promoción del Acta Unica Europea y en lo que respecta a garantizar que su contenido esencial no se desviase demasiado de la liberación del mercado y de la desregulación sectorial o de producto.

[Resulta ilustrativo que el pensamiento socialista (por lo que yo sé) carezca de un equivalente del principio de *subsidiariedad* que muy a menudo esgrimen los demócrata-cristianos y (cada vez más) los liberales. Por ambiguos que sean sus usos (y aparecen cada vez con mayor frecuencia en más y más escenarios políticos), este concepto se centra en la noción de que hay diversas escalas posibles para participar en muchos tipos de actividad y que siempre se debe dar preferencia a aquella unidad de producción, distribución o gobierno que está más próxima a su pretendido beneficiario. Las intervenciones de más alto nivel sólo deben intervenir cuando pueden aducirse argumentos abrumadores a favor de las economías de escala y, aun entonces, su papel debe limitarse todo lo posible a subvencionar a los organismos de ejecución política de menor nivel. Aunque parece difícil, si no imposible, institucionalizar este principio, y existe la posibilidad de que se lo manipule de una manera oportunista para justificar muchas políticas diferentes, no cabe duda de que la noción de subsidiariedad tienen ciertos visos de plausibilidad superficial y un gran atractivo político. Sería deseable que los socialistas dieran con un principio contrastante, todavía más plausible y atractivo —basado, por ejemplo, en *complementariedad* o *solidaridad*— que reconociese también

[3] Las elecciones al Parlamento Europeo parecerían confirmar esta predilección por los electorados y las cuestiones de escala más amplia. La mayoría de los partidos socialistas tienen un comportamiento marginalmente mejor en este nivel de concentración en sus contextos nacionales normales. Algunos, como el Partido Laborista Británico, incluso han tenido un comportamiento notablemente mejor. Sin embargo, existen ciertas evidencias de que los votantes no se toman tan en serio estas euroelecciones —por ejemplo, la abstención suele ser mucho mayor— y se valen de ellas para expresar su insatisfacción frente a los gobernantes nacionales apoyando a partidos y candidatos de posturas más extremas.

explícitamente la relevancia de múltiples estratos de producción, cultura y gobierno, pero insistiese más en su interacción y en la conveniencia de que unidades más grandes, más abarcadoras y consideradas hacia las demás, hicieran algo por limitar la conducta inherentemente autoservicial y supresora de la diversidad de los pequeños sistemas económicos, sociales y/o políticos].

Así pues, si los socialistas quieren librarse de su (comprensible) fijación por la política de ámbito nacional [4], tendrán que hacer un esfuerzo deliberado, tanto ideológico como práctico. En el microcontexto de las ciudades pequeñas y los pueblos, compiten en situación de desventaja con las arraigadas formas locales de dominación social y explotación económica. En el nivel medio de los gobiernos provinciales o regionales, deben habérselas con las identidades particularistas que van en contra de su atractivo principal para los intereses de clase, sectoriales o profesionales de base funcional. Por último, puede que los socialistas tengan una buena actuación en las elecciones supranacionales, pero éstas sólo representan escaños en una asamblea relativamente exenta de poder. El poder y la influencia «reales» en la CE se intercambia entre representantes de los gobiernos nacionales ante el Consejo, los Eurócratas de la Comisión, las asociaciones sectoriales de la industria y un número cada vez mayor de representantes directos de las diferentes empresas trasnacionales [5]. Para responder políticamente a los experimentos simultáneos con escala que están teniendo lugar en los ámbitos supra y subnacionales —y aún más, para controlar sus resultados respectivos— los socialistas tendrán que dar con una estrategia o grupo de estrategias de nuevo cuño. De otra manera, los esfuerzos menos visibles y más particularistas de los capitalistas individuales, de los notables locales y de las autoridades complacientes (es decir, desreguladas) explotarán estas oportunidades y las convertirán en nuevas fuentes de ventaja política.

¿Qué hacer? Como ya dije antes, mi tarea es encontrar, titular, tratar de explicar y (donde sea posible) anticipar los procesos de cambio, no proporcionar respuestas estratégicas ni recomendar políticas. Sólo un político en ejercicio puede evaluar de una manera fiable la importancia de una cuestión y sopesar los pros y contras de actuar sobre ella. Cualquier sugerencia que yo pudiera hacer podría parecer o bien excesivamente «voluntarista» por sobreestimar la factibilidad de adoptar una política determinada, o abiertamente «determinista» por suponer la inmutabilidad de lo que ya ha ocurrido. De todos modos, arriesgaré unas cuantas observaciones, aunque sólo sea para demostrar mi incapacidad para escapar del mencionado dilema:

1. Los socialistas no pueden simplemente «abandonar» el Estado nacional y «dedicarse» incondicionalmente a los procesos europeos y regionales. Para bien o para mal, la identidad de la mayoría de los individuos y la autoridad legítima de la mayor parte de las instituciones reside en este nivel. Las estrategias que manifiestamente prefirieron las instituciones supranacionales y subnacionales *a expensas* de las nacionales les haría perder más apoyo del que ganarían. La respuesta obvia es hacer hincapié en las políticas que favorecen el crecimiento y que no amenazan a los recursos de los Estados nacionales existentes, sino que redistribuyen beneficios adicionales de una manera diferencial y preferencial a niveles de acción colectiva que van más allá de ellos y que están por debajo de ellos.

2. Los socialistas deberían hacer suya la noción de una Europa supranacional con auténticas *competencias* en lo que respecta a hacer política y a los recursos fiscales y que sean al mismo tiempo «abiertas» y «restrictivas». Deberían estar abiertas a la admisión de nuevos miembros, incluso antes de que sus instituciones y políticas hayan convergido con la norma de la Comunidad [6], y deberían aplicar restricciones para evitar la concesión unilateral de beneficios a extraños, aun cuando esto implique proteger a sectores e industrias clave durante un período (limitado) de tiempo. El objetivo a largo plazo debería ser una CE con la capacidad institucional para aplicar medidas efectivas, de estilo keynesiano, en una escala supra-

[4] Esta fijación socialista por la nación ha pasado mucho más desapercibida que su fijación por las soluciones estatales de los problemas socioeconómicos. Actualmente se está dedicando un gran esfuerzo ideológico a librarlos de esta fama (merecida) de promover medidas burocráticas, estandarizadas, coercitivas y fiscalmente onerosas en nombre de la redistribución y la igualdad. Mucho menos se ha hablado de adaptar las políticas y los ideales socialistas a las necesidades de las unidades supranacionales y subnacionales.

[5] Para una exposición de este sistema de intereses tal como ha surgido de un esfuerzo anterior de eurocorporativismo hasta las tendencias más recientes hacia el europluralismo, véase Wolfgang Streeck y Philippe C. Schmitter, «From National Corporatism to Transnational Pluralism: Organized Interests in the Single European Market», *Politics & Society,* 19, 2 (junio 1991), págs. 133-164.

[6] Debería puntualizarse no sólo que los primeros países que actualmente esperan a que se los admita como miembros de la CE —Austria, Suecia y, posiblemente, Noruega y Finlandia— serían contribuyentes netos (dependiendo algo de la evolución de la Política Agrícola Común), sino que además todos son marcadamente democráticos en sus sistemas partidarios y de gobierno.

nacional. Teniendo en cuenta la posibilidad de que estos hechos pudiesen desencadenar la formación de «bloques regionales» comparables en América del Norte y Asia, incluso podría ser factible participar en una «reflación» a escala mundial, en respuesta a algunas de las fluctuaciones más comunes del ciclo económico.

3. Para favorecer la apertura y para permitir que sus instituciones sigan políticas diferenciadas de restricción, los socialistas deberían alentar al desarrollo «excéntrico» del futuro Eurogobierno. En lugar del modelo actual que concibe a la Comunidad en función de la adición «concéntrica» de nuevos miembros y nuevas *competencias* en torno a un área nuclear fija, con un solo centro burocrático, deberían cambiar a una estrategia que promueva la formación de una diversidad de agencias europeas funcionalmente especializadas, cada una de ellas con sede en un lugar distinto, con una autonomía relativa las unas respecto de las otras, cada una con su propio nivel de autoridad supranacional, cada una con un complemento diferente de naciones-Estado. Esto significaría abandonar el «sagrado» principio de una *acqui communautaire* uniforme y permitir que los miembros variasen sus niveles respectivos de participación en tareas comunes de acuerdo con su capacidad nacional (y, llegado el caso, incluso subnacional). La resolución de conflictos inevitables sobre las jurisdicciones o las políticas de estas instituciones especializadas podría dejarse a la legislación del Parlamento Europeo (del cual todos serían miembros) y al arbitrio de la Corte Europea de Justicia. Lo que yo supongo es que un sistema de este tipo evolucionaría gradualmente de una «confederación funcional» hacia alguna forma más coherente de «federalismo territorial», pero sin los elevados umbrales, rigidez en las decisiones y burocracia centralizada que caracterizan al actual proceso «concéntrico» de la integración europea [7].

4. Los socialistas deberían concentrar su atención colectiva en llenar el «déficit de democracia» de las instituciones europeas. Esto no sólo pueden lograrlo por su ventaja genérica comparativa en este nivel de concentración (y su compromiso de principio con la responsabilidad popular), sino también porque con sólo cambiar a las circunscripciones territoriales y a los electorados de masa pueden tener esperanzas de vencer la ventaja genérica comparativa que tienen los capitalistas con respecto a la acción colectiva en el ámbito de la representación funcional y la política burocrática. La única oportunidad de introducir y mantener las cuestiones socialistas en la agenda europea es ampliar la escala del conflicto, y sólo puede lograrse esto con una ampliación de los poderes del Parlamento Europeo. Una vez que el PE tenga algún control real sobre las políticas de la Comunidad, existen auténticas posibilidades de que las Euroelecciones cobren mayor importancia para la ciudadanía y de que los candidatos empiecen a hablar más de cuestiones predominantemente europeas. En un momento dado, esto podría contagiarse a las elecciones nacionales y subnacionales en las cuales los partidos ganarían o perderían votos de acuerdo con las posturas que adoptasen sus colegas en Bruselas o en Estrasburgo [8].

En las actuales condiciones, la representación en el PE se basa en unos electorados nacionales de proporciones desiguales de acuerdo con una fórmula valorada que otorga una representación excesiva a los países más pequeños. Dado el estatus general de los Estados nacionales en el sistema internacional y su papel específico en la fundación de la Comunidad, esto se ha dado por sentado. Pero ¿debería ser ésta una característica permanente del emergente gobierno europeo? La unificación alemana ha exacerbado aún más las desigualdades nacionales en materia de representación y ha hecho resurgir el fantasma de un comportamiento hegemónico. Las políticas de liberalización comercial y desregulación del producto incluidas en el Acta Unica Europea y sus correspondientes directivas tienen profundas implicaciones para la distribución de beneficios entre el electorado, especialmente entre las regiones subnacionales de diferentes niveles de desarrollo. En reconocimiento de esto, los políticos que lo unen todo incluyeron un aumento en los fondos comunitarios reservados para estas regiones. Además, cam-

[7] Otra manera de ilustrar el contraste entre los dos modelos es yuxtaponer el proceso histórico por el cual Francia llegó a ser un Estado relativamente centralizado y uniforme en torno a un área geográfica central (en detrimento de sus culturas y unidades políticas periféricas) y el proceso más complejo y menos completo por el cual se formó Suiza mediante sucesivos compromisos acerca de una multiplicidad de áreas núcleo hasta transformarse en un Estado sumamente disperso y descentralizado. Habría que reconocer que la integración suiza se vio favorecida por la invasión napoleónica e implicó realmente una breve guerra civil a mediados del siglo XIX... y que el resultado político no tiene nada de paraíso para los socialistas.

[8] Esta ruptura parece haberse iniciado en Gran Bretaña, donde el Partido Conservador evidentemente ha quedado dañado por su división interna en lo relativo a cuestiones de la CE y el Partido Laborista ha aprovechado su postura en cuanto a los asuntos europeos para atraer a los votantes remisos. Sin embargo, éste es el único caso en que las consecuencias para la politización en el ámbito nacional ha sido tan fuerte.

biaron la fórmula para su redistribución estableciendo una relación mucho más directa entre los Eurócratas de la Comisión y los funcionarios del nivel subnacional. Como resultado, se produjo un auténtico aluvión de provincias, regiones y *lands* que abrieron cuasiembajadas en Bruselas. Este nexo incipiente podría explotarse y expandirse más. Llegado el caso, podría incluso utilizarse para reemplazar (o complementar) los Estados nacionales como circunscripciones para la representación parlamentaria.

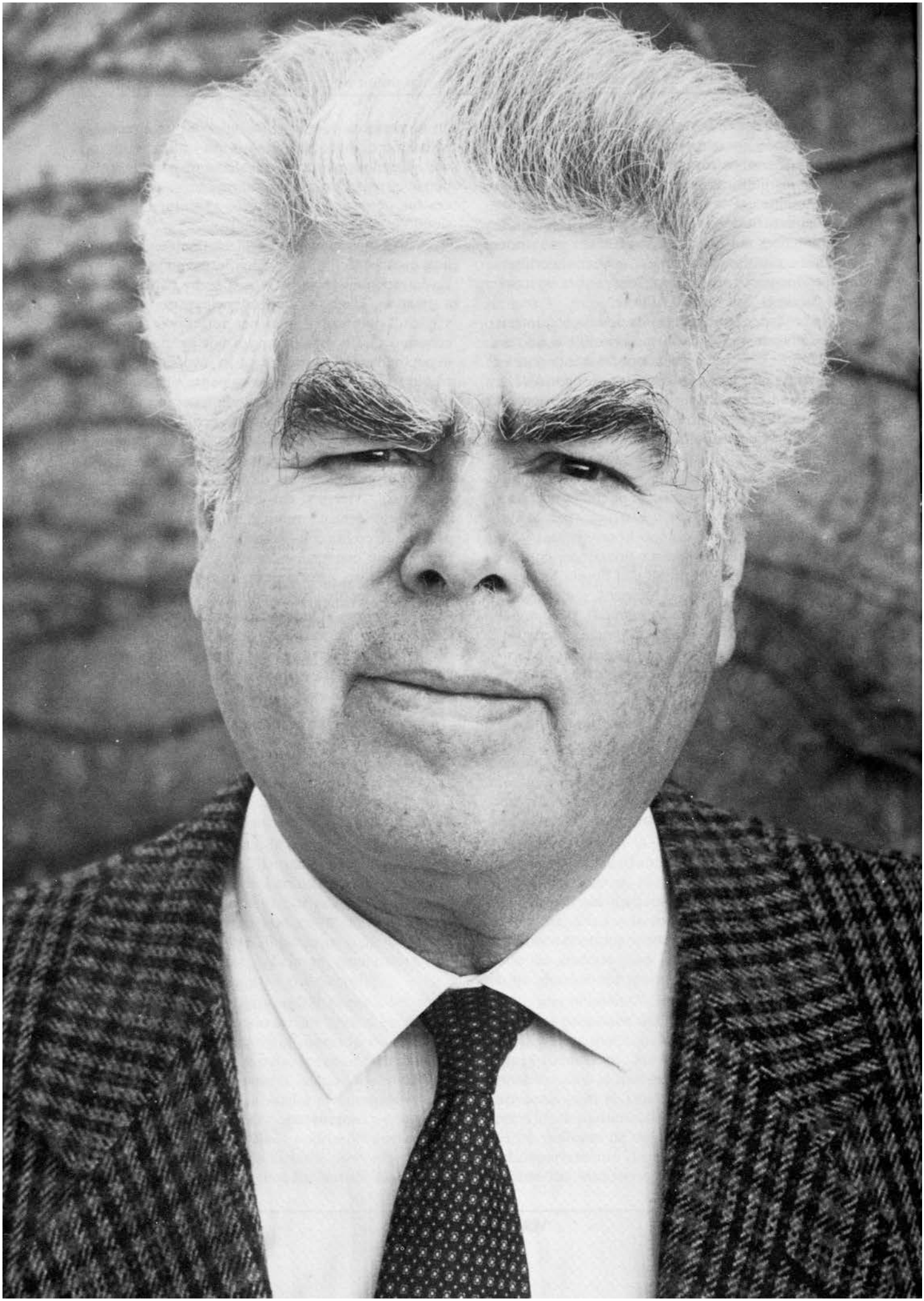
En abstracto, es posible imaginar algunos beneficios a largo plazo a los que podría dar lugar una Unión de Regiones Europeas más que una Unión de Estados Europeos —y entre ellos uno no poco importante, la resolución de un número de problemas ingobernables dentro de los Estados multiétnicos y una reducción de las desigualdades más sobresalientes en el poder nacional—. Incluso se podría imaginar todo un nuevo sistema de divisiones basado en alianzas que traspasasen las fronteras nacionales, entre unidades subnacionales. En concreto, sin embargo, resulta difícil imaginar a qué tipo de combinación política podría dar lugar esto. Las identidades nacionales están relativamente bien arraigadas; la conciencia regional está distribuida de una manera muy desigual. Desde una perspectiva estrictamente partidaria, los conservadores y los demócrata-cristianos tienden a estar sobrerepresentados en estos niveles, pero tienen pocos incentivos para cambiar ya que sus intereses están bien servidos con el sistema actual, caracterizado por su déficit de democracia y sus desigualdades nacionales [9]. Los socialistas tal vez quisieran cambiar las actuales disposiciones «intergubernamentales» —y la expansión para dar cabida a los países nórdicos de la EFTA les dará impulso— pero es poco probable que prefieran a las regiones por encima de las naciones. Existe, por supuesto, la posibilidad de que una combinación de ampliación y de crisis proveniente del Este precipite los acontecimientos. El resultado muy bien pudiera ser una solución intermedia bicameral, donde los Estados nacionales estuviesen representados en una cámara y las regiones subnacionales en la otra.

* * *

Una cosa es llegar a la conclusión de que los actuales Estados nacionales de Europa son o bien demasiado grandes para algunos problemas o bien demasiado pequeños para otros, y otra muy distinta suponer que los políticos de partidos y convicciones diferentes vayan a compartir esta percepción y a ponerse de acuerdo sobre una distribución óptima de las funciones entre los diversos niveles de autoridad. En las pasadas décadas se produjo una proliferación de experimentos no coordinados, especialmente en los niveles subnacional y supranacional para abordar los problemas emergentes. Los políticos socialistas no han desempeñado un papel central en lo que respecta a diseñar o dirigir estos experimentos, pero no pueden evitar verse afectados por ellos. La perspectiva de una ampliación mayor de la Comunidad Europea y de mayor conflicto étnico y nacional en la Europa del Este podría incluso desembocar en un cambio mayor y no esperado en las unidades efectivas de representación y de gobierno. Si bien tengo dudas acerca de que esto pueda proporcionar el tipo de *divine surprise* que los socialistas podrían aprovechar para recuperar la ocasión para el cambio que perdieron ante los neoliberales a mediados de la década de 1970 —a decir verdad, sospecho que los socialistas tendrán dificultades para tratar estas cuestiones—, estoy firmemente convencido de que los experimentos con escala les proporcionarán mucho terreno para la reflexión ideológica y, llegado el caso, para una revisión estratégica en el futuro.

Enero de 1992

[9] Recientemente, el gobierno CDU/CSU/FDP alemán, propuso formalmente que se incluyese alguna disposición para la representación directa de las regiones en las deliberaciones de la Conferencia Intergubernamental sobre la unión política.



LA IZQUIERDA Y LA DISGREGACION DE LOS ESTADOS MULTINACIONALES EN LA EUROPA DEL ESTE: NECESIDAD DE UNA NUEVA SOLIDARIDAD

Jiri Pelikan

Hubo algo anómalo en los acontecimientos que tuvieron lugar en Europa después de la caída del comunismo en 1989: mientras los pueblos y los Estados occidentales avanzaban hacia una integración europea y supranacional, los países y los Estados de Europa Central y del Este marchaban en la dirección opuesta, hacia la desintegración de los Estados multinacionales.

Pero se trata de una contradicción lógica y temporal: la Europa del Este vive *el proceso histórico de la formación de los Estados nacionales,* un proceso que los pueblos de la Europa Occidental han vivido hace cien o doscientos años. La formación de los Estados nacionales es una etapa necesaria e inevitable que permitirá a los nuevos Estados nacionales descubrir sus *intereses comunes* y decidir *sobre la base de su propia voluntad* la cesión de una parte de su soberanía nacional a una especie de confederación o bien federación o bien unión política y económica en sus diversas formas, ya sea como «mercado común» y «unión política» del tipo de la *Commonwealth* ya como una «Comunidad Europea».

El nacionalismo como expresión de las aspiraciones de un pueblo al Estado nacional no es un fenómeno negativo como piensan muchos representantes de la izquierda occidental, a menos que se transforme en una ideología y en una praxis política que declara e impone la idea de la superioridad de una nación sobre las otras y la opresión de los otros pueblos o de las minorías.

El vacío ideológico que se produjo con la caída del comunismo y del marxismo leninismo, una ideología oficial que mantenía bajo el control «central» del poder a los Estados multinacionales, fue reemplazado repentinamente por el nacionalismo y en ciertos casos por el chauvinismo, el racismo y la xenofobia.

Una parte de la opinión pública occidental y de la izquierda observa estos fenómenos del nacionalismo y la desintegración de los Estados nacionales en la Europa del Este con preocupación, como un elemento negativo para la estabilidad de Europa, aunque al mismo tiempo, la izquierda ha estado siempre a favor de la libertad, de la democracia y del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

A menudo se olvida que la mayoría de los Estados multinacionales existen no como un resultado de la voluntad de los pueblos, que forman parte de ellos, sino como Estados impuestos por la fuerza, por la guerra, por la ocupación y la represión, no sólo de los regímenes comunistas, sino, y mucho antes, por los imperios de los zares y de los diversos dictadores. Es perfectamente natural que con la llegada de la democracia, con la libertad de expresión y con el reconocimiento del principio de la autodeterminación sea difícil, casi imposible, mantener la centralización de los viejos Estados multinacionales y bloquear el proceso de su desintegración hacia la soberanía e independencia de los nuevos Estados nacionales, reclamados

y respaldados por la voluntad de los pueblos.

El ejemplo trágico de Yugoslavia e incluso de la antigua *Unión Soviética* demuestran que este proceso, que no gusta a los políticos y a los hombres de negocios occidentales que desean un socio estable en el plano político y económico, no se puede bloquear e impedir con resoluciones y apelaciones generosas, ni siquiera con la fuerza y con intervenciones militares, con presiones diplomáticas y con embargos económicos.

Pero al mismo tiempo, Occidente y la izquierda democrática tienen derecho a exigir y a intervenir con diversos medios para asegurarse de que este proceso de la desintegración de los Estados multinacionales y la creación de los nuevos Estados nacionales en la Europa del Este se produzca *de manera gradual y pacífica* con la negociación política y no por la vía violenta, con decisiones unilaterales e impuestas por fuerzas militares y por la vía de las explosiones espontáneas.

La izquierda debe comprender que con el desbaratamiento de la «Primavera de Praga» en 1968 terminó el ciclo de los intentos de las reformas del modelo soviético del así llamado «socialismo real» desde arriba, es decir, por iniciativa del ala reformista de los partidos comunistas en el poder contando con un apoyo y una participación activos de la población. Tras la intervención de los tanques en Praga (como antes en Budapest en 1956 y en Berlín en 1953) quedó claro que el *sistema comunista no se puede reformar «desde arriba»,* sino que sólo puede modificarse «desde abajo» con las acciones y presiones de las masas en neta oposición al poder comunista.

La derrota en 1981 de un movimiento de este tipo liderado por *Solidarnosc* en Polonia, confirmaba que los cambios radicales en los países del Este no eran posibles sin un cambio en el centro del imperio, es decir en la Unión Soviética.

Con la elección de *Mijail Gorbachov* para el puesto de secretario general del PCUS y con su política de la *perestroika* y la *glasnost, se inicia un nuevo capítulo en Moscú en 1985.* También Gorbachov creía en un principio que podría transformar el sistema del socialismo real con la ayuda del PCUS y de una manera gradual. *Gorbachov tiene un gran mérito ante la historia por haber abierto el camino hacia la libertad* para la sociedad soviética y ante todo para los países de la Europa Central y del Este, donde los regímenes comunistas cayeron tras haber perdido el apoyo de Moscú. No es justo hablar *después del golpe de agosto de 1991* de una *caída* de la *perestroika* sino, más bien, *del agotamiento del concepto original de una transformación gradual bajo la guía del PCUS.* Incluso el hecho de que el golpe de agosto de 1991 haya fracasado por la oposición de las masas y por el rechazo a seguir las órdenes de los golpistas por parte de algunas fracciones de las fuerzas armadas y de la policía o del KGB confirma *las grandes transformaciones de la sociedad soviética* como consecuencia de la política de Gorbachov.

Pero sin negarle todos estos méritos, Gorbachov cometió graves *errores* que facilitaron el intento de las fuerzas conservadoras de volver a la vieja política y de los cuales es responsable:

— No realizó durante estos cinco años ninguna reforma económica seria (destruyó lo viejos sistemas de producción y distribución sin crear otros nuevos y mejores).

— Menospreció la importancia y la magnitud de los problemas nacionales y étnicos (su plan de la unión de los Estados soberanos podía ser aceptado como un gran progreso hace dos o tres años, mientras que hoy no satisface las aspiraciones de las repúblicas individuales).

— Se equivocó al elegir a sus colaboradores (todos los golpistas eran hombres escogidos y protegidos por el propio Gorbachov) mientras obstaculizaba con la fuerza el acceso político de Yeltsin y permitía que se alejaran los protagonistas de la *perestroika* como Shevernadze, Yakovlev y otros.

— No se dio cuenta a tiempo de que el PCUS no era capaz de convertirse en un instrumento para realizar las reformas, sino que más bien era un pesado obstáculo, y su ilusión lo llevó a permanentes compromisos con los comunistas ortodoxos y dogmáticos del aparato del partido y del Estado, de las fuerzas armadas y del KGB, que condicionaron de una manera muy notable sus decisiones políticas.

Por todo esto, Gorbachov salió de la crisis de agosto políticamente debilitado, y con la supresión del PCUS perdió su base política, mientras que Yeltsin salió fortalecido y se convirtió en un negociador en pie de igualdad, si no superior. Ya las primeras semanas después del golpe demostraron que el poder creciente de Yeltsin como representante de la mayor república de la Unión, es decir de Rusia, era visto con preocupación por las otras repúblicas y también por una parte de las fuerzas democráticas, temerosas del peligro de un nuevo monopolio del poder en ausencia del Estado de derecho y de la auténtica democracia pluralista y parlamentaria. De esta manera, los dos, Gorbachov y Yeltsin, se vieron condenados por fuerza a una colaboración leal, porque mientras Yeltsin

controlaba el poder de Rusia, donde tenía su legitimidad democrática, Gorbachov podía garantizar la colaboración, por lo menos económica, de las repúblicas en el cuadro de la nueva «Unión» y garantizar ante un Occidente temeroso de la disgregación del imperio, el control de las fuerzas armadas y, ante todo, de las armas nuclares.

Pero la pregunta más importante que se nos plantea actualmente es la siguiente: *¿qué futuro tendrán el Estado o la comunidad de Estados soberanos que surgirán de las ruinas del viejo imperio soviético?* ¿Será una democracia similar a la de los países del antiguo bloque del Este o bien una edición moderna de la gran Rusia con un «zar iluminado» y con las ventanas abiertas hacia Europa?

He seguido con mirada comprensiva en la televisión la furia espontánea de las masas que emprendían la destrucción de los viejos símbolos del bolchevismo con el derribo de las estatuas de Dzerjinsky, fundador de la policía secreta, y de los demás fundadores del Estado Soviético, pero al mismo tiempo me planteaba la pregunta angustiosa de si los vencedores, con su lema de la «desbolchevización», no se estaban comportando de la misma manera que los bolcheviques después de la Revolución de Octubre de 1917, al cambiar los nombres de las calles y de las ciudades e ir a la caza de los sospechosos —verdaderos o imaginarios— de haber apoyado el golpe hasta los procesos políticos con sentencias y condenas decididas de antemano y apoyadas por las masas, como en los años 1930-38. Esto, con toda seguridad, no lo querían ni Gorbachov, ni Yeltsin, ni los demás demócratas vencedores, pero *la intolerancia y el fanatismo tienen profundas raíces en la sociedad rusa y en el antiguo imperio* y pueden incluso prevalecer si no se les opone pronto *el dique de la democracia pluralista y del Estado de derecho*. Pero la vía hacia la democracia en la antigua URSS, igual que en los demás países del Este, será larga y fatigosa, porque no existen verdaderos partidos políticos con programas claros, el Parlamento no fue realmente elegido hasta ahora, sino más bien elegido desde el «centro» y quedó desacreditado por tanta palabrería hueca y por su silencio durante el golpe, mientras que las nuevas elecciones no se puedan organizar en el Estado actual de disgregación y de caos. El PCUS fue disuelto por un decreto sin haber dado la posibilidad a los 16 millones de sus miembros de organizarse en otros partidos. Lo más probable es que éstos surjan en torno a los nuevos líderes y personalidades en lugar de hacerlo sobre la base de nuevos programas que sólo pueden establecerse con tiempo y tras intensos debates. Y es bastante probable que precisamente el movimiento para las reformas democráticas —una especie de partido pluralista en su interior— creado el verano de 1991 por progresistas como Shevernadze, Yakovlev, Sobciak, Popov y otros se convierta en una especie de techo bajo el cual se formarán nuevos partidos y movimientos, incluso de comunistas reformistas y, por qué no, también de los comunistas ortodoxos que en la legalidad se convertirán en un partido marginal, mientras que en las condiciones de ilegalidad pueden alimentar nuevas conspiraciones e incluso propiciar el terrorismo y la anarquía de tan antigua tradición en la historia rusa.

Los acontecimientos del verano de 1991 también nos han enseñado que sería erróneo y peligroso personificar demasiado los acontecimientos de la antigua Unión Soviética, es decir, vincularlos con uno u otro líder, ya sea que se trate de Gorbachov, de Yeltsin, de Shevernadze o de cualquier otro. *La única garantía de la democracia y estabilidad es el desarrollo de la sociedad civil* y de una pléyade de personalidades que puedan expresar, ya sea en el gobierno, ya en la oposición, los intereses de los ciudadanos. Detrás de Gorbachov y Yeltsin aparecen nuevos nombres, entre otros el de Sobciak, y es muy probable que surjan personalidades hoy desconocidas que pertenezcan a las nuevas generaciones, no condicionadas por las viejas escuelas de pensamiento y por las corresponsabilidades del pasado totalitario. Otro elemento desconocido: ¿qué papel pretende desempeñar el escritor Alexander Soljenitsin, que se dispone a volver a Moscú después de su exilio para dedicarse a la actividad política? Soljenitsin goza sin duda de un gran prestigio moral como uno de los primeros disidentes y por su visión de una gran Rusia vuelta hacia sus viejas tradiciones religiosas y campesinas, hostil con respecto al Occidente liberal y al mercado, y puede convertirse en ese «zar» que una parte de las masas rusas está buscando como punto de referencia espiritual y político.

Otro problema urgente es la alternativa entre la desintegración total de la antigua Unión Soviética en tantos Estados independientes o bien *una nueva «Commonwealth»-Unión* que podría reunir a los nuevos Estados soberanos en *una nueva comunidad económica e incluso política de tipo federalista.* Me parece que será muy difícil cerrar el proceso actual de disgregación del imperio multinacional, como tan bien lo demuestra *el caso yugoslavo.* Este deseo de independencia y de un Estado nacional que tienen los pueblos oprimidos es tan antiguo y tan intenso que sólo podría ser so-

focado con la política de la fuerza, como en los tiempos del zar y de Stalin, *pero no puede ser bloqueado en tiempos de democracia y de libertad.* En la Europa del Este se está produciendo hoy un proceso de creación de Estados nacionales similar al que tuvo lugar en la Europa Occidental en los siglos pasados, también aquí con muchos conflictos y mucha sangre. Occidente puede tratar de oponerse a este proceso porque quiere un socio estable y porque lógicamente tiene miedo de las guerras civiles con las consiguientes fugas masivas de gente hacia su territorio. Pero se trata de un proceso histórico, que esta parte de Europa debe vivir, pero también controlar para que se desarrolle de manera pacífica y gradual, sin explosiones espontáneas y sin violencia. La complicación surge porque en el vacío de ideales dejado por la ideología comunista se ha colado la idea del nacionalismo e incluso del chauvinismo. El deseo de independencia es justo y comprensible, pero puede transformarse en algo negativo en el caso de que detrás de él se escondan los intentos de las antiguas nomenklaturas de defender sus privilegios y poderes frente a los aires democráticos de Moscú. La *combinación del comunismo ortodoxo con el nacionalismo es uno de los obstáculos reales del proceso de la democratización,* como lo demuestran las situaciones de Georgia y de Azerbayán y de algunas repúblicas asiáticas.

Por todo esto es tan importante que los conflictos nacionales y el proceso de nacimiento de los nuevos Estados independientes se resuelvan con una negociación política —o sea, no con decisiones unilaterales— basadas en *dos principios fundamentales:*

— *El respeto de las fronteras existentes,* aunque no sean justas y sean artificiales, ya que las correcciones son posibles mediante la negociación.

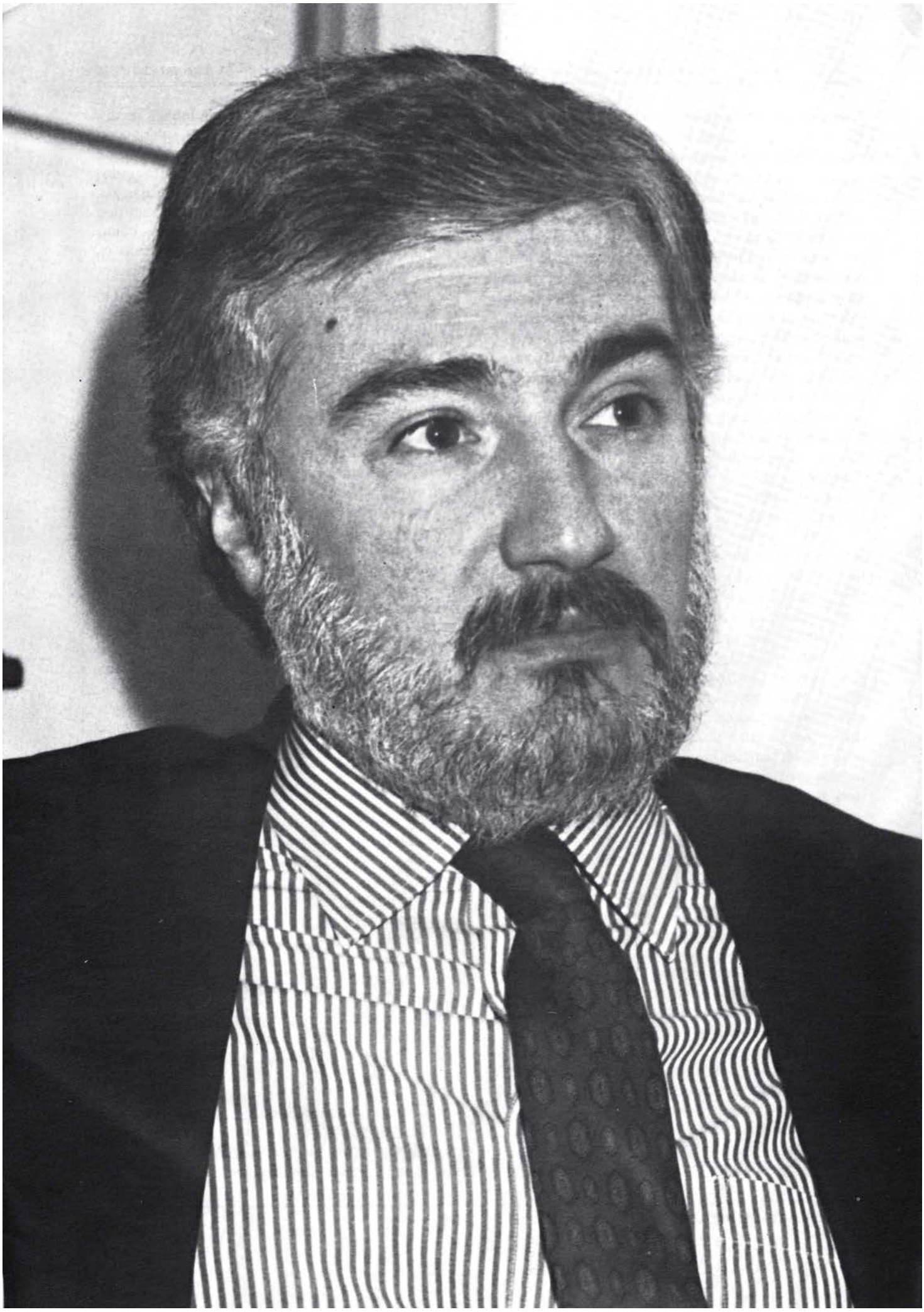
— *La defensa de las minorías étnicas* que en esta parte de Europa es esencial, porque las repúblicas habían permanecido juntas durante un largo período, en el caso de la Unión Soviética, incluso desde los tiempos del zar, y porque la mayoría de las mismas no es homogénea desde el punto de vista nacional, sino que está habitada por representantes de tantas otras naciones y en particular por la fuerte minoría rusa (más de 20 millones).

Después de la gran euforia del fracaso del golpe y de la antigua nomenklatura, aparecen *los auténticos problemas* que piden una rápida solución: ante todo hace falta evitar el hambre y el frío en las grandes ciudades, porque indudablemente éstos no son aliados de la democracia. No será fácil frenar la caída de la producción, restablecer una distribución de los productos, el control de los precios desbocados y evitar la desocupación en masa y la fuga incontrolada de ciudades de una región o de una república a otra. Para ello será necesario adoptar medidas impopulares, que aumentarán el descontento y la tensión social y política. Todo esto, unido a los conflictos nacionales y étnicos y con el posible sabotaje de los sostenedores del antiguo régimen, nos coloca ante el panorama de *una situación sumamente explosiva*, a la que sólo se puede hacer frente con el esfuerzo común de Gorbachov, Yeltsin y todas las fuerzas democráticas. Al mismo tiempo se vislumbra el peligro de que las posibles manifestaciones de descontento contra la carestía de la vida, la miseria y las huelgas en los sectores productivos y en los transportes —no controlados por unos sindicatos debilitados y desacreditados— puedan causar ásperos conflictos y disturbios, después de que una parte de la población clame por *restablecer un orden de hierro* y por un líder o una fuerza integral capaz de impedir la desintegración total. Actualmente esta fuerza sólo puede ser el Ejército, que ha mantenido cierta disciplina y un prestigio moral. No es casual que tanto el propio Gorbachov, en la entrevista que concedió a la RAI, como Shevernadze o Yakovlev, que advirtieron sobre el golpe de agosto, sigan repitiendo que existe *el peligro de otro golpe* si no se encuentran soluciones para una crisis económica de extrema gravedad.

Llegamos aquí a la *responsabilidad de Occidente y de las fuerzas de la izquierda democrática.* Hace tiempo ya que se habla de una ayuda económica masiva a la Unión Soviética, pero en realidad es poco lo que se ha hecho. Es inútil hablar de «un Plan Marshall», porque aquella intervención americana estaba dirigida hacia una Europa Occidental devastada por la guerra, pero que conservaba intactas sus estructuras de economía de mercado y su clase dirigente, mientras que en la Unión Soviética es preciso empezar por crear estas estructuras para permitir luego que las ayudas externas actúen como motor. Sin embargo, Gorbachov no estaba en condiciones de intentar una reforma seria de la economía soviética y durante estos seis años de su poder sólo logró la destrucción del antiguo sistema, que funcionaba mal, pero al menos parcialmente, mientras que en su lugar no creó una estructura nueva y funcional. De ahí que la condición necesaria para la llegada de las ayudas externas sea, ante todo, *un plan verosímil para la reforma económica de la Unión So-*

viética. Puede que con el plan del economista Yavlinski se pueda llegar al buen camino, a condición de que Gorbachov y Yeltsin no se retiren bajo la probable presión de los diversos sectores de la sociedad y que este proyecto no acabe en un archivo como el famoso «plan de los quinientos días» de Yeltsin, aprobado primero y después dejado a un lado por Gorbachov el año antepasado, con todas las consecuencias negativas que hoy se advierten.

Pero una vez que este plan haya sido aprobado y puesto en práctica, *Occidente tiene el deber de movilizar sus recursos para apoyar la realización de este plan* con inversiones y tecnología moderna. No se trata de un sacrificio, porque en el caso de la caída de la antigua Unión Soviética Occidente se verá obligado a afrontar *un peligro de guerra civil en un país con armas nucleares* no controladas ya por el poder central y la fuga bíblica de decenas de millones de personas hacia Occidente con todas las consecuencias desestabilizadoras que esto podría tener para Europa y para el mundo. Incluso antes del comienzo de unas reformas auténticas, Occidente tiene el deber moral y político de evitar el hambre en los grandes centros como Moscú y San Petersburgo donde la situación es mucho más explosiva que en los centros más pequeños. *La izquierda occidental* que hoy soporta las consecuencias de la culpa de no haber descubierto a tiempo la gravedad de la crisis y de la caída del «socialismo real» debe *encontrar su unidad y fuerza para sostener este esfuerzo histórico*. Y eso antes de que sea demasiado tarde. Porque la explosión violenta del antiguo imperio es una amenaza contra la existencia misma de la Europa Occidental y contra la perspectiva de la unidad europea.



LA IZQUIERDA DESPUES DE LA CRISIS DEL COMUNISMO. LA IDEOLOGIA SOCIALISTA EN LA ENCRUCIJADA DEL FINAL DE SIGLO

Alvaro Espina

Hija de la Ilustración, la cultura europea del siglo XIX se escindió pronto en dos ramales que hacían un uso contrapuesto del racionalismo ilustrado. Uno fue el de la razón fría, cuyo empirismo siempre prefirió basarse en materiales de observación externos al sujeto, haciendo énfasis en lo objetivo. La otra gran variante fue la de la razón humanista, en la que tienen cabida y tratamiento los afectos, los sentimientos y las preferencias individuales.

La razón fría se materializó a su vez en dos tradiciones de orientación contrapuesta: la del individualismo utilitarista, con la economía clásica, por un lado, y la del materialismo histórico marxista, con su crítica de aquélla, por el otro. En la primera de estas tradiciones el individuo real se convierte en un mero ente intelectual, en el que toman cuerpo algunos principios simples de acción —la aspiración a alcanzar el máximo placer—, susceptibles de cálculo racional y de previsión. En la segunda, el individuo desaparece igualmente, sumergido en una entidad absoluta —la clase social—, cuyas leyes se imponen a su propia capacidad de elección.

La razón humanista, sin la cual no habrían evolucionado la cultura ni el arte, puso siempre en primerísimo lugar el sentimiento subjetivo de pertenencia a una comunidad, mucho más fundamental y realista que los de la búsqueda del placer individual o del antagonismo social, ya se trate de su versión individualista hobbesiana o de su versión colectiva, representada por el antagonismo de clase marxista. El sentido de pertenencia fue el soporte sobre el que pudieron apoyarse sólidamente opciones políticas basadas en la elección ética o en la identidad nacional, pero constituyó también alternativamente fundamento ideológico para comportamientos excluyentes y discriminatorios, corporativistas o tribales, reencontrando a la razón fría cuando la comunidad de referencia adoptó a su vez un valor absoluto, anulando de nuevo al individuo.

La razón fría del individualismo utilitarista se impuso en la etapa fundacional de la sociedad posrevolucionaria, durante la primera mitad del siglo XIX, en la que el principio de organización política fue el liberalismo censitario, por el cual era la clase de los propietarios la que adoptaba todas las decisiones en la sociedad. Frente al exclusivismo de la sociedad burguesa, Marx levantó el de la sociedad proletaria, con un carácter igualmente excluyente y una ideología urdida con los mismos mimbres fríos y objetivistas de sus oponentes, por mucho que su objetivo de rescatar de la miseria y conseguir el mayor bienestar para la parte más humilde de la sociedad —concebido a escala internacional— le mantuviese en contacto con el humanismo.

La participación creciente de los ciudadanos en la toma de decisiones, consustancial al avance progresivo de la democracia, trabajó en favor de la razón humanista. Por eso, la etapa final del si-

glo XIX presenció el desarrollo de los nacionalismos de orientación burguesa, que fueron su expresión individualista durante la etapa en la que se estaban constituyendo los mercados nacionales en las nacientes sociedades industriales europeas. De esta manera se daba cauce al sentido de pertenencia de los individuos a una comunidad mediante el sentimiento nacionalista romántico, que constituía a su vez la culminación democrática de la aspiración renacentista a la formación del Estado-nación, en cuya entidad lograba diluirse lo más áspero de los antagonismos sociales inherentes a esta estapa de la industrialización, con la ayuda de la legislación prohibicionista y las políticas que trataban de impedir el asociacionismo obrero.

Sin embargo, el movimiento societario de los trabajadores avanzó mediante la cooperación, el mutualismo y las organizaciones profesionales, utilizando para ello las fisuras de la legislación individualista. Las aspiraciones democráticas se apoderaban progresivamente de las masas, que exigían satisfacción mediante la aparición periódica de movimientos revolucionarios, como los de 1848 o de 1871. Todo ello al calor de diversas formulaciones del humanismo socialista, bajo la expresión utópica y en las diversas corrientes del radicalismo democrático, que constituía la ideología con mayor arraigo entre las masas obreras y venía a conectar con la mejor tradición de los reformistas sociales desde el Renacimiento.

La lenta mejora de la condición social que avanza con la industrialización; la misma evolución de los adversarios liberales —que admiten finalmente la posibilidad de la regulación del mercado y de adoptar legislación social—, y la generalización del sufragio universal —que en España se restableció en 1890, momento en que el PSOE decidió participar en elecciones y rechazar la huelga general—, dan pie a la revisión de la ideología proletaria, hasta abandonar la idea de la dictadura del proletariado y admitir plenamente el principio democrático de las mayorías, la aceptación de los resultados electorales y la reforma progresiva de la sociedad capitalista. Todo ello se plasmó políticamente en el tránsito entre la Primera Internacional Obrera —la marxista— y la Segunda —la de Engels, los fabianos, J. Jaurès y K. Kautsky—.

Sin embargo, esta evolución no fue lineal. La extensión de la ideología socialista hacia países con estructura social feudal en el centro y el este de Europa dificultó en extremo el tránsito de los socialistas hacia el compromiso democrático y fue el origen de fuertes tensiones en el seno de la Segunda Internacional, antes y después de la Primera Guerra Mundial. España, en realidad, fue un caso intermedio, debido al fracaso de la revolución industrial durante el siglo XIX, consecuencia de los defectos de la desamortización, como luego veremos. La ideología proletaria había prendido aquí en dos direcciones: la del anarquismo del príncipe Kropotkin y de Enrico Malatesta —que nos asimilaba a las situaciones sociales de la estepa rusa y del sur de Italia— y la del marxismo menos evolucionado, tutelado por el propio yerno de Marx, Paul Lafargue, y excesivamente influenciado en su etapa temprana por Jules Guesde.

Es bien sabido que Guesde fue el más recalcitrante de los ideólogos socialistas franceses frente al revisionismo, hasta el punto de patrocinar una declaración del Consejo Nacional del partido, en julio de 1898, desautorizando la valiente actuación de Jaurès en el *affaire Dreyfus* al publicar su *Lettre ouverte au ministre de la Guerre*. Los argumentos de Guesde eran bien explícitos:

«Le parti ouvrier ne saurait sans duperie et sans trahison se laisser un seul instant dévier de sa route, se laisser aller à suspendre sa propre guerre... s'égarer dans des redressementes de torts individuels qui trouveront leur réparation dans la réparation générale» [1] [El partido obrero no sabría dejarse desviar un sólo instante de su camino sin engaño y sin traición, dejarse llevar para suspender su propia guerra... extraviarse en enderezamientos de entuertos individuales que encontrarán su reparación en la reparación general].

Esta manera de pensar, característica de la razón fría, pasó directamente al programa del PSOE, bajo la declaración redactada por J. Mesa —a su vez, amigo íntimo de Guesde—, encabezada por tres principios paradigmáticos: antagonismo de clase entre burgueses y asalariados; su abolición mediante la transformación de la propiedad individual en propiedad social, y la utilización del poder político del Estado para llevar a cabo tal emancipación.

Más tarde, lo que aquí se vivió como el denominado *trienio bolchevique* fue el mismo movimiento que al término de la guerra experimentó la izquierda obrera europea, alentado por la Revolución de Octubre en Rusia y por el malestar provocado por las privaciones del período bélico y la inflación subsiguiente. La contradicción entre aquella formulación de los principios ideológicos

[1] Max Gallo, *Le Grand Jaurès*, Ed. Robert Laffont, París, 1984, pág. 253.

y la práctica reformista y democrática se puso entonces de manifiesto y hubo que optar. A imitación de la revolución soviética, el objetivo de este movimiento era la destrucción del Estado democrático, la eliminación del pluralismo y la apropiación unilateral del nuevo cuadro político por las autoproclamadas vanguardias revolucionarias de la clase obrera, suprimiendo al mismo tiempo la propiedad individual para eliminar a la burguesía. El PSOE, junto al resto de la representación democrática más genuina de los trabajadores europeos, que radicaba en la Internacional Socialista, no se dejó arrastrar por tales veleidades y optó por mantenerse firme en la defensa de la democracia.

Pero desgraciadamente, como el propio Engels había pronosticado, la apuesta de los socialistas por la legalidad no sería seguida de buen grado por sus oponentes. Estos seguían dispuestos a entregarse a la violencia, lo que efectivamente ocurrió con la aparición de los fascismos, que tomaron como pretexto para ello la escisión comunista de 1921, pese a la escasa relevancia de los efectivos de la Tercera Internacional en toda Europa occidental. Resulta sintomático a este respecto que en los países del sur y del oeste del continente el comunismo enraizara precisamente con ocasión de las resistencias antifascistas, lo que da idea de la secuencia causal de los acontecimientos.

Mientras tanto, Europa oriental, y tras ella los países de Europa central y una serie de países subdesarrollados de los que obtuvieron la independencia colonial durante la segunda posguerra, se libraban a una aventura que se reclamaba de las mismas fuentes ideológicas, aunque su socialismo no había atravesado la transición humanista que experimentó la socialdemocracia entre el final del siglo XIX y el término de la Gran Guerra. Antes de hacer balance del estado de nuestra ideología a finales del siglo XX, conviene evaluar las consecuencias políticas del fracaso secular que experimentaron quienes decidieron acometer la tarea de edificar sus sociedades con la pretensión de consumar una de las dos tradiciones frías surgidas del racionalismo ilustrado.

1. LA PROPIEDAD Y LAS CLASES SOCIALES EN LA IDEOLOGIA MARXISTA

Marx hizo de la idea de expropiar a los expropiadores la fuerza motriz fundamental de su movimiento para cambiar el curso de la historia. Su idea comunista la extrajo de una mitológica forma de apropiación comunitaria de la tierra —a la que denominó comunismo primitivo— anterior a la dominación feudal y ajena a la tradición heredada del imperio romano.

El argumento central de su pensamiento consistió precisamente en el rechazo de la Revolución Liberal, y en particular de una de las instituciones fundamentales que reaparecen con ella: la propiedad nuda, libre de los condicionamientos que caracterizaban a la vinculación señorial, mediante la cual un conjunto de instituciones restringían la libre disposición de los bienes inmuebles por parte de su titular, que no era otra cosa que un *primus inter pares,* ya que otras personas e instituciones gozaban de facultades dispositivas sobre el mismo patrimonio, convenientemente jerarquizadas.

El mayorazgo —que así se llamaba esa cualidad de primer titular, ya que la institución de la propiedad había caído en desuso tras la entrada de los bárbaros en el imperio romano— venía a ser como una mano muerta que, con su rigidez e hieratismo, bloqueaba el uso de la tierra. Una de las cualidades de aquella institución consistía precisamente en que, una vez que el inmueble entraba a formar parte de los estados señoriales, quedaba «amortizado», o sea preso para siempre como si la mano de un muerto lo hubiese agarrado.

No existía, por tanto, un mercado de factores productivos, ya que el principal de entre ellos, que por entonces era la tierra, se mantenía fuera del comercio por medio de lazos institucionales. Y con ello se impedía también la aparición de los restantes mercados de factores y de productos. Estos surgieron de forma marginal, en las llamadas actividades improductivas de la manufactura, el comercio y los servicios, pero todo ello era poca cosa, ya que la actividad económica giraba en más de un 75 por 100 en torno a la tierra. La mano muerta constituía la causa principal del inmovilismo económico del Antiguo Régimen, ya que eliminaba incentivos para adoptar iniciativas empresariales, a falta de una delimitación clara de los beneficiarios de las mismas.

Además, al sustraer del comercio el bien más preciado y perdurable, convertía en insolventes forzosos a la inmensa mayoría de los miembros del estamento dominante de la sociedad, puesto que colocaba su patrimonio a resguardo de los acreedores, y hacía que el sentimiento católico del rentista se enseñorease de toda la sociedad, frente a la idea calvinista y weberiana del beneficio, motor de la economía dinámica que aparecería con el capitalismo.

Marx rechazó todo esto: el grano bueno de la racionalización económica introducida por la Re-

volución Liberal, con la paja de la explotación descarnada. Porque es bien cierto que al desaparecer la relación señorial, todo un conjunto de vínculos comunitarios y de restricciones éticas o religiosas a la dominación de los poderosos se irían con ella, y dejarían a los proletarios en la desposeída libertad de vender en el mercado la única propiedad que les quedó: su fuerza de trabajo. De esta manera se formó la clase que según Marx estaba llamada a actuar como mesías redentor de la humanidad.

En realidad, esto ocurrió porque en muchos sitios —como en la Inglaterra que Marx estudió— la desamortización se llevó a cabo despojando a los antiguos colonos de sus derechos, concediendo el recuperado derecho de propiedad —de origen romano— a los que en realidad no eran sino titulares de meros derechos señoriales. Ese fue el sentido de la desamortización lenta, llevada a cabo a lo largo de los dos siglos de cercamientos, por los que la nobleza de *la gentry* fue expulsando progresivamente a los colonos y apoderándose de unas tierras sobre las que éstos tenían antiguos y sólidos derechos.

La Revolución Francesa dio paso a un sistema más rápido de expropiación, declarando por ley la desvinculación, lo que en el contexto revolucionario supuso en muchos casos la apropiación por los antiguos colonos de las tierras que venían cultivando. Otras fueron distribuidas a los soldados que defendieron a la naciente República y más tarde a los licenciados del ejército imperial, con lo que la base de los nuevos propietarios rurales franceses fue considerablemente más amplia que en Inglaterra y la agricultura mucho más floreciente, aunque menos capaz de generar excedentes, lo que tendría consecuencias negativas para la industrialización.

El problema más grueso surgió allí donde todo esto se llevó a cabo combinando la celeridad del proceso revolucionario con la apropiación por los viejos señores de las tierras desvinculadas y con la apropiación por el Estado de los bienes de la Iglesia y buena parte de los de los Ayuntamientos. Tales bienes fueron sacados masivamente a pública subasta, con el fin de allegar recursos para cancelar la deuda contraída para financiar la misma Revolución Liberal y defenderla de los absolutistas en las guerras contrarrevolucionarias (carlistas, en el caso de España).

Con ello se liquidó a precio de saldo un inmenso patrimonio, que vino a constituir el capital fundacional de las nuevas oligarquías, rompiendo el equilibrio tradicional de las explotaciones agrarias, con lo que se dejaba sin medios de sustento a las amplias masas de campesinos que anteriormente se beneficiaban de la explotación de las tierras comunes, y despojando de sus recursos patrimoniales a los Ayuntamientos, con la consiguiente centralización institucional y destrucción de las bases de las economías locales. Como el proceso no se vio acompañado ni fue seguido por la industrialización, sino que la dificultó en extremo, la reacción social en las áreas rurales no fue proletaria, sino más bien nihilista —bajo la bandera del anarquismo, como antes veíamos—, y ese nihilismo se transmitió hacia las zonas urbanas, por medio de las migraciones forzadas por la miseria rural.

Marx racionalizó, o más bien sublimó, el enfrentamiento social que tenía lugar en la Europa de su tiempo, aplicándole la metodología dialéctica de Hegel y construyendo una explicación pretendidamente científica de la evolución social, a la que denominó materialismo histórico, según la cual el motor del progreso descansa en la lucha de clases. Hegel había aplicado el instrumento sencillo de la oposición lógica entre contrarios a la interpretación del avance del conocimiento científico, e incluso de la historia o espíritu objetivo. Marx encarnó aquella contraposición en las clases sociales enfrentadas y concluyó que tal enfrentamiento sólo podría concluir en una síntesis superior, que hiciera desaparecer el motivo que le daba fundamento, o sea la propiedad privada.

En realidad, la expropiación de los expropiadores que Marx diseñó para resolver la contradicción constituyó probablemente un procedimiento rápido para hacer justicia histórica, pero no fue en ningún caso un mecanismo de progreso, sino todo lo contrario. Aunque su construcción intelectual resultase más sólida y brillante que la de Proudhon, la historia vendría a dar la razón a la intuición voluntarista y moralizante de este último.

2. UN EXPERIMENTO DE CIENCIA SOCIAL A ESCALA PLANETARIA

Además, Marx había pensado aplicar su teoría precisamente en los países en que previamente se había llevado a cabo la «expropiación liberal» y la industrialización. Por eso mismo, aquellas ideas evolucionaron a medida que lo hacían las sociedades europeas que Marx analizara. Pero la sociedad rusa no se encontraba entre ellas. La Revolución Rusa de 1917, por mucho que se denominase soviética —esto es: protagonizada por el poder de los consejos locales de obreros campesinos

y soldados— pasó enseguida a ser un descomunal aparato de estatalización de los patrimonios expropiados a los particulares, que en muchos casos todavía ejercían la dominación señorial. En la Unión Soviética no sólo no se llevó a cabo la necesaria desamortización, sino que se creó la más mostruosa mano muerta que jamás haya existido, con el consiguiente paso atrás en una sociedad que había comenzado a dinamizarse a comienzos de siglo.

Durante más de setenta años se ha producido en los países comunistas un cruel experimento social, en el que se puso a prueba la primitiva hipótesis marxista, según la cual con la eliminación de la propiedad habían de desaparecer las clases sociales y tras ellas la injusticia social y los obstáculos que se oponían al pleno desarrollo de la humanidad. El experimento ha demostrado precisamente lo contrario de lo que se pretendía probar. No es extraño, pues, que el reto principal que hoy tienen que afrontar los pueblos de Europa central y oriental, en el terreno económico, sea el de fundamentar sólida, equitativa y eficientemente un sistema de propiedad que propicie la iniciativa creativa y que incentive el ahorro con que financiar procesos de inversión a largo plazo.

Los rusos son perfectamente conscientes de las nefastas consecuencias que ha tenido la supresión de la propiedad sobre la libertad individual, sobre el dinamismo económico, sobre la innovación en la sociedad y sobre la conservación de la tierra. En la campaña para salvar el lago Baikal, en boca de los máximos responsables de la Federación Rusa se escucharon mensajes esclarecidos como éste: «... décadas de gobierno centralizado han convertido a Rusia en una zona de desastre medioambiental... El uso eficiente de los recursos sólo es posible cuando aparece un dueño real de los mismos. Mientras las decisiones que afectaban al futuro de Siberia las adoptaba un burócrata en Moscú, la mala gestión era inevitable... La idea de la soberanía rusa se originó como respuesta a la destrucción de nuestro medio ambiente y el pillaje de nuestros recursos...» [2].

El que se restaure la propiedad privada no significa, sin embargo, que todos los tipos de propiedad sean igualmente idóneos para la consecución de aquellos fines. Dada la experiencia histórica con que contamos, sería conveniente que se evitase en esta ocasión cometer los errores en que incurrieron, por ejemplo, las desamortizaciones españolas de Mendizábal y Madoz, que no produjeron los resultados esperados.

La propuesta de desamortización de Alvaro Flórez Estrada, por ejemplo, aun cuando no tuvo ocasión de llevarse a cabo, es la alternativa que, según la mayoría de los historiadores, hubiera podido evitar los males provocados por la que efectivamente se realizó. Estos consistieron básicamente en la concentración plutocrática del poder económico; la expulsión de los colonos y la implantación de formas extensivas de cultivo, con la consiguiente disminución del empleo disponible, y la desforestación debida a una explotación depredadora para recuperar rápidamente las inversiones, esquilmando la tierra sin proceder paralelamente a reforzar la inversión productiva, dada la escasez de fondos en manos privadas. Los países que abandonan el comunismo tienen ahora la oportunidad de no cometer nuestros mismo errores históricos y de arraigar su naciente democracia sobre una base amplia de propietarios, individuales o bajo fórmulas de economía social.

Para ilustrar lo que digo, baste decir que la propuesta de Flórez Estrada consistía en ceder la tierra a sus antiguos aparceros a través de la figura de los censos enfitéuticos. Con ello se hubiera dado prioridad para el acceso a la propiedad a los auténticos usuarios tradicionales de la tierra, estableciendo un proceso de apropiación progresiva, similar al de los modernos sistemas de acceso a la propiedad de la vivienda. Por este procedimiento se habrían optimizado los conocimientos y las cualificaciones tradicionales; se habría retenido población en el campo a través de cultivos más intensivos, y se habría constituido una base más sólida de pequeños propietarios y contribuyentes, con poderosos incentivos para ahorrar e invertir en sus nuevas propiedades.

Es ésta una de las implicaciones de la propiedad privada y del derecho hereditario, con su incentivo para la constitución de patrimonios familiares mediante inversiones a largo plazo, al que los socialistas hemos prestado tradicionalmente poca atención —probablemente debido a la pérdida de la inspiración proudhoniana y a la mitificación de la gran empresa anónima, agraria e industrial, realizada por Kautsky—, pero que resulta crucial para explicar la iniciativa empresarial, con sus implicaciones sobre el desarrollo económico. Naturalmente, el razonamiento no es válido tan sólo para la actividad agraria, sino para cualquier tipo de empresas familiares, en las que prima la idea de maximizar el patrimonio a largo

[2] Michael Dobbs, «From Baikals Depths, a Move for Cleanup and Russian Home Rule», *Herald Tribune,* 12 de octubre de 1990, pág. 1.

plazo, más que la de optimizar el beneficio a corto plazo, característica de los mercados de capitales y que tantas dificultades produce en la industria.

Adicionalmente, bajo la fórmula de Flórez Estrada, se hubiese establecido, en su etapa fundacional, un mecanismo más lento y eficiente de selección de élites económicas que el que efectivamente tuvo lugar, ya que sólo los proyectos viables, capaces de rentabilizar las explotaciones, hubieran sido capaces de soportar las cargas de los impuestos y de la enfiteusis. En caso contrario, la tierra habría revertido a la bolsa de bienes nacionales, para ser de nuevo ofrecida, primando en esta ocasión a los proyectos más adecuados. Se habría dispuesto así de un inmenso fondo de capital de riesgo, materializado en inmuebles y tierras.

Nuestras desamortizaciones decimonónicas despojaron a la comunidad de su fuerza económica, lo que probablemente sentó las bases para arrebatarle también su autonomía política, que ha sido la enfermedad histórica de nuestra democracia. La recuperación de esta última ha empezado por la devolución de la autonomía política y por el fortalecimiento económico de los poderes públicos periféricos, aunque está pendiente una cierta devolución del poder económico perdido por los municipios en el siglo XIX, que sólo podrá llevarse a cabo mediante un proceso gradual.

El problema fue que nuestros progresistas decimonónicos tuvieron que optar —como después lo haría con menor fortuna la República— entre fortalecer la eficiencia económica y la democracia política o ganar la guerra. La desamortización de los bienes estatales en la Europa oriental puede hacerse ahora, felizmente, en un clima de paz internacional desconocido en la historia europea y mundial. Para aprovecharlo, es preciso que no se desencadenen guerras civiles de carácter nacionalista —como la de Yugoslavia— que malogren la oportunidad. Este es el principal reto al que se ven enfrentados esos países, por la reaparición incontrolada de todos aquellos impulsos de la razón humanista que habían sido enterrados por la razón fría y que no han tenido ocasión de madurar y evolucionar al ritmo de las nuevas circunstancias económicas y sociales. Si lograsen controlar los efectos perversos y particularistas de esa recuperación, nada impide a aquellos países constituir una base amplia de propietarios que sea el fundamento de su futura economía de mercado y de una democracia fuerte y descentralizada.

En la Europa occidental del siglo XIX, sin embargo, el sentimiento nacionalista avanzaba en paralelo con la configuración de los mercados nacionales, lo que suponía reducir la compartimentación local de los mercados preindustriales. Es de desear, por eso, que la recuperación cultural y política de las identidades nacionales en la Europa del Este no suponga una marcha atrás respecto a la situación anterior mediante una vuelta a mercados nacionales estrechos y compartimentados, lo que significaría un verdadero freno para el potencial de innovación y desarrollo de sus nuevas economías, en el mismo momento en que se acelera la integración económica y la formación de mercados únicos a escala continental, e incluso mundial.

Es imprescindible por eso que los países de Europa central tengan garantizada de inmediato su evolución convergente con la Unión Europea, y que el fortalecimiento de ésta tras la reforma de los tratados permita iniciar el proceso de su futura integración, que sirva de punto de referencia a sus antiguos socios del Comecon-CAME. Naturalmente, el económico no sería el único efecto pernicioso de la balcanización de la antigua Unión Soviética, pero tendría consecuencias muy negativas a largo plazo para las perspectivas futuras del continente y del mundo.

3. REVISION IDEOLOGICA DEL MANIQUEISMO MORAL Y DE LA LUCHA DE CLASES

No es cierto que la caída del comunismo haya de implicar modificaciones en la orientación ideológica que la socialdemocracia adoptó hace un siglo, porque lo que ahora se ha puesto de manifiesto para los creyentes en aquella ideología ya lo habían percibido entonces con suficiente claridad hombres como Bernstein, Jaurès o Fernando de los Ríos. Si la socialdemocracia ha de cambiar sus programas será para adaptarse a las nuevas circunstancias económicas y sociales, como ha hecho siempre.

Pero ha llegado la hora de hacer el balance final en lo que se refiere a algunos de los fundamentos ideológicos de la izquierda tradicional y de hacerlo de forma explícita. Aunque la socialdemocracia haya venido actuando de acuerdo con los imperativos prácticos para reformar la realidad, ha mantenido en suspenso o ha admitido de forma vergonzante algunos juicios fundamentales, sin los cuales el discurso ideológico perdía vigor y consistencia. Estamos presenciando el fin de la ideología por antonomasia, como consecuencia del agotamiento del experimento que se desarro-

lló en el Este, en los términos que había previsto Daniel Bell, para quien la ideología marxista era el paradigma de la ideología fría, tan certeramente descrita por K. Papaianou [3]. Es hora de extraer conclusiones y de llevar el razonamiento ideológico hasta sus últimas consecuencias.

En primer lugar, delimitando con claridad el papel de las clases sociales en la dinámica de la sociedad y en la ideología socialdemócrata. Hoy es claro para todo el mundo que la victoria total de una de las clases no conduce a ninguna parte, o más bien conduce al vacío social y político y a la formación de una casta de mandarines. La conclusión inmediata es que la lucha de clases no es ni puede ser el motor de la historia. La socialdemocracia ya lo había intuido y venía actuando en consecuencia desde la etapa de entreguerras, apoyando procesos de diálogo y concertación social, cuyo objetivo es la armonización de intereses de los grupos sociales, y no el antagonismo entre ellos, que es el sustrato tanto de las políticas comunistas como de las liberal-conservadoras. Sin embargo, la plena falsación de la hipótesis marxista que se produce en nuestros días exige apoyar el razonamiento ideológico sobre esa nueva evidencia, para lo cual no es preciso descalificar por completo el razonamiento marxista.

En realidad la intuición de Marx era genial, aunque muy rudimentaria y claramente contagiada por las tesis hegelianas sobre la circularidad del sistema y el fin de la historia [4]. Si en vez de la contraposición dialéctica de dos clases generalizamos la idea y pensamos en un sistema social, cuyo equilibrio no es estático sino dinámico, fruto del conjunto de tensiones de intereses contradictorios entre los diferentes grupos sociales —configurados a su vez de manera más diversificada de lo que permite la definición marxista de la sociedad de clases— nos acercamos a la idea de sistema abierto, que es el que utilizan hoy las ciencias naturales. Los efectos de retroacción negativa *(feed-back)* y la interacción entre los componentes del sistema son los principios básicos de esta forma de razonar. No cabe apelar a la eliminación de la tensión y la diversidad, porque entonces el sistema abierto desaparecería, ya que ésa es la energía que lo mantiene en acción.

Es hora de revitalizar la intuición de Proudhon [5], que se negaba a elegir entre los dos términos de las múltiples contradicciones en que se desenvuelve la vida social: autoridad y libertad, conservación y movimiento, individuo y sociedad, hasta el punto de propugnar una especie de mecánica reguladora, por la que la realidad económica tiende al equilibrio a través de una serie de contradicciones. Es un rasgo profundamente moderno. Sin embargo, para Marx ésa era la mejor prueba de la confusión pequeñoburguesa entre el capital y el trabajo, fruto de una indigestión de filosofía hegeliana por parte de Proudhon, a quien trataba de arrebatar la dirección intelectual de los obreros franceses. En realidad este desigual debate filosófico encubría la negativa de Proudhon a capitanear una nueva noche de San Bartolomé de los propietarios, ya que él creía que la acción política debía consistir en equilibrar las condiciones naturales de las que disfrutan las diferentes clases, conservando los aspectos positivos de la propiedad.

Ya vimos, en cambio, que la eliminación de la propiedad —a la que Rousseau había señalado como la raíz de la desigualdad— condujo en los países comunistas a la detención del proceso de creatividad económica, ya que un cierto grado de identificación individual con los resultados de la actividad resulta imprescindible para movilizar los medios de producción hacia el desarrollo económico, y eso sólo se consigue admitiendo la apropiación privada del patrimonio creado por la iniciativa individual, como Weber había de poner de manifiesto al analizar la ética protestante.

Bajo esta perspectiva, la existencia de intereses contrapuestos no se opone a la posibilidad de practicar políticas de armonización, sino más bien la institucionalización de éstas es la que se adapta mejor a la necesidad de funcionamiento equilibrado del sistema. La política de izquierda no tiene ni puede tener por objetivo la victoria de una cla-

[3] El lúcido análisis de D. Bell ha sucumbido frecuentemente a la simplificación del discurso retórico —urdido en el telar de la ortodoxia marxista de los sesenta—, al que convenía simular que el título de su obra se refiere al mismo tipo de excrecencia filosófica a la que un conocido apologeta del tardofranquismo denominaba el crepúsculo de las ideologías. La obra de Bell se mantiene en la más pura tradición socialdemócrata, como pone de manifiesto el propio autor en el prólogo a la segunda edición, de próxima aparición en castellano en la colección economía y sociología del trabajo del MTSS. Sobre la ideología fría, *vid.* la obrita de Kostas Papaianou, *El Marxismo, ideología fría,* Guadarrama, colección Punto Omega.

[4] Sobre las raíces hegelianas de algunas de las simplificaciones estalinistas y de ciertas ideas con clara influencia sobre la política francesa de la segunda mitad de este siglo, a través del influjo de Alexandre Kojève, *vid.* Raymond Aron, *Memoires,* Julliard, París, 1983, págs. 94 y sigs.

[5] El contraste entre el razonamiento de Proudhon y el de Marx aparece con nitidez en la presentación conjunta de su pensamiento preparada por J. P. Peter para la colección 10/18 de la Union générale d'editions: Proudhon y Marx, *Misère de la philosophie. Philosophie de la misère,* París, 1964.

se social sobre la otra, porque sencillamente tal cosa destruiría la sociedad, como pensaba Proudhon y ahora ha quedado demostrado.

La definición ideológica de izquierda ha de volver a asentarse sobre los principios éticos, del mismo modo que la aproximación al conocimiento de la realidad debe abandonar la seguridad pseudocientífica del razonamiento marxista —basado en la inferencia de responsabilidades mediante la simple imputación de intereses, lo que denota la inexistencia de una buena teoría de la prueba: es como si en el procesamiento criminal bastase con encontrar un móvil para condenar al acusado—, para adoptar la humildad y la tolerancia socrática, que es tanto un principio epistemológico como ético, como tan bien ha explicado Karl R. Popper, siguiendo en ello a John Stuart Mill, tras su ruptura con el pensamiento utilitarista. Debe abandonarse cualquier pretensión de fundamentar la política en el conocimiento científico. Esta pretensión, común a Marx, a Bentham y a los economistas liberales clásicos, ha resultado nefasta para la izquierda. La ciencia sólo puede explorar las restricciones a la acción, pero no puede sustituir nunca a la opción ética de la política. No cuenta con instrumentos para ello.

En realidad, la contraposición dialéctica que Marx utilizaba era un caso particular, o más bien un aspecto parcial del sistema abierto. Su fuerza argumental proviene precisamente de que la reducción de los distintos planos de la vida social a la consideración unidimensional de los individuos como productores —que estalló finalmente en mil pedazos con la revolución de mayo de 1968, como H. Marcuse puso de manifiesto, al analizarla en perspectiva histórica— y la contraposición dual entre burguesía y proletariado responde, por un lado, a la situación social que se produce durante la primera etapa de la industrialización de las sociedades —a la que Arthur W. Lewis bautizó con el nombre de etapa clásica y que es la que Marx pudo estudiar en la Inglaterra de su tiempo— y, por otro lado, a la simplicidad y pureza del razonamiento, que utiliza la contraposición lógica de los contrarios y la moral maniquea para dar explicación de los fenómenos más complejos asociados a la evolución social, de más difícil asimilación para colectivos amplios de población.

Ese era el elemento movilizador de la doctrina. La socialdemocracia no le ha opuesto hasta ahora una formulación explícita. Más bien ha optado por responder por la vía de hecho, con una práctica reformista basada en la armonización de intereses sociales, que negaba implícitamente los principios de esa ideología, pero sin ocuparse de refutarla. Creo que éste es el momento de hacerlo, con vistas a fortalecer y dotar de mayor autonomía estratégica a la propia política, ya que el ritual de pactos sociales en que se basa la política de concertación social resulta extremadamente vulnerable y depende en extremo de circunstancias que no siempre resultan controlables. Hasta ahora, quienes propugnaban la confrontación de clases contaban con el elemento escatológico de la victoria final para dotar de cohesión a un movimiento que no ofrecía resultados prácticos, pero que movilizaba a sus seguidores en torno al sentimiento primario de exclusión y al objetivo último de la supresión de la clase adversaria. En cambio, la socialdemocracia prescindía de esos elementos aglutinantes, pero presentaba periódicamente a la sociedad su balance de resultados positivos y el ahorro en costes de conflictividad social.

La desventaja que supone este déficit de elaboración ideológica consiste precisamente en que la socialdemocracia se ve excesivamente atada a presentar resultados a corto plazo en esas dos áreas, por lo que la aparición de episodios de conflicto industrial o la necesidad de proponer esfuerzos colectivos tendentes a mejorar *a medio o largo plazo* la posición social, económica o internacional, amenazan la cohesión del bloque social que le da su apoyo, lo que no suele sucederles a sus adversarios políticos. El fortalecimiento, la mayor elaboración y la consistencia del discurso ideológico es el mejor instrumento para estabilizar el apoyo social, con lo que la actuación política cuenta con mayor margen de maniobra y más posibilidades de producir avances autosostenidos.

CONCLUSION: LA VUELTA A LOS FUNDAMENTOS: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

El sujeto último de la reflexión y de la acción socialdemócratas no puede ser la clase ni cualquier otro grupo social, sino el individuo, titular de los derechos del hombre y el ciudadano y de las libertades fundamentales de la persona, cuya aspiración a la felicidad constituye la principal energía de la innovación y el progreso de la sociedad. No cabe justificar la limitación de cualquiera de tales derechos o libertades, sino para evitar eventuales colisiones entre ellos o para permitir su ejercicio por parte de los otros miembros de la colectividad. Como afirmara John Stuart Mill en su obra clásica *Sobre la Libertad,* «... el libre desarrollo

de la individualidad es una de las esencias del bienestar;... no sólo es un elemento coordinado con todo lo que se designa con los términos de civilización, instrucción, educación, cultura, sino que es en sí mismo una parte y condición necesaria de todas esas cosas».

La defensa de la libertad ha sido a lo largo de todo el siglo XX el patrimonio de la socialdemocracia, incluso en los momentos en que todas las demás ideologías sucumbían a la tentación totalitaria. Como ha señalado Maier, «la fe socialdemócrata en el Estado de derecho fue el tributo más conmovedor a esa creencia liberal decimonónica, de la que los socialdemócratas europeos se convirtieron en los más tenaces defensores» [6].

Lo que sucede es que, frente al carácter utilitarista que inspira la concepción del individuo por parte de las ideologías de derechas —ya con el carácter absoluto que le da el liberalismo conservador, ya se encuentre limitado por la moral religiosa de la ideología social-cristiana, que constituye el resultado de la evolución humanista de aquella tradición—, la ideología socialista parte del individualismo ético, cuyo imperativo pone por encima de la satisfacción individual la solidaridad, el bienestar de la colectividad y el interés de la especie, tanto en su dimensión presente como en la futura o intergeneracional, que implica también el mantenimiento de los equilibrios financieros a largo plazo en que se basan los sistemas de bienestar social y la conservación o la regeneración del medio natural.

Ese imperativo ético parte del concepto de igualdad fundamental entre todos los miembros de la colectividad, y en primerísimo lugar entre los individuos de los dos sexos, y articula políticas activas para corregir las desigualdades de condición social, inevitables incluso en el caso hipotético de una sociedad en que prevaleciese la total igualdad de oportunidades, desde el momento en que los individuos disponen de plena libertad de acción y de elección.

La ideología socialista hace énfasis en el carácter positivo del sentido de pertenencia del individuo a los distintos grupos sociales, como manifestación perceptible inmediata de la colectividad, pero, en función de aquel imperativo ético global, cuya referencia es la especie, rechaza toda connotación agresiva o excluyente de tal sentido de pertenencia, ya se trate del grupo étnico, ya de la clase social, económica o profesional, ya del grupo local o nacional. De hecho, la hipóstasis en la que durante tanto tiempo se ha incurrido respecto a la llamada clase obrera ha dado pie a políticas exclusivistas de carácter corporativista, escasamente solidarias, por no hablar de las aberraciones cometidas bajo la cobertura de la llamada «conciencia de clase», no menos monstruosas que las que se hicieron para preservar la «identidad aria» de los nazis.

Por otra parte, la unidimensionalidad productivista implícita en el concepto de clase social, como sustrato dominante de la política, fue aprovechada por los fascismos para ofrecer sus propuestas totalitarias de «desarrollo integral de la persona», con las que prometía cubrir las insuficiencias en esos ámbitos de las que adolecía la política democrática de la etapa de entreguerras [7]. Hoy, cuando nuevas formas de fascismo afloran en la sociedad europea, es preciso preguntarse en qué insuficiencias del sistema político se encuentra el vacío que explica la expansión de tales corrientes.

En realidad, dada la complejidad de las sociedades modernas, no cabe determinar *a priori* el sentido u orientación de las políticas tomando como referencia los intereses homogéneos de una clase social, porque no existe tal homogeneidad en los intereses ni en la estructuración de la propia clase. La misma idea de clase social, con el carácter de concepto absoluto que le ha dado el marxismo, es en sí misma totalitaria. Sólo su confusión con el concepto sociológico de las clases sociales —empíricamente identificables y con atributos bien definidos— ha permitido encubrir por largo tiempo la idea fundamentalista y mesiánica que subyacía a la definición de Marx.

El individuo moderno no responde a la unidimensionalidad implícita en el concepto marxista de clase, sino que asume una pluralidad de *roles* sociales, con sus correspondientes sentidos de pertenencia. De modo que los individuos se encuentran también inmersos en una pluralidad de grupos, de afinidad progresivamente electiva, que pugnan por conseguir un espacio creciente de opciones individuales en sus respectivas esferas. En cada uno de estos ámbitos de la vida social las aspiraciones de ampliación de las oportunidades vitales que se ofrecen a los individuos son susceptibles de políticas específicas por parte del Estado. Este recibe demandas de actuación, en sus tres

[6] Charles S. Maier, *La refundación de la Europa burguesa,* colección Historia Social, MTSS, 1988 (primera versión inglesa de 1975), pág. 708.

[7] Alvaro Espina (Comp.), *Concertación social, neocorporatismo y democracia,* colección economía y sociología del trabajo, MTSS, Madrid, 1991, págs. 13-50.

áreas de intervención: como organismo regulador de las conductas; como instancia arbitral o judicial, y como agente activo en el fomento del desarrollo económico y en la acción redistributiva, llevada a cabo a través del doble mecanismo de la fiscalidad y el establecimiento de derechos de prestación.

Ya J. Stuart Mill, al final de su vida y tras la ruptura con el radicalismo liberal —en la que se conoce como su etapa socialista— había formulado con claridad la necesidad de una acción positiva del Estado en orden a crear, aumentar o igualar las oportunidades vitales. Para hacer libres a los ciudadanos no bastaba con abstenerse de legislar ni con suprimir los defectos de la legislación existente, que es lo que ahora se llama desregulación. Mill pensaba, por el contrario, que no se podían poner límites arbitrarios a la actuación del Estado, sino que éstos vienen determinados por su capacidad —dados los medios a su disposición— para conservar y extender a un mayor número de personas las condiciones que hacen la vida más humana y menos coactiva.

Frente a las posiciones liberal-conservadoras, el límite a la actuación del Estado en favor de la igualdad no puede ser otro que el establecido por la idoneidad de los medios a su alcance y por la necesidad de equilibrar la tensión hacia la igualdad y las exigencias derivadas de la libertad de los individuos, fundamento de la creatividad, la iniciativa, el espíritu empresarial y el progreso cultural. Los límites hay que buscarlos fuera de los idearios, y vienen dados por la razón práctica, que juzga la idoneidad de los medios para la consecución de fines, que son a su vez más complejos de lo que las formulaciones clásicas de la izquierda admitían. No es posible plantear, por ejemplo, políticas redistributivas de solidaridad incompatibles con la necesidad de mantener niveles adecuados de inversión empresarial a largo plazo, lo que requiere preservar un sistema de incentivos que premie la inversión sobre el consumo.

En lo que se refiere al papel del sector público en la economía, el debate clásico no puede ignorar el peso que efectivamente ha alcanzado la intervención del Estado, que en la mayoría de los países de la CE administra en torno a la mitad de la Renta Nacional. Las nuevas decisiones son necesariamente marginales, y también aquí el debate debe abandonar el terreno de los principios y someterse a la prueba de los hechos y de la eficacia práctica, indagando con rigor la mejor forma de alcanzar los objetivos concretos de cada política. Allí donde prima fundamentalmente la iniciativa individual, el riesgo y el beneficio debe operar el mercado. Donde prima la organización, la seguridad a largo plazo y la cobertura universal, la intervención del Estado suele resultar imprescindible. En la frontera entre ambos hay espacio para fórmulas mixtas, que tienen bien demostrada su eficacia. Es ésta y no el ideario la que determina la conveniencia o inconveniencia de las mismas. La carga de la prueba en cada caso concreto corresponde a quienes propugnan medidas que rompen con el buen sentido de lo ya observado y con el análisis de la eficiencia. Y este tipo de razonamiento no tiene por qué aplicarse sólo a las nuevas decisiones, sino que es conveniente utilizarlo también a la hora de reexaminar el funcionamiento y reformar las instituciones y las políticas ya establecidas.

Para acometer sus tareas y conciliar los tres imperativos ideológicos de la socialdemocracia, el Estado no puede ser rehén de los intereses de una clase social —definida, además, de manera inadecuada—, sino que tiene que desarrollar políticas en un variado conjunto de áreas de actividad, a través de un programa equilibrado que responda a la aspiración de los ciudadanos a maximizar sus oportunidades vitales [8]. Son los ciudadanos los que juzgan la idoneidad de tales programas, y tal elección se encuentra generalmente condicionada por el sentido colectivo de pertenencia. Esta no es unidimensional, sino que responde a la multiplicidad de los roles individuales, y ello exige al individuo una cierta jerarquización de sus lealtades o preferencias, que ha resultado considerablemente dinámica en Europa durante la segunda mitad de este siglo.

La principal función de los partidos socialdemócratas es captar con celeridad esa evolución de las aspiraciones colectivas, para traducirla en propuestas políticas adecuadas, coherentes con los principios éticos que constituyen lo esencial del ideario. Pero ningún ideario puede conferir validez universal a políticas concretas ni sustituir el necesario debate permanente y público dentro del partido y ante toda la sociedad. Una sociedad cada vez más abierta, que es quien en última instancia evalúa las propuestas a través del juicio democrático, y que reclama también partidos cada vez más abiertos y transparentes.

12 de diciembre de 1991

[8] Ralf Dahrendorf, *Oportunidades Vitales,* Espasa Calpe, Madrid, 1983, 221 páginas (primera edición alemana de 1979).